



Editado en España
Julio de 2025

EL DIARIO DE ANA MÁRQUEZ



Ambulancia y enfermeras durante la Primera Guerra Mundial

Manuel Paleteiro

Primera edición: Julio de 2025

Depósito legal:

ISBN:

Impresión y encuadernación: Imprimelibros.com

© Del texto: Manuel Paleteiro Ortiz

© Maquetación y diseño: Manuel Paleteiro Ortiz

EL DIARIO DE ANA MÁRQUEZ

Al lector

De todos los refranes que hacen referencia al mes de febrero, al que con sobrada razón se le llama popularmente *febrerillo, el loco*, por la inconstancia de su clima, es a partir de la meseta castellana, una vez cruzado el desfiladero de Despeñaperros en dirección hacia el norte, dónde suele cumplirse aquel que dice: «*En febrero, un día malo y otro bueno*», o ese otro que reza: «*Abrígate por febrero con dos capas y un sombrero*». En cambio hoy, 18 de febrero de 2025, en la ciudad de Sevilla, situada cien kilómetros más al sur de dicho despeñadero, que conecta la España fría del norte con la cálida del sur, llevamos ya varios días con un sol tan radiante que no se puede estar expuesto a sus rayos durante mucho rato sin sentir un tan excesivo calor en el cuerpo que nos obliga a desprendernos de algunas prendas de abrigo, cumpliéndose así este otro refrán, más propio de estas tierras calientes, que dice: «*En febrero, busca la sombra el perro*», o aquel otro que anuncia: «*En febrero, el lagarto sale del agujero*».

Estoy escribiendo en mi biblioteca, sentado ante el teclado y la pantalla de mi ordenador, con las puertas de la estancia y del balcón entreabiertas a fin de que se establezca entre ellas una corriente de aire que refresque el ambiente de la sala y, también, con el fin de estar inhalando mientras trabajo las fragancias que exhalan las primulas y los alhelíes plantados en las macetas que cuelgan de la baranda; a mi derecha, apilados sobre una mesita auxiliar, se encuentran

los once abultados volúmenes del Diario de Ana Márquez. Me dispongo a dar público conocimiento de la sugerente historia que, a lo largo de más de cincuenta años, la señora Márquez ha narrado en las casi seis mil páginas de dicho Diario, toda vez que se trata de un hermoso relato que no solo es digno de ser contado y comentado, sino merecedor de que se haga de él una fidedigna transcripción de su contenido, que es precisamente lo que me he propuesto hacer.

Antes de seguir adelante, he de dar razón al lector de que el mencionado Diario llegó a mis manos accidentalmente hace treinta y cinco años, y que hasta el momento presente no me ha sido posible descubrir la existencia de algún familiar vivo de la tal señora que, por más señas, fue doctora en Medicina y Cirugía, ni tampoco he llegado a conocer el nombre y el domicilio de alguno de sus descendientes directos al que poder hacerle entrega del mismo.

En llegando a este punto, estoy cayendo en la cuenta de que aún no me he presentado, por lo que encarecidamente le ruego al lector me disculpe y no tome mi descuido como un desaire, ya que no pasa de ser un simple e inintencionado lapsus. Mi nombre es Domingo Barrientos, y llegué a este mundo hace sesenta y cuatro años en la casa número 45 de la calle San Luís, en la bimilenaria ciudad de Sevilla, la que, más para vergüenza que para gloria, ostenta los títulos de *muy noble y muy leal*, otorgados por dos antiguos reyes, padre e hijo, invasores y usurpadores; los de *muy heroica e invicta*, concedidos por un rey felón y su hija, una reina a la que hubo que expulsar del país por ladrona; y el de *mariana*, conferido por un reciente dictador que subyugó a la nación española durante cuarenta años.

Cuando en 1987, ya con veintiséis años cumplidos, tomé

la decisión de casarme, me compré un piso en el barrio de Nervión y en él viví con mi esposa hasta que tres años más tarde, cuando una vez pasada la euforia inicial del casamiento se acaban las apariencias y los artificios del noviazgo y las almas de los cónyuges quedan desnudas la una frente a la otra, convencidos ambos de que aquel casamiento había sido un gran error, ya que no coincidíamos en nada, que todo eran discusiones diarias, y como quiera que no teníamos hijos que pudieran ser una traba o a los que pudiéramos lastimar, resolvimos divorciarnos.

Tras mi divorcio en 1990, deseando volver al barrio en el que nací y me crié, le encargué a mi abogado que localizara al propietario de la casa número 54 de aquella misma calle de San Luís y que gestionara su compra. Se encontraba esta casa ubicada en la manzana comprendida entre las calles Duque Cornejo y Santa Marina, quedando su bellísima fachada mirando de frente al admirable frontispicio barroco de la iglesia de San Luís de los Franceses. Aunque nunca tuve ocasión de conocer dicha casa por dentro, ya que durante toda mi vida la conocí cerrada y deshabitada, desde siempre estuve enamorado de su fachada; siempre que pasaba por la acera de enfrente —cosa que ocurría casi a diario—, aminoraba yo el paso, o bien me detenía un instante, para recrearme en su contemplación. Con el correr de los años he ido viendo cómo, al igual que ocurre en las personas, el tiempo y el abandono han ido deteriorando su exterior, y cómo la madera de su portal se reseca y se agrieta por el sol de tantos veranos y las lluvias de tantos inviernos; como cada día la marmórea losa del umbral se iba llenando de suciedad y de bolsas de basura que los más indolentes del barrio las dejaban allí abandonadas hasta llegar a formar una

montonera que, de tarde en tarde, era recogida por el Servicio Municipal de Limpieza, lo que invitaba a que otros desahuyados hicieran lo mismo, con tal de ahorrarse andar unos cuantos pasos más hasta el contenedor que hay en la placita de Santa Marina; día a día fui viendo cómo el polvo acababa volviendo opacos los cristales de ventanas y balcones, y cómo formaba sobre las persianas una capa tan dura y reseca que se había hecho resistente a ser lavada por la lluvia; y también, con el paso del tiempo, cómo las plantas de las macetas se momificaban, acabando por parecer que estaban petrificadas; y también cómo las rejas de las ventanas perdían su capa de pintura y se cubrían de óxido.

En torno a esta casa, posiblemente como resultado del misterio que la envolvía por su clausura de tantos años, circulaba la fabulosa historia de que estaba embrujada y que la habitaba un alma en pena que arrastraba los muebles y hacía entrechocar las hojas de las puertas de los balcones de la planta alta, atemorizando a los transeúntes en las oscuras noches invernales de novilunio.

Siempre les oí decir a los vecinos más viejos del barrio que la casa se quedó desierta en el mes de junio del año 1960, después de que la doctora doña Ana Márquez hubiera estado durante unos días despidiéndose de todo el vecindario porque, teniendo ya setenta años de edad, no encontrándose su corazón bien de salud y sintiendo próxima su muerte, deseaba marcharse a vivir a París y morir allí para ser enterrada en el cementerio de Montparnasse, en la misma tumba donde reposaban los restos de su marido, el también doctor en Medicina, don Manuel Ortiz. Después de aquella despedida colectiva, el vecindario ya nunca más supo de doña Ana Márquez; aunque nadie la vio partir, todos dieron

por sentado que se había marchado a París, pues nunca más dio señales de vida ni por carta ni por teléfono, lo cual significa que cuando yo quise adquirirla en el año 1990, la casa ya llevaba treinta años cerrada.

Dado que en el Ayuntamiento no tenían constancia de la existencia de otro propietario que no fuera don Manuel Ortiz Gálvez, nacido en el año 1885, y como quiera que durante los treinta años que la casa llevaba desocupada se habían acumulado igual número de recibos impagados de los impuestos municipales, y durante todo este tiempo nadie había reclamado la propiedad del inmueble, mi abogado me aconsejó que la ocupara y tomara posesión de ella mediante la usucapión. No obstante, a fin de no verme enfrentado a un problema administrativo con la alcaldía, antes de ocuparla, apoderé al leguleyo ante notario a fin de que hiciera en mi nombre los pagos y llevara a cabo las gestiones que tuviera que hacer.

Pasados un par de meses, cumplimentados ya todos los trámites judiciales y municipales, a finales de abril de 1990, el picapleitos me dijo que ya podía ocupar la casa con toda tranquilidad, pudiendo al fin cruzar su misterioso y polémico umbral en calidad de su legítimo propietario.

Fue un lunes, el de 30 de abril de 1990, cuando tomé posesión como nuevo dueño de la finca. Lo hice acompañado de mi padre y de mi amigo, el arquitecto Juan Antonio Calderón, así como de un cerrajero que debía franquearnos el paso descerrajando la cerradura de las dos grandes hojas de madera del portal, pero resultó que, por más esfuerzos que el hombre hizo le fue imposible abrirlas por las buenas. Cuando, después de varios infructuosos intentos, finalmente nos vimos obligados a tener que destrozar a hachazos el

borde de una de las hojas para liberar las bisagras y así poder entrar, comprobamos con gran sorpresa y estupor que los dos grandes cerrojos interiores con los que el portal contaba estaban corridos, cosa que resultaba totalmente inexplicable tratándose de un edificio deshabitado.

La segunda sorpresa nos la llevamos al comprobar que las enormes dimensiones, tanto de la edificación como de la parcela que esta ocupaba, la convertían en una imponente mansión. El edificio, según pudimos comprobar en el expediente urbanístico, había sido proyectado por Juan Talavera de la Vega, el mismo arquitecto que había proyectado el precioso Costurero de la Reina, construido en la segunda mitad del siglo XVIII en el parque de María Luisa.

Tiene la casa dos plantas, tan elevadas que rondan los cuatro metros de altura de suelo a techo. El portal, de dos metros y medio de ancho por tres de alto, cuenta con dos robustas hojas de madera de roble, encontrándose situado en el centro de una hermosísima fachada de casi veinte metros de longitud y más de diez de altura, y a cada uno de sus lados hay dispuestas dos grandes ventanas enrejadas, correspondiéndose las de la derecha con el salón comedor, y las dos de la izquierda con una sala para festejos. La planta alta tiene cinco balcones que dan a la calle San Luis, uno sobre el portal y sobre cada ventana, que pertenecen a otros tantos dormitorios, destacando en ellos sus primorosas barandas, que al igual que las rejas de las ventanas de la planta baja, son de artístico hierro forjado; sus puertas, de doble hoja, todas ellas acristaladas y con postiguillos, son de oscura madera de nogal. Después de traspasar el umbral y de cruzar un amplio zaguán y una puerta de hierro acristalada con vidrios de colores emplomados, se accede a un hermosísimo patio de

planta cuadrada, de unos seis metros de lado, que está cubierto con una montera y rodeado de ocho grandes macetones, que reposan sobre hermosos trípodes de hierro forjado, en los que crecen plantas de gran porte.

Y, como no hay dos sin tres, la tercera sorpresa nos llegó cuando, al fondo de la parcela, descubrimos la existencia de un segundo patio, no tan grande como el primero, pero también de amplias dimensiones, cuyo fondo quedaba cerrado por el muro medianero del edificio colindante, quedando sus tres caras restantes rodeadas de un segundo cuerpo de edificio. Un cálculo rápido que hizo José Antonio Calderón, dio como resultado que el inmueble ocupaba una parcela con una extensión que superaba los quinientos metros cuadrados, y que la superficie útil habitable de la construcción rondaba los seiscientos metros cuadrados.

Además de descubrir dos amplísimos salones en este edificio trasero, pudimos contabilizar un total de catorce grandes dormitorios, de los que ocho de ellos contaban con cuarto de baño incorporado y estaban amueblados en estilo art nouveau, que por aquellos primeros años del siglo xx había sido adoptado por la burguesía más acomodada como reacción a los modelos clasicistas del siglo anterior. En contraste, los seis dormitorios restantes estaban equipados con oscuros muebles de caoba, y aún conservaban aquellas aparatosas camas decimonónicas cubiertas con pesados doseles que eran sostenidos por columnas salomónicas de roble.

Por sus extraordinarias dimensiones, la cocina fue la cuarta sorpresa. Con dos docenas de fogones, dos grandes fresqueras para hielo, una gran leñera-carbonera y un horno panadero, la cocina ocupaba una gran parte de la planta baja de este segundo cuerpo del edificio, resultando ser de tan

grandes proporciones que, como suele decirse, por ella podían correr caballos.

En cuanto a esa historia siniestra de que un alma en pena vagaba por el viejo caserón abandonado asustando a los vecinos y a los transeúntes, ha resultado ser infundada, al menos para mí, ya que, en los más de treinta años que llevo habitándola, no he oído más ruidos fantasmagóricos que los producidos por los crujidos de los muebles cuando baja la temperatura de la casa durante las noches. Generalmente, estas historias fantásticas suelen tener su origen no tanto en la supina ignorancia y la desbordada fantasía popular como en la torpe y grosera superstición que el panteón cristiano, repleto de santos milagreros y de un tropel de seres fantásticos, algunos celestiales y otros infernales, inducen en los creyentes desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, y pese a la lógica humana que intentamos poner en nuestro razonamiento, es muy posible que la historia fantástica de un alma en pena se deba en realidad a algo mudo y trágico que ha estado trascendiendo al exterior del edificio durante todos estos años y era captado por algunos espíritus sensibles o por personas con facultades extrasensoriales, ya que, al entrar en la espectacular sala de la biblioteca, no solo por sus grandes dimensiones sino también por el número de libros que albergaba, nos llevamos la quinta sorpresa del día, siendo esta tan mayúscula que superaba con creces a las ya recibidas y a las que nos quedaran por recibir.

Allí, ante nuestros ojos, teníamos la explicación del porqué estaban corridos los cerrojos del portal, pues nos hallábamos ante la momificada osamenta de una mujer. El cadáver, vestido con ropa femenina de verano, se encontraba sentado en uno de los dos sillones de lectura que había a ambos

lados de una mesita auxiliar. El cráneo se había mantenido sostenido sobre las vértebras cervicales y con la mandíbula inferior apoyada sobre el esternón, pareciendo que aquella momia estuviera leyendo uno de los tomos del Diario de Ana Márquez, que se encontraba abierto sobre su regazo. Su esquelética mano izquierda había quedado agarrada al borde superior de esa parte del libro, mientras que el descarnado índice de su mano derecha se encontraba apoyado sobre la página de ese mismo lado señalando, no sabemos si por pura coincidencia o intencionadamente, la palabra «amor». Al lado derecho del sillón, en el interior de una dorada jaula cilíndrica que descansaba sobre un pesado pie de broce, yacía la momia de un loro verde. ¿Era aquel cadáver de mujer el de Ana Márquez? Probablemente sí, ya que, en el suelo, junto a su pie derecho, encontramos un bolígrafo BIC cristal, lo que parecía sugerir que la muerte le sobrevino cuando estaba escribiendo en aquella página.

Curiosamente, no olía a carne putrefacta, tal vez fuera porque las dos ventanas con las que contaba la sala se encontraban entreabiertas y por el mucho tiempo que hacía que el cadáver llevaba allí, pero sí que olía, y mucho, a libros. Aquel lunes, último día del mes de abril, el cielo estaba limpio de nubes y lucía un sol radiante, pareciendo que la Naturaleza quisiera celebrar aquella serendipia.

El juez que vino a hacer el levantamiento del cadáver pareció no darle al asunto una mayor importancia, ya que nunca fui llamado al juzgado a declarar, ni tampoco me visitó ningún detective de la policía para investigar aquel misterio sobre el terreno. Es muy probable que el forense hubiera establecido la fecha de la muerte en 1960 y no habiendo observado en el cuerpo ninguna señal de violencia, y

tal vez descubierto en la autopsia que había fallecido de muerte natural, el juez instructor hubiera considerado que, estando el deceso a tan gran distancia en el pasado, aun en el caso de que aquella mujer hubiera sido asesinada treinta años atrás, el delito ya habría prescrito.

Los muebles, por ser todos ellos de maderas nobles de la mejor calidad (algunos de ellos conservaban el sello de haber sido fabricados en Francia), habían sobrevivido a la carcoma y se conservaban polvorientos, pero intactos. El resto de las cosas y los objetos de uso diario se veían colocados en sus sitios habituales; nada había fuera de lugar, pareciendo que aquella persona fuera la única habitante de la casa y que había sufrido una muerte repentina encontrándose en la más absoluta soledad. Debía haber fallecido por la mañana, pues en el velador que había utilizado para desayunar, se encontraba una bandeja con un plato llano, otro de postre, una cucharilla, un cuchillo, un tenedor y una taza de desayuno con un resto petrificado en su fondo de lo que debió ser café con leche, así como un azucarero vacío, cuya azúcar habría sido consumida por las moscas que habrían acudido al hedor del cadáver, y un tarro de vidrio cerrado con tapa, conteniendo miel hasta su mitad, que aún se conservaba fresca. Cuando revisamos uno por uno los catorce dormitorios de la casa, todos ellos con sus armarios-roperos vacíos, excepto uno de ellos, que tenía una de sus puertas entreabierta y su interior solo contenía ropa de mujer, por lo que dedujimos que aquel era el dormitorio de la señora difunta. En la cama, con la sábana encimera y la colcha apartada a un lado, el colchón de lana aún conservaba impreso el hueco que había dejado su cuerpo, dando la sensación, si no fuera por el tono tostado con el que el paso del tiempo había teñido

la tela en las partes expuestas al aire y la luz, de que se acabara de levantar.

Tres meses tardamos en limpiar y restaurar la vieja casa, el mismo tiempo que tardé yo en leerme las más de cinco mil páginas de los once tomos que componen el Diario, a razón de entre tres y cuatro horas diarias de lectura. Me ha resultado tan conmovedora la historia de Ana Márquez y de Manuel Ortiz, que me he decidido a darla a conocer.

Los voluminosos once tomos del Diario abarcan un amplísimo periodo de cincuenta y dos años, estando fechada la primera anotación el 10 de marzo de 1908, y la última el 19 de junio de 1960, pudiendo afirmarse casi con absoluta seguridad, que esta última fecha sea la de la muerte de Ana Márquez a los setenta años de edad; y aunque todo el contenido del Diario presenta rasgos interesantes y anecdóticos, dado que el enorme volumen de materia que contiene el Diario hace imposible presentarle al lector la totalidad del mismo, es mi intención remitirme a transcribir tan solo los primeros seis años, que fue la etapa en la que convivieron ambos protagonistas, es decir, desde marzo de 1908 hasta octubre de 1914, fecha en la que se produce la temprana y violenta muerte de Manuel Ortiz, para lo cual, he optado por seleccionar aquellas fechas cuyas anotaciones dan a conocer mejor al lector la idiosincrasia de los protagonistas y de los restantes personajes que en él aparecen, así como aquellas que mejor describen la hermosa historia de amor y sacrificio que representa la corta vida de esta pareja de amantes.

EL DIARIO DE ANA MÁRQUEZ

*El verdadero amor se goza en la
abnegación y el sacrificio.*

François de Chateaubriand

Martes, 10 de marzo de 1908

Este domingo pasado ha sido mi cumpleaños. Dieciocho años ya, ¡ahí es nada! De regalos recibidos ha estado la cosa más bien cortita; han sido poquitos, pero eso sí, todos útiles y de buena calidad: unas cuantas prendas de vestir de parte de la familia, entre las que se cuenta un precioso sombrero, regalo de la tía Ernestina; bisutería fina para los dedos y las orejas de parte de las amigas; y en cuanto a dinero, un solitario duro de plata del tío Eusebio, quien, pese a haberse vuelto rico podrido con su boyante empresa de importación y exportación, cada día está más tacaño; debe ser que la tacañería es cosa propia del empresariado.

Hablando del tío Eusebio, tengo que decir que es un empresario bastante atípico, que suele hablar muy mal de los políticos, los hacendados y los capitalistas, cuando él mismo va camino de convertirse en uno de ellos. A fin de dar una idea aproximada de cómo es el tío Eusebio, transcribo a continuación parte del discurso les dirigí a sus empleados e invitados el mismo día que inauguró las oficinas de su empresa de importación y exportación, en el que se despachó a gusto presumiendo de progresista: «...y, después de varios siglos de liberalismo económico, la podredumbre moral que el sistema capitalista genera en la sociedad, corrompiéndola y

amenazando con destruirla, ha dado como resultado que cada vez haya más ricos en el mundo a costa de que, por cada nuevo rico, haya mil nuevos pobres...»

Continuó exponiendo sus proyectos para el futuro y al hablar de las empresas en general, afirmó: «...y salvo muy raras excepciones, la gran mayoría de los empresarios suelen ser hombres de derechas que no quieren tener trabajadores a su servicio sino esclavos, pero como quiera que a los esclavos hay que vestirlos, alimentarlos y darles casa, les sale más barato disfrazarlos de trabajadores y abonarles un salario tan escaso que ni siquiera le alcanza a cubrir el coste de la manutención de su familia. Con ese raquítico salario que cobra, no le alcanza para pagar el alquiler de una vivienda y se ve obligado a vivir en la calle, o, si paga el alquiler, a mediados de mes ya no le queda dinero para alimentos, ropa o medicinas. Y cuando acude al empresario en reclamación de un aumento de sueldo, este le dice que eso no es problema suyo y que si quiere ganar más dinero tiene que trabajar más horas...».

También aquel mismo día afirmó tajantemente: «...los políticos, salvo honrosas y muy escasísimas excepciones, están tan corrompidos y tan sometidos al poder de los grandes empresarios que, a estas alturas, ya forman ambos un solo bloque con idéntico interés, que no es otro que el de enriquecerse, habiendo llegado a podredumbre al extremo de que ya no es el empresario el corruptor que acude al despacho ministerial con el fin de sobornar al ministro de turno para que le adjudique la contratación de una obra o la compra de unas partidas de materiales, sino que es el propio político, corrupto hasta la médula y habiendo acudido a la política con el exclusivo ánimo de medrar y enriquecerse,

quien se transforma en corruptor, llama al empresario para que acuda a su despacho y le exige la entrega de una determinada cantidad de dinero a cambio de obtener la firma de dicho contrato».

Más adelante, vino a afirmar que: «...hoy por hoy no tenemos políticos; la verdadera y auténtica política es algo más elevado, más noble y más digno que las estupideces que nos hacen leer cada día en los periódicos. Toda esta bazofia de políticos que tenemos, que cree que el país es un juguete que se les ha regalado para que hagan con él lo que les dé la gana, han hecho del Parlamento el patio de un corral de vecinos, en el que cada día, en lugar de emplearse a fondo en discutir y encontrar soluciones a los muchos problemas que tiene el país sin resolver, dan lugar una pelea verbal, en la que cada uno se inmiscuye en la vida personal del otro y acaban tirándose los trapos sucios a la cara e intercambiándose una buena dosis de insultos y exabruptos en el más puro estilo corralero, mientras que el resto de los pajarracos de sus respectivos partidos jalean con aplausos sus insultos, sin que el Presidente de la Cámara mueva un dedo para ponerle coto a tan desvergonzadas actitudes, impropias de los que dicen ser los Padres de la Patria. La inculta e ignorante clase política es el espejo dónde se refleja la ignorancia y la incultura crónicas en las que la población española lleva sumergida desde hace muchos siglos; y esta ignorancia e incultura son las que nos llevan a poner sistemáticamente los destinos de la nación en manos de los personajes más vagos, más torpes y más inútiles del país, cuando deberían estar puestos en manos de nuestros hombres más sabios, los más justos, los más honrados y los que más y mejor preparados estén».

Y continuó despachándose a gusto sobre los políticos

cuando dijo: «...la mayoría de ellos son analfabetos y retrasados intelectuales que, al ser incapaces de ejercer cualquier trabajo honrado, se refugian en la política por los elevados sueldos que en ella se cobran, sin que se les exija aprobar ningún examen para ejercer nada menos que de legisladores y directores del país; los hay que incluso ostentan un título universitario, resultado ser algunos de estos los más estúpidos, yo suelo llamarlos analfabetos ilustrados».

Pero lo más extraordinario de todo fue que el tío Eusebio concluyó aquella filípica con la cínica afirmación siguiente: «...como ustedes comprenderán, a mí todo esto me da igual, pues, según mis cálculos, el desastre total no llegará hasta mediados del próximo siglo».

Entre los invitados a la inauguración había un periodista que, mostrándose interesado por estas últimas palabras, le inquirió: «Don Eusebio, es muy interesante lo que acaba de decir, ¿se atrevería a señalar qué país de régimen capitalista cree usted que será el primero en caer?». A lo que el tío Eusebio, pensativo y elevando la mirada al cielo durante un instante, le respondió de forma categórica: «No sabría darle ni una fecha ni un nombre, pero sí puedo afirmarle con plena seguridad que el primero en caer será aquel país que dentro de cincuenta años se haya erigido en potencia económica rectora y cabeza visible del sistema».

Por todos estos «requiebros» que suele dedicarle al empresariado, y muchos otros que no he llegado a mencionar y que son aún más peyorativos, pero sobre todo por los que le dedica a la clase política, es por lo que creo que mi tío sufre de una politicofobia aguda que hace que no pueda ver a un mandatario ni en pintura.

Pues, como venía diciendo antes de meterme a contar las

naranjadas con las que el tío Eusebio obsequia a los políticos y a los ricos, al parecer, el día de mi cumpleaños pasó por casa a felicitarme, después de haber asistido a no sé qué importante acto social, y llegó vestido de flamante levita y chistera. Arrogante y más estirado que el palo de una escoba, me dio un beso, me felicitó, y sin decirme ni media apalabra más, se metió la mano en el bolsillo del chaleco, sacó un «pelón»¹ y, en lugar de depositarlo en mi mano, lo dejó caer con fuerza sobre la tapa de mármol del velador de la salita, con la intención de que el sonido metálico del impacto y el de la posterior oscilación de la moneda sobre la lisura de la piedra llame la atención de toda la familia, y que todo el mundo se entere de que me estaba dando un duro; así de fatuo se me ha vuelto el tío Eusebio.

Bien, un duro de plata no es una fortuna, pero siempre viene bien. La Física nos dice que este metal se funde a 1235 °C y se vaporiza a los 2435 °C, pero los veintidós gramos y medio de aquel duro se me han volatilizado de las manos a temperatura ambiente en menos de veinticuatro horas, cuando ayer por la tarde, paseando con mi amiga Laura Cifuentes por la calle Sierpes, entramos en la librería de Eulogio de las Heras y me compré por quince reales este bonito y gordísimo Diario en el que estoy escribiendo hoy, con más de quinientas páginas de tamaño doble folio, las cubiertas forradas de cuero y la palabra «Diario» grabada en la portada y en el lomo con letras de oro de veinticuatro quilates, o al menos eso es lo que me ha dicho el dependiente que me lo despachó.

¹ Moneda de plata de cinco pesetas acuñada en 1891 con la efigie de Alfonso XIII, niño y con escaso pelo en la cabeza, de aquí el sobrenombre de «pelón».

Mi amiga Laura es alta, delgada y morena, como yo, y aunque tiene un cuerpo atractivo y muy bien formado, que gusta mucho a los hombres, sus ojos son de un bonito color celeste, y el color natural de su tez es de ese tono bronceado que tan de moda está ahora, sobre todo en verano, su rostro no resulta muy agraciado por mor de su nariz, que es algo grande y aguileña, pero este defectillo se ve ampliamente compensado por su bondadosa sonrisa, que bien podría decirse que es angelical. Además de ser una buena persona, Laura es amable y atenta, es servicial y de pensamiento bastante libertario, pero como quiera que es hija de un abogado, miembro activo del Partido Conservador de Cánovas del Castillo, monárquico hasta las trancas, de misa y comunión diarias, con un carácter tan distinto al de su hija que resulta totalmente opuesto; y como quiera que, además, también es hermana de un cura que navega por las altas esferas de la Iglesia por ser secretario del arzobispo de la diócesis, el cardenal Almaraz, se ve obligada a llevar en su vida diaria una intachable conducta de moral católica apostólica y romana, así como a ser una fiel cumplidora, hasta en el menor detalle, de las obligaciones litúrgicas del fiel creyente católico.

Por cierto, que esto de la amistad es algo a lo que, desde siempre, he venido dándole muchas vueltas. Y es que no estoy yo muy de acuerdo con los cánones que socialmente rigen para lo que debe ser una auténtica amistad. A pesar de que son buenas personas todas las que llamo «mis amigas» —pudiéndolas contar con los dedos de una mano, y aún me sobran uno o dos dedos—, ni a Laura ni a las otras las puedo considerar realmente como tales amigas al no haber podido confirmar fehacientemente dicha amistad con algún hecho trascendente, y de verdad que no culpo de esto a ninguna de

ellas, porque tengo muy claro que la culpa es solo mía; y es que mi concepto de la amistad es tan superlativo que supera con mucho en exigencias a la idea que la mayoría de las personas tienen de lo que es una genuina amistad.

Voy a tratar de explicarme. Para mí, las palabras *afecto*, *devoción*, *ternura* y *adhesión* son inherentes al concepto de amistad. Yo creo que ser amigas no es salir juntas los domingos a pasear y distraernos contándonos los chismes del día; esas no son amigas, son acompañantes chismosas. La verdadera amistad entre dos personas es aquella que hace que una de ellas sufra como si fuesen propios, los problemas, los dolores y las preocupaciones de la otra; la auténtica amistad es la que hace que una no quiera para su amiga lo que no quiere para sí misma; es la que te obliga a privarte de llevarte un plato de comida a la boca para dárselo a tu amiga que está más necesitada que tú, o incluso, en un caso extremo, es la que te lleva a ofrecer tu vida a cambio de la suya. Habrá quien diga que esto que estoy diciendo ya no es amistad, sino que es pasión o enamoramiento, y puede que sea cierto que la verdadera y auténtica amistad subyace sobre la base de un sentimiento de profunda admiración, de ternura y de amor sublime hacia la otra persona, que nada tiene que ver con el sexo. Como quiera que nunca se ha dado una situación extrema en la que nos hayamos podido demostrar nuestro grado de amistad, es por esto que considero a Laura y a las demás como unas amigas potenciales. De igual forma que a un soldado se le supone el valor frente al enemigo hasta que llega una guerra y tiene la ocasión de demostrarlo, el grado de sentimiento de amistad, descrito en las condiciones de amor y sacrificio que he expuesto anteriormente, se le supone al amigo hasta que ocurre alguna desgracia y le llega

el momento de exteriorizarlo.

Volviendo a mi paseo con Laura por la calle Sierpes, cuando a última hora de la tarde ya veníamos de recogida a nuestras casas en la calle Arrayán y bajábamos por la Corredería, al llegar a la esquina de esta con la calle Feria nos hemos dado de cara con Manolo Ortiz, que venía abstraído leyendo un papel por la acera de los impares. Todo fue verlo y no pude evitar darle a Laura un pellizco en el brazo que le hizo dar un grito; cuando lo veo venir, tan guapo, con ese corpachón de estatua griega que Dios le ha dado y me mira con esos ojazos verde-esmeralda, me tiemblan las rodillas, y si encima me dedica una de sus seductoras sonrisas, entonces me derrito como un helado puesto al sol en verano.

—Adiós, Manuel —le dijo Laura en tono festivo, llamándole la atención con las manos y despertándolo de su abstracción lectora—, siempre ha habido ricos y pobres.

—Ah, pero si son las dos niñas más guapas de mi calle y de todo el barrio de la Feria, pero ¿qué digo del barrio?, de toda Sevilla y su provincia —respondió el muy tunante, deteniéndose y dedicándonos una fascinante y a la vez monumental sonrisa de oreja a oreja, que nunca he sabido de donde la saca, pues su boca es de tamaño normal y no parece que pueda dar tanto de sí—. Perdonadme, iba distraído. Qué hacéis, ¿vais de paseo?

—Ya venimos de recogida —le contesté yo—. Mira lo que me he comprado.

Rompí el papel de estraza que lo envolvía y muy ufana le enseñé mi Diario.

—Es muy bonito y parece de muy buena calidad, te habrá costado caro.

—No creas que es tan caro, tan solo quince reales en la

librería de Eulogio de las Heras.

—Casi cuatro pesetas, ¿te parece poco? Muchas veces he pensado yo también en comprarme un Diario y nunca me he decidido a hacerlo; creo que no voy a tener la constancia de escribir en él cada día.

—Tampoco es necesario escribir en él diariamente —le dije—, sino solo aquellos días en los que hayas vivido algo interesante y quieras recordarlo para siempre.

—Sí, eso es cierto, llevas mucha razón. Espero que, si este encuentro te ha parecido interesante, lo escribas hoy y así tendré el honor de aparecer en la primera página de tu Diario —me dijo—. ¿Lo harás?

—Pues claro que me ha parecido interesante —le respondí, con el semblante serio y mirándolo fijamente a los ojos, diciéndole con la mirada que estaba tan enamorada de él que soñaba con otro encuentro, pero esta vez en una iglesia y vestida de blanco, del que nunca nos alejaríamos y que duraría hasta que la muerte nos separe—. Ten por seguro que aparecerás en las primeras páginas de mi Diario. Por cierto, no sé si sabes que me he matriculado en primero de Medicina.

—Me había enterado de que por fin una mujer valiente se había atrevido a matricularse en una carrera que hasta ahora había estado reservada a los hombres, pero no sabía que fueras tú hasta que me lo dijo tu vecina Delia. ¿Cómo has conseguido que te admitan?

—Bueno..., ha sido por influencias... Como sabes, mi padre es el sacristán de nuestra parroquia. Una mañana, hablando con don Javier Cisneros, el párroco de Ómnium Sanctorum, que tiene buena mano con los jerarcas del clero por ser canónigo de la catedral, le pidió que hablara con don

Enrique Almaraz, el arzobispo, que es mucho de ayudar a las mujeres. Se dicen muchas cosas malas de don Javier Cisneros; las malas lenguas afirman que mantiene relaciones con cuatro o cinco mujeres de la parroquia, algunas de ellas casadas, y también se dice que hay en el barrio un niño que tiene su misma cara y otros dos o tres que también se le parecen muchísimo. Este barrio es muy grande y yo no sé quiénes pueden ser esas mujeres ni esos niños, no los he visto nunca ni sé si estas cosas que se dicen del él son ciertas o si son habladurías, pero lo que sí sé es que a servicial no hay quien le gane al padre Cisneros, y que es el primero en preocuparse por los pobres que piden limosna en las puertas de la iglesia, a los que les regala cada domingo una parte del dinero que se recolecta en la misa y en los cepillos. Pues, como te decía, don Javier le habló de mí al arzobispo con tanto entusiasmo y me echó tantas flores, exagerándole tanto mi talento y mis ganas de estudiar Medicina que, de inmediato, el cardenal le envió cartas al director de la Facultad Provincial de Medicina y al presidente de la Diputación Provincial, diciéndoles que tenía un gran interés en que me admitieran.

—Bueno, sí —terció Laura—, y también mi hermano Jorge Juan, que como sabes es sacerdote y secretario del arzobispo, le pidió que se interesara en el asunto.

—O sea, en pocas palabras —respondió Manolo—, que el cardenal Almaraz le ordenó al director de la Facultad y al presidente de la Diputación que te admitieran..., lo que no consiga la Iglesia... La verdad es que prohibir a la mujer los estudios médicos es una discriminación que no ha de tardar en desaparecer. Parece que ya no nos acordamos de que durante muchos siglos han sido las sabias mujeres herbolarias

las que han estudiado las propiedades curativas de las hierbas y siempre han sido ellas las que se han ocupado de cuidar de la salud de las gentes. ¿Sabes que, si llegas hasta el final y consigues la titulación, serás una de las diez primeras mujeres con título de médico que haya en España?

—Sí, lo sé, y por un lado me enorgullece, pero por otro lado me preocupa; tengo la duda de si la sociedad sevillana me aceptará como médica o si mi titulación me convertirá en una anécdota, o lo que es lo mismo, si acabaré siendo una médica desperdiciada y relegada a las labores domésticas de su casa y al cuidado de los niños.

—Esperemos que eso no ocurra. ¿En qué rama piensas especializarte?

—Lo que más me gusta es la cirugía, pero pensando en los reparos que tenéis los hombres en que otro hombre, aunque sea médico, vea a su mujer embarazada desnuda y le sobe sus partes íntimas, tal vez me especialice en ginecología y obstetricia. ¿Tú qué opinas?

—Que llevas razón en lo que dices, y que tampoco les faltan argumentos a aquellos hombres que se resisten a que sus esposas sean examinadas por un obstetra, ya que, como podrás comprobar por ti misma a lo largo de la carrera, muchos de tus compañeros se especializaran en obstetricia porque son obsesos del sexo. Pero, ¿sabes qué pasa con ellos?, que luego, cuando llevan trabajando unos de años y por sus manos ya han pasado varios miles de vulvas, su obsesión sexual ha desaparecido, se han casado y ni se acuerdan de que cada noche duerme una mujer a su lado. Pero mi consejo es que seas cirujana, si eso es lo que te gusta; desgraciadamente, tenemos muy pocos buenos cirujanos.

—Tú ya estás en el último curso, ¿no?, pero no te veo

nunca por los pasillos de la Escuela de Medicina.

—Yo también soy cirujano y, si no me ves nunca, es porque nos pasamos todo el tiempo en el Departamento Anatómico destripando los fiambres de los indigentes que cada día recogen los *guindillas* municipales en las calles, víctimas del hambre y del frío, y cuyos cadáveres nadie reclama.

—¡Qué pena! Oye, a ver si nos vemos y me dejas tus apuntes de primero, si es que los conservas.

—Claro, mujer, no solo los conservo y puedes contar con ellos, sino que también puedes consultarme todas las dudas que te vayan surgiendo a lo largo del curso, por si puedo aclarártelas. Podemos incluso organizarnos y estudiar juntos algunos días, así podré ir aclarándote las dudas a medida que te vayan surgiendo. A partir de la semana que viene ya habremos acabado con las disecciones y nos veremos con más frecuencia.

Cuando le oí decir a Manolo aquello de estudiar juntos me dio un vuelco el corazón. ¿Lo habrá dicho solo por querer ayudarme o será por algo más? ¡Mira que si al final resulta que yo también le gusto a él y estamos aquí perdiendo el tiempo en dimes y diretes!

Y, con esto, acabo por hoy la escritura del primer día en mi Diario, con la esperanza de que, uno de esos días que estemos estudiando juntos, me tome de una mano, me mire con el labio descolgado y ojos de cordero degollado, y me diga balbuciente que está perdidamente enamorado de mí.

Veo que me he entusiasmado demasiado escribiendo y he llenado casi dos de estas gigantescas páginas, que tienen un palmo y medio de ancho por más de dos palmos de alto, y creo que para ser el primer día no ha estado nada mal.

Lunes, 16 de marzo de 1908

Estoy contentísima. Por sus gentilezas para conmigo y su forma de mirarme, ya adivinaba yo que le gustaba, pero hoy he salido de dudas y he sabido a ciencia cierta que Manolo Ortiz está por mis huesos.

Estando en clase de Anatomía, me encontraba yo sentada muy cerca de la puerta del aula y, cuando ha terminado la clase, he sido de los primeros en salir y he sorprendido a Manolo esperándome en el pasillo, distraído, con la espalda apoyada en la pared y fumando un cigarrillo. Cuando ha visto que la puerta del aula se ha abierto y ha empezado a salir la gente, adoptando un gesto de sorpresa y moviéndose de forma que pareciera que pasaba por allí y el encuentro era casual, se ha acercado a mí sorteando a los que salían primero, pero yo sé que aquello no era una coincidencia fortuita, sino que estaba esperando a que saliera. Luego me ha invitado a un café en la cantina y hemos charlado de todo menos de Medicina. Lo primero que me ha preguntado es si tengo novio y luego me ha sometido a un interrogatorio de tercer grado. Me ha estado sonsacando cuales son mis gustos y mis aficiones; que si me gusta leer, que si me gusta el teatro, que cuales son mis autores preferidos, que por dónde y con quien paseo los domingos, pero lo que más me ha gustado de todo es la cara de disgusto que ha puesto cuando me ha preguntado que cuál era el día de mi cumpleaños y le he contestado que había sido la semana pasada. Estoy completamente segura de que me lo ha preguntado porque le habría gustado hacerme un regalo. Y, además, ¿a qué venían todas esas preguntas tan íntimas si no es para saber si tenemos

gustos compatibles?

—¿Cómo llevas el curso? —me inquirió—. Te lo pregunto por si necesitas ayuda en alguna asignatura.

—En general lo llevo bastante bien —le respondí—, menos en Histología, que en los exámenes del primer trimestre me han dado un aprobado raspado y en Anatomía, que he sacado un seis; en las demás asignaturas he tenido muy buenas notas.

—Es que para entender bien la histología hay que saber bastante anatomía. Si quieres, esos temas los estudiamos juntos en mi casa el día anterior al de la clase. Ya sabes que mi padre es médico y puede aclararnos algunas dudas, pero también nuestra biblioteca médica de casa ha crecido bastante durante estos últimos cinco años de mi carrera, y puede ayudarnos a dilucidar muchas cuestiones.

Es la segunda vez que Manuel me ha invitado a estudiar en su casa y me ha sonado a coro de ángeles, pues vernos todos los días en los pasillos de la Facultad no es lo mismo que quedar en su casa para estudiar; yo lo veo como un paso decisivo para alcanzar mi anhelado compromiso de noviazgo. Pero la verdad es que tendrá que ser un noviazgo largo, porque de momento no quiero ni oír hablar de casamiento ni de parir y criar niños; lo primero que tengo que hacer es terminar la carrera y comenzar a trabajar; después, ya veremos. Él la termina este año y, gracias a la influencia de su padre, ya tiene reservada una plaza de cirujano en el Hospital de las Cinco Llagas, al que recientemente se le ha cambiado el nombre por el no menos feo y dramático de Hospital de la Sangre; al menos, este cambio rompe con la manía de ponerle a los hospitales nombres bíblicos o de santos, como si las curaciones de las enfermedades estuvieran

en manos de estos y no de los médicos, y todo por darle gusto a la Iglesia; ¿no sería más coherente darles nombres de famosos médicos de la antigüedad o de grandes descubridores de enfermedades o de remedios? Si me dedico a estudiar de firme, para dentro de cuatro años seré médica, estaré casada y trabajaremos juntos en el mismo hospital.

—Gracias, Manolo —le respondí—, me parece una idea estupenda, pero ten en cuenta que estas dos asignaturas suman cinco días a la semana, ¿no será una molestia para tu familia? —le respondí dedicándole mi mejor sonrisa de agradecimiento.

Si algún desconocido lee algún día este Diario, que no se extrañe de que haya escrito que le he regalado a Manuel mi mejor sonrisa de agradecimiento, porque estando la mujer tan depreciada socialmente y siendo los gestos faciales, y entre ellos la sonrisa, un arma de defensa femenina, es cosa de mujeres el tener unos cuantos de estos gestos y sonrisas distintos bien ensayadas. A mí, entre los que mejor se me dan, están el de aparentar tristeza —hago unos pucheros tristesísimos, e incluso puedo echar algunas lagrimitas con bastante facilidad— y la sonrisa burlona, consiguiendo que llegue a ser extremadamente sarcástica, pero mi mejor interpretación, la que me sale más auténtica, es la de agradecimiento; tal vez sea la mejor de todas porque soy agradecida por naturaleza.

—No creo que a mis padres les vaya a molestar tu presencia —me respondió—. A mi padre ya sé que no le importará, pero como las mujeres sois para estas cosas más suspicaces que los hombres, por aquello del qué dirán los vecinos si te ven entrar a diario en nuestra casa, lo mejor será que se lo consulte antes a mi madre, a ver qué dice.

Me ha escamado mucho la duda que me ha manifestado en cuanto a la opinión de su madre. Sabiendo los vecinos que los dos estamos estudiando la misma carrera, a nadie le extrañará vernos hablar en la calle y mucho menos que estudiemos juntos. Ya sé que a don José no le importará que vaya a su casa cada día porque es un venerable santo varón, pero a doña Gertrudis hay que echarle de comer aparte, menudo genio tiene la buena señora y menudo pisto se da, y eso que antes de casarse con don José estaba empleada vendiendo pescado en un puesto del Mercado de abastos de la Encarnación; anda que, si llega a ser hija de marqueses, no hay Cristo que la aguante. Manolo debe conocer bien a su madre, no en vano sufre su carácter cada día, y el hecho de haberme dicho que con su padre no hay ningún problema, pero que se lo consultará a su madre, parece evidenciar que no las tiene todas consigo. Por lo que se ve, siendo la señora hija del pueblo y nacida en una corrala de vecinos, al haberse casado con un médico, el título del marido se le ha subido a la cabeza, se tiene creído que es una patricia romana y nos tiene a los demás por plebeyos. Pues no sé a qué viene darse tanta importancia, porque, como todo el mundo sabe, el Hospital de la Sangre, que es dónde trabaja don José, por aquello de que es un hospital de beneficencia, tiene fama de pagarles bajos salarios a sus médicos, razón por la que don José tiene que sacarse algunas pesetas extras en la consulta privada que tiene abierta en la planta baja de su casa; segura estoy de que mi señor padre, con su sueldo de sacristán, más lo que saca por las tardes en el taller de Antoñín haciendo farolillos de vidrio y hojalata, supera en ganancias crematísticas a las de muchos médicos.

Bueno, ya me dirá mañana mi adorado Manolo, cuando

nos veamos en la Escuela de Medicina, qué es lo que opina su señora madre de mis visitas. Ah, y no vaya a creerse la buena mujer que si me admite en su casa voy a ir cada día con las manos vacías, porque una tiene su dignidad y su vergüenza torera, y pienso llevarles cada tarde alguna cosita para acompañar al café de la merienda, así apreciarán la buena mano que tiene mi madre haciendo tartas y bizcochos.

Martes, 17 de marzo de 1908

Hoy, cuando he salido de clase de Biología celular, Manolo me estaba esperando sentado en uno de los bancos del claustro que rodea el patio principal de la Facultad. Me ha dicho que le ha costado Dios y ayuda convencer a su madre de que me permita ir cada día a su casa a estudiar.

—Mira, Manuel, si para ella es un problema que yo acuda a tu casa, lo dejamos —le he respondido—. Ya buscaremos la manera de coincidir aquí y reunirnos en la Sala de Estudio.

—Y, ¿no podríamos hacerlo en tu casa? —me ha inquirido.

—No, Manuel, en mi casa es muy complicado. Tu casa es grande y eres hijo único, por lo que solo sois tres; la mía es un piso pequeño, somos cinco de familia y siempre hay ruido de voces; mis padres hablan, bromean y ríen a voz en cuello, y mis hermanas, las gemelas, son las más chillonas del mundo. Contra todos esos elementos tengo yo que luchar cada día cuando me pongo a estudiar.

—Entonces no se hable más, estudiaremos en la mía; bastante trabajo me ha costado convencer a mi señora madre para renunciar ahora.

—Pero, ¿qué es lo que te argumentaba para negarse?

—Qué va a ser, lo que siempre hemos hablado, el qué dirán los vecinos viéndote entrar cada día en mi casa.

—Pero ese argumento es fácil de rebatir. Todo el mundo puede entender que lo hacemos porque somos compañeros de estudios.

—Sí, eso es cierto, aunque no todo el mundo lo entendería, pero es que hay algo más que tú no sabes.

Al decirme esto, de inmediato pensé en que ese algo más sería que doña Gertrudis consideraría que, al tiempo que me permitía la entrada en su casa como compañera de estudios de su hijo, implícitamente también aceptaba a mi familia como sus iguales, y tal vez a ella le parecía que la familia de un sacristán, que se veía obligado a tener que trabajar cada día unas cuantas horas extras en un taller de mala muerte, como era el de Antoñín, no era digna de codearse con tan digno y notable personaje como se consideraba ella.

—¿Dices qué hay algo más?... —le pregunté con timidez, preguntándome mentalmente qué podía ser peor que lo que acababa de pensar.

—Sí, mi madre quiere casarme con Remedios Sigüenza, la hija de don Raimundo Sigüenza, un riquísimo industrial del ramo de la construcción. Él y su hija llevan más de tres años acudiendo a la consulta de mi padre el primer día de cada mes, siempre que no caiga en domingo, que entonces lo adelantan un día y vienen el sábado. Remedios es ligeramente asmática y don Raimundo tiene un tumor carcinoide de crecimiento lento en el estómago, y como además es viudo, siempre vienen juntos. Tienes que haberlos visto alguna vez por la calle Arrayán.

Todo aquello que me estaba contando Manuel era mucho

peor que tener que soportar los aires de grandeza de la pescadera y durante un instante el estómago se me vino a la boca y la cabeza me dio vueltas. Mi archivo de memoria buscó sin éxito recuerdos de haber visto a alguna pareja, formada por una joven y un señor mayor que pudiera ser su padre, acudiendo al número 21 de mi calle Arrayán, a la «casa bonita», que así era como llamábamos el vecindario a la vivienda de la familia Ortiz, un hermoso edificio de dos plantas, con un balcón corrido que cubría toda la fachada y tenía sus rejas abarrotadas de plantas y flores; un portal de madera noble con dos hojas cubiertas de dorados clavos de bronce; y un zaguán, con la solería de mármol y sus paredes alicatadas de azulejos trianeros, que quedaba separado del patio por una artística cancela de hierro forjado pintada de blanco.

—Y tú..., ¿qué dices tú a eso?... —logré balbucir, en el justo momento en el que pasaba junto a nosotros don Andrés Albéniz, el catedrático de Anatomía y Cirugía, que nos hizo un gesto de saludo y casi se detiene, pareciéndome que me miraba con interés profesional, tal vez llamándole la atención la palidez cadavérica que debía haberme subido al rostro por el miedo que estaba pasando oyendo lo que me estaba diciendo Manuel.

—Les he dicho que me niego rotundamente a ello —me respondió con firmeza—. Remedios es una buena muchacha y, en conjunto, no es fea, pero observándola en detalle no hay nada en ella que sea de mi gusto. Tiene la nariz pequeña y respingona y, aunque lo que voy a decir no tiene ningún fundamento científico, no sé por qué razón siempre he creído que a quien tiene una nariz como esa le huele mal el aliento; tampoco me gustan algunos gestos que hace con su

cara al hablar, ni el tono de su voz, que me resulta algo desagradable y chillón, y también creo percibir una cierta exhalación, muy sutil, en su olor corporal que me desagrada.

—O sea, que no hay química entre vosotros —le respondí, ya algo más tranquila—. ¿Y tu padre qué dice?

—Mi padre me dice que, con el dinero que él gana cada día y con el que yo ganaré cuando termine la carrera y comience a trabajar en el hospital, no nos falta de nada y vivimos felices. Me insta a que haga lo que mi corazón mi dicte y que no le preste atención a esa ansia de grandeza que padece mi madre, seguramente como reacción a la pobreza en la que vivió antes de casarse con mi padre. Y también suele recordarme con frecuencia que la mucha abundancia de dinero suele traer más problemas que placeres; y siempre me anima a que sea yo quien decida con quien me quiero casar.

Al escucharle aquella respuesta, tan sincera y tan bien acompañada de tantos buenos consejos de su padre, pensé que el suspiro de alivio interior que dio mi alma debió haberse materializado y oído como si hubiera salido por mi boca.

—Mañana tengo clase de Histología y todavía tengo alguna dificultad en diferenciar algunos tipos de tejidos por sus características morfológicas y por sus funciones —le dije, siendo verdad que tenía clase de Histología al día siguiente, y una mentira, como una casa de grande, que no sabía diferenciar los diferentes tipos celulares que constituyen cada tejido y describir sus características más importantes, todo para arrancarle que dijera de vernos para estudiar juntos.

—Entonces nos vemos en mi casa esta tarde a las cinco, ¿te parece buena hora? Merendaremos juntos para no tener

que estudiar rugiéndonos de hambre el estómago.

—Allí estaré —le respondí, satisfecha de haber provocado su invitación.



A las cinco en punto he tirado de la cadena haciendo sonar la campanilla de la casa de Manuel. Amelia, una de las dos criadas que tienen los Ortiz, ha sido quien me ha abierto el portal y me ha hecho pasar al patio. No veía aquel patio desde que era una niña; lo recordaba como un espacio fresco y precioso, en el que el sol entraba por la acristalada montera iluminándolo intensamente. Es cuadrado y a su alrededor corre una galería bajo arcos de medio punto soportados por columnas de blanquísimo mármol. Al otro lado del patio, bajo el arco que queda de frente a la puerta de acceso, destaca el busto marmóreo de un personaje con las barbas y los cabellos ensortijados, reposando sobre un pedestal rectangular, también de mármol blanco y con una inscripción en latín que dice *Hadrianus Imperator*, procedentes ambos de las ruinas de Itálica. En su centro, rodeada de macetas, se alza una graciosa fuentecita de cerámica azul y blanca, con tres chorros, en cuya taza nadan algunos peces de colores. Y, aunque ya no se veían, también recordaba con bastante nitidez que, en un rincón del patio, había una dorada jaula cilíndrica que colgaba de un amplio soporte metálico semicircular, y dentro de ella vivía un loro verde, llamado Lorenzo, o al menos ese era el nombre que rezaba grabado en una pequeña placa metálica rectangular fijada a los barrotes, que se afanaba en pelar con gran habilidad las pipas de girasol que tenía en el comedero. Justo debajo de aquella jaula, era el

lugar en el que Micifuz, el gato de la casa, prefería dormitar sin dar muestras de que le molestara lo más mínimo el que, de cuando en cuando, le cayera alguna pipa sobre el lomo.

Recordando todo esto al abrir Amelia la cancela que daba al patio y recibir el agradable perfume que la prematura primavera sevillana hacía exhalar a las profusas plantas olorosas que vegetaban en los arriates que lo circundaban, se me pasó por la cabeza que debía ser una verdadera delicia estudiar en un patio como aquel, con los sentidos embelesados, sin tener que escuchar los gritos de mis gemelas, rodeada de tan plácidos aromas y oyendo tan solo el rumor de la fuente.

Al entrar en el patio me ha sorprendido ver a don José Ortiz sentado en una de las cuatro butacas que rodean el velador circular, afanado en la limpieza de varias pistolas, unas antiguas y otras modernas, que tenía desarmadas sobre la mesa. Nunca le había oído decir a nadie del barrio que don José, *el matasanos* (pues así lo llamábamos, cariñosa e injustamente, ya que tenía fama de ser un gran profesional de la Medicina), tuviera la afición de coleccionar pistolas, y esta misma tarde he tenido la ocasión de contemplar por primera vez en mi vida la gran colección que tenía cubriendo toda una pared del salón-comedor y saber por boca del propio don José que aquella acumulación de armas la había iniciado su difunto padre, que fue coronel médico de Infantería, y aunque él no la había continuado, sí la había mantenido por respeto a su memoria; esta explicación ya me cuadró más con la opinión de hombre de paz que yo tenía de su persona, pero es verdad si digo que, cuando he visto tantas pistolas juntas, me ha dado miedo; las armas nunca traen nada bueno.

—Buenas tardes, don José —lo he saludado, sacándolo de

su concentrada ocupación.

—Hola, Ana, pasa, pasa —me ha respondido, mientras agitaba una mano invitándome a pasar—. ¿Qué, estás dispuesta a estudiar la profesión más grata y también la más ingrata del mundo?

—¿Por qué dice usted eso, don José?

—Porque, si después de hacer ímprobos esfuerzos para salvarle la vida a un paciente, pudiendo esto llevarte días o semanas enteras estudiando su caso y durmiendo mal por la preocupación, el resultado es satisfactorio y consigues sanar al enfermo, te vas a llevar la mayor de las alegrías que puedas recibir en tu vida, pero si el resultado es adverso y fallece, te maldecirás por no haber sabido más Medicina, que hubiera ayudado al finado y tal vez lo hubiera salvado.

No he podido contestar a su argumento, pues en ese instante ha aparecido por una puerta lateral doña Gertrudis cogida del brazo de su hijo, quien al verme le ha soltado con delicadeza su brazo, se ha acercado a mí y, pareciendo olvidarse de que somos vecinos y que nos conocemos desde que éramos niños, tal vez con la intención de no revelar ante su madre ningún gesto que ponga de manifiesto que le gusto, me ha saludado con un excesivo formalismo, casi como se saluda a una desconocida, tendiéndome la mano y estrechándomela con suavidad, al tiempo que me dedicaba una ligera y casi protocolaria inclinación de cabeza. Estoy completamente segura de que, por no defraudar la ilusión que su madre tiene en casarlo con esa opulenta muchacha, Manuel no ha querido evidenciar con un saludo más afectuoso cuáles son sus verdaderos sentimientos hacia mi persona.

—Hola, Anita —me ha saludado la pescadera, dedicándome una sonrisa tan artificial que bien podía pasar por ser

una mueca burlesca—. Hija mía, como Pepe y yo salimos tan poquito a la calle, hace un siglo que no te veo. ¡La virgen!, ¡cuánto has crecido, muchacha! Te veo *mu* guapa y *mu* mujerona, ¿cuántos años tienes ya?

—Dieciocho he cumplido hace unos días.

—¡La virgen!, ¡cómo pasa el tiempo!, si hace *na* eras una niña. Anda que no has *jugao* veces en mi *sanjuán*.

—Sí, señora, con mis amigas Laura Cifuentes, la hija de don Fadrique, el abogado del 32, y Mercedes Torres, que vive en el 24, la hija de don Gumersindo, el empleado del Banco Central de la calle Feria. El suyo era nuestro zaguán preferido, sobre todo en verano, por lo fresco que era.

—Sí, claro, ¡la virgen! ¡qué me vas a decir!, si las tres veníais buscando refrescar vuestros culos calientes en el frescor del mármol de mi portal —me respondió, sacándome los colores.

Hasta que le ordenó a la criada que sirviera la merienda allí mismo, en el patio, no me acordé del paquete de pasteles que llevaba en las manos, que lo había comprado un momento antes en la pastelería *El tocino de cielo*, en la calle Relator.

—¡La virgen!, ¿por qué te has *metio* en esto?, no hacía falta que trajeras nada, aquí tenemos de *to*.

—Lo sé, señora, pero mis padres me han enseñado que no se va de visita a ninguna casa sin llevar un presente.

—¡La virgen!, ¡qué finolis!, pero si vas a seguir viniendo a esta casa un día sí y el otro también, mejor será que no traigas nada; igual tu familia no puede permitirse este gasto diario.

Ese comentario estaba fuera de lugar y me escoció, por lo que le respondí:

—No se preocupe por eso señora, mi padre gana suficiente dinero para este gasto diario y aún nos sobra algo para ayudar a los pobres que piden limosna en la puerta de la iglesia, y también para auxiliar a algún que otro amigo de la familia que esté pasando una mala racha y no se encuentre en buenas condiciones económicas.

Se ve que no le ha sentado nada bien mi contestación a doña Gertrudis, pues si bien no me respondió palabra alguna, la fiereza de la mirada que me dirigió era fulminante.

La tarde ha transcurrido con Manuel y yo clavando codos en aquel velador, sentados en cómodas butacas y desvelando de cuando en cuando algún secreto arcano de las misteriosas interioridades de las células, en compañía de don José, quien siguiendo órdenes de su mujer hacía de carabina sentado en otra de las butacas, leyendo un libro y aguardando a que le hiciéramos alguna consulta para hacernos una magistral demostración de su gran sabiduría hipocrática, o bien esperando la llegada de algún paciente a su consulta privada; cuando esto último ocurría, su vigilancia carabinera era inmediatamente sustituida por la de doña Gertrudis.

Lunes de Pascua, 20 de abril de 1908

Después de haber estado sin clases, y por tanto sin vernos, durante toda la Semana Santa, esta mañana, en la cafetería de la Facultad, mientras desayunábamos juntos, Manolo me ha puesto al corriente de lo acontecido en su casa el pasado día 16, Jueves Santo, y ayer mismo, Domingo de Resurrección.

Me contó que, pese a que no era primero de mes y ser día

festivo, don Raimundo, sintiéndose algo peor de su enfermedad, había acudido el jueves a la consulta de don José, acompañado de su hija Remedios. Al parecer, obligado por la continua insistencia de su madre, aquel día su padre le había planteado a don Raimundo la posibilidad de unir en santo matrimonio a sus hijos y, con el fin de tratar los pormenores de la futura relación de los novios y de la boda, habían quedado en reunirse los dos padres y la madre allí mismo, en Arrayán 21, el Domingo de Resurrección.

—Me dijo mi padre que en aquella reunión solo participaban los padres y que los novios no podían estar presentes —comenzó diciéndome Manuel—, pero que una vez acabada esta y tomadas las decisiones oportunas, el novio podría entrar en la sala, donde se le pondría al tanto de todo lo acordado, y que podría opinar si le parecía bien las condiciones establecidas, así como cualquier otra cosa que quisiera añadir. También me animó a que, si no estaba de acuerdo con alguna de las decisiones que se hubieran tomado y quisiera sugerirles alguna otra cosa distinta, no dudara en decirlo y dicha decisión se replantearía de nuevo y se discutiría hasta llegar a un acuerdo que fuera de mi pleno agrado o, cuando menos, que lo considerara aceptable.

Debo decir que la parsimonia con la que Manuel me iba contando todo esto, entre cortos sorbos de café y algún que otro bocadito a su ensaimada, añadida a la ansiedad con la que yo escuchaba estas palabras, me provocaba un fuerte entripado, el corazón lo tenía metido en un puño, y hasta la respiración la tenía entrecortada ya que los pulmones se me negaban a funcionar.

—Así que —continuó diciéndome con la misma pasmosa lentitud—, tal como lo tenían previsto, en la seguridad de

que por ser aquel Domingo de Resurrección un día santificado tendrían sus mentes más despiertas y tomarían mejores decisiones, dicha reunión tuvo lugar ayer.

Aquí llegó otra paradita, con nuevo sorbo de café y bocadito a la ensaimada.

—¿Y qué pasó? —le pregunté ansiosa.

—Que la reunión acabó como el rosario de la aurora —me respondió soltando la taza en el plato y secándose los labios con la servilleta.

—¿Y eso?...

Nueva parada y nuevo sorbito de infusión cafetera antes de contestar. Y mi magín dando vueltas, pensando que, como era natural, a la reunión no acudió Remedios, puesto que ella tan solo tenía que acatar, sin rechistar, la decisión que su padre tomara en lo referente a la persona con quien tenía que casarse. En esta cuestión, la novia ni pincha ni corta, dado que el proyecto de su vida futura será el que le dicten sus mayores. Distinto era el caso de Manuel, quien no podía asistir a la reunión, pero por ser hombre, una vez que esta acabara, podía opinar sobre las decisiones que sus padres hubieran tomado, y sin olvidar en ningún momento la obediencia y el respeto filial que les debía, podía pedir que fuese alterado el contenido de algunos de los acuerdos tomados, pero en ningún caso le era permitido discutir la orden que sus padres le daban de casarse con Remedios.

—Estoy convencido de que don Raimundo estaría encantadísimo de tener por yerno a un médico —continuó diciéndome Manuel, sin acabar de aclararme cuáles fueron los acuerdos de aquella maldita reunión—. Como él es empresario, todo lo traduce a negocio. Piensa que así tendrá asegurada una continua atención médica profesional, tanto para

el asma crónica que padece su hija desde que era una niña, como para su cáncer de estómago, aunque ya no va a tardar mucho en morir. Y, por si no lo sabes, te diré que don Raimundo es un hombre de tan escaso nivel cultural que no cuenta con más conocimientos que los que adquirió en su educación primaria; lee mal y escribe peor, y no habiendo hecho en su vida otra cosa más que en crearse una imagen de hombre serio, de creyente de misa diaria, de amigo de los poderosos, así como aprender a manipular la voluntad de las personas mediante la especulación, la adulación y el soborno, habiendo llegado a adquirir tal habilidad y maestría en estas intrigas y contubernios que ha terminado elevándolo a la categoría de arte estas tres maquiavélicas reglas de oro, que son las que rigen las relaciones humanas en esta podrida sociedad materialista que nos hemos dado, en la que hasta los sentimientos se comercializan y tienen un precio. En definitiva, son estas reglas las que le han permitido a don Raimundo, y a otros como él, llegar a convertirse en el poderoso empresario que es.

—Bueno, hombre —le he respondido—, salvando lo de tener asistencia médica gratis, el que un padre quiera para su hija lo mejor del mundo es lo más natural. ¿Y qué me dices de la dote? Oye, supongo que siendo un hombre tan adinerado habrá ofrecido una buena dote.

—La verdad es que sí. Estaba dispuesto aportar a la pareja una hermosísima casa que tiene en propiedad en el barrio de Santa Cruz, totalmente amueblada, incluyendo tanto la vivienda como el equipamiento de mi consulta médica privada, así como a abrirme una cuenta bancaria con la suma de doscientos mil reales.

—¡Vaya! ¡Nada menos que cincuenta mil pesetas! Pues

sí que es una dote generosa. Te vas a convertir en un hombre muy rico.

—Efectivamente, es una oferta tentadora, de las que don Raimundo sabe por experiencia que son difíciles de rechazar. Y, ¿sabes qué? Cuando pronunció aquella cifra, estoy seguro de que el alma de mi madre bailó de alegría en su cuerpo, se lo noté en la generosa sonrisa de satisfacción que le fue imposible ocultar y le iluminó el rostro, y creo que hasta le bailaron las circunvoluciones del cerebro pensando en todo lo que se podía hacer y comprar con esos diez mil duros.

Mis ansias por saber el resultado de la reunión y la excesiva calma con la que Manuel tomaba la narración estaban a punto de hacerme estallar; lo mismo me entraban ganas de llorar que de gritar; difícilmente podía contenerme para no abofetearlo y arañarle la cara por lo que me estaba temiendo que iba a terminar por oír.

—Por favor, Manolo, dime de una vez ¿cómo terminó la reunión?

—Pues te contaré —continuó con la misma cachaza—, acabada la reunión, me mandaron aviso con Marta, fui hasta la biblioteca, que era donde se estaba celebrando, y me pusieron al corriente de todo.

Y, en diciendo esto, hizo una nueva pausa, dejándome tan expectante que creo que estuve aguantando la respiración hasta que no pude seguir callada y le inquirí casi gritando:

—¿Y qué pasó?!

—Pues pasó que les dije que no aceptaba imposiciones que no fueran de mi gusto, y mucho menos si estas, como es el matrimonio, me afectaban de por vida. Al decirles esto, mi padre esbozó una sutil sonrisa y don Raimundo lo miró

sorprendido, pero ambos guardaron silencio.

Detrás de esta corta respuesta vino otro nuevo y largo mutismo de Manuel o, al menos, a mí se me hacían larguísimos, interminables, haciendo que mi corazón latiera a ciento sesenta pulsaciones.

—Por favor, Manolo, no te pares, hijo mío, por el amor de Dios, sigue hablando, ¿qué más les dijiste?

—Les dije que estaba enamorado de otra mujer, a la que adoraba y quería con toda mi alma, y que nunca me casaría con Remedios ni con ninguna otra que no fuera ella. Y, al decirles esto, fue mi madre la que, levantándose de su silla, hecha un basilisco y más furiosa que un tigre de Bengala, me preguntó que quien era esa mujer.

Y aquí llegó una enésima pausa para agotar el pequeño resto que le quedaba en la taza de café y el último bocado a la ensaimada, haciendo que no pudiera aguantar más y explotara.

—Por Dios, Manuel, hijo de mi alma, ¿qué es lo que te pasa? ¿por qué te callas ahora? Si es porque no quieres que yo sepa el nombre de esa mujer, vale, me da igual, pero si no es eso, Manolo de mis entrañas, por lo que más quieras, suelta ya de una puñetera vez lo que tengas que decirme. ¡¿Quién es ella?!

—Está bien, mujer, no te enfades, te lo diré. Es alta y tiene el pelo negro azulado, como la endrina, sus ojos son grandes y marrones, su boca un panal de dulce miel y su flexible cuerpo es un junco de la ribera. Se llama Ana Márquez y es la mujer más adorable del mundo, a la que estoy dispuesto a darle mi vida si me la pide.

Toda mujer sabe cuándo un hombre la quiere, aunque este no se lo haya dicho; lo sabe por cómo la mira, cómo la trata

y por las palabras que elige cuando habla con ella. Lo que quiero decir es que ya sabía yo que Manuel me quería y que, cuando le pregunté quién era ella, no esperaba oír otro nombre que no fuera el mío, pero la verdad sea dicha, me sorprendió una declaración de amor tan poética y tan pasional; conociendo el carácter introvertido y formal de Manolo, me la había imaginado menos romántica, pero más teatral, con la parafernalia de un besamanos incluido y la entrega de un ramo de flores con una rodilla clavada en tierra.

Jueves, 30 de abril de 1908

Hoy he conocido a don Raimundo Sigüenza y a su hija Remedios, quienes, pese al desagradable malentendido ocurrido en la reunión casamentera del Domingo de Resurrección, no se han dado por ofendidos y han continuado acudiendo a la consulta de don José como si tal cosa no hubiera sucedido. Han llegado a las seis de la tarde, y como quiera que para entrar en la consulta hay que pasar por el patio, cuando han entrado precedidos por Amelia, don José y doña Gertrudis, ocultándoles que yo era aquella mujer a la que Manolo les dijo que adoraba y quería con toda su alma, me han presentado como una compañera de estudios de su hijo que viene a casa con alguna frecuencia a estudiar y a recibir las enseñanzas de don José, cosa que ha sorprendido extraordinariamente a don Raimundo por aquello de que el sitio de una mujer está en la casa, atendiendo a su esposo, criando niños, y no estudiando en una Facultad de Medicina, según le comentó al médico cuando estuvieron a solas en la consulta. Remedios, algo desconcertada, me ha estado mirando

todo el tiempo tan inquisitivamente que parecía como si me estuviera haciendo una de esas radiografías con los rayos X que recientemente ha descubierto el físico alemán Wilhelm Röntgen. Creo que su olfato de mujer le ha hecho intuir que yo soy la musa de Manolo.

Llevaba razón Manuel, la señorita Remedios no es fea, ya que es alta y esbelta, posee unos bonitos ojos y un fino corte de cara, pero un aire de dureza en los labios la afea mucho al hablar; además, también yo percibí al besarla un extraño y algo desagradable olor corporal, parecido al de un perro que lleva mucho tiempo sin ser bañado, haciéndome pensar que tal vez fuese el olor de algún animal que tuviese como mascota, y su voz, excesivamente aguda, a veces resultaba casi chillona.

Don Raimundo, alto y esbelto como su hija, tenía el aspecto de ser un hombre cosmopolita y, al contrario que su hija, todo su cuerpo exhalaba el embriagador aroma de un carísimo perfume francés. Iba vestido con un elegante traje de paño azul marino y corbata roja; se cubría con un sombrero de fieltro de igual color que el traje, y se apoyaba en un elegantísimo bastón de ébano rematado con una empuñadura de plata que representaba una cabeza de águila. Padre e hija tenían un gran parecido fisonómico, si bien el gesto de dureza, que en los labios de la hija resultaba desagradable, en los del padre servía para darle carácter a su rostro y proporcionarle el aire de autoritarismo propio de un gran empresario.

Después que salieron de la consulta, doña Gertrudis se retiró al interior de la casa; don Raimundo y don José se apartaron conversando en un rincón del patio; y Remedios se acercó al velador en el que nos encontrábamos Manolo y yo

estudiando. Una de las veces que miré al rincón donde se encontraban los mayores, me pareció que don José debía estar hablándole de mí y que la mirada que me dirigía don Raimundo era de franca antipatía. Era muy probable que don José le estuviera confirmando que aquel marido que habían proyectado para su hija, era ya oficialmente mi novio.

En cambio, Remedios, al llegar hasta nosotros, cambió ese duro y desagradable gesto habitual de sus labios por una sonrisa que no fui incapaz de dilucidar si era falsa o auténtica; tengo que reconocer que, en aquel momento, tal vez no estuviera yo en óptimas condiciones anímicas para interpretar estos gestos con suficiente claridad al estar empestillada en que, tras lo ocurrido, ella tenía que haber quedado afectada y forzosamente habría de mostrarse resentida conmigo.

—Hola, ¿qué tal van esos estudios? —dijo al llegar, a modo de saludo.

—Vamos defendiéndonos —le respondió Manuel.

—Bueno, tú ya eres médico —añadió Remedios—, tengo entendido que todo aquel que llega al último año de carrera, siempre acaba licenciándose. Tú, en cambio —continuó diciendo, dirigiéndose ahora a mí—, creo que estás estudiando el primer año, ¿no?

—Sí, así es —le respondí.

—Y, ¿cómo te han aceptado los hombres en la Facultad de Medicina?, ¿has sufrido algún rechazo?

—No, qué va, todo lo contrario, he sido muy bien acogida.

—Eres muy valiente, Ana —me dijo, llamándome por mi nombre, al tiempo que me tomaba una mano y me la oprimía ligeramente, haciendo con este gesto que se desvanecieran todas mis suspicacias—. A mí me encantaría estudiar Leyes. He cursado los estudios preuniversitarios en la Institución

Libre de Enseñanza, por lo que puedo acceder a la Universidad sin ningún problema, pero me da una vergüenza terrible verme sola y rodeada de hombres, y no te digo nada del miedo tan terrible que siento solo de pensar en que pueda percibir algún tipo de rechazo hacia mi persona por el simple hecho de ser mujer.

Después de oírle pronunciar aquellas palabras en aquel tono tan humilde y tan sincero, que denotaba ser una persona con una gran carga de honestidad, mi opinión hacia ella cambió radicalmente. Recordé que Manuel dijo de ella que era una buena muchacha y tuve que admitir que llevaba razón; era yo la equivocada al creer que me guardaba algún rencor.

—¿Por qué no vienes de vez en cuando a la Escuela de Medicina, nos tomamos un café en un velador de la cantina, y te vas familiarizando con el ambiente universitario? El primer día todos te miran, pero en los tres o cuatro días siguientes, cuando te han visto catorce veces por los pasillos, ya nadie se fija en ti. Creo que, si lo haces, esto te dará el valor que necesitas para que te matricules el año que viene en la Facultad de Derecho.

Cuando don José y don Raimundo terminaron de charlar, abandonaron el rincón del patio y vinieron hasta el velador, don Raimundo se acercó a Remedios y le ofreció su brazo.

—Iré a verte, tenlo por seguro, sé que me encantará hablar contigo —me respondió, al tiempo que se apoyaba en el brazo de su padre, dejándome convencida de que quería ser mi amiga.

Y fue al despedirse don Raimundo de mí cuando vi en su rostro aquel gesto de dureza propio de los Sigüenza, pero extraordinariamente acentuado, y sentí cómo su fulminante

y amenazadora mirada se clavaba en mis ojos y penetraba en mis adentros abriéndose paso como un cuchillo hasta el fondo de mi alma. Me dio tanto miedo aquel gesto y aquella mirada, que le rogué a Dios mentalmente me librara de tan fiero y poderoso enemigo.

Domingo, 10 de mayo de 1908

Hoy, a las cinco menos diez de la tarde Manuel me ha dado su primer beso. ¡Y qué beso, Dios mío! No sé cuánto tiempo debe durar un beso, pero este ha debido sobrepasar con creces el minuto, o tal vez hayan sido dos minutos. Sé qué hora era porque, considerando que aquel acontecimiento tenía la suficiente importancia como para que fuera anotado y descrito en mi Diario con todo lujo de detalles, no dudé en mirar mi reloj de bolsillo en cuanto bajé de la nube y pude respirar de nuevo. Así pues, a fin de que el hecho quede grabado en los anales de mi historia, voy a proceder a narrar el feliz suceso.

Llevaba ya doña Gertrudis varios días diciendo que tenía muchas ganas de ir de excursión a los pinares de Oromana, en Alcalá de Guadaíra.

» Pepe, hijo —decía—. Por tu madre, ¡sácame al campo que me dé el aire! ¡La virgen!, que me tienes aquí encerrada todo el año y me voy a apolillar.

Y como para don José los deseos de su esposa son órdenes, se apresuró a organizarla para este domingo.

Siguiendo las instrucciones de su esposa al pie de la letra, ayer sábado, mi suegro apalabró el alquiler de un landó, tirado por dos soberbios caballos blancos y conducido por un

cochero uniformado con librea y chistera, que esta mañana, a las nueve en punto, se ha presentado en la puerta de Arrayán 21, provocando un revuelo al llamar la atención de todos los vecinos, que es precisamente el efecto que quería provocar doña Gertrudis. En algo menos de dos horas nos llevó a los tres Ortiz y a mí hasta el gran pinar alcalareño. El campo estaba precioso, reverdecido con las lluvias de abril y el sol de mayo. Al llegar, Manolo y yo bajamos del coche y, mientras correteábamos por el verde sotobosque, don José, doña Gertrudis y el cochero bajaban los bártulos y los depositaban a la sombra de un viejo pino cuya enorme copa proyectaba un inmenso círculo de sombra.

Pasaba ya el sol del mediodía cuando extendimos el blanco mantel sobre la fresca hierba y repartimos sobre él los platos y las fiambreras. Dos horas más tarde habíamos dado buena cuenta de las tortillas de patatas y cebolla, de la ensalada, de los filetes empanados y de los flanes y el arroz con leche.

Tras el almuerzo, aprovechando que don José y doña Gertrudis se habían quedado dormidos tumbados a la sombra del gigantesco pino y que el cochero daba cabezadas dormitando en el pescante del landó, puesto a la buena sombra de otro frondoso pino piñonero, Manuel y yo nos escabullimos en silencio por entre los árboles hasta que los perdimos de vista a los papás, al coche y al cochero. Todo empezó con un pellizco que yo le di en la espalda para luego echar a correr riendo. Sí, he sido yo, la mujer, quien lo ha provocado, porque Manuel es tan respetuoso y tan educado que nunca hubiera sido capaz de atreverse a darme un pellizco a mí. Él me persiguió hasta que llegamos al pie del umbrío tronco de un pino joven, donde me dejé alcanzar porque me pareció

que aquel árbol nos estaba invitando a que hiciéramos el amor a su sombra. Allí nos abrazamos y nos dejamos caer al suelo, sobre la fresca hierba, aún algo húmeda de rocío al no haber recibido en toda la mañana el calor de los rayos del sol por estar situada bajo aquella densa sombra. Yo caí boca arriba y Manuel lo hizo de costado, con uno de sus brazos bajo mi cabeza y una pierna cruzada sobre mi regazo. Riendo, nos miramos a los ojos y, de inmediato, las miradas se volvieron serias, las risas desaparecieron de nuestros rostros y fueron sustituidas por ese gesto grave y solemne que precede a la llegada de un beso.

Fue un beso muy largo y muy suave. Durante el primer medio minuto, nuestros labios se frotaron con suavidad, como si se acariciaran mutuamente; luego se entreabrieron como los pétalos de una flor y nuestras lenguas se hicieron exploradoras, tanteándose primero, para luego mezclar sus salivas y acabar enroscándose entre ellas. Con los ojos cerrados, sentí cómo Manuel me acariciaba con los dedos de su mano derecha el pezón de mi pecho izquierdo, provocándome una oleada de placer, y cómo luego su mano bajaba hasta mi bajo vientre y me acariciaba la entrepierna por encima del vestido. Al sentir el contacto y la calidez de su mano en tan sensible lugar, una ola de calor uterino inundó mi cuerpo, despertando en mi interior una furibunda lascivia y haciendo que la suavidad de aquel beso desapareciera transformada en una irrefrenable y libidinosa pasión que me hizo ponerle mis manos en su nuca y morderle los labios con fuerza..., y fue en aquel instante cuando llegó hasta nuestros oídos la chillona voz de la pescadera, como cuando pregona su pescado en el mercado, llamándonos a gritos por nuestros nombres y viniendo a romper de golpe la erótica

magia del momento.

Bien sabe Dios que yo no quiero que a la madre de mi novio le pase nada malo ni que sufra lo más mínimo, pero venir a hacernos aquella mala faena..., ¿no es para desearle que la parta un rayo?

Jueves, 21 de mayo de 1908

Eran las diez de esta mañana cuando, al salir de clase de Bioquímica, un bedel se me ha acercado y me ha dicho que una mujer me estaba esperando en la oficina de la Secretaría. Extrañada, y también algo preocupada, mientras recorría los claustros de la Facultad iba pensando en quién podría ser e imaginaba, poniéndome en lo peor, que fuera alguna de mis hermanas que hubiera venido a buscarme para darme alguna mala noticia acaecida en la familia, pero cuando entré en la oficina me llevé una grata sorpresa al ver que quien me esperaba era Remedios Sigüenza.

—¡Remedios, qué alegría de verte aquí! —la saludé dándole un abrazo y estampándole un par de besos en las mejillas—. ¡Veo que te has animado y al fin te has decidido a venir!

—Sí, así es —me respondió—, he necesitado varios días para decidirme. Chica, es que me da mucha vergüenza esto de andar entre tantos hombres.

—Esa vergüenza desaparece en pocos días —le dije—. A mí también me daba acharo al principio, pero cuando después de llevar viniendo una semana comienzas a pasar totalmente desapercibida, casi echas de menos aquellos primeros días en los que todos te miraban. Pero ven conmigo. ¿Has

desayunado? Hacen muy buen café en la cantina. Vayamos a que nos pongan un rico desayuno por delante.

Pese a ir vestida de calle, con colores apagados y ropa muy poco llamativa, para no atraer la atención de los hombres, Remedios, colgada de mi brazo y amilanada por las continuas miradas de curiosidad que recibía de las decenas de estudiantes con los que nos cruzábamos, que pensaban si sería una nueva alumna, atravesamos los dos patios y recorrimos el claustro que nos separaba de la cafetería.

Nos sentamos en una de las mesas más apartadas, y no tardó en atendernos un camarero que, al verme y descubrir a mi lado una nueva cara femenina, acudió con la misma presteza que una mosca acude a un pastel.

—Remedios, de verdad, créeme que siento mucho el disgusto que te hemos dado, pero es que a Manuel le era imposible aceptar aquella propuesta de matrimonio —le dije cuando nos sentamos y quedamos a la espera de que nos sirvieran el desayuno.

—Disgusto, ninguno —me respondió sin ninguna acritud.

—Ah, ¿no?

—Todo lo contrario, Ana —me respondió con una sonrisa—, me habéis liberado, y por ello os estaré eternamente agradecida. No solo puedo volver aspirar a casarme con el hombre que amo, sino que habéis dado una valiosísima lección de cómo hay que defenderse de la tiranía de los padres.

—¿Por qué te obligaba tu padre a casarte con un hombre al que no querías?, ¿qué interés podía tener, si la familia Ortiz no es rica? ¿lo haría pensando en ti?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que casándote con Manuel tendrías atención médica asegurada para tu asma y, de paso, también él

tendría un médico a su disposición a cualquier hora.

—Pues la verdad es que no lo sé, Ana. Yo creo que fue doña Gertrudis la que lo convenció, insistiéndole una y otra vez, no sé con qué argumentos, en la conveniencia de esa boda.

—De cada cien matrimonios impuestos, puede que uno de ellos salga bien; los noventa y nueve restantes salen torcidos. ¡Dios mío, deseando hacernos un bien, cuánto daño pueden causarnos los padres queriendo organizarnos nuestras vidas!

—Así es, Ana. No sé cuándo nacerá una generación que entienda que ya es tiempo de que el matrimonio deje de ser un negocio en el que la mercancía son personas.

—Creo que ya no tardará mucho, Remedios, de hecho, ya son más las parejas que se casan por propia voluntad que las impuestas, lo que pasa es que tu padre todavía está chapado con las ideas del siglo pasado.

—¿Del siglo pasado, has dicho? Yo creo que su idea del matrimonio es de la Edad Media.

—Y dime, ¿quién es él?

—Es un muchacho guapísimo que se llama Jacinto Guzmán. Es el mancebo de la farmacia del barrio.

—Y claro, tu padre cree que, por ser un mancebo, es poca cosa para ti.

—No, mi padre aún no lo sabe. Todavía no le he dicho nada, precisamente por lo mismo que tú acabas de decir. Sé que si se lo digo se enfadará tanto que es capaz de prohibirme salir de casa para que no lo vea.

—¿Cómo hacéis para veros? —le inquirí.

—Casi siempre nos vemos en la farmacia. Yo soy la que se encarga de comprar las medicinas, tanto las tuyas como las mías, y suelo ir a la botica con mucha frecuencia, pero

los domingos, que mi padre se va a la oficina a trabajar y yo voy sola a la iglesia, Jacinto me espera en un banco de la plaza de Doña Elvira a que salga de misa y allí estamos hablando durante una hora.

—¿Qué edades tenéis, Remedios?

—Yo voy a cumplir veinte septiembre, y Jacinto tiene veintitrés.

—Tened mucho cuidado con lo que hacéis. Si te quedas embarazada, con el fuerte carácter que tiene, tu padre es capaz de echarte de casa.

—¿Embarazada? No hacemos nada de eso, solo nos besamos y nos acariciamos cuando vemos que la plaza se queda desierta.

—Sí, pero una cosa lleva a la otra. Es muy fácil caer en lo que te digo, y luego vienen las lamentaciones.

—Ten por seguro que estaré muy atenta y tal cosa no ocurrirá. Sé bien que, ante un problema como ese, la mayoría de los hombres se asustan, salen corriendo y te abandonan.

Hemos terminado el desayuno y nos hemos despedido con la promesa de seguir viéndonos con frecuencia, si bien me ha advertido que no vaya yo a su casa, que será ella la que vendrá a verme a la mía, o bien a la Facultad, lo que me ha hecho recordar aquella mirada atravesada que don Raimundo me dedicó aquel día en el patio de don José, llevándome a pensar que no sería bien recibida por su señor padre.

Sábado, 30 de mayo de 1908

Estoy muy, muy contenta. Hoy se ha clausurado el curso académico y me siento muy orgullosa. No me ha quedado

ninguna asignatura pendiente y, salvo la de Química, que la he sacado con un aprobado raspado, y la de Histología, que gracias a las explicaciones de Manolo y de don José, la he aprobado nada menos que con un sobresaliente, en las restantes he obtenido un notable. No parece que sea este un mal comienzo de carrera, aunque, si le preguntara a Manolito Vargas, el gitanito que vive en la vieja corrala que hay en el callejón que discurre por la espalda de mi bloque de viviendas, me diría que los gitanos no quieren a sus hijos con buenos principios y que empezar la carrera así de bien es cosa de mal augurio.

Mi Manuel ya es médico y tiene licencia para ejercer (él dice que le han dado licencia para matar). Así que, el próximo lunes, padre e hijo bajarán caminando por la calle San Luís hasta el Arco de la Macarena, cruzarán la Resolana, y a las siete en punto de la mañana traspasarán juntos, como compañeros de trabajo, el soberbio portal renacentista del Hospital Provincial de las Cinco Llagas, donde estarán atendiendo a sus enfermos hasta las tres de la tarde, hora a la que darán por terminada su jornada. Por la tarde, a partir de las cinco, Manolo acompañará a su padre en la consulta privada que este tiene montada en su domicilio de Arrayán 21, encargándose de aquellos pacientes que sean menores de cincuenta años y que no tengan síntomas de enfermedades graves; los ancianos y los enfermos difíciles quedan reservados para don José.

La novedad del día es que, también a partir del lunes, yo seré la enfermera ayudante del padre y del hijo en dicha consulta privada, con un ridículo sueldo testimonial de trescientas pesetas mensuales, pero con la condición de que participaré en todos cuantos estudios que se lleven a cabo para

diagnosticar enfermedades y establecer los correspondientes tratamientos, lo que me dará una gran experiencia y una enorme ventaja en mi carrera.

Al final de la tarde, cuando a eso de las ocho he llegado al portal de mi casa, me ha sorprendido ver a Remedios esperándome. Ya, de entrada, observando que su sonrisa de saludo era algo forzada, supe que tenía algún problema. Así que, después de presentarle a mi madre y mis hermanas (mi padre se encontraba fabricando farolitos de hojalata en el taller de Antoñín), nos fuimos a charlar a mi cuarto y nos sentamos en el borde de la cama.

—¿Te ha pasado algo? Veo un gesto de preocupación en tu cara.

—Sí, así es. Que buen ojo clínico tienes, hija mía, deberías estudiar psiquiatría.

—A ver, dime, ¿qué es lo que te ha pasado?

—Ha pasado que alguien que me conoce ha debido decirle a mi padre que después de misa me cito con Jacinto a la plaza de Doña Elvira.

—¿Por qué lo dices?, ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Pues ha ocurrido que este domingo pasado mi señor padre, tal vez alertado por algún vecino que no me mira con buenos ojos, ha debido esconderse en algún portal de la calle Mateos Gago, ha debido esperar a que yo saliera de la misa de las diez, de la iglesia de Santa Cruz, y ha debido seguirme hasta la plaza de Doña Elvira donde, como cada domingo, me esperaba Jacinto sentado en un banco.

—¡No me digas que os ha descubierto!

—Sí, hija mía, sí, tal como te lo digo. ¿se puede ser más desgraciada y tener peor suerte que la mía? Y para más inri, mi buen señor, escondido en alguna de las bocacalles que

desembocan en la plaza, esperó a que nos diéramos el primer beso; en ese momento salió de su escondite y en cuatro zancadas se plantó delante del banco en el que estábamos sentados.

—¡Vaya por Dios! Y, ¿qué hizo?, seguro que os armó un escándalo en mitad de la plaza.

—No, hija mía, lo que hizo fue que mucho peor que eso, sin mediar una sola palabra, le soltó tal puñetazo en la cara a Jacinto que yo creí que lo había matado, pues el golpetazo que le dio con los nudillos fue tan fuerte que lo dejó tumbado de costado medio inconsciente en el asiento del banco.

—¡Madre mía! ¿Y qué pasó después?

—Después, dejando a Jacinto tumbado en el banco y sin permitirme que le prestara ninguna ayuda, me cogió de un brazo, me llevó en volandas hasta la parada de coches de punto que hay detrás del Archivo de Indias, me metió de un empujón en un simón, y le dijo al cochero que nos llevara al cementerio.

—¿Al cementerio?

—Sí, hija mía, al cementerio.

—¿Para qué quería ir al cementerio?

—Me llevó medio a rastras por las calles del camposanto hasta la tumba de mi madre, rompió a puntapiés los floreros de cristal que adornaban la sepultura y me hizo subir sobre la lápida. Cuando ya estaba de pie sobre la losa, puso las manos sobre mis hombros y, echando sobre ellos todo el peso de su cuerpo, me obligó a arrodillarme, a que apoyara las palmas de las manos y la frente sobre el mármol, y que jurara por la salvación de mi alma y la de mi madre que nunca más vería a Jacinto ni hablaría con él de palabra o por escrito. En el caso de que no cumpliera con mi juramento,

me amenazó con hacerme ingresar como novicia en el convento de San José del Carmen, el de las hermanas Teresas, que como sabes está situado bastante cerca de nuestra casa, y a cuya madre superiora conoce bastante bien por haberle hecho gratis ciertas obras de construcción en el convento.

—Y, en estos días, ¿has sabido algo de Jacinto?

—No, hija mía, no lo he vuelto a ver desde aquel día. Lo primero que ha hecho mi señor padre ha sido retirar las recetas de la farmacia del barrio y las ha llevado a otra que queda muchísimo más alejada de nuestra casa, habiéndome prohibido, no solo pisar el suelo de esta o de cualquier otra farmacia en la que trabaje Jacinto, sino acercarme a ella a menos de cien metros.

—Entonces, ¿no sabes cómo se encuentra del golpe recibido?

—Sí, por una vecina que lo ha visto esta mañana, he sabido que tiene un gran moratón en el ojo izquierdo y en buena parte de la cara del mismo lado. Y por lo que me ha contado esta vecina, el pobre le está contando a todo el que le pregunta que el domingo tuvo un accidente en su casa, que tropezó con una silla y que, al enredársele las piernas entre las patas de la silla, se cayó de bruces y se golpeó la cara y el ojo contra el suelo.

—¿Sabes si ha denunciado a tu padre por la agresión que ha sufrido?

—No, hija mía, no lo ha hecho, el pobre es tan bueno.... Lo sé porque, cuando despachó a esta misma vecina le entregó un sobre cerrado, diciéndole que se trataba de una nota relacionada con mis medicinas del asma, y le rogó que me lo entregara. Precisamente, he traído conmigo la nota y he venido a verte para que leas las cosas que Jacinto me dice en

ella y me aconsejes qué debo hacer.

Remedios abrió su bolso con mucho misterio, cogió el sobre, extrajo la nota de su interior y me la pasó, todo esto después de mirar con insistencia varias veces la puerta del cuarto y comprobar que seguía cerrada, y de volver la cabeza a derecha e izquierda, por ver si la veía alguien, como si, en vez de encontrarnos en mi dormitorio, estuviéramos en mitad de la calle a la vista de todo el mundo.

Se trataba de una simple cuartilla, con el membrete de la farmacia impreso en su parte superior, en la que se leía un texto, escrito con buena letra y sin faltas de ortografía, del siguiente tenor:

«Mi queridísima Remedios:

Quiero que sepas que te amo con toda mi alma y que seguiré amándote por el resto de los días que tenga que seguir estando en este mundo, pero la iniquidad que hoy ha cometido tu padre conmigo hace que nuestra unión sea imposible. Yo creo que nunca podré mirarlo a la cara ni perdonarle este salvaje ultraje. Si él cree que por ser yo pobre soy indigno de ti, en aquel momento debía habérmelo dicho a la cara, como hacen las personas civilizadas, y nunca recurrir a la fuerza bruta. Sé que me quieres tanto o más que yo a ti, y es por esto que no debes tomar como un chantaje lo que te voy a decir a continuación, ya que aprovecharme de tu cariño sería lo último que hiciera en mi vida, antes que llegar a eso prefiero estar muerto, pero tan solo hay una forma de que tú y yo nos casemos, y es que te enfrentes a la voluntad de tu padre, salgas de tu casa y huyamos juntos a algún lugar secreto y lo más alejado de él que nos sea posible, donde no pueda encontrarnos. Tengo algunos ahorros y, hasta que

encuentre algún trabajo, podremos salir adelante allá donde vayamos.

Si no tienes valor para dar ese paso y decides seguir viviendo bajo su techo y sometida a su voluntad, lo entenderé, resistiré mi dolor de corazón y te desearé que seas muy feliz en la vida, pero si tomas la decisión de seguirme, no tienes más que venir a la farmacia con tu bagaje en las manos y, fuere el día y la hora que fuere, me encontrarás con la maleta preparada; en ese momento me despediré de mi jefe, tomaremos un coche, nos iremos a la estación de Plaza de Armas y volaremos raudos hacia la libertad por el camino de hierro hasta el punto más lejano al que pueda llevarnos. Por siempre y para siempre, tu incondicional servidor, que te adora. Jacinto».

Me ha parecido una carta muy emotiva y muy sincera; creo que el tal Jacinto debe ser un buen muchacho, y se ve que la quiere de veras.

—¿Y qué quieres que yo te aconseje si ni siquiera conozco a Jacinto? —le dije— En un asunto como este el único consejo que debes seguir es el que tu corazón te dicte. ¿Te ha dicho tu padre por qué no quiere a Jacinto por yerno?

—No, hija mía, no me ha dicho ni una sola palabra desde que me trajo a casa después de lo que te he contado que pasó en el cementerio, ni siquiera me ha hablado de lo que ocurrió aquel día en la plaza de Doña Elvira.

—¿Sabes lo que creo que le pasa a tu padre? Que está viudo, que tú eres su única hija, que tiene cincuenta y dos años, un cáncer de estómago, y le da miedo quedarse solo durante el poco tiempo que le queda de vida. Así que tendrás que elegir entre escaparte de casa para casarte con Jacinto o

renunciar durante algún tiempo al amor de tu vida y quedarte en casa para asistir a tu padre hasta que se muera, cosa que, como mucho, no tardará más de uno o dos años en ocurrir.

—¿Tan pronto crees que...? —me inquirió con voz trémula.

—Sí, mi querida Remedios, por desgracia, la máxima esperanza de vida que ofrece un cáncer de estómago es de cuatro o cinco años, y ya hace más de tres que se le diagnosticó; yo creo que tu padre debe saberlo, y si ni se lo ha dicho don José habrá sido por no amargarle la existencia en estos pocos meses que le restan de vida. Deberías contárselo a Jacinto y, si te quiere tanto como dice que te quiere, lo comprenderá y sabrá esperar todo este tiempo hasta que llegue el día que te veas libre para hacer lo que quieras. No te preocupes, nadie te considerará una solterona si te casas con veintidós o veintitrés años.

—Ana, hija mía, ya no podré ver a Jacinto hasta primeros de octubre porque mañana nos vamos a vivir a la casa que tenemos en la Sierra de Aracena. Le escribiré una nota explicándole todo esto que acabamos de hablar. ¿Te importaría ser tú quien se la lleve a la farmacia y, si la leyese delante de ti, aclarale todo cuanto te pregunte sobre la enfermedad de mi padre?

Le he prometido que lo haré con mucho gusto y que puede marcharse tranquila, que se la llevaré el lunes y le aclararé cuantas preguntas me haga. He de confesar que no solo he accedido a hacer de celestina por amistad, sino también porque tengo gran curiosidad y unas enormes ganas de conocer a tal Jacinto.

Lunes, 1 de junio de 1908

Cumpliendo con lo prometido, cuando he salido de la Escuela de Medicina ya era casi mediodía y, en vez de irme a casa, me he acercado a la farmacia donde trabaja Jacinto, en la calle Mateos Gago, para llevarle al mancebo enamorado la carta de su Remedios de su alma. Al subir por Mateos Gago y llegar al quiebro que hace a la izquierda en la esquina con Mesón del Moro, a unos cincuenta pasos de distancia divisé el letrero de la farmacia y a un caballero que esperaba en la puerta, lo que me hizo pensar que debía encontrarse llena de gente y que tendría que esperar un buen rato a que fueran despachadas, pues prefería hacerle entrega de la misiva estando sola en el establecimiento, por si acaso la leía y me pedía aclaraciones. Mientras avanzaba por la acera, estando ya a pocos pasos de la puerta, observé cómo aquel caballero entraba después de que saliera una de las personas que estuvieran comprando y, sin embargo, cuando entré, en el interior del comercio tan solo se encontraba aquel hombre que había visto entrar; por alguna desconocida razón el individuo en cuestión parecía querer comprar en soledad, incluso llegué a pensar si sería algún malhechor que quería robar la farmacia, aunque no tenía el aspecto de ser un forajido. Al entrar y dar las buenas tardes, aquel caballero se ha vuelto como sorprendido, me ha mirado con gesto de fastidio y me ha respondido al saludo con gran desgana. No tardé en comprobar a qué obedecía tal actitud; el buen hombre, en un tono de voz muy bajo y con el rostro rojo hasta las orejas por la vergüenza, pidió que le sirvieran una caja de preservativos, fabricados con un material flexible y suave al que llaman látex, uno de esos productos novedosos y carísimos

que, según me he enterado en la Escuela de Medicina, han comenzado a llegar de los Estados Unidos de América. Fue entonces cuando entendí que el hombre había estado en la puerta esperando a que el establecimiento se quedara vacío de clientes para así poder hacer su pedido sin testigos, y al verme entrar a mí, una mujer, su sorpresa y su azoramiento se hicieron visibles. El embarazado caballero no paraba de mirarme de soslayo y de moverse para ocultar en todo momento a mi vista con su cuerpo lo que el mancebo le despachaba. Finalmente, salió del local muy cortado, con la cabeza gacha, mirando al suelo y sin decir ni adiós.

Dicen que el amor es ciego, y debe ser verdad porque Jacinto es un muchacho poco agraciado a primera vista; quiero decir que su aspecto es del montón, como suele decirse. Es muy delgado y ni alto ni bajo, tiene entradas que anuncian una próxima calvicie, la piel de su rostro y sus manos es del color de la cera, sus labios son tan delgados que forman una delgada línea en su cara, y su nariz, algo aguileña, si bien le afea un poco, también es cierto que le da un cierto carácter y personalidad a su rostro; lo único atractivo en su fisonomía son sus ojos, de un azul intenso, y su mirada, clara y limpia, es una de esas miradas que no pueden mentir porque en todo momento reflejan su pensamiento. Deben ser esos ojos y esa mirada los que han enamorado a Remedios. Tal como ella me dijo, toda la cuenca del ojo izquierdo se encontraba aureolada de un intenso morado, extendiéndose el moratón hasta el pómulo del mismo lado.

—¿Es usted Jacinto Guzmán? —le he preguntado.

—Sí, señora, yo soy, ¿qué se le ofrece? —me respondió, dedicándome una bonita sonrisa que, por resultarme inesperada debido a la finura de sus labios, no solo me sorprendió

al resultarme muy agradable, sino que se la he anotado en el haber de sus dotes de seductor.

—Soy Ana Márquez, amiga de Remedios Sigüenza.

—Ah, sí, sé quién es usted —me ha respondido—. Es la novia de Manuel Ortiz, la estudiante de Medicina, ¿verdad? Remedios me contó su primer encuentro con usted en la casa del doctor don José Ortiz.

—Sí, aquel día nos conocimos —le respondí devolviéndole la sonrisa— Aprovecho que en este momento no hay nadie en el establecimiento para entregarle a usted esta carta suya. Ya sabrá que ha tenido que marcharse con su padre a veranear en su casa de Aracena.

—Sí, lo sé, y también sé que este año don Raimundo ha adelantado la marcha en más de dos semanas a la fecha de otros años. Al parecer, quiere estar seguro de que no nos veamos Remedios y yo.

—Sí, es cierto, y también es cierto que ha sido por causa de lo acontecido en la plaza de Doña Elvira.

Al decirle esto, Jacinto, primero abrió la boca y su cara se puso aún más pálida de lo que ya era para, a continuación, enrojecer de vergüenza al saberme conocedora de lo ocurrido aquel día en la plaza; los hombres son así, se envanecen cuando en un acto violento son ellos los agresores, y se avergüenzan si son los agredidos.

—Creo que en esa carta Remedios le explica con bastante claridad algunas cosas que seguramente usted desconoce y que resultarán ser de su comprensión y agrado.

—¿Acaso conoce usted el contenido de esta carta?

—No, por Dios, faltaría más, pero antes de que Remedios la escribiera he tenido con ella una charla y le he aclarado algunas cosas que no sabía sobre la enfermedad de su padre

y que van a influir potencialmente en su vida. Es muy probable que ella le haga mención de estos próximos acontecimientos en su carta.

Así que, pensando que Jacinto estaría ansioso por leer la carta y deseando que me marchara cuanto antes, me despedí de él con un afectuoso apretón de mano y me vine a casa.

Cuando ya no esperaba tener que escribir nada más por hoy y había guardado bajo llave el Diario en el cajón de mi escritorio, a media tarde he recibido un telegrama urgente de Remedios en el que me dice que su padre ha sufrido una grave recaída esta noche pasada, que se encuentra ingresado en el dispensario de Aracena, y que el médico que lo está viendo dice que está muy grave. En el mismo telegrama, Remedios me cuenta que don Raimundo tiene fiebre alta y lleva toda la noche y toda la mañana de este lunes llamando a voces a don José Ortiz. Mi amiga me comunica que le ha enviado otro telegrama a mi suegro diciéndole que el médico que lo atiende en Aracena le ha dicho que el enfermo no está en condiciones de viajar, y rogándole que acuda a atenderlo lo más rápido que le sea posible, porque está segura de que, con solo ver a don José su lado, su padre se sentirá mejor; y también me ruega que intervenga yo metiéndole prisas a don José para que se ponga en camino cuanto antes. Así que, en cuanto lo he leído, he salido de casa, he ido a la de Manuel y le enseñado el telegrama a don José, quien me ha confirmado que también él ha recibido el suyo y le ha pedido a su hijo que se encargue mañana de sus enfermos en el Hospital. Ha rechazado la sugerencia de Manolo para que marchara mañana en la diligencia de línea, y le ha mandado aviso al mismo cochero del landó que el pasado día 10 nos llevó a

los pinares de Oromana, para que lo recoja dentro de una hora. Viajará durante toda la noche y estará junto a don Raimundo mañana al alba, después de recorrer los más de noventa kilómetros que median entre Sevilla y Aracena.

Sábado, 6 de junio de 1908

Cuatro días llevan don Pedro y Remedios sin dar señales de vida, los mismos que llevamos sin saber cómo evoluciona el cuadro clínico de don Raimundo. Manuel dice que lo más probable es que no salga de esta; que, si a los más de tres años que hace que le diagnosticaron el tumor, le sumamos el tiempo que ya llevaba activo antes del diagnóstico, se superan con creces los cuatro o cinco años que suele tener de supervivencia el enfermo de un cáncer de estómago.

Se me ha pasado por la cabeza ir a la farmacia y contarle a Jacinto lo que ocurre, pero estoy segura de que Remedios le habrá enviado un telegrama clandestino a su novio prohibido y este ya debe estar al corriente de lo que está sucediendo. Después de la agresiva humillación que sufrió el pobre chico en aquel banco de la plaza de Doña Elvira, si bien su amor a Remedios hará que se sume al dolor que esta debe sentir por la pérdida de su padre, no creo que le entristezca demasiado su muerte.

A las cuatro de esta tarde, Manolo ha recibido un telegrama de su padre anunciándole el fallecimiento de don Raimundo. Lo siento por Remedios, que ya era huérfana de madre y ahora se queda sola en el mundo. Tendrá que vivir con su tía Albertina, una hermana de su padre con la que no hace buenas migas, al menos hasta que cumpla los veintiún años

de la mayoría de edad y pueda decidir si sigue viviendo con ella o si se queda a vivir sola en su casa. Y, con esta triste noticia, cierro hoy mi Diario.



Vengo de casa de Manolo y acabo de entrar en la mía. Aunque son las doce y cuarto de la noche y se puede decir que ya no es sábado sino domingo, he vuelto a reabrir el Diario y he retomado la escritura del día para anotar que hace algo más de una hora ha llegado don José a bordo del mismo landó que contrató, al que no dudó en retenerlo durante todos los días que estuvo al pie de la cama del moribundo don Raimundo. Ha venido acompañando al carromato que transportaba el féretro con el cadáver de don Raimundo, después de haber dejado a Remedios, a sus dos criadas y al cuerpo del difunto, en su domicilio, y de haber esperado no mucho rato a que, avisados por una de las criadas, llegaran la tía Albertina Sigüenza y su marido, Sebastián de los Ríos. Fue el propio tío Sebastián quien, al recibir el telegrama unas horas antes comunicándole el fallecimiento de su cuñado, se encargó de acudir a la funeraria y arreglar los trámites del entierro, que tendrá lugar mañana, domingo, a las doce de la mañana.

Domingo, 7 de junio de 1908

Hoy le hemos dado sepultura a los restos de don Raimundo Sigüenza en el panteón familiar del cementerio de San Fernando. El séquito ha sido multitudinario ya que, si

bien el número de amigos, clientes y conocidos ha sido más bien escaso, han acudido los más de doscientos empleados de su empresa.

Cuando contaba con tan solo dieciocho años, don Raimundo se vio sorprendido por la temprana muerte de su padre, viéndose obligado a tener que hacerse cargo de la empresa constructora de la que este era titular. Sus cualidades humanas siempre dejaron mucho que desear, pero fue gracias a su egoísmo, a su ignorancia y a su absoluta ausencia de autocrítica, que alcanzó el éxito empresarial, pero sobre todo porque su padre le dejó bien abonado el terreno empresarial en el que tenía que moverse, con la compra de voluntades mediante el soborno de aquellos funcionarios que debían adjudicarles las obras públicas de construcción. Aunque podía considerarse que su dominancia y su agresivo e irrespetuoso instinto depredador tan solo eran una defensa social que hundía sus raíces en su incultura y en su escaso nivel intelectual, fueron precisamente estas carencias las que lo hicieron triunfar en el mundo empresarial, subyugando a los demás mediante la dádiva y la exhibición de su poder económico. Su egoísmo era de tal magnitud que hacía presa incluso en su propia hija, de la que no quería separarse, habiendo puesto como condición a don José y a doña Gertrudis que, si accedía a que Manuel se casara con Remedios, la pareja no tendría hogar propio y habrían de vivir en su casa, siendo él quien la siguiera regentando y tomando las decisiones importantes.

Domingo, 6 de septiembre de 1908

Hoy se han casado Remedios y Jacinto, justo a los tres meses de la muerte de don Raimundo, que es el lapso de tiempo mínimo que la tía Albertina le estableció a la huérfana como el luto reglamentario que tenía que guardar antes de casarse.

Tanto la tía Albertina como su esposo, Sebastián de los Ríos, son de misa y comunión diaria, siendo él, además, un abogado especializado en economía de empresas. Así que, por aquello de que una joven soltera y huérfana de padre y madre no debe vivir sola, durante todo este tiempo, la tía la ha obligado a vivir en su casa, habiéndola tenido ambos tíos sometida a un control exhaustivo, tanto social como moral y económico.

Además de las prisas por escapar de las garras de los dos tíos inquisidores y de que se cumplen los tres meses dados de plazo por la tía Albertina para guardar luto, los novios han elegido este día para casarse porque coincide con el vigésimo cumpleaños de Remedios y también porque es la festividad de la Virgen de los Remedios y, por tanto, su onomástica; según me explicó ella en una ocasión, su padre, que era tan práctico y tan económico en todo, quiso ponerle el nombre del santo del día en que nació para que ahorrara tiempo y dinero celebrando el mismo día su cumpleaños y su onomástica.

Si San Pedro o Satanás, vaya usted a saber dónde se encuentra el finado don Raimundo, si en el Paraíso, diciéndole a San Pedro que la pesca que llevaba a cabo en el lago Tiberiades era un mal negocio, o en el Infierno, haciéndole trampas al Diablo mientras juegan a las cartas, aunque a decir

verdad me inclino más a pensar que lo más probable sea esto último; si, como digo, alguno de estos dos personajes le dijera al constructor que quien se sienta ahora en su sillón tapizado con cuero de plena flor, del que tanto presumía con los pocos amigos que lo visitaban; que quien come en sus platos de porcelana imperial y usa sus cubiertos de plata; quien abre su caja fuerte y dispone de su dinero, y quien manda ahora en su casa es aquel Jacinto Guzmán al que abofeteó en la plaza de doña Elvira, segura estoy de que cogería tal berrinche que se moriría de nuevo.

Lunes, 5 de octubre de 1908

Hoy ha comenzado el curso y he echado de menos en la Escuela de Medicina la presencia de Manolo; cada vez que ha terminado una clase y he salido del aula, lo he añorado esperándome en el pasillo y también he extrañado su compañía en los desayunos en la cantina. Se ha sumerido en el trabajo y nos vemos poco, o al menos, yo desearía verlo con más frecuencia. Desde que se incorporó a la plantilla médica del Hospital Provincial no ha parado de cosechar éxitos, tanto en su labor de internista como también de cirujano; es mucho lo que sabe de Medicina mi Manuel, no solo por lo muy inteligente que es y lo mucho que ha estudiado, sino también por todo lo que ha aprendido de su padre, que siempre ha estado considerado como uno de los mejores médicos del hospital, si no el mejor. Por cierto, esta tarde he visto a don José y me ha vuelto a invitar por enésima vez a que siga yendo por las tardes a estudiar a su casa. Estoy segura de que, además de seguir ofreciéndome su ayuda a la hora de

aclararme las dudas que me surjan mientras estudio, esta invitación responde más a la idea de evitar quedarse a solas con su esposa, y así, con mi presencia, evitar las continuas discusiones que tiene con ella por las cosas más nimias; doña Gertrudis es de las que siempre quieren llevar la razón en todo, y lo único que consigue con esta actitud es poner de manifiesto su vulgaridad.

Cuando los alumnos del primer curso ya se habían acostumbrado a mi presencia diaria en la Escuela de Medicina y ya nadie me miraba con expresión de asombro o de sorpresa por ser mujer, ni fijaba su mirada en mí como si fuera un bicho raro, me he encontrado con que, en este segundo curso, hay unos cuantos alumnos nuevos llegados de otras provincias que ponen cara de espanto, al descubrir sentada en una de las bancas del aula a una mujer que estudia Medicina, pareciendo como si mi sexo viniera a desacreditar la profesión de médico. Entre estos nuevos hay un chico, guapo, alto y de buena complexión física, barcelonés de nacimiento, cuya familia sevillana emigró a Cataluña en 1881 y ahora ha vuelto a Sevilla para quedarse, que al verme en clase parece no haberle afectado mi presencia y ha venido a sentarse en la banca de al lado que estaba desocupada.

—Hola, soy Juan José Riquelme, Juanjo para los amigos —me dijo, dedicándome una tierna mirada y una cautivadora sonrisa.

—Hola, yo soy Ana Márquez —le respondí con gesto serio, negándome a corresponderle a tan provocadora mirada y tan insinuante sonrisa.

—Dígame una cosa, Ana, ¿qué mueve a una chica a estudiar Medicina, en lugar de estar haciendo calceta en casa, o como mucho estudiando un curso de *Cómo hacer feliz a su*

marido y cómo educar a sus hijos? —me inquirió cuando todavía el profesor no había iniciado su lección y preparaba sus papeles.

—Supongo que lo mismo que mueve a un chico, en vez de estar estudiando un curso de *Cómo Conquistar a una Dama en Cinco Minutos* o asistiendo a un cursillo de peón caminero —le he respondido.

—*Touché* —me respondió en francés, aunque lo dijo con más acento catalán que galo y llevándose la mano derecha al corazón con cierto gracejo.

Al terminar la clase, aún me siguió hasta la salida del aula y, ya en el pasillo, me abordó de nuevo.

—Creo que usted y un servidor formamos una pareja perfecta, ¿no cree que deberíamos intimar y conocernos mejor?

—Lo primero que he de decirle es que, con lo ya visto y oído, creo conocerlo lo suficiente para no estar de acuerdo con su apreciación de que formamos una buena pareja, y lo segundo es que tengo un novio al que adoro y con el que me voy a casar. Dicho lo cual, si en lo sucesivo usted se comporta como un caballero y como un buen compañero de estudios, le prometo que lo invitaré a mi boda.

—Buen repaso me ha dado usted, sí señor, lo tengo bien merecido por entrometido. A partir de hoy le prometo que seré su más fiel compañero de estudios.

—Espero que cumpla con lo que ha prometido, aunque lo dudo mucho porque me ha parecido que es usted uno de esos que van de guapos por el mundo y están acostumbrados a que las damas se les rindan a sus pies.

Domingo, 20 de diciembre de 1908

Hoy he sabido en qué consiste el cinematógrafo, ese invento de los hermanos Lumière del que tanto se habla y al que tanto bombo le están dando los periódicos. Los Ortiz me han invitado a ver la función de teatro *La discreta enamorada* en el Teatro Cervantes, y en uno de los entreactos, después de bajar el telón de boca, han descolgado por delante de él una gran pantalla blanca sobre la que, durante trece o catorce minutos, han proyectado una estúpida historia contada en imágenes con movimiento, titulada *Viaje a la Luna*, de un director francés llamado Georges Méliès. En el film, que así es como han dado en llamar a cada una de estas proyecciones, se ve cómo un desmesurado cañón dispara un gigantesco proyectil hueco en cuyo interior viajan varios hombres de ciencia. Cuando el ciclópeo obús impacta en la Luna, para ser más exactos, directamente en el ojo derecho del rostro de mujer con el que el director francés representa a nuestro satélite, un grupo de nativos acude a aquel lugar para detener a los recién llegados y llevarlos a presencia de su rey, pero nuestros representantes terrícolas, haciendo gala de nuestra inveterada agresividad de la que tanto presumimos, se revuelven contra los selenitas y, a golpes con un arma tan mortífera como puede ser un paraguas, desintegran a unos cuantos nativos a paraguazos limpios convirtiéndolos en humo —valiente estupidez—, hasta que al fin los viajeros son capturados y llevados ante el rey de la Luna. Una vez en el salón del trono, el jefe de la expedición terrícola fulmina al monarca de un nuevo paraguazo, consiguen huir y logran escapar del satélite, simplemente introduciéndose de nuevo

en el proyectil hueco y haciéndolo despeñarse por un precipicio. Poca o ninguna Física demuestra saber monsieur Méliès, o cuenta con la ignorancia de los espectadores, cuando, por aquello de que la Luna está arriba y nosotros abajo, supone a la Luna sobre la vertical de la Tierra y hace caer el proyectil por el barranco, continuando en su caída verticalmente hacia la Tierra por simple gravedad. Ya de regreso en nuestro mundo, el proyectil cae en el mar, es rescatado por un barco y los viajeros son recibidos como héroes.

Si esto es el cinematógrafo y solo piensan usarlo para simplezas como las que hemos visto hoy, que han sido para el público más motivo de risas y abucheo que de asombro, desde ahora digo que no me gusta. Reconozco que lo de ver imágenes en movimiento es una novedad que resulta distraída, pero en esta proyección se ve claramente que monsieur Méliès debe ser un gran bromista pues, durante el escaso cuarto de hora que ha durado, el franchute no ha dejado de tomarnos el pelo a los espectadores, haciendo que los personajes, mudos para el público, no paren de hacer majaderías y llevar a cabo las más disparatadas estupideces.

Si, al menos, se pudieran oír las voces de los personajes, podría utilizarse el cinematógrafo para grabar obras de teatro y proyectarlas en aquellas ciudades que carezcan de salas de actuación teatral.

Jueves, 25 de diciembre de 1908

Anoche hice la cena de Nochebuena en mi casa, con mis padres y mis hermanas. Hoy, día de Navidad, he hecho el almuerzo en casa de los Ortiz, a la que también han acudido

Remedios y Jacinto, habiendo sido invitados por mis suegros el pasado 8 de septiembre, durante el convite que dieron el día de su boda.

Las criadas de los Ortiz, Amelia y Marta son buenas cocineras, sobre todo Marta, cuyo padre es cocinero en una casa señorial y le ha enseñado muchas buenas y ricas recetas. La comida ha sido espléndida; los dos capones eran tan grandes y gordos que más parecían pavos que pollos, han dado tanto de sí para los seis comensales que ha sobrado más de la mitad del segundo.

—¡Los capones estaban buenísimos, pero qué lástima de tanta carne como ha sobrado! —dije cuando Amelia y Marta retiraban de la mesa los platos sucios y la fuente con los restos de la carne.

—No te preocupes, Anita, ya verás cómo entre estas dos dan buena cuenta de ella. ¡Si supieras lo tragonas que son estas dos! ¡Son la hostia! Ten por seguro que no van a dejar ni los huesos, ya lo verás, ¡la virgen!, aquí nunca se tira comida a la basura —me respondió doña Gertrudis, señalando displicente a las criadas—. Y dime, Anita, ¿cuándo va tu madre a decidirse a tomar una sirvienta?

—Ay, doña Gertrudis, eso creo que no va a pasar nunca —le he respondido—. Sumando lo que gana mi padre como sacristán con lo que saca en el taller de hojalatería, la verdad es que tenemos lo suficiente para que en casa no falte de nada, incluso para ayudar a algunos necesitados, pero no da para pagar una criada. Además, mi madre dice que ella no es ninguna inválida que tenga necesidad de que otra mujer venga a hacerle su trabajo.

—Pues hija, ¿sabes qué te digo?, que de tener criada a no tenerla va un abismo y la gente no te mira igual. El que algo

quiere algo le cuesta, deberíais hacer algún sacrificio y tener, ya no digo una doncella, pero sí al menos una sirvienta.

—Doña Gertrudis, los que nacemos pobres no nos miramos en esos detalles. Preocuparse por tener o no tener servicio doméstico es cosa de ricos y, tanto por parte de mi padre como de mi madre, somos familias de trabajadores pobres —le he respondido, por ver si caía en la cuenta de que ella había nacido en la casa de un pobre, así como que estuvo empleada en un puesto del mercado vendiendo pescado, ganando dos pesetas al día, y, hasta que se casó con don José, más de un día se tuvo que ir a la cama sin cenar, pero creo que, cuando le he dicho que tener servicio doméstico era cosa de ricos, ha debido darse por aludida y, en lugar de turbarse, más bien se ha envanecido.

Según me ha contado mi madre, que la conoce desde que era chica, es la segunda de seis hermanos, su padre, ya fallecido, era cobrador de la compañía del gas ciudad y su madre cosía y planchaba para la calle. Y, como quiera que había muchas faltas en la casa y pasaban hambre, su hermano Rafa, dos años mayor que ella, tuvo que dejar de ir al colegio a los diez años para entrar de aprendiz, ganando cincuenta céntimos por día, en el taller de un herrero que fabricaba cancelas y rejas para ventanas; y, a esa misma edad, ella ya se ganaba siete perras chicas al día, con las propinas que le daban haciendo de mandadera para una tienda de ultramarinos del barrio, llevando a las casas de las clientas los bultos de sus compras, que a veces eran tantos, tan grandes y tan pesados, que tenía que dar más de un viaje para llevarlos.

Cuando cumplió los dieciséis, entró a trabajar en un puesto de pescado en el Mercado de la Encarnación, y a los dieciocho conoció a don José que, siendo natural de La

Palma del Condado, por entonces era un estudiante de Medicina que vivía compartiendo un piso en la calle Regina con otros tres compañeros. Dice mi madre que estaba el estudiante palmerino tan enamorado de la pescadera que acudía casi a diario a comprar pescado al mercado, aunque no lo necesitara, con tal de tener ocasión de verla y hablar con ella. Según mi madre, la Gertrudis de hoy no se parece en nada a la de entonces; que por aquellos años era una mozuela con buen corazón, muy monilla de cara, con el buen cuerpo que se tiene a los dieciocho años, muy simpática y que se llevaba a los mozos de calle, pero que, cuando después de un noviazgo de unos dos años don José acabó la carrera y se casó con ella, la niña cambió como de la noche al día; al parecer, el título profesional del marido se le subió a la cabeza y desde entonces comenzó a vestir con más finura y, aunque siguió igual de analfabeta, cuidó de no hablar en la forma corralera que acostumbraba y comenzó a abandonar el ceceo y a pronunciar las eses finales, que como buena andaluza se las comía, aunque de vez en cuando se le escapaba algún que otro taco o alguna maldición; pero si malo fue que corrigiera su habla andaluza, afeando así la natural belleza de nuestra forma de expresión, peor fue que empezara a darse aires de grandeza y a mirar a los pobres por encima del hombro.

Suele decir Manuel que el sexo es un mal consejero, porque te hace ver la realidad deformada y tomar decisiones equivocadas; y yo añado que, por esas mismas razones, el dinero también es un mal consejero. Por dinero se rompen las familias a la hora de repartir una herencia; por dinero prevarican los jueces, y por dinero se declaran las guerras. Es por esto que creo que fue el sexo lo que indujo a don José a tomar la errónea decisión de unir su vida a la de Gertrudis,

que por entonces era una linda muchacha, sin percatarse de que la gran diferencia de mentalidad, de cultura y de educación que existía entre ellos haría difícil la convivencia cuando el sexo desapareciera de sus vidas con el paso de los años; y es por esto que pienso que fue el dinero, añadido a su falta de instrucción, lo que cambió la mentalidad de Gertrudis, haciéndole creer que por sus venas corría sangre de alta alcurnia y olvidar que era analfabeta, al no haber pisado nunca una escuela en su vida, y que sus primeros veinte años de existencia los había vivido inmersa en el ambiente de un corral de vecinos.

Domingo de Resurrección, 11 de abril de 1909

Esta mañana he sido testigo de un suceso muy grave que ha ocurrido en la iglesia de *Omnium Sanctorum* y que el telégrafo se habrá encargado de difundir por todo el territorio nacional y mañana aparecerá en todos los periódicos.

Transcurría la misa de las diez y el párroco, don Javier Cisneros, daba la homilía desde el púlpito cuando, por la puerta lateral, la que da a la calle del Garfio², un hombre de piel negra, jadeante y con el rostro bañado en sudor, ha entrado en el templo como una exhalación, ha irrumpido en la nave central y, pidiendo *santuario* a gritos, ha llegado corriendo hasta los escalones que suben al presbiterio, donde se ha derrumbado agotado por el cansancio. Don Javier ha interrumpido el sermón, y todos nos hemos levantado de los bancos para ver quien era aquel individuo.

² Hoy calle Peris Mencheta.

Y, en esto, en la puerta principal de la iglesia, la que se abre a la calle Feria, que se encontraba abierta de par en par, ha hecho su aparición un hombre grande, montado en un caballo grande y esgrimiendo una espada grande. Su tenebrosa silueta ha obstruido el portal y ha oscurecido el interior del templo. Todos hemos vuelto la cara atrás, hemos mirado hacia la puerta y nos hemos quedado atónitos ante aquella tenebrosa visión, más propia de siglos pasados que de la primera década del flamante siglo xx que estábamos estrenando.

Cuando he visto a aquel jinete, con una névea barba que le ocultaba casi todo el pecho y una gran melena gris que le caía en cascada sobre la espalda, con los hombros cubiertos por una capa roja, tan larga que cubría las ancas de su caballería, y vestido con pantalones y botas de montar negras, no he podido evitar mirar al cuadro de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, que cuelga en la nave lateral izquierda del templo, pues ofrecía el mismo siniestro aspecto de uno de los que aparecen en dicho cuadro; creo que al que más se parecía era al rojo jinete de la Guerra. Desde la puerta, el caballista ha dirigido su mirada al interior del templo, ha visto al negro arrodillado en el suelo y, sin siquiera desmontar, ha arreado a su montura y ha recorrido a lomos de la caballería el pasillo de la nave central, sin arredrarse lo más mínimo por estar invadiendo terreno sagrado con un arma en la mano y sin mostrar miramiento alguno hacia las personas que se encontraban sentadas en los bancos laterales; luego ha hecho subir al animal los escalones hasta el presbiterio, ha rodeado el altar, ha llegado hasta el fugitivo, que en ese momento rezaba arrodillado de cara al retablo, ante el tríptico formado por las imágenes de la Virgen del Carmen, Jesús de la Paz y

San Juan Evangelista. Aquel temible centauro, sin ningún respeto por la sacralidad del lugar y sin mostrar el más mínimo sentimiento de compasión, ha bajado del caballo y de un certero golpe de espada ha decapitado al fugitivo. Dos grandes chorros de sangre han surgido del cuello y se han elevado en el aire, como si fueran los surtidores de una fuente. El cuerpo muerto ha caído a los pies del Cristo, para quien, por ser el de la Paz, el crimen supone una aún mayor ofensa; la seccionada cabeza, con los ojos desmesuradamente abiertos por el terror que durante el crítico instante del tránsito le ha debido inducir la visión de la muerte, ha rodado por el presbiterio hasta a los pies del asesino, quien la ha apartado de un puntapié y la ha hecho caer, botando de uno en uno los peldaños del presbiterio, como si de una pelota de goma se tratara, y ha seguido rodando por la nave principal hasta ir a chocar contra la pata del primer banco, donde ha quedado con los ojos abiertos, mirando fijamente a la nonagenaria doña Carmen del Río, que se ha desmayado.

Cometido el crimen, el jinete ha limpiado la sangre de la hoja de la espada en la camisa del muerto y la ha envainado. Luego ha movido el cadáver con el pie hasta dejarlo boca arriba y de un tirón le ha arrebatado la bolsa del dinero que llevaba atada a la cintura.

Ante el estupor general, el criminal ha vuelto a montar en su caballo y, sin mostrar la más mínima turbación, como si matar a un hombre fuera para él una tarea cotidiana, ha hecho al animal bajar los escalones del presbiterio, ha vuelto a circular por el pasillo central con la caballería puesta al paso, y sin ninguna prisa, como exhibiéndose, ha llegado hasta la puerta principal del templo y, ya en la calle, ha mirado hacia

el cielo, probablemente no para pedir perdón a Dios por lo que acababa de hacer, sino, tal vez, porque estaba nublado y quería ver si amenazaba lluvia, y se ha marchado tranquilamente por la calle del Garfio, en dirección a la Alameda de Hércules.

Aquellos pocos que han identificado al matador, dicen que se trata de don Samuel Benjumea, un acaudalado indiano poseedor de una inmensa fortuna amasada en América a base de traficar con esclavos. Regresó a España en 1886, cuando fue abolida la esclavitud en Cuba, y actualmente vive en una casa palacio en la calle de las Palmas³. Este caballero, pese a que la esclavitud está abolida en España desde 1870, a día de hoy todavía conserva en el servicio doméstico de su casa a tres mujeres y dos hombres negros como esclavos a los que aún no ha manumitido.

Entre las muchas y horribles tropelías que se cuentan de este monstruo, la peor de ellas no es que haya mantenido esclavizadas a las tres mujeres negras, que cuando llegaron hace veintitrés años a Sevilla eran niñas de entre catorce y dieciséis años, y que las haya estado utilizando como objetos para sus caprichos sexuales, sino que el muy criminal ha ido asesinando, sistemática e impunemente, a cuantos bebés han ido naciendo a resultas de sus ilícitas relaciones, sin que nadie le haya puesto una denuncia ante las autoridades, ni ningún juez le haya hecho pagar por sus atrocidades.

Don Javier ha enviado a uno de los feligreses a la comisaría de la calle Peral para que diera parte de que en la iglesia se había perpetrado un crimen, y un momento después, ha llegado a la iglesia una señora, ya algo mayor, con el pelo

³ Hoy calle Jesús del Gran Poder.

entrecano, la piel muy blanca, y sevillana por su acento, que dijo llamarse Ángela, afirmando ser una de las cocineras que el negrero tiene a su servicio. Le ha explicado a don Javier Cisneros que el muerto se llamaba Sebastián, que llevaba como esclavo al servicio de Samuel Benjumea más de veinte años, y que, sabiendo que por ley era un hombre libre, le había robado al señor dos mil reales con la intención de huir hasta Cádiz y allí embarcar con destino a Cuba, donde vive su familia. Don Javier, haciéndose cargo de la situación, mientras esperábamos la llegada del comisario, ha invitado a la feligresía allí reunida a rezar un responso por el alma del difunto junto.

Sábado, 12 de junio de 1909

Hoy se ha clausurado el curso y gracias a las muchas horas de estudio que le he dedicado y, sobre todo, a la ayuda que he recibido de Manuel y de don José, con sus puntualizaciones y aclaraciones de conceptos médicos fundamentales, ninguna de mis notas ha bajado de un notable. Mis profesores han encomiado el denuedo que he mostrado a lo largo del curso y me han felicitado por el brillante resultado que he obtenido, si bien, por el tono que han empleado todos ellos, me ha parecido que lo que valoraban con sus encomios eran mis esfuerzos como mujer; tal vez, con los esquemas en los que la sociedad de este recién estrenado siglo xx nos educa, mis profesores hayan considerado que, si yo hubiese sido un hombre y por tanto hubiera disfrutado de la supuesta superior inteligencia varonil, no hubiera necesitado hacer tanto esfuerzo para obtener las mismas calificaciones.

¿Cuándo llegará el día en el que, al menos los profesionales de la Medicina, superen estos prejuicios hacia las mujeres y consideren que, en lo que a inteligencia, madurez y capacidad de trabajo se refiere, estamos en un plano de igualdad con los hombres? Y casi me atrevería a afirmar que en algunos aspectos estamos dotadas de cualidades superiores; hasta ahora, este es un campo de estudio que los sicólogos y siquiatras no se han atrevido a tocar por habérselo apropiado la Iglesia, que desde los tiempos de los sumerios, hace cuatro mil años, a los desarreglos mentales se les ha venido llamando «pecados» o «demonios».

Cuando he salido de la Escuela de Medicina y ya avanzaba por la calle Federico Rubio en dirección a la plaza de la plaza de la Alfalfa, después de haber tenido que aguantar con cara sonriente aquellas dudosas felicitaciones que olían a superioridad machista, tuve que soportar que Juanjo Riquelme me alcanzara dando una carrerilla, que me obstruyera el paso poniéndose delante de mí, que me detuviera en plena calle, se descubriera la cabeza y, sombrero en mano, me dedicara un histriónico saludo dieciochesco, de aquellos de los tiempos de capa y espada en los que el caballero saludaba a la dama de sus sueños abanicando el aire con un rocambolesco sombrerazo y acababa barriendo el suelo que pisaba su amada con las plumas del chambergo. A continuación, el payaso de Juanjo, adoptando una pose muy teatral, se ha dirigido a los muchos transeúntes que a aquella hora circulaban por la calle, gritándoles a voz en cuello: «Señoras y señores, he aquí una ejemplar estudiante de Medicina que en pocos años se convertirá en guía y consuelo de los enfermos sevillanos. ¡Salve, docta domina!, ¡Bienaventurados sean tus futuros pacientes porque ellos se beneficiarán de tus

sabios consejos!». Luego, argumentándome que llevaba el mismo camino que yo, se ha empeñado en acompañarme durante la media hora larga que empleo en mi caminata de regreso hasta la calle Arrayán.

Durante el primer cuarto de hora, ha venido contándome algunas peripecias que dice le han sucedido, pero, por el tono tan infantil de héroe protagonista que empleaba, estoy totalmente segura de que son inventadas. Ha sido a mitad de la calle Alcázares, al pasar justamente por delante de la puerta del convento de las Hermanas de la Cruz, que me ha tomado de un brazo, me ha detenido y, poniendo ojos de cordero degollado, me ha dedicado una larga perorata, en la que me ha declarado su amor.

—Lo que siento por usted no es amor, es locura de amor, es obsesión, es un sublime disparate que me enajena —ha acabado confesándome, al tiempo que me ha tomado una mano con fervor y se la ha llevado al pecho, no sé si con la intención de apropiarse de ella o para que sintiera las desbocadas palpitaciones de su enamorado corazón.

—Lo siento, Juan José, pero lo que me pide es imposible —le he contestado—, usted para mí tan solo es un compañero de estudios. Yo, no solo que no le quiero a usted, sino que, además, tengo un novio al que adoro y con el que me pienso casar.

—Sí, lo sé y no me importa —me respondió, dejándome confusa con tan inexplicable respuesta.

—¿Qué es lo que no le importa?

—Que tenga usted un novio para casarse.

—No le comprendo. ¿Qué me quiere usted decir?

—Déjese amar por mí, su novio no tiene por qué enterarse. Le prometo que la haré inmensamente feliz. Además,

una aventura amorosa que entrañe un cierto peligro es lo más emocionante que se puede vivir.

—Sigo sin entenderle. ¿Quizás me está usted proponiendo que tenga relaciones con dos hombres a la vez?

—Sí, eso es lo que le estoy pidiendo. No debe usted asustarse por ello. Este siglo veinte que estamos inaugurando traerá consigo nuevas ideas de progreso y libertad, y entre ellas destacará la del amor libre. Será en este siglo que los hombres despertarán del letargo en el que llevan viviendo varios miles de años y se entregarán a los placeres que les ofrece la vida, se acabarán las guerras, el amor será libre y desaparecerá la cárcel del matrimonio, las parejas vivirán plenamente y sin ataduras...

—Tate, tate, amigo mío —lo corté, interrumpiendo aquel arrollador caudal de entusiasmo—. Usted es un iluso, sin duda es un maravilloso y loco idealista que intenta escapar de este perverso mundo para vivir flotando en una nube entregado a un sueño idílico. Lo que usted dice es bonito, pero es pura fantasía, es decir, que es totalmente imposible por ser contrario a los cánones marcados por el establishment del gran capital y de la Iglesia católica. El capitalismo y su gran revolución industrial y comercial necesitan de la guerra para sobrevivir; deben ir reduciendo el número de bocas a alimentar eliminando a todos aquellos humanos que han sido sustituidos por sus máquinas. Y no le quepa a usted la menor duda de que la Iglesia seguirá imponiendo la moral cristiana, continuará casando a las parejas y dándole nuevos católicos al mundo mediante el bautizo. Lo siento por usted, ya que esa exaltación que muestra acabará sin remedio en una gran frustración.

Después de contestarle esto me ha dado pena de él, pues

se ha quedado clavado en el suelo, estático, con la boca medio abierta, la mano derecha en el aire y la izquierda puesta sobre el pecho, pareciendo que aún me estuviera contando su maravilloso sueño con aquellas hermosas palabras que le iban dictando los latidos de su corazón. Y así lo he dejado, plantado como un pasmarote, después de despedirme de él y darle las gracias por su amable acompañamiento.

Martes, 17 de agosto de 1909

Hoy he viajado con los Ortiz hasta Huelva. Hemos madrugado, tomado el tren-correo a las ocho de la mañana en la estación de Plaza de Armas, y pese a haber hecho diecisiete paradas en otras tantas estaciones, hemos llegado a la capital onubense a las dos en punto de la tarde. ¡Bendito sea el ferrocarril que, gracias a su inventor, el señor James Watt, ha reducido a seis horas de viaje, cómodamente sentados y rodando sin traqueteos sobre la lisura de los carriles de hierro, lo que antes duraba día y medio dando saltos por esos endiablados caminos de Dios en una destartalada e incómoda diligencia! En la capital onubense, nos hemos alojado en el Hotel Colón, donde don José ya había reservado por telégrafo tres habitaciones, que nos las hemos repartido: una para don José y Manuel, otra para las dos criadas, y la tercera para doña Gertrudis y para mí.

Estoy escribiendo en la habitación del hotel, mientras mi suegra se da un baño. Miedo me da solo de pensar en la tabarra que tendré que soportarle esta noche cuando me coja por su cuenta en la habitación antes de dormir. Ya la he tenido que aguantar durante un buen rato antes de meterse en

la bañera, y para qué hablar de la que nos ha dado durante el viaje, en el que no ha parado de contar historias de su niñez y juventud y de despotricar contra la Renfe: que si su padre la trajo en tren a Huelva una vez para tratar con un asentador de pescado; que si el tren descarriló y ella tuvo que asistir a varios heridos; que si ahora el tren perdía mucho tiempo en las paradas; que si antes se hacía el mismo viaje en una hora menos; que si la Renfe tenía muy mal gusto al haberle cambiado las gorras a los jefes de estación, siendo las de antes mucho más bonitas y más elegantes; que si debía estar prohibido que los vendedores ambulantes subieran al tren durante las paradas en las estaciones y molestaran a los viajeros, y qué sé yo de cuantas otras cosas más que le disgustaban estuvo quejándose. Espero que el baño de agua caliente la relaje, que salga más sosegada y que me deje tranquila.

Después de aseados, hemos paseado por el centro de la ciudad, y durante todo el tiempo, por donde quiera que hemos pasado, he estado notando un olor muy característico y desconocido para mí, que mi suegro dice que es a lo que huelen todas las ciudades que son puerto de mar. Según él, es el olor de la maresía que se mezcla con el de las redes de pesca que se secan al sol, con el de la salazón del pescado, y con el de la brea que se emplea en el calafateado de las embarcaciones. Finalmente, hemos acabado cenando en un restaurante donde nos han servido una enorme fuente de chocos fritos y una gigantesca urta al horno que nos ha sabido a gloria bendita.

Mañana embarcaremos en la que los onubenses llaman «la canoa», que nos trasladará hasta el embarcadero de Punta Umbría, y que no es ninguna canoa, sino un vaporcito, de nombre «Melita», que diariamente recorre la ría, llevando y

trayendo a los puntaumbrieños y a los veraneantes que allí pasan sus vacaciones. Ya me han anunciado Manolo y su padre que el viaje en la canoa es precioso; me dicen que se ve el monasterio franciscano de La Rábida, donde se hospedó Cristóbal Colón antes de partir hacia el Nuevo Mundo, y me cuentan que al atravesar las marismas del río Odiel, se contemplan grandes bandadas de aves marinas y preciosas estampas de barquitos pesqueros faenando. En Punta Umbría, don José ya ha apalabrado con la Pensión Esperanza, también a través del telégrafo, cuatro habitaciones para esta segunda mitad del mes de agosto, dos de ellas dobles y las otras dos individuales. Dado que el número de infectados por la epidemia de peste blanca⁴ ha crecido exponencialmente en estos últimos meses, este año tienen tantísimo trabajo en el Hospital Provincial que tan solo les han concedido quince días de vacaciones, debiendo incorporarse padre e hijo de nuevo al trabajo el lunes, 4 de septiembre. Esta vez, dado que la Pensión Esperanza es mucho más barata que el Hotel Colón, doña Gertrudis habrá obligado a don José a reservar una habitación de más, disponiendo que las dos habitaciones dobles sean ocupadas por el matrimonio y por las criadas, y de las dos individuales, una para Manolo y la otra para mí. Gracias a Dios, tendré una habitación para mí solita durante estos quince días, y a doña Gertrudis que la aguante su consorte.

Estoy escribiendo esto y siento cómo la mala conciencia me está dando un toque de atención. Creo que, aun siendo verdad lo que cuento de doña Gertrudis, es mi suegra y que

⁴ Este es el nombre que le daban por aquellas fechas a la tuberculosis, debido a la palidez que le causaba a quienes la padecían.

no debería hablar así de ella, y menos aún hacerlo por escrito. No es mala persona, pero es critica; todavía guarda en su interior la innoble costumbre, adquirida en el corral de vecinos dónde se crio y vivió hasta que se casó, de criticar sin fundamento a sus vecinos y de ponerle peros a todo lo que ocurre a su alrededor, ya que así es como el pobre se defiende de la agresiva sociedad que lo rodea y se desfoga de la permanente mala uva que le provoca su hambre. Aunque bien es cierto que, por su analfabetismo, le cuesta horrores leer y más aún comprender lo que lee, espero que este Diario no caiga nunca en sus manos y que, a trancas y barrancas, acabe enterándose de las cosas que digo de ella.

Martes, 5 de abril de 1910

Se aproxima el fin de este tercer curso y, desde aquel día de marras que lo dejé plantado en la puerta del convento de las Hermanas de la Cruz, Juanjo Riquelme no solo que no me habla, sino que parece mirarme con malos ojos. Creo que con aquel plantón que le di lo dejé gravemente herido en su amor propio de guaperas conquistador y ahora me guarda rencor. He estado un par de veces por acercarme a él y pedirle disculpas, pero he desistido de hacerlo temiendo despertar su donjuanismo y que confunda mi afabilidad con una rendición a sus encantos masculinos.

Desde que hemos entrado en clase de Cirugía, he notado que ha estado todo el tiempo mirándome y sin prestarle la menor atención a las explicaciones del profesor. Así que cuando se ha sentado a mi lado, aprovechando que don Andrés Albéniz estaba de espaldas a la calase escribiendo en la

pizarra, he creído que había cambiado de actitud conmigo y he acabado mirándolo y sonriéndole. ¡Craso error por mi parte!

—Está bien, te perdono —me ha dicho en voz muy baja para no ser oído por don Andrés, utilizando un tono de perdonavidas, muy prepotente, muy machista él, pero al viejo profesor, que a veces parece que tiene ojos y oídos en la espalda, no le ha pasado desapercibido el movimiento y se ha vuelto, lo mirado muy fijamente y le ha preguntado: «Señor Riquelme, ¿quiere decirnos de qué estamos hablando?»

Como estaba muy claro que no tenía ni idea y no sabía qué contestarle, le soplé la respuesta ocultando mis labios con la mano: «De la enfermedad diverticular».

Tampoco mi soplo, por muy disimulado que fue, le pasó inadvertido al perspicaz profesor que, sin pararse en barras, le espetó:

—Señor Riquelme, han llegado a mis oídos algunas historias que ensalzan y glorifican sus grandes cualidades como conquistador de corazones femeninos, pero puedo comprobar que el empleo que usted le da a las damas que seduce tiene que ver más con el teatro que con el amor, ya que las usa como apuntadoras. Señor Riquelme, por favor, hágame caso y vuelva usted al pupitre que ocupaba antes, tal vez así, sin distracciones, aproveche mejor la clase y consiga aprobar esta asignatura, cosa que comienzo a poner en duda.

Cuando, con la cara roja como un tomate y los ojos echando chispas, se ha levantado en medio de la rechifla contenida del resto de la clase, la mirada que me ha dirigido me ha hecho comprender que a partir de este momento debo tener mucho cuidado y no darle ni aceptar de él la menor confianza.

Jueves Santo, 24 de marzo de 1910

Este año ha sido Manuel quien ha alquilado las sillas de Semana Santa en la plaza de La Campana, liberando así a don José de un gasto que ya era endémico, pues lo venía haciendo desde el mismo año en el que se casó, pues doña Gertrudis quería ver las cofradías justamente en el punto donde se inicia la carrera oficial hasta la catedral, que es donde mejor y más ordenadamente desfilan.

Hace dos días, es decir, el Martes Santo, Juanjo Riquelme pasó andando por delante del bloque de sillas en el que nos encontrábamos sentados, y como estábamos muy cerca de la calzada, en la tercera fila, me vio; aunque yo hice cómo que no lo había visto a él, sé positivamente que me vio porque por el rabillo del ojo vi cómo se paraba, me sonreía y levantaba una mano a modo de saludo. Juraría que aquel encuentro no fue casual y que tal vez supiera de antemano que yo me encontraba sentada en aquellas sillas y que hubiera ido a buscarme intencionadamente.

Pues bien, hoy jueves ha vuelto a pasar, pero esta vez se ha parado, me ha mirado descaradamente sin importarle que estuviera junto a otras personas y, llevándose los dedos de la mano derecha a los labios, me ha tirado un beso.

—¿Quién es ese? —me ha preguntado Manuel.

—Es un alumno de mi curso.

—¿Por qué ha hecho eso? —me ha inquirido, sin que en su pregunta hubiera tono de suspicacia ni de sospecha, pero aun así me he alarmado.

Aquel beso lanzado con la mano y la mirada desafiante que me dirigió podía ser interpretada por cualquier espectador de muy diversas maneras, y una de ellas era que entre

Juanjo y yo había algún tipo de relación más que amistosa o de compañerismo.

—No hay que prestarle ninguna atención, es un chichirivaina que está despechado porque no le presto la menor atención a sus lisonjas —le respondí, intentando transmitirle la idea de que aquel era un tipo inofensivo.

—¿Le has dicho que tienes novio?

—Naturalmente.

—Y ¿aun así, insiste?

—Ya te he dicho que es un tarambana, al que no hay que prestarle la menor atención. Está resabiado porque hace unos días, en plena clase, se levantó de su pupitre, vino a sentarse junto al mío, pero don Andrés Albéniz se percató y lo ridiculizó en plena clase obligándolo a volver de nuevo al suyo. Olvídalo, Manolo, por favor.

No estoy muy segura de que Manuel se haya quedado satisfecho con lo que le he dicho de Juanjo y que haya entendido que es este un tema que lo mejor es no prestarle más atención. Así que, como quiera que no tengo nada que reprocharme en este estúpido asunto, espero que Manuel no insista más y se olvide del dichoso Juanjo. Sólo faltaría que, por haber rechazado sus pretensiones, este estúpido pretenda amargarme la vida.

Viernes Santo (madrugada), 25 de marzo de 1910

El tragicómico desastre de esta noche lo recordaré toda mi vida. Cada vez que pienso en la ridícula escena de la que he sido testigo, no sé si llorar o reír.

¿Qué ha ocurrido? —os preguntaréis— Pues que era la

una y media de la madrugada y teníamos el paso del Gran Poder parado justo delante de donde nosotros estábamos. Ya he dicho que estábamos en la tercera fila, y esta vez me había sentado yo en la silla que quedaba pegada al pasillo que dividía en dos el bloque de asientos. A mi derecha se encontraba sentaba doña Gertrudis, a su lado estaba don José, y junto a su padre se sentaba Manuel. En esto que aparece Juanjo en la distancia, avanzando por el estrecho corredor que suele quedar entre la fila de nazarenos y la primera fila de sillas, llega hasta el costado del paso, entra por el pasillo que separa los dos bloques de sillas, llega hasta mí y, sin pronunciar palabra alguna, se encorva y me da un beso en los labios. Yo, asustada y sorprendida, grito, me levanto de la silla de un salto casi felino y corro a refugiarme junto a Manuel. Con los pies clavados en el suelo y los brazos en jarras, Juanjo sonreía triunfante. Manolo se levanta de la silla, se va hacia él y le descarga tal bofetón en uno de sus carrillos que le dejó señalados los dedos en la cara, viniendo a sonar la tal bofetada con tal intensidad que reverberó en toda la plaza de La Campana, superando incluso a los acordes de la marcha cofrade que la banda de otro paso estaba tocando en aquel momento en la vecina plaza del Duque de la Victoria.

La respuesta de Juanjo no se hizo esperar. Siendo algunos años más joven y de la misma estatura y corpulencia que Manolo, le devolvió tal puñetazo en el mentón que lo hizo rodar por el suelo para, a continuación, sin pararse en barras, irse hacia él, agarrarlo por las solapas de la americana, levantarlo y enzarzarse ambos en una serie ininterrumpida de golpes que los hicieron salir del pasillo entre las sillas y los llevaron hasta chocar contra el costero derecho del paso allí

estacionado. Un resbalón en la capa de cera con la que los cirios habían cubierto el suelo después de llevar cinco días pasando las procesiones por aquel mismo sitio dio con sus cuerpos en tierra y, sin dejar de golpearse mutuamente con los puños, con las uñas, a patadas y hasta a cabezazos y dentelladas, rodaron por el suelo hasta ir a parar al interior de los faldones del paso, donde se mezclaron con las piernas de los costaleros. Ocultos los dos reñidores tras las colgaduras, fuera de la vista del público, solo podía seguirse el curso de la pelea por los sonidos que salían del interior de los faldones del paso. Los ayes de los contendientes se escuchaban mezclados con los improperios y las blasfemias que lanzaban los sorprendidos costaleros, que no paraban de recibir golpes en sus cuerpos y patadas en las espinillas, sin saber de dónde les venían aquellos porrazos, viéndose obligados en la oscuridad que reinaba debajo del paso a devolver los golpes a ciegas, repartiéndolos a troche y moche.

«¡Ay, que me cago en la puta madre del cabronazo que me haya dado esta *patá!*», «¡A qué carajo viene esta pelea, ¿es que alguien se ha peído?!», «Quién es el hijo de la gran puta que me ha quitado mi bota de vino» o «¡Me cago en los muertos del que me haya dado esta *mascá!*», era el tenor de las frases que salían de debajo del paso que portaba a Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, el Gran Señor de Sevilla, que así es como los sevillanos llaman a la impresionante talla del Cristo con la cruz a cuestas, obra de Juan de Mesa, que se puede admirar en la basílica de San Lorenzo. Pude ver cómo algunos semanaseros, santurrones y meapilas, que suelen ocupar las primeras filas de sillas, se echaban las manos a la cabeza escandalizados al oír la voz de uno de los costaleros gritar: «¡Me cago en la hostia puta, ¿qué coño está

pasando aquí?!», e incluso doña Dolores Gutiérrez de la Rassa, una señora con la que coincidimos cada año por estar abonada a una silla de nuestra misma fila y que, desde hace siete u ocho años que enviudó, aún continúa vistiendo de riguroso luto y no sale a la calle si no es ocultando su rostro tras un velo negro, ha perdido el conocimiento al sufrir un síncope cuando le llegó a sus castos oídos la voz de otro costalero que, aún más irreverente y blasfemo que el anterior, vociferó bajo los pies del todopoderoso Nazareno: «¡Me cago en Dios, ¿quién ha sido el hijo de puta que me ha dado una patada en las espinillas?!».

Hasta que por fin acudieron al tremendo jaleo dos parejas de *guindillas*⁵, que levantaron los faldones, penetraron bajo el paso y pudieron detener la pelea a costa de tener que repartir algunos vergajazos y propinar más de un bofetón, no pudimos saber cuáles habían sido los resultados de la trifulca: el balance fue de dos costaleros heridos de consideración, uno de ellos con una aparente rotura de tibia o peroné, y un sinnúmero de arañazos y moratones que habían quedado repartidos entre Juanjo, Manolo y la docena de costaleros que ocupaban el costero derecho del paso.

Sábado, 4 de junio de 1910

Hoy he terminado mi tercer curso. Este año mis notas han bajado algo en relación con las de los dos cursos anteriores. No sé si será porque desde aquella pelea en la plaza de La

⁵ Así llamaban popularmente a los guardias municipales.

Campana no estoy lo suficientemente atenta a las explicaciones de los profesores en clase, sobre todo en la de Cirugía, que es en la que coincido con Juanjo, pensando que se me pueda acercar y organizarme un escándalo en medio del aula, ya que lo creo capaz de eso y de mucho más. El resultado es que este tercer curso lo he acabado sin un solo sobresaliente, con aprobados raspados en Cirugía y Pediatría, y con notables bajos en las demás asignaturas. Estos resultados me preocupan, ya que el único aval que tenemos las mujeres que estudiamos frente a la sociedad en general y a los hombres en particular, es que demostremos que nuestros femeninos cerebros funcionan y están a la misma o a superior altura que los masculinos.

Lunes, 10 de octubre de 1910

Hoy ha dado comienzo el curso 1910-1911. Mi cuarto año ya. Dicen que una vez que apruebas el tercer curso y superas el ecuador de la carrera, ya puedes considerarte médico, pues los cursos siguientes son más fáciles que los anteriores; me da la impresión de que las autoridades que programan los cursos de la carrera quieren hacer los primeros más difíciles con el fin de que sean selectivos y sirvan de tamiz para aquellos que no tengan auténtica vocación.

Me he enterado esta mañana de que, por fortuna para mí, Juan José Riquelme ha renunciado a seguir con la carrera de Medicina ya que, además de no haber aprobado ninguna de las dos asignaturas que venía arrastrando del segundo curso, ha perdido tanto tiempo en sus conquistas amorosas que no ha superado el tercero, por lo que tendría que repetirlo. De

verdad que lo siento por él, pero creo que Juanjo nunca se dio por enterado de que todo aquel que estudia una carrera científica o técnica, tan duras e intensas como son las de Medicina y las Ingenierías, no puede pasarse el día mariposeando de flor en flor y tiene que renunciar al disfrute de su juventud.

Miércoles, 30 de noviembre de 1910

Hoy han cumplido dieciocho años mis dos hermanas gemelas. Flora y Rosalía son como dos gotas de agua y no hay en ellas ningún rasgo físico que las distinga; hasta tal punto son iguales que a veces, tanto mis padres como yo, las confundimos.

Siguiendo una regla, que suele aplicarse a los gemelos dicigóticos, o sea, a los mellizos, y no a los gemelos monocigóticos, que dice que el mayor de los dos, es decir, el que primero fue engendrado, es aquel que ha llegado en segundo lugar, por lo que, habiendo nacido Flora una hora más tarde que Rosalía, tanto ellas mismas como el resto de la familia, siempre hemos considerado a Flora como la mayor de las dos, pareciendo que fuera una necesidad que una de las dos tuviera que ser mayor que la otra, tal vez con el fin de que hubiera alguna diferencia entre ellas con la que poder distinguir las. Hasta tal punto tienen asumida esta idea, que Flora se hace respetar de Rosalía por ser una hora mayor que ella, pese a llevar en el mundo una hora menos.

Hasta ahora, Flora tenía un novio al que podemos calificar de «amor secreto», aunque la verdad es que todos lo sospechábamos. Se trata de un chaval del barrio al que, sin tener

ocultarse, lo veía todos los domingos en la iglesia de Ómnium Sanctorum, cuando íbamos a misa de diez y, al acabar la celebración de la eucaristía, las dos familias nos parábamos a charlar un rato en el atrio, momento que los velados amantes aprovechaban para separarse un poco del grupo de los mayores y disimuladamente charlar de sus cosas. Extraoficialmente, los enamorados se veían a otras horas, medio a escondidas, poniéndose de acuerdo para recorrer juntos cada día parte del camino al Instituto, o cuando Flora iba a algún recado.

Aunque la mayoría de edad no se alcanza hasta los veintún años, como quiera que, al haber cumplido los dieciocho las gemelas ya se consideran a sí mismas mayores de edad, se le ha permitido a Flora que traiga a casa a ese novio, hasta ahora clandestino, para que lo presente oficialmente a la familia y, ya de paso, que también participe en la comida de celebración de los cumpleaños. Casualmente, sin saber que era el cumpleaños de las gemelas, también hoy han venido a visitarnos Remedios Sigüenza y su marido, Jacinto Guzmán, trayendo con ellos en un cochecito de bebé a la pequeña Rosa, que ya ha cumplido su primer año, por lo que los hemos invitado a que se queden a almorzar; así que seremos ocho a la mesa, contando con el joven Fabián, que así se llama el nuevo aspirante a miembro de la familia Márquez Rodríguez.

Lo que ha ocurrido esta mañana ha sido algo gracioso. Flora nos había anunciado que a las doce y media vendría Fabián. Todos estábamos reunidos en el salón, charlando y haciéndole carantoñas a la pequeña Rosa, cuando justamente a la hora anunciada por Flora, ni un minuto antes ni un minuto después, ha sonado el timbre de la puerta y ha acudido

mi madre a abrirla. Hemos oído el par de sonoros besos con los que mamá acostumbra a darle la bienvenida a los visitantes y, a continuación, el pimpollo ha aparecido en la puerta del salón envuelto en una odorífera nube de agua de colonia, con la cabellera muy repeinada, muy engominada y con una raya en medio tan perfecta que parecía haber sido trazada con regla y tiralíneas. Con su sombrero hongo en la mano izquierda y un ramo de rosas en la derecha, no sabíamos si para ofrecérselo a su suegra o para regalárselo a su amorcito, ha entrado en el salón visiblemente azorado. Papá estaba sentado en el centro del sofá, con Jacinto a su derecha y Remedios a su izquierda; yo me encontraba en el sillón del tresillo más próximo a mi amiga, y las gemelas, puestas de pie una junto a la otra en mitad de salón, ambas ataviadas exactamente iguales, estrenando unos vestiditos que les han sido confeccionados con una pieza de tela estampada que mamá compró hace un mes en el mercadillo del *Jueves*⁶. Al entrar en el salón, Fabián ha dado las buenas tardes, ha saludado a mi padre con una tan exagerada inclinación de cabeza que, más que saludo, ha parecido una reverencia real, y muy decidido se ha dirigido a Rosalía y le ha entregado el ramo de flores, en lugar de dárselo a Flora, su cariñito adorado. Y Rosalía, que es bastante guasona, entornando los ojos y poniendo cara de mujer fatal, le ha dicho: «Gracias, mi amor. Eres un sol, pero no soy tu amada Flora, sino tu admirada cuñada Rosalía».

Todos hemos arrancado a reír y el pobre Fabián, con el

⁶ El *Jueves* es un mercadillo sevillano que, desde hace más de ochocientos años, se celebra sin interrupción al aire libre las mañanas de los jueves en la populosa calle Feria. Es muy anterior a la conquista de la ciudad por Fernando III, el Santo, en el año 1248.

rostro y las orejas rojas como un tomate, no sabía qué hacer, si quitarle de las manos el ramo a Rosalía para dárselo a Flora o pedirle disculpas a su novia o cerrar los ojos y decir «Tierra trágame».

Domingo, 19 de marzo de 1911

Hoy, festividad de San José, es fiesta nacional y, por tanto, día de asueto. Ni el padre ni el hijo tienen guardia en el Hospital y mi suegro celebra su onomástica con un almuerzo. Y también esta misma mañana, Delia Peña, mi vecina del segundo, ha bajado a mi casa y me ha contado con gran secreto que a Laura Cifuentes la ha dejado embarazada su novio. Aunque considero que Laura tiene la cabeza bien amueblada y, por tanto, tengo bastante confianza en su sensatez, conociendo como conozco la intolerante rigidez moralista de su padre, un abogado y político conservador, de misa y comunión diaria, y la de su hermano, un cura que ejerce de secretario personal del arzobispo, me he quedado muy preocupada pensando en la decisión que puedan adoptar no solo los dos hombres de su casa, sino la que, por miedo, pueda tomar ella misma y hacer alguna locura.

—¿Qué te parece, la muy desvergonzada? —me ha dicho Delia, mostrándose escandalizada—. ¿No se da cuenta del mal lugar en el que deja a su padre, un abogado de tanto prestigio, y a su hermano, un cura, nada menos que secretario del arzobispo? Se le ha metido el Diablo en el cuerpo y le ha hecho perder la decencia. ¿Tantas ganas tenía de hombre que no ha podido esperar a casarse? Me ha dicho que ya está de dos faltas.

Al tiempo que me ha dejado muy preocupada, la noticia también me ha sorprendido y me he preguntado por qué si Laura me tiene por ser su mejor amiga no me ha contado una cosa tan grave e importante como es esta.

Así que, después de echarle una mano a las criadas de doña Gertrudis para preparar y adornar la mesa del comedor, cuando ya daba las once de la mañana la campana del reloj de pie del salón cuando, he acudido a casa de Laura para hablar con ella.

El gesto de mi cara debía ir anunciando mi preocupación pues, en cuanto ha abierto la puerta y me ha mirado, ha sabido a lo qué iba.

—Por la expresión de tu cara ya veo que te lo ha contado Delia —me dijo en voz muy baja para que no la oyera su padre.

—Sí, y no me explico por qué he tenido que enterarme por Delia, suponía que éramos amigas.

—A ella se lo dije anoche. Estaba tan desesperada y la tenía tan a mano que me desahugué diciéndoselo. A ti pensaba decírtelo hoy mismo.

Iba a responderle cuando me ha cortado, dejándome con la palabra en la boca al llevarse a los labios el dedo índice de la mano derecha, indicándome que guardara silencio; a continuación, ha salido del piso al rellano y ha cerrado en silencio la puerta tras de sí.

—Vámonos a la azotea; allí no nos escuchará nadie —me ha susurrado al oído.

Sin hacer ruido, como si fuésemos dos ladronas, hemos subido los cuatro tramos de escalera hasta la azotea y, antes de comenzar a hablar, hemos comprobado que no había nadie tendiendo o recogiendo ropa.

—Ana, estoy embarazada de Juan Miguel —me dijo, con el rostro compungido, al tiempo que me cogía con fuerza una mano y se la llevaba al pecho—. Estoy desesperada y no sé qué hacer.

—Me ha dicho Delia que llevas dos meses sin menstruar, ¿es cierto?

—Sí, es verdad. Por Dios, Ana, tú que estudias Medicina, dime qué puedo hacer.

—¿No habéis usado ningún anticonceptivo?

—Sí, hemos usado esos condones de caucho que venden en las farmacias, que se lavan y son reutilizables.

—Pues si ha sido Juan Miguel quien se ha encargado de lavarlos está claro que no lo ha hecho demasiado bien. Eso de la limpieza no es labor de hombre; ellos no suelen poner el mismo cuidado que nosotras. Además, no solo hay que lavarlos con agua y jabón, eso es insuficiente, también hay que ponerlos en vinagre durante un buen rato para que el ácido acético mate a los espermatozoides.

—¿Qué puedo hacer, Ana? No me importa abortar, pero siempre que sea antes de que un alma entre en el cuerpo de mi bebé a los tres o cuatro meses y comience a moverse.⁷

—¿Se lo has dicho a tu padre y a tu hermano?

—¿Decírselo? ¡Buenos son para soportar un escándalo como este! Siendo mi padre el político más conservador y más católico de España, que el día que no comulga está de un humor de perros, y siendo mi hermano el secretario personal del arzobispo, ten por seguro que, si se enteran de esto,

⁷ En estas fechas se creía que cuando la mujer embarazada comenzaba a sentir el movimiento del feto en el útero era la señal de que un alma había entrado en el cuerpo de la criatura, convirtiéndolo en ser humano; a esto se le llamaba *almación*.

son capaces de organizarme un auto de fe y quemarme en la hoguera en la plaza de San Francisco.

—Y Juan Miguel, tu novio, ¿qué dice?, ¿está dispuesto a casarse sobre la marcha?. Si te casas ahora, cuando venga al mundo tu bebé siempre podrás decir que el parto se te ha adelantado y que has tenido un sietemesino.

—Juan Miguel no quiere ni oír hablar de matrimonio.

—Aun así, no creo que llegue la sangre al río. Seguro que tu padre y tu hermano aceptan un aborto quirúrgico como solución al problema.

—¿Tú crees?

—Estoy completamente segura. Tanto la Iglesia como los políticos conservadores, sobre todo los que son tan católicos como tu padre, dictan normas y leyes solo para los demás; cuando el problema les afecta a ellos, todas esas leyes que han dictado se las saltan a la torera. ¿Cuántas amantes y cuántos hijos dicen las gentes que tiene nuestro párroco, don Javier Cisneros? Y don Jesús, el párroco de San Luís de los Franceses, ¿no cohabita con una mujer, que dice que es su sobrina, con la tiene dos niños y una niña? ¿Y has visto tú alguna vez que el obispo los haya apartado de su ministerio? No, ¿verdad?

—Está bien, se lo diré, pero te pido por favor que estés a mi lado cuando lo haga.

—No te preocupes, no solo estaré a tu lado, sino que seré yo quien se lo diga. ¿Cuándo lo hacemos?

—Mañana sería un buen día. Los miércoles mi hermano no va al palacio arzobispal hasta la once de la mañana; saldrá de casa a las diez.

—Entonces, si vengo a tu casa a las nueve de la mañana, ¿estaría bien?

—Sí, es la hora del desayuno, ese sería un buen momento.

Nos hemos despedido hasta mañana y yo me he vuelto a la casa de los Ortiz dándole vueltas a la cabeza, pensando en cuál será la mejor forma de proponerles el aborto como solución al problema, nada menos que a un cura, que se cree Dios por tener un cargo importante en la Iglesia, y a un abogado, que además es político conservador y, por añadidura, más papista que el papa, para los que, segura estoy, un pecado de amor es una falta aún más grave que un asesinato.

Cuando he entrado de regreso en la casa de los Ortiz, mi suegra, que está pendiente de cada gesto y cada movimiento que hacemos los demás, me ha abordado y, sin preámbulos y sin poder imaginarme cómo se ha enterado de que había ido a ver a Laura, me ha inquirido:

—¿Le ocurre algo a Laura Cifuentes?

—No, nada de particular, que estaba muy preocupada porque lleva ya más de una semana una abundante menstruación y quería consultarme qué debía hacer —le he mentido, diciéndole justamente todo lo contrario de lo que le ocurre, por aquello del refrán que dice: «quien quiera saber, mentiras a él».

Lunes, 20 de marzo de 1911

No queriendo llegar a la hora justa del desayuno, me he adelantado algunos minutos, y cuando he tocado el timbre de la puerta eran las nueve menos cuarto de la mañana. Me ha abierto Laura y me ha hecho pasar a la cocina donde, sobre una plancha de hierro colocada sobre sobre dos fogones,

tostaba unas rebanadas de pan al tiempo que calentaba una cafetera y un cazo con leche. Al fondo se oían conversando las voces del abogado don Fadrique y del cura Jorge Juan. Ambos hombres, después de desayunar, acostumbran a salir cada día de la casa no más tarde de las nueve y media y suelen hacer juntos el camino para estar a las diez en sus respectivos trabajos en el centro de la ciudad; el padre en la calle Cánovas del Castillo⁸, que es donde tiene su bufete, y el hermano en su despacho del palacio arzobispal.

Como cada día, a las nueve en punto Laura tenía la mesa puesta y los desayunos servidos. Los dos hombres entraron en el comedor a la vez y, al verme, parecieron sorprenderse, pero enseguida se repusieron y me saludaron.

—Vaya, pero si tenemos aquí a la doctora Ana Márquez —dijo don Fadrique con cierto tono de sorna.

—Buenos días nos dé Dios, Ana —fue el saludo de Jorge Juan—. ¿Doctora? ¿Debo entender que ya eres médico?

—Ah, eso mismo le pregunto yo, lo de doctora lo he dicho por decir —añadió don Fadrique.

—No, aún no soy médica. Estoy terminando el cuarto curso —les respondí.

—Bueno, si estás terminando el cuarto curso ya sabes casi todo lo que hay que saber de Medicina y puedes considerarte médica —dijo el cura, y continuó: —Ya que estás aquí, espero que nos honres desayunando con nosotros.

—Muchas gracias, acepto la invitación.

Nos hemos sentado todos a la mesa y, cuando el padre Jorge Juan, se ha quitado el birrete, ha dado gracias a Dios y ha bendecido los alimentos, haciendo en el aire sobre ellos

⁸ Hoy Avenida de la Constitución.

varias veces la señal de la cruz, todos nos hemos santiguado.

—¿A qué debemos el honor de tu visita? —me inquirió don Fadrique, al tiempo que se llevaba la taza a los labios y tomaba un sorbo de café.

—He venido porque me ha llamado Laura —respondí—. Tiene un problema al que hay que darle solución.

—¿Un problema?... ¿de salud?... ¿está enferma? —balbució el cura.

—No, no está enferma, su salud es perfecta, tan solo está embarazada —respondí, y aunque pronuncié mis palabras de la forma más natural y más suave que me fue posible, mientras le ponía mantequilla a mi tostada, sonaron como un cañonazo.

La sorpresa congeló los movimientos de ambos hombres, que fruncieron sus entrecejos y abrieron sus párpados hasta que estos no dieron más de sí; los labios inferiores cayeron flácidos, las tazas y las tostadas quedaron suspendidas en el aire, como si el tiempo se hubiera congelado, y un espeso y frío silencio cayó sobre los comensales.

—¿Qué...es lo que has dicho? —farfulló al fin don Fadrique, rompiendo el mutismo.

—Que Laura está embarazada de dos meses —le respondí, esta vez con sequedad—, pero el problema se puede solucionar mediante una ligera intervención quirúrgica no invasiva.

Pensaba yo que, al escuchar la noticia, los ánimos se caldearían y que el celoso y riguroso padre tendría una reacción violenta, pero no fue así. Los dos hombres, abogado y cura, quedaron mudos y mirándose fijamente a los ojos, como si estuvieran conversando mentalmente, por telepatía, hasta que, tras un casi imperceptible movimiento de asentimiento

de sus cabezas, don Fadrique rompió el silencio.

—¿Qué personas serían conocedoras de esa operación quirúrgica? —me inquirió, al parecer, visiblemente preocupado por la repercusión social que pudiera tener aquella operación abortiva, temiendo que la difusión de tal noticia pudiera perjudicarle al negocio de su bufete o a la carrera eclesiástica de su hijo Jorge Juan.

—Creo que podría convencer a mi novio y a mi suegro para que fuesen ellos los que la practicasen y que lo hicieran aquí, en este mismo domicilio y no en el hospital, a donde tendría que acudir con el rostro velado o enmascarado para no ser reconocida y, aun así, podría ser bastante difícil ocultarlo.

—Está bien, habla con tu suegro y con tu novio, pero, antes de decirles lo que queremos de ellos, hazles prometer que guardarán el más absoluto secreto de este asunto.

—No se preocupe, así lo haré, aunque no es necesario, ya que el secreto profesional obliga a los médicos a guardar cualquier información relativa a sus enfermos. Puede usted tener la absoluta certeza de que esta cuestión nunca saldrá de sus labios.

—¿Y de ti?, tú aún no eres médica, ¿puedo estar seguro de que tú no se lo dirás a nadie?

—Señor, ¿pone usted en duda que Laura es mi mejor amiga?

—Lo siento, llevas razón, no sé lo que me digo.

A Laura no le llegaba la camisa al cuerpo del miedo que tenía a la reacción de su padre y de su hermano; temía ser abofeteada o, peor aún, ser expulsada de la casa, pero cuando vio que, tal como yo lo había planteado, el problema se resolvía sin violencia, aceptando como solución el aborto

que ellos condenaban en los demás, me miró y esbozó una leve sonrisa. Ambas estábamos siendo testigos del fingimiento, la doblez y la falsedad que yo ya le había anunciado ayer en la azotea.

Domingo, 26 de marzo de 1911

Hoy hemos llevado a cabo la intervención abortiva de Laura Cifuentes con la discreción que exigía el caso. Aunque el número 32 de la calle Arrayán, que es donde vive la familia Cifuentes, queda en la acera de enfrente a la nuestra, y tan solo teníamos que cruzar la calle, lo hemos hecho a las siete de la mañana, hora a la que, por ser domingo, la calle aún estaba desierta y la gente que vive en aquel bloque de pisos aún dormía.

A sido la propia Laura quien nos ha abierto la puerta y la que nos ha recibido, sin que don Fadrique ni Jorge Juan se hayan dejado ver en ningún momento, pareciendo como si aún durmieran y aquella operación se estuviera haciendo a sus espaldas; hasta tal punto llegaba la doblez y el disimulo del cura y el abogado que, con aquella ausencia, parecía que pretendían engañar a sus propias conciencias mostrándose hipócritas hasta consigo mismos.

La operación ha ido bastante bien. Laura estaba muy nerviosa y tal vez fuera por eso que se ha mostrado muy resistente a la acción del cloroformo, pero al fin se ha dormido. Hemos procedido a hacerle una aspiración manual endouterina mediante una cánula y una jeringa de gran tamaño, así como un posterior legrado en la mucosa del útero para eliminar los posibles restos que hubiesen quedado adheridos a

la misma, operaciones estas que me han servido de experiencia adelantada, ya que no será hasta el curso que viene que estudie Medicina Fetal y Obstetricia. Los efectos secundarios que hemos observado tras la operación han sido los normales de la anestesia, así como un ligero sangrado y dolor abdominal; nada importante.

Dada la corta duración de la operación, media hora más tarde mi padre y mi hermano se han marchado sin que, como digo, don Fadrique y el cura se hubieran dignado hacer acto de presencia, ni siquiera para darles las gracias; yo, en cambio, me he quedado acompañando a Laura junto a su cama, para atenderla si se despertaba y tenía náuseas, mareos o dolor de cabeza, que son los efectos secundarios más frecuentes que produce la inhalación de cloroformo.

Había pasado casi una hora desde de que mi padre y mi hermano se hubieran marchado, cuando han entrado en el dormitorio don Fadrique y el cura fingiendo estar muy preocupados por la paciente.

—¿Cómo está mi hija? —me ha preguntado el padre simulando una ansiedad que no sentía, mientras que el hijo, vestido de cura, se aproximaba al borde de la cama y, como si imitara los absurdos gestos del brujo de una tribu salvaje, procedió a ir a trazando cruces en el aire con los dedos índice y corazón sobre la frente, el pecho y el vientre de la pobre Laura, tal vez rogándole a Dios que le perdonara a su hermana el atroz pecado de haber amado a su novio.

—Está bien —le respondí—, todo ha salido conforme a lo previsto.

—Cuando vuelvas a tu casa preguntale a tu padre y a tu hermano a cuánto ascienden sus honorarios.

—No se preocupen, no les deben nada. Hemos llevado a

cabo esta operación por pura amistad y con el exclusivo ánimo de ayudar a Laura; lo que sí les digo a ustedes dos es que a mi padre y a mi hermano les hubiera gustado antes de marcharse haber oído de sus bocas alguna palabra de agradecimiento —les respondí, sin poder evitar reprocharles su hipocresía e ingratitud.

Al arrojarles a la cara estas palabras en un tono tan claramente acusador, mientras que a Jorge Juan el rubor le subía a la cara y le incendiaba hasta las orejas, el rostro de don Fadrique permanecía impasible, demostrando así su falta de dignidad, de empatía y de vergüenza.

Lunes, 19 de junio de 1911

Hoy he terminado el cuarto curso; y si no lo he sacado con notas tan brillantes como en los cursos anteriores, al menos creo que son bastantes aceptables: el balance es de un único sobresaliente, tres notables y las restantes asignaturas con aprobados altos. En octubre ya estaré estudiando el quinto año de carrera y podré ir haciéndome a la idea de que al fin seré una de las poquísimas mujeres españolas licenciadas en Medicina y Cirugía.

Pero más que para decir esto, si me he sentado y he cogido la pluma ha sido, sobre todo, para anotar el altercado que tuvimos en casa ayer por la noche. Ocurrió algo que yo ya había pensado varias veces que algún día ocurriría. Y es que, o Fabián es lelo, o es muy listo y se hace el tonto, jugando a equivocarse de persona. Ya es la tercera o cuarta vez que le roba un beso a Rosalía o la toca en alguna de las partes de su cuerpo que les están vedadas tocar a aquellos hombres

que no acreditan venir con buenas intenciones, excusándose con que la ha confundido con Flora. La manía de mi madre de vestirlas a las dos con vestidos idénticos, da como resultado que pasen estas cosas, o al menos favorecen que puedan ocurrir; y lo peor es que a las gemelas les gusta ir vestidas iguales, pasar por ser idénticas a la vista de todos y divertirse viendo cómo la gente las confunde y las llama erróneamente por el nombre de su hermana. Más de una vez han jugado a hacerse pasar la una por la otra, suplantándose en reuniones de amigos y en citas, e incluso llegando en más de una ocasión a presentarse la una por la otra a algún examen en el Instituto.

Ayer, como cada día, llegó Fabián a casa a las siete y media de la tarde para pelar la pava con Flora. Si bien están sometidos a vigilancia, con el fin de que puedan llevar a cabo tan gratificante labor con la intimidad necesaria, los novios tienen asignado una pequeña salita que se encuentra amueblada con un pequeño sofá de dos plazas, dos butaquitas tapizadas de terciopelo verde, una mesita baja redonda con una tapa de mármol rojo, y un armario librería que cubre una de las paredes de la habitación. La vigilancia se lleva a cabo mediante la prohibición que tienen de cerrar la puerta de la salita, con el fin de que, desde el salón comedor, puedan verse reflejados en un bonito espejo cornucopia que hay colgado en la pared de frente al sofá. Flora siempre lo espera sentada en el sofacito, pero ayer habían estado las dos gemelas leyendo sentadas juntas y, cuando llegó Fabián, Flora se había levantado para ir a la cocina a beber un vaso de agua. Así que, cuando entró en la salita, el Romeo debió creer que aquella que allí se encontraba era su amantísima Julieta, o no tuvo tal equivocación, ¡vaya usted a saber! Lo cierto es

que Fabián entró, se acercó a Rosalía, la besó en la boca, le mordió el labio inferior y le pellizcó el pezón izquierdo hasta hacerla gritar, no se sabe si de dolor o de placer, pero ocurrió que Flora regresó de la cocina en el justo momento en el que estaba ocurriendo todo esto, siendo testigo presencial de la escena erótica. ¿Y qué creéis que ocurrió?, pues eso, que se armó la de Troya.

El primer volumen con tapas duras de los galdosianos Episodios Nacionales, que lo había estado leyendo Flora y descansaba sobre la mesita redonda, es decir, un libraco con más de mil doscientas páginas y un peso considerable, fue tomado por la ofendida Flora con ambas manos y descargado violentamente sobre la testa de Fabián quien, aturdido por el fortísimo golpe recibido, se desplomó sobre Rosalía, quedando ambos cuerpos tendidos en el sofá, en posición decúbito supino el de ella, es decir, boca arriba, y decúbito prono, o sea, boca abajo, el de su novio. Cuando Rosalía se vio aplastada por el desmayado corpachón de Fabián, lo empujó con todas sus fuerzas, yendo este a caer de golpe sobre la mesita redonda con tal fuerza que al frágil velador se le rompieron dos de sus tres patas y, al chocar contra el suelo, la preciosa tapa de mármol rojo se partió en dos.

Al oír aquel estruendo, todos acudimos a ver qué ocurría, y cuando vimos a Fabián sin sentido, tirado en el suelo sobre la destrozada mesita y a Rosalía tumbada en el sofá con el escote roto y tan abierto que le asomaba el pezón del pecho derecho, pareciendo que hubiera sido violada, a mi madre le dio un patatús, se desplomó redonda al suelo, y tuvimos que olvidarnos de Fabián, cargar con ella entre todos, llevarla a la cama y darle a beber agua de azahar.

Cuando al fin Fabián recuperó el sentido y se sentó en el

sofá, pudimos comprobar que su mirada era extraña, pues sus ojos habían quedado algo estrábicos. Durante los siguientes dos o tres minutos, sin despegar los labios ni decir una sola palabra, nos estuvo mirando, pero yo creo que nos miraba sin vernos, con la mirada perdida, en un absoluto mutismo y sin mover un solo músculo de la cara, pareciendo que no nos conociera o no supiera en qué lugar se encontraba. Media hora más tarde, ya algo más recuperado del golpe, se levantó del sofá, se cubrió el gran chichón de la cabeza con su sombrero hongo y se marchó haciendo mutis, como se marchan aquellos que no piensan volver, en silencio y sin despedirse de nadie, ni siquiera de Flora. Creo que mi hermana se ha quedado sin novio, que Fabián les ha hecho cruz y raya a las gemelas, a la casa y al resto de la familia, que ni siquiera va a volver a circular por la calle Arrayán, y que, posiblemente, haya sido esta la última vez que lo vemos en lo que nos quede de vida en este mundo.

Viernes, 22 de diciembre de 1911

Esta noche, cuando regresaba yo de estudiar en casa de Manuel y llegaba al portal de mi casa, Laura Cifuentes se encontraba en el suyo despidiendo a su nuevo novio, un chico alto y bastante agraciado llamado José Luis. Aunque yo no lo conocía personalmente, sabía de él porque hace un par de meses, después de que el pasado mes de marzo Juan Miguel hiciera aquella cobarde espantada, dejándola embarazada y sin ganas ningunas de volver a echarse otro novio, Laura me dijo que había conocido a un chico, que era muy guapo y le parecía una buena persona.

Ya me extrañaba a mí que Laura, siendo una mujer guapa, simpática, temperamental e inteligente, gustándole los niños como a nadie y recibiendo continuas propuestas de relaciones formales, se mantuviera durante demasiado tiempo en la promesa que se hizo a sí misma de hacerle cruz y raya a los hombres, de no volver a tener un nuevo novio y renunciar al matrimonio.

Así que, me ha llamado y he acudido a su portal, me lo ha presentado, y en los escasos tres minutos que hemos estado charlando, también a mí me ha parecido que este chico es una buena persona.

Domingo, 14 de enero de 1912

En la misa de las doce de la mañana, el párroco de Ómnium Sanctorum, don Javier Cisneros, ha celebrado su última eucaristía y, tras la homilía que ha dado desde el púlpito, se ha despedido de su feligresía; según ha dicho, abandona su parroquia porque su canonjía le exige estar presente en la catedral todo el tiempo. Nos ha presentado al nuevo párroco, que se llama don Felipe Estrada, un joven de unos treinta años, guapo y de buena planta, pero se ve que Dios no se ha ocupado en absoluto de su alma y se la ha dotado con muy escasos sentimientos humanitarios ya que, a mediodía de hoy, cuando ya don Javier se había marchado definitivamente llevándose todos sus bártulos, ha despedido fríamente a mi padre, sin darle ninguna justificación de porqué lo hacía y sin prestarle la menor atención a su súplica ni mostrar consideración alguna a la falta que nos hace en casa su salario de sacristán, sobre todo, porque ya está próximo a

cumplir los cincuenta años y no encontrará fácilmente otro trabajo. Al parecer, ya tenía nombrado de antemano y citado en la iglesia al nuevo sacristán, un joven amigo suyo llamado Gonzalo Alfaro, que ni siquiera vive en el barrio, de unos veinticinco años de edad, soltero y, por tanto, sin obligaciones familiares.

Si cuando era sacristán, mi padre se ayudaba con un sobresueldo trabajando por la tarde cuatro o cinco horas en el taller de hojalatería, ahora tendrá que pedirle a Antoñín que le dé trabajo en el taller durante once o doce horas diarias.

Este nuevo cura es la antítesis de don Javier Cisneros, que era persona humanitaria donde las hubiera y se preocupaba por aliviar los problemas de las familias más pobres de su feligresía. No puedo comprender cómo se le puede adjudicar una parroquia a un hombre que muestra tan poca empatía con los problemas de los demás ¿No debe ser el párroco un ejemplo de honradez y de caridad cristianas?

Miércoles, 24 de enero de 1912

Hoy hemos tenido escándalo del bueno y bien gordo, del que se estará hablando durante muchísimos años.

Resulta que, Genoveva, la señora que limpia la iglesia, ha llegado hoy una hora antes de lo acostumbrado y ha sorprendido en la sacristía a don Felipe Estrada, el nuevo párroco, y a Gonzalo Alfaro, el nuevo sacristán, desnudos de cintura para abajo, besándose en la boca y tocándose sus vergüenzas. ¡Qué poco tiempo ha podido el curita ocultar su condición de homosexual!, y no es que yo tenga nada en contra de los maricas, que también son hijos de Dios y herederos de

su Gloria, pero como quiera que es la propia Iglesia la primera en condenarlos, a todos los efectos el uranismo en un cura resulta aún más censurable y pecaminoso que en un seglar. Ahora entiendo la razón del despido de mi padre y me veo obligada a tener que relativizar las negativas afirmaciones que hace unos días hice del nuevo párroco; tendré que observar más de cerca su comportamiento con la feligresía antes de emitir una opinión sobre sus defectos, sus virtudes y su moralidad. Que sea homosexual no quiere decir que sea una mala persona; estoy segura de que habrá muchos santos en el cielo que fueron homosexuales en vida.

Esto del tribadismo y del uranismo cada uno lo ve de una manera distinta. Hay médicos, muy afines a la Iglesia, que los diagnostican como una enfermedad, mientras que la propia Institución católica, basándose en que el acto homosexual es estéril, lo califica como un pecado muy grave que conduce al pecador directamente a las calderas de Pedro Botero; y mientras tanto, la lesbiana y el homosexual se defienden diciendo que, si Dios los ha traído al mundo con esa tendencia, será para que sean felices siendo así.

Yo soy de los que entienden que Natura nos ha dotado, tanto a los humanos como a las especies animales, de una libido para que nos perpetuemos, no siendo el placer sexual más que un placentero señuelo con el que se nos invita a aparearnos para así hacer efectiva la orden divina de «creced y multiplicaos». Si bien es cierto que los actos homosexuales son estériles, no es menos cierto que lo que hace el homosexual es simplemente disfrutar de su libido, lo mismo que hace cualquier matrimonio en el que uno de los cónyuges es estéril, y no por eso la Iglesia los condena por lascivia; yo diría que la propensión a disfrutar del deleite carnal es tan

natural como las de comer, beber o dormir. Y, visto desde la perspectiva de la Iglesia, si Dios aprueba el amor lascivo en una pareja heterosexual unida en matrimonio, en la que uno de los actores es estéril y no puede engendrar un hijo, ¿por qué habría de condenar a un amor homosexual, sobre todo si, al igual que en la unión heterosexual, este amor ha nacido de lo más profundo de las almas de dos personas y es sincero, noble y puro?

Todo el barrio, ¿qué digo de todo el barrio?, segura estoy de que toda Sevilla y su comarca, se habrá enterado ya de que el párroco y el sacristán de Ómnium Sanctorum son amantes. Y también tengo plena certeza de que, a estas horas, las lenguas de doble filo ya los acusan por lo bajini de tener el Diablo metido en el cuerpo, de estar en pecado mortal y de que, si la Santa Inquisición no hubiese sido abolida, los habría empalado a los dos como escarmiento; pues, ya veréis como no me equivoco si os digo que todo aquel que venga a misa el próximo domingo le pone buena cara al curita, como si fuera un ángel que ha bajado del cielo para salvarnos de las garras de Satanás; ya veréis como acuden como moscas al confesionario de un cura que está en pecado mortal a contarle sus mentiras y cuatro pecadillos que se inventan para pedirles el perdón; cómo se pone en fila para recibir la comunión de manos de quien está condenado al infierno, y nadie le reprocha su comportamiento anticristiano. Esta es la hipocresía que los jerarcas de la Iglesia, si fueran honestos, y si ellos mismos no fueran unos hipócritas, deberían combatir, a ver si así mejoraban la calidad moral no solo de algunos de sus fieles, sino también la de sus sacerdotes.

Lunes, 12 de febrero de 1912

Esta mañana ha bajado mi vecina Delia y me ha anunciado a voz de pronto, que se casa dentro de cuatro días, el 14 de febrero, fiesta de San Valentín, patrón de los enamorados.

—¿Y eso? —le he preguntado, extrañada por la premura de la boda.

—Estoy embarazada —me ha confesado—, Ya he cumplido dos faltas. Es por esto que nos casamos el día de San Valentín, para que parezca que adelantamos la boda por el capricho de casarnos ese día.

—¡Vaya por Dios, mujer! La historia se repite —le he respondido acordándome de Laura—. ¿Recuerdas lo que dijiste de Laura hace un año? Que si no tenía vergüenza, que no había sabido esperar a casarse, que si tenía el Diablo metido en el cuerpo... ¿Te acuerdas? ¿Y ahora qué? ¿Ves cómo no se puede criticar a nadie, y mucho menos en cosas que pueden ocurrirle a cualquiera?

—Llevas mucha razón, Ana. Tengo que pedirle perdón por todas aquellas cosas que dije de ella.

—Supongo que tú no querrás también que te hagamos un aborto quirúrgico.

—No quiero eso, quiero que mi bebé viva. Ya ves, en eso difiero de Laura.

—¿Difieres?, ¿no será que tu novio está dispuesto a casarse contigo y le hace ilusión tener ese hijo, cosa con la que Laura no contaba?

—Hija, Ana, no seas tan dura, pareces un juez.

—¿Tan difícil nos resulta, antes de criticar a nadie, ponernos en su lugar? Si habitualmente hiciéramos el ejercicio de

interesarnos por el problema de nuestro prójimo y empatizar con él, dejaríamos de devorarnos los unos a los otros y, con el tiempo, acabaríamos erradicando la envidia, el egoísmo y la maledicencia. Conseguiríamos un mundo ideal, en el que daría gusto vivir, haciendo el bien con sentido de justicia social y por el puro placer de ayudar al otro, sin necesitar de la amenaza de un Infierno ni la promesa de un Paraíso.

Martes, 19 de marzo de 1912

Hoy, mi suegro ha celebrado su onomástica con un almuerzo. Esta mañana me he acordado del San José del año pasado, del embarazo de Laura y de aquel desayuno en el que les propuse a don Fadrique y al padre Jorge Juan hacerla abortar mediante un legrado de útero. Por un momento tuve el pálpito de que hoy también íbamos a tener algún episodio sorpresivo, pero recordé que ya lo tuvimos el mes pasado con el embarazo y la apresurada boda de Delia Peña el Día de los Enamorados.

Hoy el único sucedido digno de mención lo ha protagonizado mi suegra, quien, después de haberse bebido ella solita botella y media de cariñena durante la comida y, no contenta con ello, de haber acompañado los postres echándose al colete tres o cuatro copas de aguardiente seco de Cazalla, ha terminado riéndose a carcajadas sin motivo aparente y cantando a voz en cuello, hasta enronquecer, esa canción que cantan todos los borrachos de España, diciendo que desde Santurce a Bilbao, viene vendiendo sardinas por toda la orilla, con la saya levantada y luciendo la pantorrilla, como si le parecieran pocas las que vendió de joven en el aquel

puesto de pescado del mercado de La Encarnación.

Al final, se ha tumbado en el sofá, se ha dormido y se ha meado encima, no sé si por la falta de vergüenza que le da la borrachera o porque a sus cincuenta años ya está vieja y tiene flojos los esfínteres,. Lo cierto es que hemos tenido que llevarla al dormitorio, echarla vestida sobre la cama y decirles a las criadas que la desnudaran, la lavaran y le cambiaran la ropa interior.

Sábado, 22 de junio de 1912

¡Hurra! ¡Lo he conseguido! ¡Ya soy médica! Hoy, vestida con la toga negra, la esclavina amarillo-oro y el birrete, he recibido mi licenciatura en Medicina y Cirugía con una calificación de Notable alto, y también he sabido que mi título es el decimosegundo que ha sido otorgado en España a una mujer. A ver si esto convence a más de un hombre de mi entorno de que, a falta de tener la fuerza física masculina, las mujeres tenemos las mismas capacidades intelectuales que los hombres y puede que, en algunos casos, los superemos.

Tenía pensado especializarme en obstetricia para ganarme la vida con aquellas mujeres embarazadas cuyos celosos maridos no soportan que sus partes pudendas sean vistas y manoseadas por un médico varón, pero finalmente he decidido que voy a ser cirujana. Considero que la cirugía es la más noble, la más pura de las ramas de la Medicina y la menos dependiente de la voraz industria farmacéutica, cuyo único objetivo es ganar dinero y que solo se ocupa de investigar medicamentos que no curan, sino que tan solo palian

los molestos síntomas de las enfermedades y las cronifican. Además, creo que, asociada a la ingeniería, la cirugía será la rama médica que más avance en el futuro. Me gusta mucho la cirugía, he sido más veces que nadie ayudante voluntaria de los forenses del Departamento Anatómico, y también he hecho más horas de prácticas quirúrgicas en carne viva que cualquier otro compañero de carrera; creo, además, tener las cualidades que debe poseer un buen cirujano, como son el gusto por el trabajo en equipo, el tener un extenso conocimiento de la anatomía humana, disfrutar de un buen pulso, precisión y habilidad en las manos, así como tener la capacidad necesaria para conservar la sangre fría frente a cualquier contratiempo que se presente durante una intervención quirúrgica.

Sábado, 10 de agosto de 1912

Hoy, día de San Lorenzo, que según dicen, es el más caluroso del año, Laura ha venido a verme a las cinco de la tarde y me ha hecho subir a la azotea de mi casa para revelarme, sin testigos y en el más absoluto de los secretos, que tiene un problema que no sabe cómo resolver.

—Es que le hemos mentido a nuestras familias.

—¿De qué me estás hablando?

—Que hemos dicho en nuestras casas que esta tarde, a las ocho, José Luis y yo acudiremos a la misa que se celebrará en la parroquia de San Lorenzo en honor al Santo de su advocación y en sufragio por el alma de Marcelo Spínola, de la que fue párroco durante ocho años antes de ser cardenal arzobispo de Sevilla —me ha confesado, en un tono de voz

muy bajito, mientras tratábamos de resguardarnos, en la estrecha sombra de una chimenea, del plomo fundido que nos arrojaba el inclemente sol de agosto.

—¿Y...?

—Que no va a celebrarse tal misa, sino que hemos acordado ir a una casa de citas que él conoce donde podremos hacer el amor.

—¿Y...?

—Que no voy a sangrar y, por tanto, va a notar de no soy virgen.

—¡Ah, ya! ¿Y qué...?

—¿Cómo qué y qué...? Que me digas qué es lo que hago o qué le digo.

Esto me sorprendió y me hizo pensar en que, para que una relación sea sana, ha de discurrir siempre con la verdad por delante; y, sin embargo, debo reconocer que la intransigencia masculina frente a la ausencia de virginidad en una mujer soltera acabaría con la relación en el mismo instante de su conocimiento. Es esta falta de sinceridad mutua en la relación la que obliga a los amantes a mentir; cuando un hombre y una mujer se aman sinceramente y no quieren perderse el uno al otro, preferirán ser engañados antes que saber la verdad. Finalmente, después de decirle que no siempre sangra el himen en el primer coito y que la falta de sangrado no es ninguna prueba de falta de virginidad, terminé por aconsejarle:

—Dile que tuviste pólipos uterinos y que Manuel y su padre te hicieron una histeroscopia para removerlos, habiendo sido necesario para ello tener que romper el himen.

—¿Tú crees que esa historia lo convencerá?

—Si lo ves dudar, dile que me lo pregunte a mí, y si quiere

estar aún más seguro, que se lo consulte a Manuel o a don José. Yo los avisaré a los dos para que estén al tanto de lo que le tienen que contestar si les pregunta.

No sé si se ha ido más tranquila que cuando vino a verme, pero sí sé que yo no me he quedado nada tranquila aconsejándole que mienta; de todas formas, al despedirme de ella, le he recordado que no le pase lo mismo que a Delia Peña, le he dicho que lave bien con vinagre los preservativos, y le he deseado que tenga una tarde muy feliz.

Lunes, 2 de septiembre de 1912

Hoy ha sido mi primer día de trabajo en el Hospital Provincial de la Sangre (que nombre más feo; me gustaba más el de Hospital de las Cinco Llagas), y como quiera que faltan médicos, sobre todo cirujanos, para ser contratada no he necesitado de las influencias de mi novio y de mi suegro. Así que he sido acogida de mil amores porque, cuando no haya cirugía que hacer, me emplearan como médico internista.

El hospital, un noble edificio renacentista de mediados del siglo XVI, es inmensamente grande. Lo tengo bien conocido por las muchas prácticas que he realizado en él durante mis tiempos de estudiante, y sabía que la decena de grandes salas que acababa de recorrer acompañando a Manolo tan solo eran una pequeña parte del colosal edificio y, sin embargo, no pude por menos que mirar a los enfermos con ojos distintos; ya no los veía como a un ejemplar vivo que era portador de la enfermedad que habíamos estado estudiando aquella misma mañana en la Facultad, ahora los miraba como a personas que sufrían los estragos de una enfermedad

y que esperaban de mí que los liberara de sus padecimientos.

Manolo debió notar este cambio de actitud mía, pues cuando salimos de la última sala a uno de los patios, donde ya no podían oírnos los pacientes, me dijo:

—¿Verdad que ya no son los mismos que veías cuando eras estudiante?

—Es cierto, no los veo igual. ¿Qué ha cambiado?

—Tú has cambiado. Cuando venías a hacer prácticas, los enfermos se sentían ante tu presencia como los animales de un zoológico, sabiéndose observados como meros objetos de estudio. Ahora tú eres su esperanza; sienten que sus vidas están en tus manos y ven en ti a quien puede curarlos o librarlos de la muerte.

—Sí, he notado sus miradas en mi interior y me he sentido asustada. Temo no estar a la altura que ellos esperan de mí.

—Tendrás que acostumbrarte a entender que no puedes hacer por ellos más de lo que ya haces y a la idea de que perderás a muchos de ellos. Muchas veces porque nuestros conocimientos no son suficientes, y las más por la ineficacia de los medicamentos que utilizamos.

—Don Andrés Albéniz, el catedrático de anatomía y cirugía, dijo una vez en clase que la industria farmacéutica está podrida y prostituida, que los tratamientos que investigan no están enfocados a curar las enfermedades, sino a cronificarlas. Afirmaba don Andrés que los grandes laboratorios farmacéuticos no quieren pacientes a los que curar, sino clientes que estén consumiendo sus productos de por vida, es decir, nos quieren a todos enfermos crónicos y es por eso que no investigan medicamentos curativos, sino paliativos para los síntomas de las enfermedades.

—Don Andrés lleva toda la razón. Los gerifaltes que han

iniciado la actual industria farmacéutica no son médicos ni farmacéuticos, sino potentados que proceden de otras industrias, como por ejemplo la del petróleo, a los que la salud de las personas les trae sin cuidado; ellos solo buscan el beneficio económico, y es esa la razón por la que nos quieren a todos longevos, pero enfermos crónicos y consumidores de sus productos.

Por un momento dudé si había elegido la profesión correcta. Me sentí cómplice de la egoísta, insolidaria y aberrante conducta de la industria farmacéutica, pero me consolé pensando que, aún en el caso de no llegar a curarle su dolencia, el médico es el bastón que alivia los padecimientos y sostiene el ánimo del enfermo durante todo el tiempo que persista su enfermedad.

Jueves, 21 de noviembre de 1912

Hoy Manuel me ha hablado de boda y me he sorprendido de mi propia reacción. He sentido en mi interior una cierta sensación de rechazo a la idea del matrimonio; y no es que no quiera casarme, que sí que quiero, pero, a diferencia de mis amigas, no lo quiero para ser ama de casa y madre de unos cuantos niños, sino para vivir en compañía de mi adorado Manuel y disfrutar con él libremente de las mieles que el amor le ofrece a la pareja que ha pasado por la vicaría. Bueno, la pareja que no ha pasado por el altar lo disfruta igualmente, pero con el inconveniente de tener que soportar las hipócritas maledicencias de esta podrida sociedad. Lo cierto es que me siento de maravillas en el estado en el que me encuentro en estos momentos: soltera, sin obligaciones

familiares, gozando de la cercanía del hombre que amo, llevando a cabo un trabajo que me encanta y en el que voy ascendiendo con rapidez a puestos de mayor responsabilidad, viniendo a reafirmarme cada día más en mi carrera profesional. Cada vez que pienso en el casamiento se me viene a la mente los largos e incómodos periodos de embarazos, que pueden llegar a invalidarte en el trabajo, y sobre todo pienso en los cuidados que exige la crianza de los niños y en la gran importancia y trascendencia que tiene en la vida futura del neófito la educación hogareña, ya que no es el colegio, sino los padres, y sobre todo la madre, los que deben entregarse por completo a esta labor dándoles un cuidadoso ejemplo diario de cariño, respeto, cortesía y, sobre todo, un elevado sentido de justicia. Es en el hogar donde el niño aprende, por imitación a sus padres, a ser socialmente educado, cordial y justo; a saludar cuando llega y a despedirse cuando se marcha; a compartir cosas con sus hermanos, sus amigos y sus vecinos; a cumplir con los horarios acordados y con las promesas dadas; a pedir permiso antes de coger algún objeto ajeno; y a disculparse si se equivoca o si ofende a alguien.

Un trabajo como el del médico, que exige la entrega diaria de un elevado número de horas de atención a los pacientes, dificulta en gran medida la educación de los hijos, ya que esas horas que no comparten padres e hijos son tiempos perdidos en lo que a educación familiar se refiere, siendo un error confiar en que serán compensadas con la educación que reciben en el colegio, ya que el principal objetivo de la escuela no es educar para la vida social, sino formar al alumno en las materias que necesitará conocer para ganarse la vida. La auténtica educación social es la que se recibe en el barrio, entre los amigos y vecinos, en la casa, en el seno

de la familia, siendo esta labor exclusiva de los padres.

Me ha dicho Manuel que le gustaría casarse para finales del año que viene y que está negociando la compra de la casa número 54 de la calle San Luís, propiedad de don Gonzalo García de Zúñiga. En más de una ocasión le he oído comentar que le gusta mucho esa casa, que es muy grande, que tiene un montón de habitaciones, y que de niño jugó muchas veces con su amigo David, el más pequeño de los tres hijos varones de don Gonzalo, en una sala que estaba llena de juguetes.

Al parecer, don Gonzalo ha sido nombrado cónsul de España en Buenos Aires, donde sus dos hijos se encuentran trabajando para el Gobierno argentino, ambos casados y con hijos, y como quiera que el buen hombre se encuentra viudo desde hace varios años, viviendo solo y asistido por una vieja criada, es por lo que, sintiéndose ya mayor, ha decidido pasar en aquellos lares trasatlánticos lo que le quede de vida y ha puesto su casa en venta. Me dice Manolo que, a sus cincuenta y cinco años, estando ya a las puertas de la ancianidad, es tanta la ilusión que tiene por ocupar su puesto y tantas las ganas y las prisas que tiene don Gonzalo en vender la casa y marcharse a América, que el precio que le ha puesto al inmueble, con todo el mobiliario incluido, es de ochenta mil reales, cifra bastante inferior a su valor real.

Martes, 3 de diciembre de 1912

A primera hora de esta mañana se ha cerrado ante notario la compraventa de la casa número 54 de la calle San Luís, el *caserón*, como yo la llamo por sus enormes dimensiones, en

presencia de don José, mi suegro, que es quien ha adelantado el dinero de la compra, habiendo tenido que pedirle al Banco un préstamo hipotecario de trece mil reales para completar los ochenta mil de la compra.

«Mira si tendría don Gonzalo prisa por partir —me ha contado Manolo—, que durante todo el tiempo que estuvimos despachando con el notario, un coche y un carromato cargado con un voluminoso equipaje, estuvieron esperándolo en la puerta de la notaría para llevarlo a Cádiz, donde embarcaría con destino a Buenos Aires. Al parecer, según explicó, don Gonzalo no quería demorarse porque le había prometido a sus hijos de Argentina pasar las Navidades con sus familias porteñas, razón por la que había comprado un pasaje en el primer barco que zarpaba el jueves, cuyo nombre no recordaba, un buque mixto, mitad carguero y mitad de pasajeros, de seiscientas toneladas, que había sido botado recientemente y hacía su primera travesía trasatlántica, no habiendo tenido el menor inconveniente ni mostrado temor alguno, desoyendo todas las voces que le advertían que dichos viajes inaugurales solían ser nefastos, ya que, bien fuera porque la mala suerte se cebaba en ellos o porque la maquinaria y las instalaciones aún no estaban suficientemente rodadas, casi siempre se presentaban averías o inconvenientes de mayor o menor gravedad, a lo que, además, hay que añadirle la reciente tragedia del Titanic».

Yo, por mi parte, convencida de que el viaje inaugural de un barco corre los mismos riesgos que los que le van a suceder en el futuro; que lo del Titanic fue pura casualidad que se cruzara en su camino aquel iceberg, y que nada de lo que ocurre en este mundo está escrito de antemano, sino que es puro azar, le deseo a don Gonzalo que tenga un feliz viaje y

que alcance la capital argentina sin ningún contratiempo.

Cuando por la tarde, llave en mano, los Ortiz y los Márquez nos hemos reunido y hemos entrado en la casa, mis padres se han quedado prendados de la hermosura de los patios, así como de las espaciosas dimensiones de los salones y de las habitaciones. Doña Gertrudis, en cambio, no ha parado de criticarlo todo, como si nadara en la abundancia y estuviera acostumbrada a vivir en un palacio.

Como quiera que tanto la casa como los muebles estaban en perfecto estado de conservación, hemos considerado que no era necesario llevar a cabo reparación o modificación alguna; sin embargo, sin tan siquiera consultarnos a Manolo y a mí, que somos los que la vamos a habitar, la mandona de mi suegra, haciendo gala de ser poseedora de un inexistente gusto exquisito, ha ordenado cambiar el empapelado de uno de los salones y dos de los dormitorios, porque dice que son muy horterías, opinión que ninguno de los demás hemos compartido.

Miércoles, 25 de diciembre de 1912

Anoche, con el fin de estrechar lazos, las dos familias hicimos la cena de Nochebuena en casa de los Ortiz. La celebramos en el *caserón* (así les ha dado a los mayores por llamar a nuestra nueva casa), en el mismo salón que mi suegra mandó cambiar el empapelado, que, por cierto, tanto a Manolo como a mí, y creo que también a los demás, nos ha parecido que el papel antiguo era más bonito que el nuevo elegido por la pescadera.

Hay una cosa que me ha llamado muchísimo la atención

y, a la vez, me ha sorprendido gratamente, y es que don Gonzalo, además de los muebles, también nos ha dejado su gran biblioteca. A primera vista parece que está íntegra, o al menos no se aprecian huecos entre los más de tres mil libros que la integran. Y yo me pregunto, ¿cómo es posible que un hombre culto se deje atrás su biblioteca? Para mí, esto es inconcebible. ¿No será que la mayoría de los políticos no leen y solo tienen la biblioteca como un adorno más de la casa? Seguramente, debe tratarse de esto último, ya que, cuando me acerqué a las estanterías, pude comprobar que los libros no estaban ordenados según su temática, y ni siquiera estaban clasificados por autores, sino que parecían haber sido dispuestos por sus tamaños y por el color de sus lomos, así como también observé que muchos de ellos han sido colocados en las baldas conservando aún el envoltorio de papel de estraza, con el nombre impreso de la tienda-librería donde se ha comprado, habiéndosele descubierto solo el lomo para que luzca en el estante. Nadie que sea amante de la lectura organiza así su biblioteca. Este proceder, más que del supuestamente instruido señor de la casa, parece ser más propio de alguna inculta criada, que sin lugar a dudas habrá sido quien los ha dispuesto de tal forma.

Ha sido una cena de Nochebuena estupenda. Hemos tenido que recurrir a contratar a dos sirvientas: Lola y María. Lola tiene fama de ser una magnífica cocinera. Aparenta unos cuarenta años de edad, pero puede que sea mayor, pues es poquita cosa, delgada, bajita, rubia, con los ojos azules y una eterna sonrisa en su rostro. María, bastante más joven que Lola, es una robusta pueblerina natural de El Garrobo, en la sierra norte de Sevilla, de unos veintitrés o veinticuatro años, bien metida en carnes, de amplias espaldas, con los

ojos muy negros, la cara ancha y los cachetes muy colorados, la cabeza voluminosa y coronada por una abundante y enortijada cabellera de color castaño oscuro, así como también exhibe una pletórica y abultadísima pechera, que ya la quisiera para sí la más exuberante de las amas de cría, y un abultado trasero, que debe ser duro como la piedra y firme como las ancas de una mula de carga, pues sus compactas nalgas vibran a cada paso que da.

Lola nos ha demostrado su habilidad de buena cocinera con un riquísimo pavo al horno que, deshuesado y relleno de carne de ternera picada y caramelizada, acompañada de nueces pecanas, almendras larguetas y pasas de Corinto, estaba para chuparse los dedos; finalmente, ha rizado el rizo sorprendiéndonos al colocar sobre la mesa una exquisita tarta Tatin, que en España es una novedad por ser una reciente creación de la cocina francesa, habiéndonos sido imposible sonsacarla para que nos revelara el secreto de dónde y de quién había aprendido a hacerla si, como afirma, nunca ha estado en Francia.

Martes, 7 de enero de 1913

Hoy, mi compañero Eduardo Ruiz y yo hemos firmado un concierto con el Comité Internacional de la Cruz Roja, por el cual nos comprometemos a llevar a cabo durante un periodo de tres años una serie de pruebas y ensayos de nuevas técnicas quirúrgicas, al objeto de establecer un protocolo de actuación de los cirujanos en los quirófanos de campaña de los frentes de batalla, con el fin de reducir al mínimo los tiempos de las intervenciones quirúrgicas en toda clase de

heridas de guerra, sin menoscabo de su eficacia, naturalmente.

Ha sido nuestro director, don Maximino Fuentes, quien nos ha recomendado a los representantes de la Cruz Roja para llevar a cabo dicha labor, y cuando le he preguntado por qué razón nos ha elegido a nosotros, sobre todo a mí, que tan solo cuento con seis meses de experiencia profesional, me ha contestado que ha escogido a Eduardo por sus sólidos conocimientos de cirugía adquiridos en sus veinticuatro años de ejercicio de la profesión, y a mí por la cualidad de líder nato y por la gran capacidad de improvisación que dice que poseo, y que tan útil puede resultar en una intervención quirúrgica que se esté llevando a cabo en mitad de una batalla (si bien reconozco que tengo el don de la improvisación, no observo en mí nada que me haga pensar que puedo ser la líder de un grupo de trabajo), pero sobre todo, dice mi director, porque mi tozudez y tenacidad le garantiza que el proyecto cubrirá los tres años previstos.

Jueves, 13 de febrero de 1913

Hoy ha ocurrido algo en el hospital que es digno de ser contado.

Serían alrededor de las diez de la mañana cuando media docena de albañiles que trabajaban en una obra cercana han entrado en el hospital transportando sobre sus hombros a un compañero que, según dijeron, hacía unos diez minutos había sufrido una caída desde un segundo piso. El accidentado estaba inconsciente y respiraba con bastante dificultad. Al explorarlo por rayos X —este nuevo y tan útil invento que

nos ha llegado hace poco tiempo y nos permite ver la osamenta y algunos tejidos blandos en el interior del cuerpo humano—, hemos comprobado que tenía rotos el fémur derecho y dos costillas del mismo lado, sospechando que el hígado, y tal vez el bazo, podrían estar dañados y, aunque no se veía con suficiente claridad, también pensábamos que una de las costillas pudiera haber perforado el pulmón.

Cuando lo rodeábamos en su cama, a un lado los hermanos internistas Rafael y Gonzalo Pereira, y al otro lado Eduardo Ruiz y yo, el paciente ha sufrido una convulsión y ha dejado de respirar. Cuando le hemos tomado el pulso, no se apreciaban latidos cardíacos.

—Ha muerto —ha afirmado Rafael.

—Sí, ha muerto —ha confirmado su hermano Gonzalo, al tiempo que se colgaba al cuello el fonendoscopio con el que había estado auscultándolo.

—Cubrámoslo con la sábana —dije yo—. Me encargaré de extender el certificado de defunción.

—¿No le vas a hacer una autopsia? —me inquirió Rafael—. El juez de guardia que venga a hacer el levantamiento del cadáver nos la va a pedir.

—No es necesario —le respondí—. Es un chico joven y todos han visto cómo se ha caído del andamio. Esta claro que lo ha matado la caída. No destrocemos su cuerpo más de lo que ya está. Pondré como causa de la muerte parada cardiorrespiratoria provocada por traumatismo interno severo.

—¡No! —exclamó de repente Eduardo en un tono excesivamente alto, casi gritando—. No lo demos aún por muerto. Hay muchas comadronas que han salvado de morir a muchas parturientas con lo que ellas llaman el «beso de la

vida».

Todos nos quedamos mirándolo a los ojos, en suspenso y asombrados, sin saber qué era lo que nos había querido decir Eduardo con aquellas palabras. Aquel muchacho que, según nos dijeron sus compañeros, se llamaba Vicente y tenía veintitrés años, estaba tan muerto como una momia egipcia y, hasta el momento presente, los médicos no tenemos ninguna fórmula mágica de rescatar de la muerte a una persona. Así que los tres nos quedamos expectantes, a la espera de ver qué cosa era a la que se refería.

Entonces vimos cómo Eduardo se inclinaba sobre el cadáver y cómo le ponía la almohada bajo la espalda, dejándole levantado el pecho y la cabeza caída hacia atrás; a continuación, sosteniéndole la barbilla con la mano izquierda y obstruyéndole la nariz con los dedos índice y pulgar de la derecha, rodeó con sus labios la abierta boca del cadáver y comenzó a insuflarle en sus pulmones el aire que él exhalaba. Todos veíamos cómo el pecho del muerto se levantaba cada vez que le introducía aire en los pulmones, y cómo Eduardo, cada dos o tres insuflaciones, paraba y le hacía compresiones rítmicas con sus dos manos sobre el pecho, dejando caer sobre ellas el peso de su cuerpo.

Unos minutos más tarde, el milagro se produjo. Tras varias decenas de compresiones de pecho y de insuflaciones pulmonares, el muerto comenzó a respirar, su corazón comenzó a latir de nuevo, sus ojos se abrieron y nos fue mirando de hito en hito uno tras otro a los cuatro médicos que rodeábamos su cama, pareciéndonos que, por su mirada extraviada, estaba más desorientado que asombrado y que no entendía lo que ocurría.

Tras la sorpresa, fue Eduardo quien le habló:

—Hola, Vicente. Te has caído del andamio y estás en el Hospital Provincial de la Macarena; te han traído tus compañeros. Yo soy el doctor Ruiz, ¿cómo te encuentras?

—Me duele un poco el costado derecho, pero por lo demás me encuentro bien —nos contestó tratando de esbozar una sonrisa—. Tengo hambre; sí, es cierto, recuerdo que, cuando iba a comerme el bocadillo, he resbalado y me he caído del andamio. ¿Qué es lo que me ha pasado?

—Posiblemente te hayas dañado algún órgano interno en la caída y debes permanecer hospitalizado —le he respondido yo—. Dices que tienes hambre, pero no es conveniente que comas nada ahora.

Y, en acabando de decirle esto, Vicente ha vuelto a tener otra convulsión, su cuerpo ha sufrido una violenta sacudida, ha abierto mucho los ojos, se ha aferrado con ambas manos a las sábanas, ha dado tres largas boqueadas, y se ha vuelto a morir, si bien esta segunda vez su rostro se ha quedado congelado, con la boca y los ojos muy abiertos y la mirada fijada en el techo de la sala, pareciendo que su alma estuviese planteándose el reto de tener que atravesar el cielo raso en su ascenso al infinito. Si bien esta segunda vez todos los esfuerzos que Eduardo Ruiz ha hecho por recuperar de nuevo al difunto han sido inútiles y han resultado en vano, a todos nos ha quedado claro algo que un momento antes hubiéramos jurado era imposible, que el tránsito de la vida a la muerte ni es instantáneo ni es absoluto, y que la muerte es un estado que, en determinadas circunstancias, puede ser reversible.

Viernes Santo, 21 de marzo de 1913

Hoy ha sido un día precioso en el que me ha ocurrido una cosa tan maravillosa que ha quedado grabada en mi memoria y en mi alma hasta el día que me muera. La tengo tan viva en el recuerdo y en cada una de las células de mi cuerpo que no he querido acostarme sin escribirla, sabiendo que si no lo hago me costará muchísimo coger el sueño, a pesar de que llevo despierta desde las nueve de la mañana del jueves, es decir, casi cuarenta horas. Es tarde, son las once y diez de la noche cuando me he sentado ante mi buró, he abierto mi Diario, he empuñado la pluma, y me he puesto a escribir en él.

En mi lugar, cualquier muchacha de mi edad, que sea moralmente católica, creyente y de misa dominical, confesaría alarmada o quizás apesadumbrada, que esta noche pasada había perdido su sacrosanta virginidad, pero tal vez sea por mi agnosticismo y, sobre todo, porque soy médica y no le doy ninguna importancia a la rotura del himen, esa pequeña membrana que protege a las mujeres de infecciones vaginales durante los primeros años de su vida y, pasados estos, ya no nos sirve para nada. El culto a la integridad del himen no es más que un erróneo convencionalismo social que tiene la pretensión de garantizarle al hombre que la mujer elegida para esposa es virgen y no ha sido tocada por otro hombre. ¡Esto es un craso error! Si digo que se trata de una falsa conjetura es porque un himen intacto no es ninguna garantía de que su poseedora no haya practicado uno o más coitos alguna vez en su vida, ya que, si su membrana es lo suficientemente grande y elástica, puede expandirse durante la penetración, para luego volver a su estado anterior sin haber

sufrido lesión alguna.

Por si dentro de treinta o cuarenta años vuelvo a leer esta reseña, al objeto de que su relectura me haga evocar lo hoy sucedido con todo lujo de detalles, trataré de no omitir nada en la narración, incluyendo todo aquello que puede tomarse como exordio de la narración.

Al igual que en las Semanas Santas de años anteriores, los Ortiz y yo hemos venido ocupando nuestras sillas en la plaza de La Campana desde el Domingo de Ramos, si bien este Viernes Santo doña Gertrudis ha estado todo el día sufriendo de una fuerte migraña y se ha visto obligada a quedarse en casa, renunciando, muy a pesar suyo, a ver desfilar las cofradías que hacen estación de penitencia durante esta madrugada de Viernes Santo. Naturalmente, don José, ese santo varón, se ha quedado también en casa para acompañarla, lo que quiere decir que esta pasada madrugada, mi adorado Manuel y yo hemos estado sentados en La Campana sin la vigilancia carabinera de su madre.

Para matar el tiempo durante los largos lapsos que trascurren entre el desfile de cada uno los pasos de las cofradías, y dado lo pesado y aburrido que resulta ver pasar a varios cientos de anónimos nazarenos, encapuchados y encapirotados, Manolo y yo no hemos parado en toda la noche de hablar con doña Dolores Gutiérrez de la Rasilla, la viuda que ocupa la silla siguiente a las nuestras y que, transcurridos ocho años, aún persiste en conservar intacta la desolada amargura de su viudez, así como en mantener vivo su rigurosísimo luto, pero al menos esta noche ha dado un liberatorio paso de gigante al acudir a las sillas sin el velo con el que ha venido cubriéndose el rostro en público desde el mismo día en que murió su esposo, lo que nos ha hecho descubrir que se

trata de una mujer de gran belleza.

Calculo que doña Dolores tendrá unos treinta y cinco años de edad, o puede que tenga algunos más, pero se aún se conserva fresca y lozana. Sus ojos, de color verde esmeralda, debieron ser alegres y brillantes tiempo atrás, cuando aún era joven, pero ahora están opacos y su mirada es triste. Sus carnosos labios son bonitos y expresivos, y como es una buena conversadora, se los imagino en el pasado hablando sin parar y sin perder su bonita sonrisa, pero, al igual que los ojos, ahora presentan un casi imperceptible rictus de tristeza, que se manifiesta, sobre todo, cuando habla de su difunto esposo. Siempre habíamos pensado que esta tristeza de doña Dolores se debía a que se encontraba muy sola y a que seguía echando de menos a su marido; es sabido que hay personas, muy pocas, por cierto, a las que la soledad no solo les proporciona paz y felicidad, sino que les imprime fuerza y carácter, pero esto es la excepción, ya que, a la gran mayoría, la falta de compañía las deprime y las entristece. Hasta ahora, pensábamos que doña Dolores debía pertenecer a este segundo grupo, pero hoy la triste enlutada se ha sincerado con nosotros y, al fin, hemos conocido la verdadera causa de su pena.

Resulta que don Rafael Valdivieso, que así se llamaba su difunto marido, con el que estuvo casada durante cinco años, era dueño de un gran almacén dedicado a la distribución por toda Andalucía y Extremadura de tejidos de alta calidad, así como prendas confeccionadas, entre las que destacaba las mejores marcas de lencería fina importadas de París. Según ella misma nos ha contado, se casaron muy enamorados cuando ella tenía veintidós años y él veintisiete, viviendo muy felices hasta que tres años más tarde, viendo que no se

quedaba embarazada recurrieron a un ginecólogo, que le diagnosticó una esterilidad primaria. A partir de aquel diagnóstico, la actitud de don Rafael hacia ella cambió radicalmente. Comenzó a mostrarse menos cariñoso y menos atento que de costumbre; se olvidaba de sus onomásticas y sus cumpleaños, dejó de contar con ella a la hora de elegir en los catálogos de los proveedores los modelos a comprar de ropa y de lencería para exponerlos y venderlos en la tienda, y redujo drásticamente las salidas para ir al teatro, a pasear, o a visitar a los amigos.

Aunque disponía de una red comercial compuesta por una docena de viajeros que tenían perfectamente atendidos a sus clientes, sin que nunca se hubiera recibido una sola queja de ninguno de ellos, don Rafael comenzó a hacer más frecuentes las giras que solía hacer para visitar a sus clientes más importantes, pareciendo que se le cayera la casa encima y quisiera huir de ella. Así, en actitud distante y en continuos viajes, vivió los siguientes dos años.

Una húmeda noche de diciembre que llovía a mares, con treinta y dos años de edad y a una semana de que se cumpliera su quinto aniversario de casado, la angina de pecho que acabó con su vida le llegó mientras dormía. Se despertó gritando, oprimiéndose el pecho con las manos, bañado en sudor frío, aquejado de falta de aire en la respiración y de un fuerte dolor en mitad del pecho que, acompañado de ardor y de una fuerte opresión, se le extendía hasta el cuello, mandíbula, hombro y brazo izquierdo. Detrás vinieron los mareos, las náuseas y los vómitos; y cuando dos horas más tarde llegó el médico, que había ido a buscar un vecino, don Rafael ya era cadáver; hacía media hora que había exhalado su último hálito de vida en una de aquellas arcadas.

Tenía doña Dolores veintisiete años cuando se vio convertida en viuda y enfrentada a una empresa de la que sabía muy poco o casi nada. Afortunadamente, Javier Carrasco, el encargado general del almacén, era un hombre serio y honrado que la ayudó a seguir adelante con el negocio, evitando su cierre. Contando con el incondicional apoyo del encargado y del resto del personal, ocupó el despacho de su difunto esposo con el ánimo de trabajar duro y aprender todo cuanto fuera necesario saber de aquel oficio para convertirse en una empresaria de pro.

El primer día vio que, tras el cuadro con el retrato de su suegro que presidía el despacho, se escondía una caja fuerte empotrada en la pared. Preguntó a todos cuál era la combinación numérica para su apertura, y al no saberla nadie, tuvo que ser abierta por un cerrajero, que fue quien le señaló que aquella caja tenía un doble fondo.

Al llegar a este punto en su narración, el rostro de doña Dolores se contrajo en un rictus de dolor y maldijo el día en que mandó abrir aquella caja fuerte, pues lo que encontró en el doble fondo es el motivo de su amargura. ¿Qué fue lo que encontró?, pues nada más y nada menos que un montón de cartas apiladas, todas ellas perfumadas y escritas con letra de mujer. Tras leerlas con gran avidez, pudo enterarse de que su marido tenía una amante en Andújar y era padre de un hijo varón, que hacía unos días había cumplido su primer año de vida, al que adoraba y le dedicaba en sus cartas frases como «mi machote», «la niña de mis ojos» o «mi sucesor».

Pero lo peor y lo más trágico de esta historia no es la lógica desolación que debería sufrir doña Dolores al tener que añadir al dolor por el fallecimiento de su esposo el descubrimiento de su infidelidad, sino que, era tanto el amor que le

tenía que, en lugar de maldecir al adúltero, ella abominaba de sí misma al no haber podido aportar hijos a su matrimonio por mor de su esterilidad. Esa era toda su amargura.

Cuando doña Dolores concluyó su relato ya nos habían dado las cinco de la madrugada y el crucificado Cristo del Calvario entraba en la calle Sierpes. Manuel y yo cruzamos nuestras miradas con cara de cansancio y, sin mencionarnos palabra alguna, acordamos con la mirada marcharnos a casa. Así que, eran casi las cinco y media de la madrugada cuando, tras despedirnos de doña Dolores, abandonamos La Campana y bajamos por las calles Amor de Dios y Doctor Letamendi hasta la Cruz Verde. Como quiera que toda Sevilla se echa a las calles en la madrugada del Viernes Santo, durante todo el camino, cogidos del brazo y comentando el triste relato de doña Dolores, habíamos venido acompañados de una multitud, y fue después de entrar en la estrecha y solitaria calle Divina Pastora y recorrer más de la mitad de su longitud cuando, al llegar a la plaza del Cronista, sin pronunciar palabra alguna me detuve, haciendo que Manuel se parara, lo miré fijamente a los ojos y él me devolvió la mirada intrigado.

—¿Qué ocurre?, ¿por qué te paras? —me inquirió.

—Tú no me harás a mí lo que don Rafael le hizo a doña Dolores, ¿verdad? —le he dicho.

—¿Por qué me lo preguntas?, ¿qué harías tú si yo te fuera infiel?, ¿me matarías?

—¿Matarte? No, no te mataría, haría algo peor que eso, te abandonaría a tu suerte para que sufieras de desamor y de soledad durante toda tu vida.

La respuesta de Manuel a mi amenaza ha sido la de cogerme por la cintura y besarme en la boca con tanto ardor y

tanta pasión que me he estremecido toda entera y, tomándole la cabeza con ambas manos por la nuca, le he devuelto el beso con más pasión, aún si cabe, que la suya.

Cuando, cogidos de la cintura, unos metros más adelante hemos desembocado en la calle San Luís, frente al frontispicio de la medieval iglesia mudéjar de Santa Marina, y nos hemos dado de cara con la fachada de nuestra flamante casa, nos hemos mirado fijamente a los ojos y, sin pensarlo dos veces, hemos entrado en ella y nos hemos ido derechos al dormitorio que hemos elegido como futuro lecho conyugal cuando nos casemos.

Me ha despertado el sol que, entrando a raudales por el balcón, inundaba la habitación de una tan intensísima luz blanca que, por un momento, al abrir los ojos, creí encontrarme en el Paraíso y que aquella era la divina luz que reinaba en la Santa Gloria del Señor. Me hallaba sola en la cama y me ha costado unos cuantos segundos recordar en qué lugar me encontraba realmente. Por la entreabierta puerta del balcón me llegaba el bullicio de la gente que circulaba por la calle San Luís en dirección a la iglesia de San Gil para ver la entrada en el templo de la procesión de La Macarena. Debía ser ya mediodía. Y, hablando del Paraíso, no sé qué cotas de satisfacción le deparará la presencia del Creador a las almas benditas que han alcanzado a ganar la bienaventuranza del Cielo, pero por muy grande que esta sea, dudo que pueda ser comparable a la inefable felicidad que, en aquel momento, desnuda entre las sábanas, invadía mi cuerpo y mi alma. Y, cuando al fin he recordado lo sucedido y he tratado de rememorallo, me ha sido imposible contar el número de besos y caricias que hemos compartido, y

el de veces que mi amado Manuel y yo habíamos hecho el amor.

Domingo, 27 de julio de 1913

En la madrugada de ayer sábado se cometió un robo en la calle Arrayán por el método al que los quinquis llaman *balconero*. Bueno, realmente, se comprobó que el ladrón o los ladrones habían entrado por un balcón y que habían registrado la vivienda, pero no se llevaron nada de valor. Estos pillajes suelen ser llevados a cabo en las tórridas noches del verano sevillano, cuando los balcones permanecen abiertos durante toda la madrugada con el fin de que el aire nocturno refresque los caldeados dormitorios, soliendo ser llevados a cabo por ladronzuelos jóvenes que trepan ágilmente por las rejas de las ventanas de la planta baja hasta que alcanzan el balcón, por donde penetran en la vivienda. Siendo este un barrio pobre en el que hay poco que robar, normalmente es solo un individuo el que asalta la vivienda para saquear las cuatro baratijas que encuentre; cuando se trata de despojar una casa de más alto nivel económico y son varios los ladrones porque pretenden robar algún objeto más pesado al que le tenían echado el ojo, es el más joven quien trepa y se encarga de abrirles desde dentro el portal a los demás.

Este año el verano se nos ha adelantado y llevamos sufriendo grandes calores desde hace más de un mes, sobre todo esta última semana ha sido horriblemente calurosa, lo que hace que todos los balcones estén abiertos durante la madrugada.

El mencionado allanamiento se ha cometido en la casa

número 2, la que forma esquina al comienzo de la calle frente al ábside de la iglesia de Ómnium Sanctorum y queda enfrentada a la fachada lateral del palacio de los marqueses de La Algaba. Se trata de la vivienda de Mari Carmen Castro, *La Polaca*, y su marido, Ricardo Ollero, el policía nacional. Esa noche Ricardo Ollero no dormía en su casa pues tenía turno de noche y estaba trabajando de guardia en su comisaría. Al parecer, el ladrón debía andar buscando algún objeto determinado, y al no encontrarlo, no arrambló con nada que fuera valioso, aunque tampoco debía albergar nada de valor aquella modesta vivienda, pero sí que debía tener el caco mucha hambre, ya que pasó por la cocina y se llevó un queso y una fuente de filetes de ternera que le había tocado a *La Polaca* en el sorteo que Juanita, *la Sietemesina*, rifa las tardes de los viernes.



Hoy, domingo, ha amanecido poco después de las seis. Como cada día, me encontraba yo en esa duermevela que tanto disfruto por las mañanas, cuando las voces de mucha gente que hablaban debajo de mi balcón han acabado por despabilarme. Eran las siete menos veinte en mi reloj-despertador y, cuando me he asomado para ver lo que pasaba, los que estaban abajo me han dicho a gritos que la policía había entrado en casa de mi novio y que había sonado un tiro. Entre toda aquella gente estaba mi vecina Delia, quien ha subido a mi casa y, mientras me vestía a toda prisa, me ha contado lo que sabía sobre lo ocurrido.

—Hace unos minutos, a la puerta del 21 han llegado a paso ligero don Luís Escámez, ya sabes, el comisario de la

calle Peral, y dos guardias —ha empezado diciéndome Delia—. Detrás de ellos ha llegado corriendo Amelia, que era quien había ido a avisarles, y en el momento en el que el comisario entraba con los dos agentes en la casa, al grito de «¡Policía, policía!», ha sonado un disparo en el interior de la casa.

—¡Dios mío, ¿un disparo, dices?!

—Sí. Nos ha contado Amelia que, poco antes del amanecer, un *balconero* ha trepado y ha entrado por alguna de las puertas de los tres dormitorios que dan al balcón corrido de la planta alta. Ella cree que el ladrón ha debido entrar por el dormitorio de tu novio y que haya hecho algún ruido porque, según dice, «el señorito Manuel tiene un sueño muy ligero y se ha despertado, ha salido en silencio a la galería, se ha asomado a la baranda y lo ha visto cruzando el patio de puntillas». Luego, ha ido al cuarto del servicio y, como ella ya estaba vestida, le ha mandado que fuera corriendo a la comisaría de la calle Peral y avisara a la policía de que tenían a un ladrón en la casa.

—¿Qué hora era?

—Dice Amelia que poco antes de las seis, unos momentos antes del amanecer.

—¿Vio ella al ladrón?

—Qué va. También le pregunté yo eso y me dijo que no llegó a verlo ni falta que le hacía, que entre el miedo que tenía en el cuerpo y la prisa que le metió el señorito Manuel, salió de la casa a escape y sin hacer ningún ruido. Hasta dejó entreabierto el portal de la calle para que no se oyera al cerrarlo y para que la policía lo encontrara abierto. Dice que nunca en su vida ha corrido tanto por esas calles de Dios, y que llegó a la comisaría en menos de cinco minutos. ¿Sabes

lo que yo creo? Me parece que tu suegro, con eso de tener tantas pistolas en la casa, se le ha ido la olla y que ese disparo que hemos oído ha sido que le ha pegado un tiro a ese pobre infeliz... Vete a saber si lo ha matado...

He terminado de vestirme, he dejado con la palabra en la boca a Delia y he ido corriendo a casa de los Ortiz. Al llegar, me ha detenido un policía en el portal y Manuel ha salido a decirle que yo era su novia y que me dejara pasar. El comisario y los agentes de policía esperaban al juez de guardia que había de proceder al levantamiento del cadáver y a redactar el correspondiente atestado.

Como es mi deseo que, de cara al futuro, me quede un fidedigno recordatorio del suceso, *ad perpetuam rei memoriam*, como diría mi suegro, que es muy amante de los latinajos, estando dispuesta a describir con todo lujo de detalles estos acontecimientos, confío en mi buena memoria y me dispongo a transcribir todo lo que he visto en la casa de los Ortiz, escena por escena, y de todo cuanto he oído, palabra por palabra, así como la declaración íntegra que Manuel les ha hecho al juez y al comisario.

Al entrar en el patio, vi agrupada en el rincón izquierdo del fondo a la familia Ortiz y a Marta, la otra criada. Y, al mirar a mi derecha, me di de cara con el cadáver, pero no pude acercarme a él porque el segundo policía me lo impidió; el comisario, siguiendo las instrucciones protocolarias que prohíben tocar el cadáver, así como impedir que nadie roce, toque o mueva los objetos que se encuentren en la escena del crimen, les había dado la orden a sus guardias de que no dejaran acercarse a nadie en un radio de cinco pasos alrededor del cadáver. Con la luz diurna del sol naciente, que ya entraba por la montera, desde la distancia pude observar

que se trataba de un hombre muy joven, que no superaría en mucho los veinte años, con una abundante y revuelta cabellera negra y barba de una semana, que vestía una camisa blanca con los puños y el cuello muy raídos y unos viejos pantalones de algodón, muy sucios y deteriorados y con parches en las rodilleras, y que calzaba unas alpargatas blancas con suelas de esparto. Tenía toda la pinta de ser alguien que vivía en la indigencia.

El pobre se encontraba tirado en el suelo, tendido boca arriba y con los brazos en cruz. Su sien derecha presentaba un orificio de bala y, bajo su cabeza, había un exiguo charquito circular de sangre que no se extendía a más de un par de palmos de diámetro, indicando que la muerte había sido instantánea; a medio metro de distancia de su mano derecha, junto a una maceta que posiblemente había sido derribada en la caída, se veía un revolver.

Mientras se esperaba la llegada del magistrado, los policías se dedicaron a hacer el trabajo de recopilación de datos que exigen estos casos. El juez tardó casi una hora en llegar. Era un hombre mayor, totalmente calvo, de estatura mediana, gesto adusto y mirada penetrante, que se presentó como el juez Velázquez.

—¿Se han tomado las medidas del cadáver, se han marcado con tiza los indicios, se han mandado avisos a la funeraria y al Servicio Forense del Departamento Anatómico, y se hecho una descripción exhaustiva de la escena? —le inquirió al comisario, en un tono de retahíla de quien hace la misma pregunta con frecuencia.

—Sí, señoría, está todo hecho. Puede proceder al interrogatorio.

—Tiene la apariencia de ser un suicidio. ¿Hay testigos?

—Sí, señorita, solo uno y está aquí presente. Es este señor, el doctor don Manuel Ortiz —le respondió el comisario Escámez señalando a mi novio.

—Cuénteme qué ha pasado, doctor Ortiz —le ordenó el juez, al tiempo que parecía radiografiarlo con su penetrante mirada.

—Yo suelo levantarme cada día a las seis de la mañana, tengo la alarma del despertador puesta a esa hora, pero mi sueño es poco profundo y hoy algo me ha despertado a las seis menos veinte.

—¿Algo?, ¿algún ruido quizás? —le inquirió el juez.

—Sí, probablemente un mueble que haya sido golpeado y desplazado o una puerta que se ha cerrado; tengo el sueño tan ligero que me suele despertar el crujido nocturno de algún mueble. Esta vez, al despertarme pude ver que el resplandor del velón que permanece encendido toda la noche en el patio se movía.

—¿Y qué hizo usted?

—Me levanté, salí a la galería y al asomarme a la baranda vi a este individuo que, llevando el velón en la mano, entraba de puntillas en el salón-comedor. Enseguida comprendí que se trataba de un ladrón que había entrado en la casa. Descalzo, bajé la escalera sin hacer ruido, crucé el patio a la débil luz de la luna que entraba por la montera, fui al cuarto de las criadas y encontré a Amelia ya levantada y vestida. Le dije que fuera corriendo a la comisaría y avisara a la policía de que teníamos un ladrón en casa.

—¿Y qué hizo usted después?

—Pensé no hacer nada y esperar la llegada de la policía, pero sentí curiosidad y fui hasta la puerta del salón por ver qué hacía el ladrón. Me asomé con mucho cuidado y lo vi

sentado en una de las sillas de la mesa del comedor alumbrándose con el velón. Empuñaba en su mano derecha uno de los revólveres de la panoplia de armas que colecciona mi padre; por lo visto, había encontrado la caja de la munición, que se guarda aparte, y acababa de cargar la última de las seis balas del cargador; luego miró el arma con delectación y con la mano izquierda hizo girar el tambor, en la misma forma que se hace en ese juego macabro al que llaman la *ruleta rusa*.

—¿Y qué pasó después? —esta vez era el comisario quién lo inquiría.

—Pasó que el ladrón me descubrió. No sé si me vio, me oyó respirar o intuyó mi presencia, pero lo cierto es que se levantó, amartilló el revólver, vino directo hacia mí empuñándolo y me amenazó apuntándome al pecho. Cuando lo tuve a un par de pasos pude comprobar no solo que era muy joven, casi un adolescente, pues no creo que tuviera más de diecisiete o dieciocho años, sino que, además, estaba tan asustado que le temblaba la mano armada. Como quiera que me encontraba en la puerta obstruyéndole el paso, me dijo:

—No quiero hacerle daño a nadie, por favor, señor, déjeme pasar y me iré a mi casa.

—Está bien —le respondí—, me apartaré y te dejaré marchar, pero antes devuélveme la pistola.

—No puedo devolvérsela, señor, la necesito.

—¿Para qué la necesitas?, ¿es que te vas a dedicar a asaltar a la gente de noche en la calle?

—No señor, no es para hacer eso que usted dice. Yo no soy un ladrón, pero necesito dinero para salvarles la vida a mi madre y a mi hermana.

—A ver, explícame eso —le inquirí, con la intención de

hacer tiempo hasta que llegara la policía.

—Mi padre murió de tuberculosis hace un año —me respondió el muchacho, con los ojos brillantes por las lágrimas que comenzaban a asomarles—. Mi madre, mi hermana y yo también estamos tuberculosos y ha dicho el médico que necesitamos vivir en el campo para respirar aire puro y que tenemos que alimentarnos a base de carnes, pescados y frutas, pero somos pobres, vivimos como ratas en un oscuro cuarto de una corrala sin ventilación alguna, y no tenemos dinero para comprar esos alimentos.

—Ya, comprendo. Mira, si me devuelves la pistola te daré dinero para que puedas comprar esos comestibles.

—¿Cuánto dinero y para cuánto tiempo? —me respondió el chaval— No, señor. Necesito mucho más dinero del que usted pueda darme. Fui yo quien anoche entró en casa del policía Ricardo Ollero, quería su pistola, pero él no durmió en su casa porque estaba de servicio y me tuve que conformar con llevarle a mi madre y a mi hermana un queso y una bandeja de filetes de ternera que encontré en su cocina. He pensado atracar un banco y con ese dinero comprar una casa en el campo. Cada día saldremos a pasear por entre los árboles respirando el aire más puro del mundo, y también podremos comprar los alimentos que dice el médico. Y, cuando sanemos, volveremos a ser una familia feliz, como cuando vivía nuestro padre. Déjeme pasar, por favor se lo pido.

Aquellas palabras me habían tocado la fibra sensible del corazón y me hice a un lado. El joven salió del salón al patio, y ya se retiraba avanzando de espaldas, sin apuntarme con la pistola, pero sin dejar de mirarme, cuando les oímos a ustedes gritar «¡Policía, policía!». Al oírles, el rostro del chico

se descompuso en una mueca de asombro y de dolor, giró la cabeza durante un instante hacia la puerta del patio, les vio entrar, y luego volvió a mirarme, pero esta vez su mirada reflejaba un gran desencanto y una enorme tristeza, que yo interpreté como una acusación por haber destruido sus planes de salvamento de su familia al haber llamado a la policía.

—¡Dios mío, la policía...! ¡Esto es el fin!... —dijo con desesperanza— Ahora todo está perdido..., no podré salvar a mi madre ni a mi hermana... me detendrán..., iré a la cárcel por mucho tiempo y ellas están muy enfermas y no sobrevivirán a este verano. Ni siquiera podré ayudarlas con las propinas que me ganaba haciendo de recadero a los comerciantes del mercado de abastos; ya no podré llevarles a casa los restos de frutas y verduras que estos tiran a la basura, ni los pitracos que los carniceros desechan. Y, en diciendo estas palabras, se llevó la pistola a la sien derecha.

—Espera —le grité—, no lo hagas. Entre todos encontraremos una solución a tu problema.

—¿Una solución, dice usted? No señor, mi problema es que soy pobre, y los ricos no permiten que se le dé solución a la pobreza —respondió con tristeza—. El que nace indigente, seguirá siéndolo durante toda su vida. Nadie se acuerda de los pobres.

Y, en diciendo esto, formó una cruz con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda y, después de llevárselos a los labios y besarlos, cerró los ojos y apretó el gatillo. Se desplomó de espaldas sobre esa maceta que ven ahí derribada y quedó con los brazos abiertos, tal como Cristo en la cruz. Creo que hemos hecho con este muchacho lo mismo que hicimos con el Nazareno hace mil novecientos años.

Esta es la versión íntegra de la declaración que mi novio

hizo en presencia del juez y del policía. Ya decía yo que las armas que coleccionaba mi suegro no traerían nada bueno, y así ha debido entenderlo también don José, pues ya nos ha anunciado que pondrá a la venta su bélica colección.

Lunes, 29 de junio de 1914

Hoy, en la primera página de todos los periódicos, se anuncia con grandes titulares que ayer domingo fueron asesinados en Sarajevo el Archiduque Francisco Fernando de Austria y su esposa, la duquesa Sofía Chotek, a manos de Gavrilo Princip, un joven serbobosnio de diecinueve años, miembro de una organización llamada Joven Bosnia, que busca el fin del dominio austrohúngaro en Bosnia y Herzegovina y la unión de todos los pueblos eslavos en torno a Serbia. Dada la gravedad del suceso, la mayor parte de la prensa ya habla de guerra entre Serbia y el Imperio austrohúngaro.

Viernes, 24 de julio de 1914

Me caso mañana, festividad de Santiago Apóstol, y no me siento yo todo lo contenta que esperaba estar en un día como este. Y es que a mí me parece que debo tener algún ramalazo de anarquista porque me encanta ese concepto de libertad e independencia del individuo que ellos tienen, sin religión, sin amo, sin una moral inventada, sino la moral que nos da la propia naturaleza, sin ningún tipo de ataduras y, sobre todo, lo que más me gusta del anarquismo es el elogio que

hacen del amor libre, y que tan de moda está en estos días; creo que la idea que nos han impuesto del matrimonio, de convertir el amor entre dos personas en un contrato vitalicio, es inmoral. Ahora que ha llegado ese día tan esperado y pienso en que voy a dejar atrás mi libertad de movimientos; que voy a tener que dedicar una buena parte de mi tiempo a gestar, parir y educar niños; y cuando pienso que las mágicas y clandestinas noches de amor con mi Manuel, que se iniciaron aquella madrugada de Viernes Santo en nuestra gran casa de la calle San Luis, con el paso del tiempo van a terminar convertidas en insulsas noches oficiales de amor marital, siento una especie de congoja que me atenaza la garganta y me encoje el corazón. Y eso de que el Estado y la Iglesia se arroguen autoridad en asuntos tan privados como son la sexualidad en el matrimonio, el adulterio, el control de la natalidad y la educación de los hijos aún me gusta menos, ya que estas cuestiones son personales y solo deben preocupar a los implicados.

Domingo, 26 de julio de 1914

Aunque son las diez de la mañana del domingo, y lo que me dispongo a escribir se refiere a la jornada de ayer, sábado. Y es que el día de ayer, además de haber sido agotador, fue el día en el que Manolo y yo, dos agnósticos confesos, que a veces rayamos en ateos convictos, así como nuestra lógica cartesiana, sucumbimos frente al miedo a la crítica y a la repulsa social, acabando ante el altar de una iglesia y aceptando que fuera un cura, y no nuestro amor, quien refrendara nuestra unión. Y, para más escarnio, tuvimos que

acudir disfrazados, porque así lo exigía la parafernalia del acto, yo ataviada con un costosísimo traje de novia blanco, que no voy a volver a usar durante el resto de mi vida, y Manuel vestido con un frac que, segura estoy, si alguna vez surge la ocasión de volver a ponérselo ya no cabrá en él porque habrá engordado.

La pescadera, en su afán de querer aparentar que tiene lo que no tiene, *motu proprio* se ha encargado de organizar el acontecimiento y ha metido a don José en un gasto que supera en mucho a sus posibilidades económicas, hasta tal punto que mi buen hombre ha tenido que pedirle un préstamo al Banco Central. No sé cuánto dinero habrá tenido que pagarle al párroco y a su enamorado sacristán, a quienes tanto ha criticado y tantas frases ofensivas les ha dedicado por su homosexualidad, para celebrar la ceremonia nupcial con una misa solemne, asistida por diácono y subdiácono, así como para que pusieran la iglesia en un ascua de luz, encendiendo hasta la última bujía de todas las lámparas que cuelgan de la secular y artesonada cubierta mudéjar del siglo XIII, y que también prendieran las más de cincuenta antorchas que se reparten por el interior del templo sostenidas sobre sus apliques en cada una de las caras de los pilares; así como para que llenaran la iglesia de flores; para que tendieran una larguísima alfombra roja que recorría el pasillo central, desde la puerta principal hasta el altar, incluso ascendiendo los escalones que suben al presbiterio; y para que contratasen al mejor organista y al mejor coro de la ciudad. Y, por si todo esto fuera poco gasto, después vino el convite en la Venta de Eritaña; otro dineral, teniendo en cuenta, además, que hubo de alquilar una veintena de simones para transportar de ida y vuelta a un centenar, de los más de doscientos

invitados, que no contaban con ningún medio de transporte propio.

Le hubiera salido muchísimo más barato haber hablado con don Javier Cisneros, el antiguo párroco de Ómnium Sanctorum, y ahora canónigo, que nos hubiera casado con sumo gusto en la catedral, sin tantas flores, ni lámparas, ni antorchas, ni alfombras. Y el convite le hubiera costado la décima parte si lo hubiéramos celebrado en Casa Umbrete, en la plaza de Pumarejo, a doscientos metros de nuestra casa.

La ceremonia, que comenzó a las diez de la mañana, y cuando terminó eran las doce y diez, ha resultado larga, monótona y aburrida, notándose el cansancio de las gentes en los inquietos y repetitivos movimientos que llevaban a cabo sus cansados traseros sobre los duros bancos de madera. Y, por si nos hubiera sabido a poco la paliza eclesiástica que habíamos recibido en la iglesia, el almuerzo en la Venta Eritaña, que estaba previsto para las dos de la tarde, no sé por qué inconveniente surgido en las cocinas también se ha retrasado y cuando comenzamos a comer eran ya casi las tres, lo que quiere decir que tuvimos a la gente casi dos horas de pie, al tiempo que también hubimos de soportar un sobre costo imprevisto al haber tenido que estar entreteniéndolas durante esa hora de retraso sirviéndoles muchos más aperitivos y más muchas copas de rioja, de jerez y de manzanilla de las que estaban previstas.

Afortunadamente, no tuvimos un día demasiado caluroso, pero, aun así, cuando llegamos de regreso a nuestra casa, me refiero a nuestra nueva casa, el enorme caserón de la calle San Luis 54, ya eran las ocho de la tarde pasadas y estábamos agotados los dos, sobre todo yo, que durante las últimas horas estuve soportando un horrible dolor de pies provocado

por los nuevos zapatos de tacón alto que iba estrenando; tanto me apretaban, que a punto estuve más de una vez de quitármelos, tirarlos a la basura y andar descalza el resto de la tarde.

Y, hablando de nuestro nuevo hogar, con el fin de dejar constancia del hecho, he de anotar que, dado que las grandes dimensiones de la casa hacen muy difícil y económicamente insostenible vivir en ella, hemos decidido habitar solo la parte delantera; así pues, hemos cerrado todas las estancias a partir del primer patio, incluyendo en este cierre dos grandes salones y ocho dormitorios. Para atender al resto de la casa, que sigue siendo demasiado grande para dos personas, hemos contratado a Lola y María, aquellas dos criadas que nos sirvieron la pasada cena de Nochebuena.

Lola, a la que María la apoda *la chiqui* porque es delgadita y poquita cosa, además de ser una buena persona, es una magnífica cocinera, mejor repostera y también es buena costurera, por lo que voy a tener resueltas la cocina, la confección de algunas prendas de vestir y las reparaciones de costura; en Lola se cumple ese refrán que dice: «las cosas valiosas ocupan poco espacio».

A María, sus abundantes carnes la hacen parecer tres o cuatro años mayor, pero es bastante más joven que Lola; creo que debe rondar los veinte o veintiuno. María es rústica, pero no es torpe, y es tosca, pero tiene nobles sentimientos; podríamos decir que es la antítesis de Lola, ya que todo lo que le sobra de músculo le falta de delicadeza.

Bueno, y hablando de otra cosa, hay que ver lo que son las vicisitudes de la vida: parece que sea de obligado cumplimiento que la noche de bodas ha de ser erótica y de lujuria total, ¿no es cierto?, pues, aunque parezca mentira, después

de tantísimo erotismo como el que llevaba vivido el colchón de nuestra cama desde aquella insuperable noche de amor en la madrugada del Viernes Santo del año pasado, cuando Manolo y yo hemos llegado a casa y nos hemos desnudado, era tal el cansancio que teníamos acumulado en nuestros cuerpos, que nos hemos dejado caer en la cama y nos hemos entregado al sueño sin tan siquiera despedirnos con un casto beso en la cara.

Lunes, 27 de julio de 1914

Mañana nos vamos de viaje de novios a París. Además de tener un gran interés por conocer la gran ciudad franca; recorrer las angostas calles de sus viejos barrios; pasear por sus amplios y alegres bulevares; y navegar por el Sena bajo sus muchos y encantadores puentes, también queremos acudir durante varios días a sus Museos, sobre todo a los de obras pictóricas. Tan solo disponemos de las cinco semanas, las cuatro que nos concede el hospital, naturalmente sin sueldo, y una semana extra durante la cual mi suegro y un joven médico interno se harán cargo de nuestros pacientes; encargándose el joven galeno de los casos más leves, mientras mi suegro atiende los más graves. Como quiera que nos detendremos en Madrid dos o tres días, de las cinco semanas disponibles, la primera la emplearemos en el viaje de ida a la capital francesa, la última en el de vuelta, y las tres intermedias serán de estancia y disfrute en la que es considerada la capital del mundo.

Martes. 28 de julio de 1914

Son las dos de la tarde, y después de haber intentado escribir durante el trayecto, resultándome imposible hacerlo con el tren en marcha, y corriendo el riesgo de que se me derramara el tintero debido al traqueteo, hace un momento que acabamos de parar en la estación de Córdoba y aprovecho los quince o veinte minutos que se tarda en reabastecer la locomotora de agua, así como en cargar y descargar el correo y las menudas mercancías que se transportan, para hacer la primera anotación del día en mi Diario, apoyándolo sobre el tablero abatible que se encuentra situado bajo la ventana del departamento del wagons-lits que ocupamos Manolo y yo.

A las diez y cuarenta y cinco de la mañana, precedido de gran estruendo y envuelto en una blanca nube de vapor, hizo su entrada en el andén número uno de la estación de Plaza de Armas de Sevilla el tren expreso que, habiendo salido de Cádiz a las seis de la mañana, tenía como destino la capital del reino, a la que arribaría a las ocho y treinta del día siguiente. Esto quiere decir que, cuando Manolo y yo hemos subido a bordo del único vagón de coche-cama del que dispone el convoy, los que habían embarcado en Cádiz ya traían casi cinco horas de viaje en el cuerpo.

Después de darle una buena propina al mozo de estación que ha subido nuestro voluminoso equipaje al tren y lo ha repartirlo entre las estanterías portaequipajes de la puerta de entrada al vagón y las repisas de nuestro departamento, hemos salido al pasillo y nos hemos encontrado con otros cuatro pasajeros, que junto a nosotros dos, somos los seis únicos viajeros que hemos venido ocupando este vagón de coche-

cama hasta Córdoba. Los primeros que llamaron nuestra atención fueron una señora, muy enojada y encopetada, de unos sesenta años de edad, que iba acompañada de una joven criada y de un caballero con bigote y perilla románticos, de aspecto fúnebre y semblante circunspecto, extremadamente alto y delgado, que no representa tener más de cuarenta inviernos. Ambos iban vestidos elegantemente y no llevaban puestos guardarropas, lo que resulta totalmente inapropiado por la gran cantidad de polvo que, mezclado con el hollín que arroja la chimenea de la locomotora, entra por las ventanillas durante las más de veintiocho horas que dura el viaje de Cádiz hasta Madrid. El alto caballero, de apariencia más triste que lúgubre, vestido de negro de arriba abajo, como si se le hubiera muerto toda la familia y anduviera de rigurosísimo luto, nos ha presentado a la señora como la excelentísima doña Cayetana de Medina y Arteaga, baronesa de Puerta Velada, y se ha anunciado a sí mismo como don Maximiliano de la Hoz, secretario personal de la excelsa señora. La baronesa, residente en Madrid, había bajado hasta Cádiz para asistir a la boda, en San Fernando, de una de las hijas de la condesa de Casa Rubia, y regresaba a la capital después de haber estado en la *Tacita de Plata* durante dos semanas disfrutando del sol, así como del yodado y salitroso aire marino que, según nos contó, tanto la reconfortaba y tan requetebién le venía para su bronquitis asmática. Para la aristócrata y su secretario, la criada ha sido ignorada, como si no existiera, pues ninguno de los dos se ha acordado de presentárnosla; he tenido que ser yo quien le ha preguntado por su nombre y ella me ha respondido, en un tono bastante infantil y no sin cierto gracejo: «Me llamo Aurelia, para servir a Dios y a usted».

El otro pasajero se llama Rodolfo Valcárcel. Ha subido al tren en Sevilla, a la vez que nosotros, y se ha presentado como un bodeguero de Valdepeñas que regresa a su casa después de haber vendido en Sevilla una importante partida de vinos.

Como quiera que los tres hombres, asomados a la ventana del pasillo que queda frente a nuestro departamento, han comenzado a hablar de política y se han enzarzado en una larga conversación discutiendo sobre lo bueno y lo malo del Presidente del Consejo de Ministros, el liberal don José Canalejas, la baronesa y yo nos hemos retirado y entrado en mi compartimiento, donde nos hemos sentado en el borde de la cama para charlar más cómodas. La baronesa se ha sentado junto a la puerta, yo a su lado, y como quiera que Aurelia se ha quedado en el pasillo, sin atreverse a sentarse con nosotras, he sido yo quien la ha llamado haciéndole señas y le he señalado, golpeando la cama repetidamente con la palma de mi mano, para que se sentara a mi lado.

—Son ustedes recién casados, ¿no es cierto? —me ha dicho la baronesa al sentarse.

—Sí, señora —le respondí—, ¿tanto se nos nota?

—Sí, se les nota muchísimo, además de que huelen ustedes a libídine, que es olor característico de los recién casados —me contestó, sonriendo maliciosamente—. En los siguientes días y semanas, ustedes no pararán de intercambiar entre sí miradas inconscientes; cuando lleven diez años casados, su esposo dedicará sus miradas a las mujeres más jóvenes que haya a su alrededor, y usted hará lo mismo con los hombres.

—¿No cree usted que entre una pareja pueda darse un amor que dure toda la vida con la misma intensidad que el

primer día?

—Sí, claro que creo en la existencia de ese amor vitalicio, que cuantos más años pasan más se fortalece, pero no estaba hablando de esa clase de amor, sino de la atracción visual entre hombres y mujeres. Que dentro de veinte o treinta años usted ame a su esposo muchísimo más que hoy, no quita que se sienta atraída por la figura de un apuesto galán que ese día pase por su lado.

—Ah, comprendo. Sí, señora, eso es cierto. Estoy totalmente de acuerdo con lo que dice.

—Es su esposo médico y usted enfermera, ¿verdad?

—Somos médicos los dos, pero, ¿cómo puede usted saber eso?

—¡Vaya, qué sorpresa, una mujer médica!, la hacía enfermera. ¿Quién lo habría de decir?, pero respondiendo a su pregunta le diré que tengo la habilidad de adivinar la profesión de cada persona, pero no se alarme, no soy ninguna pitonisa ni ninguna de esas médiums que ahora están tan en boga, tan solo ocurre que Dios me ha dotado de un olfato finísimo.

Al saber que yo era médica y expresar su sorpresa, el elevado tono en que la baronesa se expresó llamó la atención de los hombres, que prestaron atención a sus siguientes palabras.

—¿Y es su olfato el que le dice qué profesión tiene cada uno de nosotros? —le inquirí.

—Pues sí, aunque le parezca extraño, así es. Por mucho que se bañen y se perfumen, mientras ustedes dos ejerzan la profesión de médico, sus epidermis seguirán oliendo a alcohol, a ungüentos y a sinapismos. Tendrán que pasar años, después que abandonen la profesión, para que esos olores

desaparezcan definitivamente de sus cuerpos.

Fue entonces cuando el señor Valcárcel, se dirigió a ella con estas palabras:

—Dígame, señora, si no hubiera dicho yo que me dedico a la crianza de vinos, ¿lo hubiera advertido usted por el olor de mi cuerpo?

—Sí, señor, ya lo sabía desde que entró usted en el coche, antes que lo dijera.

—Señora, desde hace muchos años, antes de acostarme, lleno la bañera y me doy un baño de agua caliente con mucho jabón, y anoche no fue ninguna excepción pues, al igual que el resto de las noches, también me bañé. ¿Quiere usted decir que, pese a esos baños, sigo oliendo a bodega? Exactamente, ¿quiere decirme a qué huele mi cuerpo?

—En usted, los olores a moho, hongos, alcohol y madera se mezclan con los aromas afrutados del bosque, pero también huele usted a azufre. ¿No será usted el Diablo disfrazado de bodeguero?

—No, señora, en eso puede estar usted tranquila. El azufre que su finísimo olfato percibe no es el que emplea Pedro Botero para alimentar el fuego en las calderas del Infierno, sino el que, en forma de pajuelas, quemamos en mi bodega para desinfectar el interior de los toneles. La felicito por ese magnífico olfato.

—No me felicite por esto, señor Valcárcel, pues no es ninguna bendición tener un olfato tan desarrollado —le respondió la baronesa poniendo cara de circunstancias—. Hay olores, generalmente aromas suaves, como pueden ser los de la bergamota, la camomila, el incienso, la rosa o el sándalo, que mejoran la calidad del sueño y la sensación de bienestar al despertar, pero también hay olores muy intensos que, al

igual que los sonidos fuertes y estridentes, impiden o dificultan un sueño reparador. Vivo en el campo, en una finca rural extrarradio, al sur de Madrid ¿Querrán ustedes creer que no soporto el olor de la cera quemada, que no puedo dormir donde haya estado encendida una vela, y que cuando me acuesto cada noche mando sellar las rendijas de puertas y ventanas para que no me lleguen los olores de la granja ni del establo? Un olor, que para cualquier persona es tan normal que incluso puede pasarle desapercibido, para mí puede rayar en hedor y ser tan intenso que me dificulte la respiración. En lo que respecta al olor de la cera quemada, afortunadamente ha llegado la luz eléctrica, y mi casa ha sido una de las primeras de Madrid en instalarla.

Después de aquella confesión de la baronesa, los hombres continuaron hablando de política y, por lo que pude oír a salto de mata mientras escuchaba a la baronesa, al tiempo que don Maximiliano, monárquico hasta los huesos, trataba de defender con gran debilidad y falta de argumentos a la institución monárquica, el señor Valcárcel se cebaba poniendo verde a don Alfonso de Borbón, criticando duramente su carrera progenitora de hijos, asegurando que, por la velocidad a la que los fabricaba, a razón de uno por año, casi todos les salían defectuosos, así como su desmedida afición por el sexo y a tener amantes por doquier sin distinción de edad ni de clase social. Según el señor Valcárcel, no había por dónde coger al desvergonzado monarca, diciendo de él que era tan amante de los bajos fondos y de los más infames andurriales del Madrid nocturno como de las riquezas ajenas, a las que les tenía tan gran afición que llevaba toda su vida apoderándose ilícitamente de lo que no era suyo, ya fueran estas en forma de monedas de oro o billetes de banco,

como de carnes femeninas, sin importarle que estas hubieran pasado por la vicaría y tuvieran dueño.

Con conversaciones de este tenor y la contemplación a ratos del precioso paisaje que a ratos nos ofrecía la campiña andaluza y el fértil valle del caudaloso río Guadalquivir, nos hemos venido entreteniendo a lo largo de la mañana hasta entrar en la estación de Córdoba, a las dos menos cinco de la tarde.

Como quiera que el revisor nos ha dicho que son veinte minutos de parada, la baronesa se ha retirado con su criada a su departamento para escribir una carta, según ha dicho; yo me ido al mío para escribir en mi Diario, y los hombres han bajado a estirar las piernas y, de paso, segura estoy de que también han ido a la cantina a tomarse unas copas de vino de Montilla. Cuando Manuel ha vuelto, y ha entrado de nuevo en el compartimiento para decirme que vamos todos a almorzar al vagón restaurante, el tren ha comenzado a moverse y yo he tenido que detener mi escritura. Espero tener ocasión, en otra de las largas paradas que hace durante el viaje, para continuar relatando los acontecimientos del día.

Hemos iniciado esta segunda etapa del viaje con dos viajeros nuevos. Acompañado de su esposa y portando un valioso muestrario de joyas, ha subido a nuestro coche-cama un viajante de comercio, que representa a varios joyeros cordobeses que viaja a Madrid. Se han presentado con los nombres de Héctor Monsalves y Victoria Suárez.

Miércoles, 29 de julio de 1914

El sol, entrando por nuestra ventanilla, me ha despertado.

Así que me he levantado, me he vestido y he tenido de zarrandear a Manuel para despertarlo que, acostado en la litera superior, seguía durmiendo como un lirón, ¡qué envidia y qué bendición de sueño tiene este hombre!, no como yo, que me despierto dos o tres veces en la noche. He mirado el reloj y he visto que son las siete menos cuarto de la mañana. Mientras Manolo se vestía, me he salido al pasillo y he estado unos minutos contemplando por la ventana el mañanero campo castellano, en el que algunos caballos sueltos y grupos de vacas lecheras pastaban, y el sol luchaba por disolver algunos jirones de niebla, hasta que, a las siete menos cinco el tren ha entrado en la estación del Real Sitio de Aranjuez dónde, según dice la guía de ferrocarriles, el tren parará durante veinte minutos. Así que he colocado mi Diario sobre la mesita abatible al pie de la ventana, lo he abierto y he empuñado la pluma dispuesta a escribir durante todo el tiempo que me lo permita la parada.

La tarde de ayer transcurrió más o menos como la mañana. Los hombres se pasaron todo el tiempo hablando de toros y de política. De cuando en cuando, don Héctor Monsalves, el representante de joyería, haciendo gala de que llevaba en su muestrario una fortuna en joyas, pues representaba a los mejores y más famosos talleres de joyería de Córdoba, no paraba de abrirlo y ensañarlo una y otra vez; y don Maximiliano, que debía tener suelto el vientre, no paró de ir al retrete con demasiada frecuencia.

Habrà sido debido al cansancio del viaje, que esta noche pasada, acostada en esa estrecha litera, ni siquiera he extrañado mi cama y, por una sola y rara vez, he dormido a pierna suelta durante ocho horas seguidas. A las nueve y pico de la noche, al poco rato de haberse puesto el sol, ya estábamos

acostados, pero eso sí, los dos en la litera de abajo. No sé qué misterio es ese que tiene la aventura de los viajes que parece excitar la libido, y también quizás por el morbo de encontrarnos en un lugar foráneo, de estar acostados en una cama extraña y de tener a la baronesa y a su criada al otro lado de la puerta que comunica nuestro compartimento con el suyo, pudiéndose oír con claridad todo cuanto se habla o los grititos que yo no puedo evitar dar cuando hago el amor, que antes de irnos a dormir, cada uno a su litera, hemos hecho el amor, no una, sino dos veces, al cadencioso compás que nos marcaba el traqueteo de las ruedas del tren golpeando sobre los carriles y el rítmico subibaja del vagón en los cruces de vías, lo que ha resultado ser una experiencia extremadamente placentera. Y, como es sabido de todos los médicos, tras consumir el sanísimo ejercicio que representa la práctica del sexo, fue inevitable que los amantes nos sumiéramos en un profundo sueño reparador.

A las siete y cuarto de la mañana, luciendo en todo su esplendor, el sol ha conseguido al fin despejar la niebla matutina y el tren se ha puesto en marcha de nuevo; como quiera que ya estamos próximos a Madrid, dejo de escribir para guardar el voluminoso Diario en el equipaje.



Son las tres y diez de la tarde y acabamos de llegar al Hotel Ritz, un establecimiento hotelero que no hace mucho tiempo ha sido abierto al público con la promesa de su majestad don Alfonso XIII de que el próximo mes de octubre lo inaugurará oficialmente, distinguiéndolo con su real presencia. Ha sido este un día de perros que recordaremos toda

la vida y, a esta hora, aún estamos sin desayunar y sin almorzar; nos encontramos tan cansados que, en lugar de ir a un restaurante, le hemos pedido al conserje del hotel que nos suban a nuestra habitación un tentempié.

La causa de que todos los que viajábamos en aquel coche-cama estemos todavía en ayunas, sin que ni siquiera se nos haya permitido desayunar, es que nos hemos pasado toda la mañana en la comisaría de la estación de Atocha por mor de los hechos que relato a continuación.

Al pasar el tren expreso por la estación de Getafe, cuando ya nos encontrábamos a quince minutos de Madrid y todos nos encontrábamos con el equipaje preparado para apearnos, hemos escuchado fuertes voces, que Manolo ha identificado como las del representante de joyería, don Héctor Monsalves, y la de su esposa. Sorprendidos, nos hemos mirado pensando que tal vez el matrimonio reñía vociferándose mutuamente, pero no pasaron ni dos minutos cuando el jefe de tren entró en el pasillo del vagón y fue comunicándonos que se había producido un robo en nuestro y que, al llegar a la estación no intentáramos bajar del mismo, ya que las puertas del coche-cama habían sido cerradas con llave, conminándonos a que permaneciésemos en nuestro compartimiento, sin salir de él ni comunicarnos con ningún otro pasajero, hasta que llegase la policía de la estación.

Media hora más tarde, escoltados por dos parejas de policías uniformados, los siete entrábamos en la comisaría de la Puerta de Atocha (el bodeguero ya se había apeado de madrugada en la estación de Valdepeñas), sabiendo únicamente que se había producido un robo, pero sin tener la certeza de qué era lo que había sido robado y quién era la víctima, aunque estábamos convencidos de que no podía tratarse de otra

cosa más que del muestrario del representante cordobés.

Nada más entrar en la comisaría, un agente hizo pasar al joyero y a su esposa al despacho del comisario, mientras que otro guardia nos acomodaba a los demás en una amplia sala de espera, indicándonos que nos sentáramos en dos grupos separados, es decir, la baronesa, su secretario y su criada al fondo de la sala, mientras que a Manolo y mí nos señaló dos sillas que había junto a la puerta de entrada, prohibiéndonos que hablásemos los de un grupo con los del otro, al tiempo que él se sentaba en un rincón, tras una mesita en la que había una escribanía y una pila de papeles, desde donde nos vigilaba mientras escribía.

Tras casi una hora de espera, durante la que supusimos que el representante cordobés estaría formalizando su denuncia y describiendo las joyas robadas, la baronesa fue llamada al despacho del comisario; pasada otra media hora fue el turno del secretario, y unos veinte minutos más tarde, el de la criada. Por fin, pasado ya el mediodía, el policía nos llamó a Manolo y a mí.

—Soy el comisario Oscar Maldonado. Tengo a seis guardias registrando el tren en las vías de lavado del depósito, antes de que sea limpiado y desaparezcan las huellas digitales y demás rastros del delito, por lo que pueden tener como algo seguro que dentro de muy poco tiempo vamos a saber quién es el autor del robo; si han sido ustedes más les vale confesarlo ahora y así se evitarán males peores.

—Señor comisario, no sabemos de qué robo nos está usted hablando, aunque suponemos que debe tratarse del valioso muestrario de don Héctor Monsalves, que tanto lo ha exhibido durante el viaje —le respondió Manuel—. La última vez que vimos el muestrario abierto fue en la tarde de

ayer, cuando doña Victoria, la esposa del señor Monsalves, se lo enseñaba por enésima vez a doña Cayetana, llegando esta señora a querer comprarle una de las alhajas sin que ni ella ni su esposo accedieran a vendérsela.

—Sí, efectivamente, como usted bien dice, se trata de dicho muestrario —respondió el comisario—. Forzosamente tiene que haber sido robado por uno de los pasajeros del coche-cama. Díganme una cosa, ustedes que han acabado conociéndose entre sí al haber viajado juntos durante toda una jornada, ¿a quién señalarían como posible autor del robo?, ¿tal vez a la criada? —nos inquirió.

—Para mí, la criada es la menos sospechosa —le he respondido yo

—Y para mí también —afirmó Manolo.

—Entonces, ¿ustedes creen que...?

En aquel momento unos golpes sonaron en la puerta del despacho, un guardia asomó la cara y le hizo una seña al comisario, quien interrumpió el interrogatorio, se levantó con celeridad de su sillón y salió fuera del despacho cerrando la puerta tras de sí. Unos segundos más tarde, otro guardia entró y nos condujo de nuevo a la sala de espera anterior.

Todavía tuvimos que esperar más de una hora a que el comisario llegara hasta aquella sala de espera y, dirigiéndose a los cinco que allí estábamos, nos dijera:

—Señoras y caballeros, el misterio ha sido aclarado. Son ustedes libres de marcharse.

Fue la baronesa la que, encarándose con el policía, le dijo:

—Señor comisario, son más de las dos y media de la tarde; nos ha retenido usted en estas incómodas sillas durante más de seis horas y aún estamos sin desayunar, sin que

nos haya usted ofrecido ni un triste café, ¿no cree usted que, después de haber sufrido estos padecimientos, merecemos alguna explicación sobre ese misterio que menciona?

—Sí, señora, no tengo más remedio que darle a usted la razón y les ruego a todos que nos disculpen, el Ministerio de la Gobernación no paga desayunos de nadie, ni siquiera los nuestros, y el importe de los suyos hubiera tenido que salir de nuestros bolsillos. Somos funcionarios del Estado y en el presupuesto de la comisaría no existe ninguna partida económica que atienda esta circunstancia. Así pues, en compensación y como premio a su paciencia, les contaré cuál ha sido el resultado de nuestras pesquisas. Les anticipo que Héctor Monsalves, Victoria Suárez y Julián Monsalves están detenidos en nuestras dependencias y han sido puestos a disposición judicial.

—¿Por qué?, ¿qué es lo ha ocurrido? —pregunté yo.

—Ha ocurrido que Héctor Monsalves tiene un primo hermano, llamado Julián Monsalves, que trabaja lavando trenes en esta misma estación de Puerta de Atocha y que, ambos primos se habían puesto de acuerdo para apropiarse de las joyas de ese muestrario aparentando que había sido robado, mientras los joyeros cordobeses cobrarían de la compañía de seguros los ciento veintiséis mil reales en los que estaba valorado dicho muestrario en la póliza de seguros contra robos que tenían suscrita. El *modus operandi* ha sido que Héctor escondía el maletín bajo el colchón de la litera baja de su compartimiento y denunciaba su desaparición a la policía. He de hacerles notar que no todo el mundo conoce el mecanismo que libera el colchón de la litera; solo los ferroviarios saben cómo funciona, y Julián, que es el encargado de limpiar los vagones de primera clase y los coches-cama, debió

enseñárselo a Héctor. Así pues, ambos primos habían acordado que, cuando el convoy estuviera aparcado en las vías de lavado, Julián se apoderaría del muestrario. Desde el primer momento comenzamos a sospechar que se trataba de una superchería y no de un robo por parte de alguno de ustedes, por lo que, cuando registramos el vagón en la estación y descubrimos el muestrario bajo el colchón, lo dejamos allí mismo donde estaba y hemos estado vigilando dicho vagón hasta el momento que el tren ha entrado en las vías de lavado y el cómplice se ha apropiado del botín, instante en el que lo hemos detenido.

—Le felicito, comisario, a usted y a sus hombres —le ha dicho Manuel—. No soy criminólogo, pero a mí me parece que resolver un caso como este tan fácilmente y en tan escaso tiempo es todo un record.

—Muchas Gracias, doctor Ortiz —respondió el comisario—. De nuevo les pido disculpas por las molestias que les he hecho padecer, sobre todo a usted y a su esposa, por haberles amargado este día en su viaje de novios. En compensación, les ofrezco a los cinco mis servicios para todo cuanto puedan necesitar de mí.

Y, en diciendo el comisario estas palabras, como si de un efecto teatral previamente preparado se tratara, un guardia entró en la sala portando una bandeja con una botella de champán muy fría y varias copas. Depositó la bandeja en la mesa del despacho, escanció la botella, llenando las copas hasta su mitad, y nos las fue ofreciendo uno a uno. Cuando todos tuvimos la nuestra en la mano, el comisario, alzando la suya, pronunció estas palabras:

—Señoras y caballeros, les hago saber que el costo de esta botella no ha sido sufragado por el Estado, sino que ha salido

de mi bolsillo. Brindo por el éxito obtenido en esta operación y porque todas las que vengan en el futuro sean igual de exitosas.

Tras el brindis, cuando ya íbamos de dar el primer sorbo, el comisario continuó diciendo:

—Y brindo por el medio millón de madrileños a los que estamos dedicados a proteger...

«Por el medio millón de madrileños —repetimos todos, y de nuevo nos llevamos las copas a los labios».

—Y también brindo por el oso y el madroño de su escudo municipal...

«Por el oso y el madroño...»

Y así continuó brindando el comisario Maldonado por no sé cuántas cosas más, que ya no recuerdo, dando lugar a que la bebida perdiera la chispa de sus burbujas y también su frescor, al ser calentada por nuestras manos, si bien aportó un punto de humor que vino a quitarle algo de hierro a aquel desagradable acontecimiento y nos hizo sonreír a todos.

Estoy muy cansada, creo que voy a dejar de escribir por hoy; mañana escribiré lo que hagamos esta tarde. Ahora daremos Manolo y yo buena cuenta de la bandeja de alimentos que nos ha mandado el conserje y nos acostaremos un rato para así reponer fuerzas para esta tarde.

Jueves, 30 de julio de 1914

Hace dos horas que ha fenecido el jueves y son ya casi las dos de la madrugada del viernes. Cuando ayer despertamos de la siesta del miércoles eran ya las seis y media de la tarde. A esa hora, y pese a que el día había estado soleado y hacía

algo de calor, llenamos con agua bien calentita la enorme bañera del cuarto de aseo de la habitación y nos dimos un larguísimo y sensual baño, que rematamos con un delicioso y felicísimo final, sexualmente hablando, claro.

Nos vestimos, bajamos a la Recepción y, como ya no era hora de visitar ningún Museo, le pedimos consejo al conserje, el cual nos recomendó que, dado el tan soleado día que habíamos tenido, era una hora ideal para visitar el parque de El Retiro, en el que, además de admirar el Estanque Grande, el Parterre, la Puerta de Felipe IV, el Real Observatorio Astronómico y la preciosa Fuente de la Alcachofa, también podríamos contemplar la puesta de sol desde el Palacio de Cristal.

Aprovechando todo el tiempo que pudimos de luz diurna, estuvimos deambulando de un sitio para otro por El Retiro, viendo todo aquello que nos había señalado el conserje y otras muchas cosas de interés que no nos había mencionado, hasta que el sol llegó a su ocaso, se despidió de Madrid y, en su despedida, nos regaló contemplar el espectáculo de cómo parecían incendiarse el Palacio de Cristal y las aguas de su estanque, pero obligándonos a tener que salir del parque porque las sombras de los árboles se hicieron tan espesas que ya no veíamos a más de diez pasos de distancia.

Cuando hemos salido del parque ya había anochecido y las farolas del alumbrado público estaban encendidas. Hemos tomado un simón y le hemos dicho al cochero que nos lleve al mejor restaurante de Madrid, a lo que el auriga nos ha contestado que nos llevaría al mejor mesón del mundo, al que le echó tantas flores que nos dejó en la duda de si realmente esto era así de cierto o si nos lo decía porque recibía una comisión por cada cliente que les llevara. La verdad es

que, después de haber cenado en él y haber degustado sus delicias culinarias, me atreveré a afirmar que, en este año de 1914, el mejor restaurante del mundo se encuentra en la calle de Cuchilleros y se llama *Casa de comidas Sobrinos de Botín*.



Hoy jueves ha sido un día de no parar. Son casi las doce de la noche, acabamos de entrar en la habitación del Hotel, y la verdad sea dicha, venimos algo piripis. Aun así, me dispongo a describir resumidamente lo acontecido en el día de hoy, esperando que la alegría de los vinos que hemos tomado no me haga decir ninguna tontería,

Hemos desayunado temprano en el Hotel, y a las nueve en punto de la mañana ya estábamos esperando a que abriera sus puertas el Museo del Prado.

Después de patearnos varias veces el edificio durante más de cinco horas, yendo de sala en sala, y de habernos empa-pados hasta la saturación de nuestros Velázquez, Murillo, Goya, El Greco y una treintena más de magníficos pintores españoles, así como de Tiziano, Rubens, El Bosco y una buena indigestión de pintura flamenca, a las dos de la tarde hemos salido del bello templo pictórico neoclásico, diseñado por el madrileño Juan de Villanueva, y hemos subido dando un largo paseo a pie por la Carrera de San Jerónimo hasta la hermosísima Plaza Mayor, esta última fruto de la fértil imaginación del cántabro Juan de Herrera, por cuyos alrededores hemos estado brujuleando hasta las cuatro de la tarde, picoteando algunas tapas y tomando chatos de taberna en taberna. Si bien es verdad que anoche cenamos más que

bien en el restaurante del sobrino de Botín, no es menos cierto que el paseo y la excursión, incluidas las bebidas y el picoteo de hoy, no ha tenido nada que enviarle a aquella cena; hemos disfrutado tan de lo lindo, que esta noche hemos vuelto a repetir el periplo del mediodía, perdiéndonos por esos mesones de la Plaza Mayor y las cuevas que hay bajo el arco de Cuchilleros.

Viniendo ya de recogida para el Hotel en un simón, Manolo y yo hemos decidido tomar mañana el expreso de Irún y, sin más demora, enlazar en Hendaya con el de Paris. Nos hubiera gustado estar más tiempo en la capital de España, pero, siendo el objetivo de nuestro viaje la capital gala, preferimos estar en Paris todo el tiempo que consideremos necesario y, cuando de nuevo pasemos por Madrid a la vuelta, ya nos detendremos tantos días como los que dispongamos.

Viernes, 31 de julio de 1914

Son las seis de la tarde, llevamos diez horas de viaje, y estamos detenidos en la estación de Venta de Baños, a doscientos noventa kilómetros de Madrid; está visto que la velocidad media de veintinueve kilómetros a la hora en los trenes expresos españoles parece que sea técnicamente insuperable o quizás, por razones ocultas, haya sido establecida como un límite que no debe ser sobrepasado en ningún caso. Así que, como quiera que Manuel lleva un rato arrebujaado en la mantita de viaje y dormitando, y el mozo del vagón del coche-cama en el que viajamos me ha dicho que el tren hace aquí una larga parada para reponer agua, carbón y no sé cuántas otras cosas más, me he decidido a abrir mi Diario y

escribir en él hasta que el convoy se ponga de nuevo en movimiento, momento en el que me será imposible seguir escribiendo, corriendo además el riesgo de que, con el traqueteo, se me caiga al suelo el tintero.



A las ocho de esta mañana hemos partido de la madrileña Estación del Norte, alojados en un coche-cama del tren expreso con dirección a San Sebastián e Irún. En esta ocasión el vagón va prácticamente lleno. Nosotros ocupamos uno de los compartimientos centrales y viajamos flanqueados por un par de hombres ocupando el departamento anterior al nuestro, y por un apuesto caballero con aires de nobleza que ha sido instalado en el compartimiento posterior.

Los dos hombres que van delante de nosotros son de mediana edad, aparentando no tener más de unos cuarenta y pocos años; y en cuanto los oímos hablar, por su acento, supimos que eran vascos; luego hemos sabido que son donostiarras y que se dedican a la restauración gastronómica.

El que viene detrás de nosotros tiene un gran empaque y es algo mayor, debe rondar los cincuenta. Es un abogado madrileño que viaja a San Sebastián por encargo de un cliente para llevar a cabo la compra de una casa en el Paseo marítimo que bordea la playa de la Concha. Se trata, por tanto, de una familia madrileña que le ha encargado la compra de una casa en la que pasarán cada año sus vacaciones veraniegas.

La verdad es que esta moda de pasar en las playas las vacaciones ha evolucionado en los últimos dos siglos hasta convertirse en un fenómeno social que ha alcanzado niveles

exageradamente desproporcionados. Cuando al principio del siglo XVIII, olvidándonos de los beneficios que el aire del campo y la montaña, de mejor calidad y más rico en oxígeno que el aire marino, aporta a nuestros cuerpos, se popularizó la idea de que el mar curaba enfermedades como la lepra, la artritis y la tuberculosis, así como que aliviaba todo tipo de dolores. Fue entonces cuando la gente comenzó a ir a las playas, haciéndolo muchas de ellas por prescripción facultativa, pero esta exagerada explosión de veraneantes playeros que estamos viviendo hoy, doscientos años más tarde, es un sinsentido. Además, no sé qué es lo que verán los madrileños en las playas del norte, con esas aguas tan frías y esas arenas tan bastas y tan gordas, que tan molestas y abrasivas son para la piel, teniendo a igual distancia las deliciosas playas atlánticas andaluzas, con finísimas arenas doradas que acarician la piel y unas aguas templadas que hacen del baño un auténtico placer.

Cuando Manolo y yo hemos subido al tren, los dos vascos ya habían ocupado su departamento; el abogado subió un minuto antes de que el tren arrancara. Lo tengo más que comprobado, no sé por qué razón, a donde quiera que vayan, los abogados siempre van con la hora pegada al culo.

—Buenos días —nos han saludado los vascuences al vernos llegar al compartimiento, precedidos por el mozo de cuerda que transportaba nuestro aparatoso equipaje formado por varias voluminosas maletas—, ¿necesitan ustedes ayuda?

—Buenos días —le hemos contestado al unísono, y Manolo ha añadido: —Muchas gracias. Son muchos bultos y mucho volumen, pero no pesan gran cosa; creo que el mozo se bastará para colocarlo todo en su sitio. Yo soy Manuel

Ortiz, y mi esposa es Ana Márquez; estamos recién casados y vamos de viaje de luna de miel.

—Ah, ¡qué bien!, encantado —respondió uno de ellos, el más alto—. Yo soy Iñaki Padura y mi compañero es Adur Echenique. Somos restauradores gastronómicos de San Sebastián. Ahora volvemos a casa; hemos pasado cuatro días en Madrid, donde queremos abrir un restaurante de comida vasca, y hemos estado dedicados a ver locales comerciales.

—¿Y qué, se han decidido ya por alguno de ellos? —les inquirió Manolo.

—Pues sí, hemos visto uno que nos ha gustado mucho en la Carrera de San Jerónimo, haciendo esquina con la calle del Prado, muy cerquita de la plaza de las Cortes; es muy amplio, pues tiene casi trescientos metros cuadrados, y su distribución responde bien a la idea que llevábamos de antemano, por lo que lo hemos apalabrado hasta final de mes, señalándolo con mil reales.

—¿Solo mil reales?... —les inquirió Manolo, extrañado de que fuera de tan poco dinero, pensando que corrían el riesgo de que, si durante estos diez días le llegaba al dueño del inmueble un mejor postor, podían quedarse sin el local.

—Sí, ya sabemos que es muy poco dinero —añadió Echenique—, pero de momento no contamos con una mayor cantidad con la que responder hasta que el Banco de Vizcaya nos preste los cincuenta mil reales que le hemos pedido.

—Les deseo que les salga bien esta operación y que acaben montando su negocio. El emplazamiento que ha elegido es un buen sitio; seguro estoy de que se les llenará todos los días de políticos y funcionarios del Congreso de los Diputados.

—Esa proximidad al Congreso a la que usted se refiere es

quizás el principal motivo que nos ha llevado a desear contratarlo.

Por cierto, si a la vuelta hacemos parada en San Sebastián, nos gustaría comer en su restaurante, ¿dónde está y cómo se llama?

—No tiene pérdida, se encuentra en el Paseo del Igueldo, muy cerca de la playa de Ondarreta, y se llama *Legatz urrez-tatua* —contestó Iñaki— que, traducido al castellano, significa *La merluza de oro*.

En esto, la locomotora lanzó un largo pitido confirmando el maquinista la orden de salida recibida del jefe de estación, y justo en ese momento subió al vagón el abogado, después de dar una carrerilla por el andén y cuando el tren ya comenzaba a moverse. Con tan solo una pequeña maleta como equipaje, avanzó por el pasillo buscando su departamento, llegó hasta él, arrojó la maletita sobre la cama y se paró junto a nosotros.

Como he dicho antes, el abogado era un tipo elegante. Una estatura que superaba en un par de dedos a la mediana; unos ojos grises y acerados, que parecían denotar frialdad; también gris era el color de sus cabellos, bigote y perilla, estando estos dos últimos perfectamente recortados en su cara recién rasurada y que aún olía fuertemente a loción posafeitado. Su traje, de corte impecable, estaba confeccionado con paño gris marengo de gran calidad, otorgándole un aspecto noble y distinguido.

—Buenos días, me llamo Rodolfo Armenteros —se presentó, al tiempo que se quitaba unos mitones que llevaba puestos, pese a que a esta fecha tan avanzada del mes de mayo ya no hacía tanto frío por las mañanas, y nos tendía su mano derecha, que estrechamos todos.

Tras las presentaciones, don Rodolfo dejó caer una pregunta a la que, por ser tan inesperada y fuera de lugar, ninguno de los cuatro le dimos una respuesta inmediata.

—¿Creen ustedes, como dicen algunos, que ese cometa Halley, al que llevamos viendo en nuestro cielo desde el pasado 20 de abril, es el responsable del desastroso resultado obtenido de las elecciones del pasado día 8?

—¿A qué nefasto resultado se refiere usted?

—Naturalmente, al del Partido Conservador de don Antonio Maura, ¿a cuál si no?

—También podría estar usted refiriéndose a la coalición Republicano-Socialista de don Benito Pérez Galdós, que tan solo ha obtenido veintisiete escaños, mientras que el Partido Conservador ha conseguido ciento quince —le respondió Adur Echenique.

—¿Y de qué nos sirven, si el Partido Liberal ha obtenido doscientos quince escaños?

—A ver, don Rodolfo, parece que usted olvida o todavía no se ha enterado de que en España existe lo que se llama el caciquismo electoral, y que los caciques son quienes se encargan de llevar a cabo el juego del bipartidismo que se traen entre manos el Partido Liberal y el Conservador, lo que equivale a decir: «estas elecciones las gano yo y las próximas las ganas tú, y así todos contentos». Todos sabemos, porque lo hemos visto con nuestros propios ojos, cómo los caciques, en las puertas de los colegios electorales, les ofrecen entre una peseta y un duro a los más necesitados por votar al Partido Liberal o al conservador, según sea el turno de a cuál de los dos le toca ganar esta vez.

—Si eso que usted dice existiera habría tiros en la calle —respondió don Rodolfo—, menudo es el socialista Pablo

Iglesias, que ha llegado a amenazar de muerte en el Congreso a don Antonio Maura.

—La mentira es el arma de la que se vale la política —dijo Manolo, echando su cuarto a espadas—. Es costumbre de los políticos decir que van a hacer cosas que nunca han pensado hacer.

—En este caso, creo que la amenaza de muerte proferida por el socialista era real —respondió don Rodolfo—. De los socialistas hay que esperar todo lo malo que se nos ocurra pensar. No hay más que ver hasta donde son capaces de llegar: se han atrevido a acusar en el Congreso a nuestro amado rey de ladrón.

—Bueno, hay que reconocer que el comportamiento de don Alfonso XIII no es precisamente ejemplar —terció Iñaki Padura.

—Si se refiere usted a sus escapadas nocturnas por Madrid, a sus amantes y a los numerosos hijos bastardos que tiene repartidos por la ciudad y fuera de ella, eso tan solo nos viene a confirmar que es un digno representante del fogoso temperamento español.

—Entonces, por esa misma regla de tres, ¿también cree usted que su abuela, la reina Isabel II, era una digna representante de la fogosidad de la mujer española? —le inquirió Manuel—. Porque supongo que no irá usted a decirme que la docena de hijos que parió la reina, sin que ninguno de ellos se pareciera físicamente a su supuesto padre, el exquisito duque de Cádiz, don Francisco de Asís, quien, como todo el mundo sabe, llevaba en su ropa interior más encajes que su esposa y a la que solía disputarle sus amantes, son hijos legítimos.

—Y si hablamos de su bisabuelo, Fernando VII, al que

todos acabaron llamando «el rey felón» por sus muchas fechorías y latrocinios, ¿hemos de suponer que estamos hablando de un digno representante de la barbarie, la ignorancia y el oscurantismo español? —intervine yo, provocando que todos me miraran como a un bicho raro, que es a lo que los hombres nos asemejan a las mujeres cuando hablamos de política o del gobierno del país, como si estos asuntos nos fueran ajenos y no afectaran a nuestras vidas.

—Y no digamos ya de sus otros antepasados —añadió Iñaki Padura—. Felipe V, el primer Borbón que nos gobernó, era un deficiente mental que se pasó la vida asustado, creyendo que lo perseguía el Diablo para llevárselo en vida a los infiernos; estaba convencido de que lo querían envenenar a través de las ropas que vestía, por lo que casi siempre solía estar desnudo cuando despachaba con sus ministros, y las escasas veces que lo hacía vestido solía llevar las ropas interiores y las camisas que momentos antes había hecho que su esposa se las quitara para ponérselas él, pensando que las suyas podían estar emponzoñadas. Su hijo, Luis I, en quien abdicó cuando ya llevaba gobernando veintitrés años, nació con un cuerpo tan enclenque y tan desvalido que, a los diecisiete años, cuando aún no llevaba ni un año reinando, murió de viruela, obligándolo a tener que volver a gobernar el reino durante veintidós años más. Su nieto, Fernando VI, era un hombre de tan escaso talento que fue incapaz de dictarle a sus ministros una determinada política, si bien, al menos tuvo el acierto de rodearse de buenos consejeros, eficaces y reformistas, que fueron los que marcaron su política. Su biznieto, Carlos III, es el único que parece salvarse de la idiotez borbónica, tal vez porque tuvo la suerte de no recibir los trastornos de su padre y heredar las grandes virtudes de

su madre, la culta e inteligente Isabel de Farnesio, y aun así, era tan tirano y absolutista, que un día llegó a decirle a su hijo, al que lo sucediera como Carlos IV: «Quien critica los actos de gobierno comete un delito, aunque tenga razón». Y qué decir de este último; de todos es sabido que este cuarto Carlos era un gurrumino, obsesionado con la caza y sin más voluntad que la de su mujer y la de su valido Manuel Godoy.

—Caballeros —replicó don Rodolfo—, Carlos III llevaba toda la razón al decir que quien critica los actos de gobierno de un rey es un delincuente. Los monarcas son elegidos por Dios y ejercen su altísima función por voluntad divina; así que, hagan lo que hagan, tanto si aciertan como si se equivocan en el ejercicio de su labor, esa es la voluntad del Creador, y todos estaremos conformes en que criticar las decisiones de Dios no solo es un delito, sino un gravísimo pecado.

—Ahí es nada —comenté yo, al dar don Rodolfo por terminado su panegírico real, muy propio de un miembro del monárquico Partido Conservador—. Según esto, la libertad de expresión del pueblo no cuenta para nada, y la palabra de un monarca, aunque este sea un individuo despreciable que comete actos deleznales, está por encima de la justicia, de la lógica y de la razón.

Tras haber soportado con bastante mal talante nuestros discordantes comentarios sobre sus amados reyes borbónicos y, como colofón, haber tenido que aguantar mi pronunciamiento con estas últimas palabras, que igualmente fueron apoyadas por las sonrisas y los asentimientos de cabeza de los tres hombres, el abogado madrileño, visiblemente corrido, con la excusa de que tenía que leerse unos papeles, se retiró a su departamento con gesto pensativo, mientras iba

atusándose el bigote y la perilla; y hasta esta hora de la tarde no lo hemos vuelto a ver, ni siquiera a la hora del almuerzo en el vagón-restaurante.

Son las siete menos cuarto y el tren se ha movido; parece como si hubiera recibido un fuerte golpe al haberle enganchado un nuevo vagón. Debe estar a punto de reanudar la marcha, así que dejo de escribir.

Sábado, 1 de agosto de 1914

Son las dos de la tarde y, aunque lleva coche restaurante, el tren hace una larga parada de cuarenta minutos en la estación de Burdeos para que los pasajeros puedan acudir a comer a la cantina de la estación; el coche restaurante es bastante caro y no todo el mundo puede costeárselo. Como quiera que nosotros hemos sido de los primeros en almorzar, estoy aprovechando la detención para escribir en mi Diario.

Cuando anoche decidimos acostarnos y bajé la cortinilla de la ventanilla de nuestro compartimiento, ya nos encontrábamos a mitad de trayecto entre Burgos y Miranda de Ebro; pasábamos en ese momento por Pancorbo y pude ver que el reloj de la estación marcaba las diez de la noche. Se ve que debíamos estar muy cansados porque hemos dormido del tirón hasta las seis de la mañana, hora a la que nos ha despertado el mozo de servicio del coche-cama, tres cuartos de hora antes de la prevista de llegada a Irún.

Un forzudo mozo de cuerda de la estación irunesa, de los que hacen gala de esa habilidad que tienen para ensartar las maletas con las cuerdas que suelen llevar colgadas al cuello, cargarlas sobre hombros y espaldas, e incluso transportarlas

en perfecto equilibrio sobre sus cabezas, se ha hecho cargo de nuestro numeroso y voluminoso equipaje, pero en esta ocasión ha sido preciso cargarlo en un carromato tirado por una mula y transportarlo hasta la estación de Hendaya, a unos dos kilómetros de distancia. Hemos subido al pescante, junto al cochero, hemos echado a andar en dirección al puente internacional de Santiago, sobre el río Bidasoa, y tras pagar el correspondiente peaje que tiene establecido la autoridad, tanto para personas como para cosas, lo hemos cruzado a pie y el cochero nos ha conducido hasta el sobrio edificio de piedra de la estación de Hendaya, donde ya se encontraba formado el tren expreso con destino a París.

Dado que el convoy no salía hasta las ocho y cuarenta de la mañana, después de que el mozo de cuerda haya dejado nuestro equipaje debidamente alojado, repartido entre el maletero del vagón y la repisa de nuestro compartimiento de coche-cama, hemos desayunado tranquilamente en la cantina, y hasta nos ha sobrado más de media hora para estirar las piernas dando un corto paseo por los alrededores de la estación.

De los dos coches-cama que lleva el convoy, vamos viajando en el último compartimiento del segundo vagón, es decir, somos los viajeros que más alejados estamos de la locomotora, o lo que es lo mismo, que somos los últimos de los últimos viajeros de este tren, el farolillo de cola, y que detrás de nosotros tan solo viaja el remolino de aire y polvo que el tren levanta en su marcha.

Con el tren ya en marcha, estando Manolo y yo en el pasillo viendo pasar por la ventanilla las últimas casas de Hendaya, el penúltimo pasajero, quiero decir el que viaja en el compartimiento inmediatamente anterior el nuestro, salió al

pasillo. Nos miramos a la cara un instante y los tres recordamos habernos visto en el mismo coche-cama del expreso Madrid-Irún, sin haber llegado a hablar por estar nuestros departamentos bastante alejados entre sí.

El caballero, que era francés, nos dedicó una amplia sonrisa y se nos presentó, diciendo:

—Me llamo Henri Gautier, catedrático de Anatomía en la Universidad de la Sorbona. Vengo de dar unas conferencias en la Universidad Central de Madrid.

Su correctísimo español fue el valladar que nos impidió practicar nuestro francés, sobre todo el mío, que por ser bastante rudimentario deja mucho que desear.

—Vaya, esto sí que es una inesperada casualidad —le respondió Manuel—, nosotros también somos médicos. Mi esposa se llama Ana Márquez, y yo soy Manuel Ortiz. Ambos somos cirujanos en el Hospital de las Cinco Llagas de Sevilla.

Nuestro hombre, de unos cincuenta y tantos años, tiene un aspecto muy distinguido, pues si bien lleva un corte de pelo corto, tiene bigote y perilla al estilo de los románticos de mediados del siglo pasado, que tanto se lleva ahora, y va vestido con un fresco traje de entretiempo de color claro, sin chaleco; se cubre con un sombrero canotier, que tan de moda están en Francia, y porta, además, un elegante bastón de caña de bambú.

—Tengo noticias de que ese hospital tiene un excelente cuadro médico y un gran prestigio profesional —dijo monsieur Gautier.

—¡No me diga usted que nuestro hospital es conocido en París! —le respondió Manolo, asombrado—, me sorprende oírle decir eso, pues en el hospital no tenemos la más ligera

sospecha de que se nos observa nada menos que desde la universidad de La Sorbona.

—En nuestra Facultad estamos atentos a cada uno de los avances de la Medicina, por pequeños que estos sean, en cualquier lugar del mundo. Sabemos que son ustedes pioneros en primeros auxilios a quemados y que han puesto en práctica ciertas técnicas quirúrgicas muy efectivas...

—Sí, así es —lo interrumpió Manolo—, hemos desarrollado algunas técnicas traumatológicas que son aplicables en campañas bélicas, así como también somos pioneros en las aplicaciones de la procaína como anestésico local.

—¿La procaína?, ¿se refiere usted al amino-éster que ese tal Alfred Einhorn ha patentado como anestésico, no hace mucho tiempo, con el nombre de «Novocaína»?

—Sí, efectivamente, a ese fármaco me estoy refiriendo. Precisamente, Ana y otro compañero, llamado Eduardo Ruiz, han sido encargados por el Comité Internacional de la Cruz Roja para que estudien nuevas técnicas quirúrgicas que sean más rápidas y eficaces que las actuales, y para que redacten un protocolo de actuación, según cada caso...

—Sí, conocemos el contenido de ese concierto que han firmado con la Cruz Roja —lo interrumpió monsieur Gautier—. Sabemos que deben estudiar técnicas que reduzcan los tiempos de intervención quirúrgica al mínimo. Tiene su lógica que, en mitad de una batalla, las intervenciones quirúrgicas duren el menor tiempo posible.

—Efectivamente, así es —respondí yo—. Naturalmente, esta reducción en los tiempos de intervención no debe menoscabar la eficacia de la misma. Y, además de esto, también estamos estudiando las posibles aplicaciones de la procaína en los quirófanos de campaña.

—¿Y han hecho avances?

—Bueno..., es cierto que hemos hecho algunos progresos, pero no estamos nada satisfechos por considerar que son escasos —le respondí—. Tan solo llevamos trabajando en este proyecto poco más de un año; comenzamos en enero del año pasado con un plan establecido para tres años, en los que tenemos programado llevar a cabo doscientos cincuenta ensayos; a estas alturas tan solo hemos efectuado cincuenta y tantos, por lo que, como quien dice, aún nos encontramos en fase de comienzo y nos queda muchísimo trabajo por hacer.

—Pues les deseo de todo corazón que obtengan un gran triunfo en sus investigaciones —me respondió en un tono muy afable, al tiempo que me dedicaba una amable sonrisa—. Seguro estoy de que, si ha tenido usted la fuerza, el valor y la capacidad intelectual suficiente para superar todas las barreras sociales con las que se ha debido encontrar hasta conseguir licenciarse en Medicina, también tendrá las mismas capacidades para tener éxito en sus investigaciones.

—Muchas gracias, doctor Gautier, es usted muy amable —le respondí, devolviéndole la sonrisa.

—No le quepa a usted la menor duda de que muchos padres, hermanos y esposas, aun sin conocerla a usted y a su colega, el doctor Ruiz, en su fuero interno les estarán eternamente agradecidos por los sufrimientos que les habrán evitado a sus hijos, hermanos y esposos heridos en combate, con esa anestesia y las nuevas técnicas quirúrgicas que descubran.

—Bueno, no todo el mérito será de la anestesia y las técnicas quirúrgicas, una buena parte del mismo se lo llevan los laboratorios farmacéuticos —le respondí, con la intención de comprobar si su opinión sobre la industria farmacéutica

coincidía con la nuestra.

—Estoy totalmente en desacuerdo con esa afirmación. Y digo más, ese mérito será totalmente exclusivo de ustedes, a pesar de los laboratorios farmacéuticos.

—¿Por qué dice eso?

—Porque la poderosa industria farmacéutica ha hecho de las enfermedades el objeto de su negocio y las trata como la fuente de su riqueza —me respondió, recordándome las veces que Manolo y yo hemos hecho ese mismo comentario y otro que, con idéntico sentido, hizo don Andrés Albéniz, mi profesor de Anatomía, una vez en clase—. La industria farmacéutica nos ha impuesto a todas las Facultades de Medicina de todas las Universidades del mundo que no les enseñemos a los estudiantes qué cosa es la salud y en qué consiste, ni cómo conservarla de forma natural, sino que solo se les enseñe a identificar las enfermedades, a diagnosticarlas y a tratar los síntomas con medicamentos comúnmente inorgánicos, sin que estos alcancen a erradicar el origen de la enfermedad. Como quiera que no se enseña a extirparlas de raíz, las enfermedades se cronifican y el enfermo se convierte en un consumidor de por vida de dichos medicamentos. Estoy diciendo que, aquel que comienza a los treinta años a padecer de asma, seguirá siendo asmático durante el resto de su vida; y lo mismo digo del artrítico, del gotoso, del diabético o del que padece alguna afección cardíaca. Hoy por hoy, la medicina alopática tan solo cura aquellas enfermedades cuyo único tratamiento es la cirugía.

—Es decir, que, contando con nuestra anuencia, los laboratorios nos arrebatan a nuestros pacientes y los transforman en sus clientes —le respondí.

—Efectivamente, así es, doctora.

—Entonces, esto quiere decir que los laboratorios nos convierten a los médicos en sus cómplices, y que los regalos que nos hacen por Navidad o en nuestros cumpleaños, así como los viajes pagados que nos organizan a países exóticos no son más que el pago que nos hacen por los servicios que les hemos estado prestando durante todo el año —añadió Manolo.

—Exacto, no se puede definir mejor —fue la respuesta del francés.

Hace un instante he oído el silbato dado por el jefe de la estación de Burdeos y la voz de un factor que gritaba: *les voyageurs vers le train*; y en este momento la locomotora acaba de dar ese largo pitido que suelen lanzar cuando el jefe de estación les da la orden de partida, así que aquí dejo de escribir antes de que el vagón comience a moverse.

Domingo, 2 de agosto de 1914

¡Paris, Paris! ¡oh, là, là! Después de casi veintidós horas de viaje, cuando hemos entrado en la estación de Montparnasse eran las seis y cinco de esta mañana, y Paris nos ha recibido con un día precioso, sin una nube que manche el azul de su cielo, lo que parece pronosticar que vamos a tener una buena estancia.

En el momento en el que estoy escribiendo estas líneas son las siete de la mañana y nos encontramos en la habitación 204 del El Meurice, un hotel de arquitectura palaciega que fue fundado en 1835 para acoger a los ricos turistas ingleses, cuando lo de venir a Paris se lo tomaban los ingleses con la misma religiosa obligación con la que se toman los

musulmanes el ir a La Meca al menos una vez en la vida. Después de desayunar en la habitación, Manolo, y yo también, aunque he de confesar que he sido algo remisa, nos hemos bañado utilizando un sistema novedoso que algunos hoteles parisinos tienen instalado en sus cuartos de baño: se trata de un artilugio, al que los franceses llaman *douche*, que consiste en una especie de regadera, fijada en la pared a unos dos metros de altura sobre el fondo de la bañera y conectada al agua corriente, con la que te puedes rociar el cuerpo con agua a presión a la temperatura que desees, mezclando el agua fría con la caliente. Supongo que este sistema ha debido ser inventado por alguno de estos empresarios modernos que viven tan deprisa que no se pueden permitir perder una hora de su tiempo en darse un beatífico y relajante baño caliente en la bañera.

Como quiera que el dichoso hotel tiene de todo, resulta ser bastante caro; por tener tiene hasta gimnasio, sauna y salón de belleza, pero como tan solo son tres semanas las que vamos a estar en la soñada París, nos hemos liado la manta a la cabeza y hemos decidido tirar la casa por la ventana. Creo que no nos arrepentiremos del dinero gastado pues, en el futuro, serán muy pocas las ocasiones que la vida nos depare de poder volver a la capital del mundo.

El Meurice se encuentra en uno de los mejores sitios de la ciudad, frente a los jardines de Las Tullerías y a cuatro pasos del Museo del Louvre; desde la ventana de la habitación veo en la distancia la mitad superior de la *Tour de trois cents mètres*. ¿Y esta es la famosa torre de la que presumen los parisinos? ¡Por Dios bendito, qué cosa más fea! ¡Es horrible! ¿A quién puede gustarle ese amasijo de más de siete mil toneladas de hierros pintados de rojo minio? Si lo que querían

los parisinos era ofrecerles a los visitantes una vista de París desde trescientos metros de altura, para eso se han inventado los globos aerostáticos, con la ventaja añadida de que, al moverse estos por el cielo, la ciudad se puede ver mejor y con mayor detalle que desde un punto fijo como es el mirador de la torre.

Esta mañana toca visita al Museo de pinturas; después haremos un almuerzo en algún restaurante típico, para acabar la tarde visitando la Sainte Chapelle. Para pasar la noche, hemos reservado en el mostrador del hotel cena y espectáculo en el famoso Moulin Rouge, que fue fundado en 1889 por dos socios, uno francés y el otro español (español tenía que ser tratándose de un local para divertimento), es decir, el mismo año de la Exposición Universal de París. Según me han contado, las mujeres salen a escena en corsé y con una faldita abullonada, muy corta por delante y larga por detrás, con las piernas desnudas, o peor aún, creo que las llevan enfundadas en provocativas medias negras con ligueros, translúcidas y muy sensuales, que son capaces de despertar los apetitos sexuales del menos libidinoso de los espectadores masculinos; con este atuendo, bailan una danza muy rápida y muy enérgica, que más parece una galopada infernal, a la que llaman el cancan, dando patadas al aire, enseñando las bragas, y creo que incluso se vuelven de espaldas, levantan la parte de atrás de la falda y les muestran sus traseros al público. La verdad es que me da un poco de miedo ir hasta allí, ya que el local se encuentra en el extrarradio, en zona muy poco habitada, casi rural, al pie de la colina de Montmartre, es decir, en un lugar oscuro y algo alejado de la civilización, si bien me han dicho que puedo estar tranquila, ya que la empresa ha distribuido por los alrededores a grupos

bien pagados de matones apaches, encargados de impedir que otros de sus colegas se acerquen por aquel lugar y molesten o amenacen a los clientes.

Lunes, 3 de agosto de 1914

En las cinco horas que estuvimos ayer en el Louvre tan solo pudimos ver la décima parte, o quizás menos, de las maravillas que el Museo le ofrece al visitante, lo que significa que, para ver todas las obras que se exhiben haría falta una semana de mañana y tarde; solo tuvimos tiempo de ver los más de doscientos cuadros de las salas dedicadas a los pintores españoles y algo de la pintura flamenca.

Cuando salimos de la pinacoteca, no tuvimos que andar mucho para encontrar un restaurante típico. Cruzamos el Pont des Arts, anduvimos un pequeño trecho por el Quai de Conti y, al llegar a la esquina de la rue Bonaparte, le preguntamos a un barbudo viandante de edad avanzada (73) por algún restaurante en el que se comiera bien. El transeúnte, señalándonos el fondo la calle nos dijo:

—Al fondo de la rue Bonaparte, haciendo esquina con el bulevar de Saint Germain, está el café-restaurante que buscan: se llama *Les deux magots*. No se arrepentirán de haber estado en él pues, además de ser un buen restaurante, es un punto de encuentro de artistas. Yo soy Claude Monet, el pintor impresionista, y suelo venir a *Les deux Magots* tanto si quiero tener un rato de buena tertulia, como si me apetece una buena comida, o ambas cosas a la vez, que es lo más frecuente. Si se deciden ustedes a comer en el restaurante, díganle al maître que van de parte mía y les dará una buena

mesa; comerán ustedes rodeados de escritores, músicos, pensadores, pintores, escultores, arquitectos, estilistas... Todos ellos son los que encarnan la vida del café.

—Oh, es un gran honor haberle conocido personalmente, monsieur Monet —le respondió Manuel—. Muchísimas gracias. Yo me llamo Manuel Ortiz y mi esposa es Ana Márquez. Ambos somos médicos españoles, estamos recién casados y hemos venido a París en nuestro viaje de novios. Ni que decir tiene, que durante tres semanas nos tiene a su disposición en el hotel Le Meurice.

Fuimos al restaurante, le dijimos al maître que nos mandaba Claude Monet y, una vez acomodados, le pedimos que nos sirviera platos típicos parisinos a su libre albedrío, y el hombre debió pensar que estábamos muertos de hambre, pues se puso a traernos un plato tras otro hasta cubrir la mesa. Comenzó por ponernos una fuente de ratatouille, tan abundante como deliciosa, seguida de dos cazoletas con caracoles, a los que ellos llaman escargots; luego vinieron el quiche lorraine, el gallo al vino, el pato a la naranja y dos o tres más que no supe reconocer. Cerramos la comilona con una variada tabla de quesos, unos ricos croissants y una fuente en la que venían combinados los deliciosos petit four con las maravillosas crepes, los macarons y los soufflés.

Cuando salimos del restaurante, aunque no hubiéramos tardado ni quince minutos en llegar andando hasta el hotel y el paseo nos hubiera venido divinamente para ayudar a tan pesada y lenta digestión como la que nos esperaba, nuestros cuerpos parecían pesar una tonelada y, rechazando a los tres o cuatro taxis a motor que se nos ofrecieron, optamos por tomar un coche de punto; yo, al menos, prefiero hacer el camino oyendo el golpeteo rítmico de los cascos del caballo

en el pavimento, que el ruidoso motor de explosión del automóvil e ir soportando el desagradable olor de los humos de la gasolina quemada.

La siesta fue de dos horas largas, casi tres. Y, tras el dilatado descanso, nos dimos otra divertida ducha que, acompañada de risas y caricias, acabó con final feliz, adoptando posturas peligrosísimas que nos hacían correr el riesgo de un resbalón y golpearnos con cualquiera de los muchos salientes que hay en una bañera.

A las siete y media de la tarde llegamos al Moulin Rouge, siendo recibidos por un portero travestido y empalagosamente afeminado, que enseguida descubrió que éramos españoles y, mientras nos conducía a nuestra mesa, situada al pie del escenario, nos dedicó algunas lisonjas chapurreadas en nuestro propio idioma.

La aparatosa decoración del local ya la conocíamos por unos folletos fotográficos que nos habían dado en una agencia de viajes de Sevilla. Y, cuando una vez sentados a la mesa, leímos en la carta la abundancia y la consistencia del menú que nos iban a servir en la cena, si lo hubiésemos sabido o tan siquiera sospechado de antemano, hubiéramos dejado para otro día el almuerzo en *Les deux magots*.

Sin demasiado apetito por estar todavía haciendo la digestión del copiosísimo almuerzo, y después de estar durante más de una hora picoteando en los platos que nos fueron sirviendo, al fin, a las nueve en punto de la noche, dio comienzo un número de mimo a cargo de una pareja bufa que representaba una pelea entre amantes; supongo que, siendo el público asistente plurinacional, aquel número tenía forzosamente que ser mímico, ya que los actores no hubieran sido entendidos por la mayoría si dialogaban en francés.

Después vino una chansonniere con aspecto de mujer fatal. Toda ella estaba vestida de negro, y sus armas femeninas eran una ajustada chaqueta de frac con faldones, que a mí me parecieron exageradamente largos; una chistera sobre su abultada pelambarrera negra azabache; un bastón, también negro, rematado con una dorada cabeza de perro; unas medias negras traslúcidas con ligeros, cubriendo sus largas piernas y dejando a la vista las partes más altas de sus blanquísimos muslos; unos culottes cubiertos de brillantes lentejuelas, tan ajustados que dejaban ver marcadas las partes más íntimas de los atributos femeninos de su entrepierna, atrayendo las ardientes miradas masculinas; y unos zapatos con tacones exageradamente altos y finos. No sé si sería porque éramos los más cercanos al escenario, ya que estábamos situados en la primera fila de mesas, o porque Manolo es un hombre muy guapo y de muy buena facha, lo cierto es que la explosiva chansonniere no paraba de acercarse al borde del escenario, donde ardían las candilejas, y lanzarle cálidas miradas a mi hombre mientras le dedicaba algunas de las estrofas más impúdicas de su canción. Al principio me he mosqueado porque a Manolo parecía gustarle aquello, pero luego he pensado que esta Matahari elige cada día desde el escenario a un hombre del público —le dá igual que este sea guapo, feo, alto o bajo— y, con el objetivo de que vuelva otro día, le hace creer con sus insinuaciones que se ha enamorado de él. A veces, los hombres, cuando hablan de las mujeres, suelen referirse a la «estúpida vanidad femenina», cuando resulta que la vanidad masculina es miles de veces más estúpida que la nuestra; el más inteligente de los hombres cae en la trampa de la Matahari y sale del local convencido de que ha dejado tras de sí a un corazón roto. Por el

contrario, una mujer distingue a la perfección si el halago que recibe de un hombre es sincero, falso o de puro compromiso —siempre que no esté enamorada de ese hombre, ya que, si lo está, confiará plenamente en él y creará todo cuanto le diga—, y ciertamente, nos envanecemos si percibimos que el requiebro que hemos recibido es realmente auténtico y espontáneo; en cambio, cuando es el hombre quien recibe un piropo de una mujer, su ego explota de vanidad, piensa que es el hombre más guapo del mundo y acaba creyéndose que don Juan Tenorio es un pardillo a su lado. Se suele decir que el hombre es cerebro y la mujer es corazón, pero en casos como este el magín femenino parece mostrarse más realista y a mayor altura que el masculino.

La chansonniere fue seguida de una pareja que bailó la danza conocida como «apache», en la que el hombre le propina a su pareja algunos bofetones, le sacude golpes por todo el cuerpo y la arrastra por el suelo, simulando algunas veces la mujer que lucha para defenderse del ataque machista y otras haciendo como que está inconsciente. Dicen los franceses que este baile recrea una discusión entre un proxeneta y su prostituta; y digo yo que no debe ser muy inteligente el chulo que tan mal trata a la que es su negocio.

La traca final del espectáculo fue el cancán. Las diez bailarinas, todas ellas puestas en fila y vestidas de lo más sexi, enseñándoles al público sus enaguas, sus braguitas, sus corsés, sus medias, sus ligeros y sus botines, se entregaron a una danza que a cada nota crecía en intensidad, dando patadas al aire que dejaban ver sus entrepiernas y amenazaban con romper las bragas y exponer sus vergüenzas a la vista del público, y que alcanzó su clímax en el galope infernal al ritmo endiabrado de la obertura del *Orfeo en los infiernos*,

de Jacques Offenbach, en medio de desaforados gritos femeninos y vozarrones de hombres, para acabar vueltas de espaldas al público, levantando la trasera de sus faldas y mostrando desvergonzadamente sus traseros. Me dio la impresión de que este baile era un intento de la mujer francesa por mostrarse más abierta, más libre y más desinhibida que el resto de las mujeres europeas.

Terminado el cancán, la música continuó, las bailarinas bajaron del escenario y recorrieron el local, yendo de mesa en mesa metiéndose con los hombres y, oh casualidad, alrededor de Manolo no fue una, ni dos, sino tres las coristas que se agolparon haciéndole carantoñas; que si una le daba un pellizco en la cara y un besito en la punta de la nariz, lo que significa, según dice nuestro amigo y psiquiatra Fermín Sánchez, que es lo mismo que si le estuviera besando el glande en sus partes pudendas; otra lo tomó por las orejas y le dio un beso esquimal, frotando sus narices, lo que me pareció aún más atrevido ya que ese es un beso de profunda ternura en el que no solo hay contacto entre hombre y mujer, sino que se huelen su piel mutuamente, lo que implica una excesiva cercanía entre ambos; la tercera fue más atrevida y llegó a rozarle los labios con los suyos. Y a todo esto, Manolo estaba encantado, como flotando en una nube, sin enterarse de que yo estaba siendo la sufriente espectadora de todo aquello. Estallé cuando vi que una cuarta furcia —lo siento, no les puedo dar otro nombre— se aproximaba a la mesa para unirse al festín: agarré con fuerza por el cuello la vacía botella de champán y, conteniéndome para no abriles la cabeza de un botellazo a aquellas tres pelantruscas, la estrellé contra el suelo, provocando un estampido de tal calibre que superó al estruendo que reinaba en el cabaret, pareciendo

que había sonado un disparo de pistola y haciendo que de golpe las risas cesaran, que todo el mundo se callara, que se volvieran a mirar con asombro hacia nuestra mesa, y que durante unos segundos el local se sumergiera en un impresionante silencio sepulcral.

Todo en la vida tiene sus luces y sus sombras, y nuestro primer día en París no iba a ser una excepción, pero, aun así, pese a estas contrariedades, anoto este martes como uno de los días más felices de mi vida.

Martes, 4 de agosto de 1914

Esta mañana ha resultado ser una mezcla de materialismo y de espiritualidad. Hemos estado visitando el bonito cementerio de Montparnasse y durante más de dos horas hemos estado recreando nuestra vista en la gran abundancia de artística belleza que acumulan sus incontables panteones y mausoleos, ejecutados con los más variados materiales y en los más diversos géneros arquitectónicos; y en lo que a lo espiritual se refiere, nuestras almas han gozado al ir descubriendo los nombres de tantos hombres y mujeres ilustres cuyos restos allí reposan.

—Escúchame, mi amor —me ha dicho Manuel cuando, después de haber paseado durante un largo rato por entre las calles del camposanto, nos hemos parado frente a la tumba del poeta Charles Baudelaire, el autor de *Las flores del mal*, que tantas veces hemos leído juntos—, prométeme que, si muero lejos de España y cerca de París, me enterrarás en este cementerio y lo más cerca posible de esta tumba.

—¿Y eso por qué? —le he inquirido.

—Por si acaso esta colina de Montparnasse, como su propio nombre indica, fuese el auténtico monte Parnaso, donde moran las almas de los poetas muertos, junto a Apolo y las Musas, y además resultase ser cierto que, cuando morimos, mientras el cuerpo se pudre en la tierra, el espíritu deambula por los alrededores de su sepulcro, como si se resistiera a abandonar la carne que durante tantos años le ha servido de aposento, cosa que, como bien sabes, pongo en seria duda, pues estoy en la creencia de que un espíritu no puede existir sin un cuerpo que lo sustente; si, como te digo, yo estuviera en un error y todo esto fuera cierto, me encantaría que mi alma pudiera pasear por estas calles conversando con la de este gran poeta, que es uno de mis favoritos, o con la de cualquiera de las muchas otras almas insignes que deben deambular por este cementerio.

—Oyéndote decir que pasearás por estas calles charlando con Baudelaire, me da la impresión de que dices como si este aún viviera.

—Creo que lo digo como lo dice todo el mundo cuando se refiere al autor del libro que tiene en sus manos. El escritor muere físicamente y desaparece del mundo, como el resto de los mortales, pero su alma sigue viviendo en sus libros; en ellos están sus creencias, sus pensamientos, sus gustos, sus disgustos y sus sentimientos. Si yo quiero conversar con Baudelaire no tengo más que abrir *Las flores del mal* y comenzar a leer, ahí tengo todas las respuestas del poeta a mis preguntas. Si es cierto que el alma sobrevive a la muerte física del cuerpo, cuando yo me haya muerto ya no podré leer sus libros, pero si estoy enterrado cerca de él nuestras almas podrán seguir comunicándose.

—Tal vez las almas puedan comunicarse sin necesidad de

que los cuerpos estén enterrados cerca el uno del otro, tal vez puedan seguir comunicándose si ambos cuerpos están enterrados en las antípodas. Si las almas, por ser inmateriales, se encuentran fuera del espacio y del tiempo, tal vez estén todas ellas formando una única alma universal que lo llena todo; por el contrario, si como dice el profesor Duncan McDougal, resultara que el alma es un tenue e invisible fluido, de veintiún gramos de peso, que se desprende del cuerpo y se exhala al morir este, es muy posible que todas las almas de los miles de millones de personas que han pasado por este mundo y han muerto se encuentren amalgamadas con la materia que constituye el planeta Tierra. O tal vez, ¿por qué no?, ese sutil fluido anímico es absorbido por las hojas de los árboles y devuelto a la Tierra a través de las raíces; o quizás nuestro planeta sea un organismo vivo, poseedor de un espíritu, y el alma individual de cada uno de nosotros no es más que una parte de ese espíritu planetario.

—Sí, esos son buenos razonamientos y es muy probable que sea como dices o algo parecido, pero tú prométeme que me enterrarás aquí —me insistió.

—Está bien, te prometo que así lo haré —le he respondido—, pero ahora prométeme tú a mí que, si fuera yo la primera en fallecer, dejarás dicho que, cuando mueras tú, te entierren conmigo, y así, tal y como hemos estado juntos en la vida, también lo estaremos en la muerte.

—Prometido —ha sido su respuesta, seguida de un abrazo y un largo beso.

Durante un breve instante, al darnos ese beso hemos llamado la atención de un grupo de personas que acompañaban al féretro de un difunto, al que le estaban dando sepultura muy cerca de donde nos encontrábamos nosotros, y que, por

el rústico aspecto que presentaban todos ellos, debían ser pueblerinos que habían venido a darle su último adiós a algún paisano que tiempo atrás habría abandonado el campo y emigrado a París. Todos volvieron la cabeza para mirarnos, pero por muy melindrosos y mojigatos que fueran, como quiera que todo el mundo da por sentado que París es la ciudad del amor y los enamorados tienen licencia para hacer pública demostración de su felicidad, ninguno de aquellos aldeanos se ha mostrado escandalizado; segura estoy de que la reacción del grupo hubiera sido muy distinta si aquel beso nos lo hubiéramos dado en el cementerio del pueblo de donde proceden, y no digo nada si nos lo hubiéramos dado en el cementerio de San Fernando de Sevilla.



Eran las doce y media cuando salimos del camposanto y decidimos ir a almorzar a *Les deux magots*. La idea era de dar un largo paseo y cubrir los casi dos kilómetros que nos separaban del restaurante subiendo por la rue de Rennes, pero como quiera que el cielo estaba nublado y parecía amenazar lluvia, optamos por detener y subir a uno de esos ruidosos taxis rojos motorizados de dos plazas que recientemente Louis Renault ha puesto en circulación en la capital de Francia.

Puedo entender que los avances científicos y técnicos den como resultado que los coches de caballos acaben siendo sustituidos por vehículos a motor, liberando así de la esclavitud a la que son sometidos los pobres animales de carga, a los que tan mala vida les dan algunos desaprensivos cocheros, pero lo que no logro comprender es por qué razón el

Ayuntamiento parisién ha cedido a los intereses económicos de los magnates del petróleo y de los fabricantes de coches con motor de gasolina, permitiendo que aquellos primeros taxis eléctricos, limpios y silenciosos, que comenzaron a circular por París hace quince años hayan sido sustituidos por estos otros, que tanto ensucian y contaminan el aire con el mucho ruido que hacen y con los apestosos gases que expulsan. Esperemos que esto no vaya a más, que las autoridades se den cuenta pronto de que si estos vehículos contaminantes proliferan, los habitantes de las grandes ciudades podemos vernos seriamente afectados en nuestras vías respiratorias, y que vuelvan los vehículo eléctricos; naturalmente, para que este error no prospere y acabe convirtiéndose dentro de cuarenta o cincuenta años en una calamidad mundial, deberíamos contar con políticos serios, cultos, inteligentes, y tan honrados que sean inmunes a las tentadoras ofertas de sobornos que las grandes empresas multimillonarias les seguirán haciendo para obtener sus favores.

Cuando entramos en *Les deux Magots* encontramos el local lleno a rebosar. El maître nos reconoció y vino a nuestro encuentro.

—Buenas tardes, caballero; a sus pies, señora —nos saludó—. Siento mucho decirles que tenemos el restaurante totalmente lleno y no disponemos de ninguna mesa libre.

Y, en diciéndonos esto, una voz grave, que surgió de una de las mesas del fondo, dijo:

—Louis, puedes acomodarlos aquí, en nuestra mesa.

Miramos y vimos que aquella voz era la del pintor septuagenario Claude Monet, aquel que ayer nos recomendó el restaurante, que se encontraba sentado en una mesa de ocho plazas acompañado de otro hombre mayor, más o menos de

su misma edad, y de otros tres más jóvenes, el mayor de estos no superaba los treinta años; otro más joven, no aparentaba tener más de veinte; y un tercero no era más que un muchachito de unos doce o trece años. Con un brazo en alto, que por cierto lo llevaba enlutado con una banda negra (después supimos que su hijo primogénito, Jean, había fallecido hacía tan solo seis meses), monsieur Monet nos hacía señas para que nos acercásemos hasta su mesa.

—Bonsoir, monsieur Monet —lo saludamos al llegar.

—Buenas tardes, amigos míos —nos respondió en un español macarrónico—. Como habrán podido comprobar, mi español es infinitamente peor que su francés, que es bastante aceptable, así que, si no les importa continuaremos hablando francés.

Y, volviéndose hacia sus acompañantes, nos presentó:

—Ellos son los doctores Manuel Ortiz y su esposa, Ana Márquez, ¿he recordado bien vuestros nombres? —nos preguntó y asentimos con la cabeza—, y estos caballeros que me acompañan son el pintor impresionista Auguste Renoir y sus hijos, Pierre, Jean y el joven Claude, al que sus amigos llaman *Cocó*, tres grandes admiradores del cinematógrafo que prometen ser futuros grandes cineastas que le mostrarán al mundo cuán rica es la vena artística de los Renoir. Pero tomen ustedes asiento, por favor.

—Muchísimas gracias —respondimos a dúo.

—¿Saben qué en este momento tengo la impresión de estar rodeada por el *summum* del Arte? —dije yo al ir a sentarme, aunque temiendo que mi entusiasmo por aquellos dos grandes pintores fuera excesivo y mis palabras fueran tomadas como una halagadora lisonja. Si en este restaurante hay otros artistas de la misma talla que ustedes dos, creo que, en

lugar de llamarse *Les deux magots*, debería llamarse *El Parnaso*.

—No lo quiera Dios, al Parnaso solo van los artistas muertos —me respondió Pierre, el mayor de los hermanos, y todos reímos.

—Ellos son recién casados, que han venido a Paris viajando a la inglesa —les anunció Monet.

—No, tío Claude, el viaje de novios ya no se llama «viaje a la inglesa», ahora se le llama viaje de «luna de miel» —respondió Jean, el veinteañero, llamándole tío, al igual que sus dos hermanos, porque, desde hacía ya muchos años, Monet se había autoproclamado tío adoptivo de los hijos de su gran amigo Renoir.

—Ah, ¿sí?, no lo sabía, ¿y eso por qué? —le inquirió su padre.

—Se llamaba «viaje a la inglesa» porque fueron los ingleses los que, a primeros del siglo pasado, pusieron de moda que los recién casados hicieran un viaje de vacaciones. Esto comenzaron haciéndolo las parejas de clase alta y acabó haciéndolo todo el mundo, pero como, por aquellas fechas, a los recién casados que quisieran tener un hijo varón los médicos les recetaban que estuvieran bebiendo hidromiel durante todo el mes lunar siguiente a su boda, han sido los británicos los que han comenzado a llamarlo «luna de miel», y ya se ha extendido por toda Europa.

—¡Cuánto sabes, Juanito, hijo mío! —le respondió el tío Monet, y dirigiéndose a nosotros dos, nos dijo: —Éramos cinco a la mesa, pero como estos muchachos comen como leones, habíamos pedido lo que aquí llaman «un surtido», para siete. Ahora que somos realmente siete, yo creo que habrá bastante comida para todos, pero, si escaseara, con pedir

más asunto arreglado.

Luego, mirando a su colega, continuó:

—¿De qué hablábamos, Auguste? Ah sí, del *Juicio de París*. Me decías que ya lo habías dado por acabado... ¿Cuándo me lo enseñarás?

—Sí, así es, ya lo he firmado. Tengo citado a un coche de punto para que me recoja a las cuatro y media aquí, en el restaurante, y me lleve a mi estudio en Argenteuil. Así que, si queréis verlo, podemos terminar tranquilamente de almorzar y ponernos en camino; y si nuestros amigos españoles están interesados en verlo, también están invitados. Seréis los primeros humanos en verlo acabado, ya que la única y primerísima espectadora que ha seguido el desarrollo de la obra y la ha visto terminada ha sido mi gata *Charlotte*. Para no ir muy apretados en el coche, Jean y Claude, que son los más jóvenes y sus riñones todavía están en perfecto estado, viajarán en el pescante con el cochero. Llegaremos sobre las seis, siendo la dorada luz del atardecer ideal para contemplarlo. Ah, y por si no lo sabes —añadió, dirigiéndose a Monet—, este será el último cuadro que haya pintado en aquel apartamento de Argenteuil, porque me he comprado una casa en Cagnes-sur-mer, a dónde me iré a vivir; mi reuma va a peor y el médico me ha aconsejado que viva cerca del mar.

—Eso está en la Riviera, muy cerca de Niza, a setecientos u ochocientos kilómetros de París —le respondió Monet—, demasiado lejos para mí. Los dos estamos ya camino de los ochenta, con un pie aquí y el otro en la tumba, así que ya no te volveré a ver más y tendré que hacerme a la idea de que te has muerto.

—Sí, a mí me pasará otro tanto contigo —le respondió

Renoir—. A ver de quién vas a prender y con quién te vas a pelear cuando yo no esté. Al menos yo tendré el consuelo de poder pintar los bonitos paisajes que tanto abundan por aquellos parajes, según me han dicho. De todas formas, trataré de escribirte una carta de cuando en cuando.

—Pues, cuando la reciba, pensaré que es la carta de un fantasma o que es tu espíritu el que me escribe desde el Infierno.

—Bueno, dejad ya de lloraros el uno al otro y de hablar de esas tenebrosidades y decidme si pensáis que la guerra que Alemania nos declaró ayer significa que vamos a tener una guerra de verdad o si es puro politiqueo —los interrumpió Pierre, el mayor—. Hasta ahora, ni a Jean ni a mí nos han llamado a filas.

—Yo creo que en esto hay muchas baladronadas y que no llegará la sangre al río —le respondió Monet.

—Yo, en cambio, creo que el río se puede teñir de rojo —añadió Auguste Renoir—. El pasado día 28 de julio, Austria-Hungría le declaró la guerra a Serbia; dos días más tarde, el 30, Rusia moviliza sus tropas en apoyo de Serbia; dos días después, el 1 de este mes, Alemania le declara la guerra a Rusia; y ayer, día 3, Alemania le declara la guerra a Francia; ya tan solo falta que el Reino Unido, que es el tercer socio de la Triple Entente, le declare la guerra a Alemania y tendremos a toda Europa convertida en un campo de batalla en el que estaremos matándonos los unos a los otros. No os extrañéis de que, en los periódicos de esta tarde o en los de mañana, leamos que el Reino Unido le ha declarado la guerra a Alemania.

Terminada la comida, cuando salíamos del restaurante, las campanas de la abadía de Saint Germain daban las cuatro

de la tarde y, tal como Auguste nos dijo, un landó rojo tirado por dos caballos castaños esperaba aparcado en el bulevar. Lo siguiente hubiera sido un agradable paseo campestre por la campiña del Sena, en dirección norte, si no fuera porque durante viaje se habló más de Medicina que de Arte, pues ambos pintores vinieron todo el camino asaetándonos con sus preguntas, Monet sobre las cataratas de sus dos ojos, y Renoir sobre su reuma. Eran las seis menos cuarto cuando entrábamos en Argenteuil, cruzábamos el puente sobre el Sena, llegábamos a una placita con casas de paredes blancas, y nos apeábamos en el portal de la casa de Renoir, un viejo edificio de tres plantas que aún conservaba en su blanca fachada una placa de azulejos, ya ilegible por el paso del mucho tiempo, que posiblemente recordara alguna efeméride de tiempos lejanos o, tal vez, que alguna persona eminente había vivido allí.

Auguste vivía en la tercera planta, a la que ascendimos de uno en uno por una estrecha escalera de madera, que crujía a cada paso.

Después de subir seis tramos de escalera, cuando llegamos a la tercera planta, desembarcamos en un pasillo, de diez o doce metros de largo y unos dos de ancho, al que asomaban siete puertas, tres a cada lado y otra al fondo. Salvo la primera puerta de la derecha, en la había un rótulo que se leía *Toilettes*, las restantes eran las de acceso a otros tantos apartamentos.

El de Renoir era el que se encontraba al fondo, cerrando el pasillo. Se entraba directamente a una amplia sala con dos ventanales en la pared del frente, que miraban al sur, y una tercera ventana en la pared de la derecha, algo más pequeña, que se asomaba al poniente. A la izquierda de la sala se veía

otra puerta, que debía ser el dormitorio y, junto a ella, un poyete de cocina con dos fogones bajo la campana de una chimenea de ladrillos refractarios.

Los cuadros lo llenaban todo. Tres de ellos se encontraban sobre tres caballetes distintos; los demás se repartían en sillas y por el suelo, unos parecían que habían sido tirados sin más, y otros estaban apoyados en las paredes. De los tres que se encontraban en los caballetes, uno de ellos, situado junto a uno de los ventanales, se encontraba cubierto por una tela, toda ella cubierta de manchas secas de todos los colores. Fue a este último al que se dirigió Renoir.

—¿Todavía tienes aquí este autorretrato que te hiciste con ese ridículo sombrero blanco? —dijo Monet, parándose en otro de los cuadros sobre caballete—. ¿Cuánto tiempo hace que lo pintaste?, ¿dos años, tres?

—Lo terminé en el año 10, y sigue ahí porque me da pena venderlo.

—¿Por qué?, si en él se te ve bastante decrepito. Estabas próximo a cumplir los sesenta y nueve, y se te ve más viejo que ahora, que ya has cumplido los setenta y tres. Yo creo que te está haciendo daño tenerlo ahí plantado; al menos dale la vuelta y ponlo de espaldas, o ponlo mirando a la pared. ¿Sabes qué? Te está sirviendo de espejo y te deprimes cada vez que pasas por su lado y lo miras; yo que tú, me desharía de él cuanto antes.

—Cállate ya, vieja cotorra, ven a ver *El juicio de Paris* y aprende.

No sé si sería porque aún estuviera fresca la pintura o quizás por darle más misterio a la presentación, lo cierto es que Renoir, remedando a un mago que estuviera representado un número de aparición en el escenario, comenzó descubriendo

el cuadro con mucha parsimonia al principio y acabó tirando violentamente de la emparchada tela; solo le faltó decir al tirar de la tela: «Querido público, ¡he aquí la maravilla! ¡tata tachá!

En aquel cuadro había mucho dibujo y no parecía en nada haber sido pintado por un impresionista. Representaba a cinco personajes, todos ellos metidos en carnes, como los que pintaba Rubens. Son tres mujeres desnudas que miran a un joven puesto de rodillas, vestido con una túnica y tocado con un gorro frigio, que parece ofrecerles a las nudistas un dorado objeto esférico que tiene asido en su mano derecha. La escena está siendo observada por un quinto personaje, también desnudo, tocado con un gorro alado y portando un caduceo, que parece estar suspendido en el aire.

—Hermoso, es muy hermoso —afirmó Monet—, me gusta el color dorado de la piel de los personajes y la sensualidad de las figuras, en las que se destaca el uso de un pincel casi acariciante.

—¿Qué representa? —pregunté yo, ignorante de lo que estaba viendo.

—¿No conoce usted el mito de Paris y la manzana de la discordia? —me inquirió Renoir.

—No, no lo conozco.

—El mito dice que durante la boda del héroe Peleo, al que se le conoce por ser rey de Ftia y padre de Aquiles, con la nereida Tetis, que se celebraba en el monte olimpo, llegó Eris, la diosa de la discordia, y dejó una manzana de oro sobre la mesa con la inscripción: «¡Para la más bella!». Hera, Atenea y Afrodita, que se tenían por ser las tres diosas más bellas del Olimpo, pensaron que bien podían reclamar la manzana. Cuando, después de una larguísima discusión, no

pudieron ponerse de acuerdo, Zeus designó como árbitro a Paris, príncipe de Troya. Las tres diosas acudieron acompañadas del dios Hermes, se acercaron Paris, y durante un rato estuvieron desfilando delante de él y exhibiendo sus cuerpos desnudos, pero Paris era incapaz de decidirse por una de ellas, pues las tres le parecían igualmente hermosas.

Hera, ofreciéndole grandes riquezas y el dominio de toda Asia, intentó persuadirlo de que la eligiera a ella. Atenea le ofreció hacer de él el más famoso de los guerreros e infundirle una gran sabiduría. Por último, Afrodita lo engatusó diciéndole que, por ser el joven más bello de Frigia, debería tener a la mujer más bella del mundo. Así pues, le prometió que ganaría el amor de Helena, la hija de Leda y esposa de Menelao, rey de Esparta. Entusiasmado por la tentadora promesa de Afrodita, Paris acabó entregándole a ella la manzana dorada, haciendo que, a partir de aquel momento, Hera y Atenea se convirtieran en enemigas acérrimas de los troyanos.

—Pero, en el cuadro, Paris no luce vestiduras principescas.

—No, efectivamente, esa es una buena observación —me respondió Renoir—, lo he vestido como a un pastor con gorro frigo porque he querido darle al juez de las diosas un origen humilde.

Luego, Renoir nos invitó a unos refrescos, y cuando faltaba poco más de una hora para la puesta del sol, Monet, Manolo y yo embarcamos de nuevo en el landó y nos volvimos a Paris.

Así es como ha terminado el día de hoy. Era ya de noche cuando hemos llegado al hotel y, como veníamos bastante cansados, no hemos tenido ganas de cambiarnos de ropa y

salir a cenar, sino que le hemos pedido al conserje que nos suban un tentempié. Así pues, nos hemos dado una ducha, puestos los pijamas, y me he dedicado a escribir todo lo anterior.

Miércoles, 5 de agosto de 1914

Esta mañana nos hemos enterado por el periódico que ayer Alemania invadió Bélgica. Anteriormente, el 24 de julio, el gobierno belga había anunciado que, si estallaba la guerra, mantendría su neutralidad histórica, y sin embargo, en previsión de un posible ataque alemán, movilizó sus fuerzas armadas el día 31, lo que ha provocado en Alemania un tenso estado de alerta, al que los alemanes llaman *Kriegsgefahr* (Peligro de guerra). Hace tres días, el gobierno alemán dio orden a sus tropas de invadir Luxemburgo y le envió un ultimátum al gobierno belga exigiéndole el paso a través del país. Ayer, después de que el gobierno belga rechazara las demandas alemanas y el británico le garantizara su apoyo militar en el caso de que fuera atacada, la Bundestag telegrafiaba al gobierno belga declarándole la guerra, y lo hacía en el mismo instante en el que los tres primeros ejércitos alemanes cruzaban la frontera y se enfrentaban a las tropas belgas, sosteniendo ambas fuerzas, hasta el momento presente, una dura batalla en Lieja. Dada la gran superioridad militar alemana sobre la belga, es previsible que los teutones resulten vencedores en muy poco tiempo, por lo que es Francia la que ahora estará amenazada de ser invadida desde Bélgica por esos tres ejércitos germanos.

—¿Qué hacemos?, ¿no crees que debemos marcharnos a

España de inmediato? —me ha preguntado Manuel.

—A mí me parece que deberíamos esperar un poco más y ver qué ocurre.

—¿Para qué quieres esperar?, ¿qué es lo quieres ver? Corremos el riesgo de que los alemanes lleven a cabo un avance rápido hasta París y, en un movimiento envolvente, corten las salidas hacia el sur.

—Como sabes, tengo firmado con la Cruz Roja Internacional un contrato de investigación que está relacionado con la guerra, lo que significa tener adquirido un cierto compromiso en una circunstancia bélica como es la presente; no quisiera salir de París sin consultarles si quieren que vuelva a Sevilla y siga investigando o si necesitan mi ayuda con más urgencia aquí, en Francia.

—Pues creo que deberíamos hacerles ya esa consulta, y saber a qué atenernos antes de que sea demasiado tarde.

Hemos preguntado en el mostrador del hotel y nos han informado de que las oficinas de la Cruz Roja están en la rue de Chardin, junto a los Jardines del Trocadero.

Eran las diez y pico de la mañana cuando hemos entrado, y hemos encontrado las susodichas oficinas hirviendo de actividad. Un bedel nos ha preguntado por el motivo de nuestra visita y, cuando, le hemos dicho que éramos médicos españoles, el hombre se ha deshecho en amables saludos y, sin hacernos esperar ni un segundo, nos ha llevado hasta el despacho del director, dándonos la impresión de que estuvieran esperándonos.

El director, un hombre bajito y menudo de cuerpo, con gafas de tan gruesos cristales que parecían culos de vaso, y unos grandes mostachos que parecían más grandes que él, cuando el bedel nos ha anunciado como médicos españoles,

ha saltado al suelo desde su butaca, ha venido hasta nosotros con los brazos abiertos y nos ha recibido con un abrazo. Luego, después de presentarse con el nombre de Élisée Reclus (el mismo nombre que el del famoso geógrafo francés, miembro anarquista de la Primera Internacional y creador de la geografía social) y de presentarnos como médicos españoles en viaje de luna de miel, nos ha hecho sentar en los dos sillones confidentes que había delante de su mesa, ha vuelto a sentarse en su sillón, y nos ha dicho:

—Tenemos a un centenar de hombres y mujeres pateándose todo París e intentando reclutar médicos para hacer frente a la tormenta que se nos avecina; no saben ustedes cuánto les agradezco que hayan acudido voluntariamente a incorporarse al servicio.

—Monsieur Reclus —le respondió Manuel—, como le he dicho antes, estamos recién casados y haciendo nuestro viaje de novios. Los dos somos cirujanos y mi esposa firmó en enero del año pasado un contrato con el Comité Internacional de la Cruz Roja, por el cual está comprometida, hasta finales de 1915, a llevar a cabo una serie de investigaciones encaminadas a descubrir nuevas técnicas que reduzcan sustancialmente los tiempos de las intervenciones quirúrgicas a realizar en los quirófanos de campaña. Al leer esta mañana las noticias del periódico, nos hemos planteado qué hacer, si volver a nuestro hospital y seguir investigando o ayudarles aquí, en París, en esa tormenta, que como usted bien dice, se nos avecina. Haremos aquello que ustedes decidan, no solo por dar cumplimiento al contrato que tenemos suscrito, sino, sobre todo, por darle una respuesta de solidaridad humana a nuestras conciencias, no solo como médicos, sino también como ciudadanos.

—Señor y señora Ortiz, puedo telegrafiar a Ginebra y plantear su caso en las oficinas centrales del Comité, pero, sinceramente, creo que en este caso serán ustedes los que tendrán que tomar su decisión, sin esperar la respuesta. En caso de guerra, los incumplimientos de contrato no se tienen en cuenta por ser causa de fuerza mayor. No sabemos cuánto tiempo va a durar este conflicto bélico y, si bien es cierto que durante el año y medio que aún queda de vigencia de ese contrato pueden ustedes descubrir técnicas quirúrgicas que salven muchas vidas, no es menos cierto que la guerra nos va a alcanzar en muy pocos días y que, si comienzan ustedes por ayudarnos ahora, salvarán las vidas de los muchísimos soldados que van a empezar a caer de un día para otro, pero estarán ustedes de acuerdo conmigo si les digo que trabajar en un quirófano, junto a un campo de batalla en el que se están oyendo las explosiones de las bombas, el tableteo de las ametralladores y el silbido de las balas, manteniendo los cinco sentidos concentrados en la operación de un herido, es cosa imposible si no es un acto voluntario y no impuesto por ninguna autoridad; es por esto que les digo que son ustedes los que deben tomar libremente y de corazón esa decisión.

—Entonces, de verdad usted cree que Alemania atacará a Francia —le inquirí.

—Señora, confiando en su discreción, les voy a revelar un secreto —me respondió en un tono tan firme y seguro, que transmitía la impresión de que conocía bien el asunto—. Nuestra oficina de Berlín ha sabido, de buena tinta germana, que Alemania no tiene ningún interés en Bélgica, y que si la ha invadido ha sido porque esta se ha negado a facilitarle el paso hasta Francia a través de su territorio. Sabemos que los

alemanes tienen un plan para la invasión y derrota de Francia, su gran rival occidental, al que llaman Plan Schlieffen por haber sido propuesto por el jefe del Estado Mayor del II Reich, el general Alfred Graf von Schlieffen, según el cual, Alemania sacrificará la Prusia Oriental, retirando el grueso de sus tropas del frente ruso en el este y dejando medio millón de efectivos en el bajo Vístula en previsión de rechazar cualquier ataque ruso que tenga la intención de penetrar en territorio alemán, lo que les permitirá concentrar un poderoso ejército de un millón y medio de soldados en la frontera franco-belga. El plan prevé que esta fuerza atraviese Bélgica, para luego emprender desde el norte y con el máximo de medios en el ala derecha, una ofensiva que cercará al ejército francés y destruirá a los aliados.

—¿Y cuándo calculan ustedes que se producirá ese ataque?

—Eso no lo sabemos, pero lo que sí sabemos es que el Alto Mando francés también tiene un plan, al que llaman Plan XVII, en el que según parece, el objetivo prioritario es recuperar la importante región industrial de Alsacia-Lorena, que le fue desarraigada a Francia y anexionada por Alemania en 1871, al finalizar la guerra franco-prusiana. Es por esto, que lo más probable sea que Francia empiece por atacar esa región.

Dicho esto, el señor Reclus guardó silencio y quedó expectante y mirándonos fijamente, a la espera de nuestra respuesta. Durante los siguientes tres o cuatro segundos, Manolo y yo nos miramos y, finalmente, cada uno leyó la respuesta en los ojos del otro. Casi simultáneamente, respondimos a dúo:

—Nos quedamos en la Cruz Roja.

—¡Oh, gracias, Dios mío! Muchísimas gracias a los dos —nos respondió el hombrecito, al tiempo que se levantaba de su sillón y, rodeando la mesa, con los ojos brillantes por la emoción, nos daba un abrazo a los dos a la vez, dejándonos convencidos de que, en aquel pequeño y enclenque cuerpo, moraba un alma grande y poderosa.



Se ve que el señor Élisée Reclus no ha perdido el tiempo, y cuando esta tarde hemos salido de la habitación y hemos bajado, al pasar junto a la Recepción, el conserje nos ha entregado un sobre con membrete de la Cruz Roja.

En la nota se leía que mañana jueves, 6 de agosto, debíamos presentarnos a las seis de la mañana en el cuartel Lobau, en la plaza de Saint-Gervais, al que quedaríamos adscritos, Manolo con grado de comandante, y yo de capitán (como se puede observar, el machismo no solo es un defecto español, también los es francés). Allí, después de presentarnos al Jefe del Regimiento Volante de Infantería Motorizada, el coronel François Lefebvre, y quedar a sus órdenes, debemos proceder a designar todo el herramental quirúrgico que vayamos a necesitar en campaña, pedir que nos sea suministrado todo aquello que falte, así como elegir entre el personal sanitario del regimiento a los ayudantes de quirófano que nos parezcan más idóneos, así como hacernos cargo de su preparación y entrenamiento si fuera necesario.

Jueves, 6 de agosto de 1914

Son las once de la noche y estoy escribiendo en la puerta de una tienda de campaña, frente a la ciudad de Mulhouse, a

la luz de la luna llena.

Esta mañana, a las seis en punto, media hora antes del toque de diana, Manolo y yo nos encontrábamos de pie, frente al coronel Lionel Lefebvre, un corpulento y monumental hombre de unos cincuenta años, con escasa pelambrera en la mollera, si bien lucía un abultado, espléndido y negro mostacho típico francés, de esos que tienen las puntas guías enrolladas hacia arriba, y al levantarse del sillón y ponerse en pie para venir hasta nosotros a saludarnos y darnos la mano, hemos podido observar que su estatura ronda los dos metros, que sus pies son los de un *Bigfoot* y su mano la de un gorila. Cuando enterró mi mano dentro de la suya, no pude evitar imaginar aquella mano dándole una bofetada a uno de sus soldados. Supongo que, durante su carrera militar, este gigante se habrá abstenido de abofetear a ninguno de ellos, ya que corre un serio riesgo de matarlo.

—Sean bienvenidos —nos ha saludado, pero cuando hemos oído su voz, yo al menos, he estado a punto de echarme a reír, pues esperando que de tan voluminoso cuerpo saliera una voz grave y poderosa, como correspondería a la de un recio y duro militar, nos hemos llevado la gran sorpresa de oír la atiplada voz de un alfeñique—. Tengo entendido que ustedes dos son cirujanos; si es así, serán los dos únicos especialistas del bisturí con los que cuente el regimiento.

—No me diga usted que solo somos dos. Pero dígame una cosa, coronel, ¿cuántos hombres forman el regimiento? —le ha inquirido Manolo.

—Somos exactamente dos mil cuatrocientos sesenta y ocho, incluido yo.

—Y, ¿cuántas bajas y en cuánto tiempo, ha previsto usted que va a sufrir si entra en batalla?

—Eso no podré saberlo hasta que llegue el momento del enfrentamiento y haga una valoración de la fuerza enemiga.

—Haga una aproximación...

—En un ataque frontal, donde el enemigo nos está esperando atrincherado, las bajas no serán menores al veinte por ciento de la fuerza atacante, de las que un tercio serán mortales.

—O sea, unas quinientas bajas, de las que un tercio, digamos ciento cincuenta, resultarán muertos y trescientos cincuenta heridos. ¿En cuánto tiempo, coronel, en dos días, en tres días, o en más?

—Sí, pongamos tres días.

—Eso supone que tendríamos que atender unos ciento veinte heridos de bala o de metralla por día, o sea, que tocaríamos a sesenta heridos cada uno de nosotros dos. Si dormimos ocho horas y trabajamos las dieciséis restantes, resulta que nos toca llevar a cabo unas cuatro intervenciones por hora, es decir, a un cuarto de hora por cada operación. ¿Qué opina usted de esta ratio, coronel, si solo en anestesiarse al paciente ya consumimos ese cuarto de hora?, espero que no se le ocurra ordenarnos que prescindamos de la anestesia y le abramos en carne viva el pecho o el vientre al herido.

—Ya veo que el cuadro que me pinta no es halagador, pero esto es lo que tenemos. Lástima que ya no tengamos tiempo de encontrar a otros cirujanos, porque el regimiento parte dentro de dos horas. Tendrán ustedes que ir haciendo sobre la marcha lo que buenamente puedan..., tal vez ir atendiendo a los más graves y los demás que esperen..., o viceversa..., o qué sé yo...

—Está bien, mi coronel —lo interrumpió Manuel—, con estos números tan solo quería que fuera usted consciente de

que, a falta de cirujanos, el número de muertos aumentará considerablemente.

—Pues, nunca me había parado yo a pensar en esto antes de una batalla, ni tampoco creo que lo haya hecho ningún otro oficial, jefe o general de ningún ejército; echándome estas cuentas no solo ha conseguido usted que sea consciente del problema, sino que también me preocupe. En el fragor de una batalla la irracionalidad se apodera de nuestro cerebro, la vista se nubla y solo impera el instinto de conservación; olvidamos que somos personas y nos convertimos en animales salvajes.

—Sí, es cierto y, para no parecernos a las fieras, nos excusamos diciéndonos a nosotros mismos que ese salvajismo es amor a la Patria.

—No es una excusa. Los militares profesionales sustentamos nuestra vocación en el amor a la Patria.

—Mi coronel, a lo largo de la Historia no ha habido una sola guerra que se haya hecho por ese tan manido amor a la Patria, sino que todas ellas, incluso las guerras de religión y las ideológicas, han sido hechas por intereses económicos; unas para colonizar o anexionarse el territorio del vecino y, junto con él, apropiarse de sus riquezas naturales; otras por el dominio de una región, en la que el vencedor establece un determinado *status quo* y le impone a los vencidos la obligación de pagarles tributos. Sí, mi coronel, es cierto que los militares de profesión acuden al ejército impelidos de una firme vocación patriótica, pero no son los militares los que declaran las guerras, sino los políticos, y estos son los que ocultan los verdaderos e inconfesables motivos que les llevan a dichas declaraciones. El político utiliza al militar como peón para llevar a cabo sus perversos planes. En cualquier

caso, la guerra siempre va acompañada de apropiaciones indebidas...

—¿A dónde vamos, coronel? —le he preguntado yo, interrumpiendo la perorata de Manuel, viendo que a las claras estaba disgustando al militar.

—A devolverle la Alsacia-Lorena a Francia, su legítima dueña, que nos fue robada por los alemanes en la guerra franco-prusiana hace cuarenta y tres años —me ha respondido, confirmando inconscientemente con estas palabras la afirmación que momentos antes hacía Manolo al decir que la guerra es un robo a mano armada, pero empleando esta vez un tono de voz algo más bronco, que me ha parecido más propio de un militar.



Somos cincuenta y ocho los sanitarios efectivos de la Cruz Roja, de los que ocho somos médicos, siendo cirujanos tan solo Manolo y yo; de los cincuenta restantes, dos son farmacéuticos, cuatro son enfermeros, cuatro son ayudantes de quirófano, y cuarenta son camilleros. Con este personal y dieciocho ambulancias, vamos acompañando a las divisiones 14 y 41 de infantería y la 8 de caballería del VII Cuerpo de Ejército, con cuarenta y cinco mil hombres al mando del general Louis Bonneau.

Nuestro regimiento ha abandonado el cuartel Lobau a las ocho de la mañana y nos hemos reunido con el resto de la fuerza expedicionaria en los alrededores de Montgeron, donde hemos formado columna y viajado por carretera en dirección este, hasta que, a las una y diez de la tarde, hemos hecho una parada en la gran explanada que se extiende al

norte de Chaumont, donde hemos consumido un rancho frío. Tres horas y media más tarde, alcanzadas las estribaciones de la cordillera de los Vosgos, hemos traspasado la frontera de La Alsacia y, sin encontrar resistencia alemana alguna, hemos entrado en un pueblo llamado Thann.

Sin detenernos, después de dejar en este pueblo cinco compañías de infantería como guarnición, el general Bonneau ha ordenado bajar hacia el sur y, a unos veintitantos kilómetros, hemos entrado en Altkirch, otro pueblo alsaciano, donde tampoco hemos llegado a ver ni uno solo de los llamativos cascos con el típico pincho que llevan los soldados alemanes.

Dada la ausencia de oposición a nuestro avance, el general ha ordenado subir hasta la ciudad de Mulhouse, la segunda ciudad en número de habitantes, después de Estrasburgo, del Departamento del Alto Rin.

El largo y caluroso día había agotado sus catorce horas de luz diurna, y el sol ya se aproximaba a su poniente, cuando hemos acampado a quinientos metros de la fachada sur de Mulhouse. Con la difusa luz del crepúsculo, hemos podido divisar una formación de soldados alemanes que, según el coronel Lefebvre, no pasaban de ser tres o cuatro compañías de soldados de infantería, y una batería de artillería formada por cuatro piezas del calibre 105/26. Al parecer, aquella fuerza era toda la guarnición con la que contaba la ciudad.

No quiero escribir durante mucho rato ya que debo dormir, pues el toque de diana de mañana será media hora antes del amanecer. La tienda-hospital ha quedado montada y aparejada, con las dos mesas de operaciones instaladas; el instrumental quirúrgico también está dispuesto y desinfectado; y treinta y dos lámparas de acetileno han quedado colgadas,

de las que dieciséis de ellas he ordenado que sean concentradas alrededor de las dos mesas de operaciones.

Mañana, viernes, la locura humana se materializará en una batalla, en la que van a morir varios cientos de hombres jóvenes que están en la flor de la vida. Mañana, miles de hombres, que hablan idiomas distintos, pero que tienen las mismas ilusiones y el mismo amor por la vida, se enfrentarán en una lucha fratricida obligados a matarse entre sí bajo la amenaza de sus jefes militares y la de los gerifaltes que declaran las guerras desde la seguridad de sus despachos oficiales. Mañana, a estas mismas horas, a varios cientos de madres, padres, esposas y hermanos se les romperá el corazón, y un millar de niños habrán quedado huérfanos. Miles de vidas que se sacrificarán en esta guerra, que tal vez acaben siendo cientos de miles, y se perderán con la excusa de que un serbio mató a un príncipe, cuando la realidad es que este derroche de sangre y de vidas humanas no es más que una discusión entre magnates por ver quién explota, que equivale a decir quién se encarga de robar, las riquezas de las colonias africanas.

Viernes, 7 de agosto de 1914

Hoy, al toque de diana, cuando el cielo aún estaba estrellado y en el aire campestre aún se oía el canto de los grillos y las chicharras, el campamento ha despertado con la noticia de que la guarnición alemana que defendía Mulhouse ha desaparecido, la fuerza defensora de la ciudad se ha esfumado y nos invita a que entremos y la tomemos sin disparar un solo tiro. Gracias a Dios, ni la batalla que yo presagiaba

ni ninguno de los temores que me asaltaban anoche se van a cumplir hoy; los padres, madres, hermanos, esposas y amigos de estos muchachos van a seguir teniéndolos un día más. Sin embargo, el coronel Bonneau nos ha dicho que no se fía de los alemanes; sospecha que esa ausencia de soldados pueda ser una trampa o, si es verdad que se han marchado, hayan dejado algunos edificios oficiales minados con explosivos de detonación retardada, y la ciudad llena de trampas mortales para el ejército francés.

Es por esto que, antes de dar la orden de entrada en la ciudad, el general Bonneau ha mandado a una compañía de infantería y otra de zapadores para que comprueben que los edificios oficiales y todos aquellos otros que sean susceptibles de ser ocupados por la tropa francesa están limpios de explosivos.

Una vez comprobado que no había peligros ni trampas ocultas, al frente de un batallón formado por seis compañías de distintas armas, el general Louis Bonneau, en coche descubierto, ha desfilado por las calles principales de Mulhouse en dirección al Ayuntamiento. En general, parece que hemos sido bien acogidos por la población, sobre todo por los más mayores, que aún recordaban cuando cuarenta y tres años atrás eran franceses y no alemanes. Ha salido bastante gente de sus casas y nos han vitoreado y aplaudido mientras desfilábamos, pareciéndome a mí que aquellos aplausos eran sinceros; y, al llegar al Ayuntamiento, nos ha recibido el cabildo en pleno, encabezado por el alcalde que, vestido de chaqué, tocado con chistera y con faja y banda cruzada al pecho, le ha entregado al general un ramo de lirios blancos, las flores de la paz, al tiempo que le daba la bienvenida y le deseaba suerte y prosperidad.

Más tarde, en una comida que el general celebró con sus comandantes, a la que Manuel fue invitado (quiero pensar que si no se me invitó no fue por machismo, sino porque yo tenía rango de oficial y aquella comida era para jefes), supimos que los alemanes se habían retirado, pero que no habían renunciado a reconquistar Mulhouse y se encontraban acampados a unos veinte kilómetros al noroeste, en las inmediaciones de la ciudad de Thann, que había reconquistada por los fugitivos, imposibilitando que el general Bonneau pudiera llevar a cabo su plan de abandonar la ciudad, dejando en ella un batallón de guarnición, avanzar con el resto del ejército por la margen izquierda del río Rin, tomar la ciudad de Colmar y establecer entre ambas ciudades una barrera defensiva de unos cuarenta kilómetros.

Domingo, 9 de agosto de 1914

Esta madrugada, a las cuatro y veinte nos ha despertado el toque de zafarrancho. A esa hora ha llegado al campamento un correo anunciándonos que los cuerpos XIV y XV del octavo ejército alemán, al mando del general Josias von Heeringen, habían sido enviados desde Estrasburgo para unirse a la fuerza que se encontraba acampada en Thann, y que, en cuanto llegaran estos refuerzos, se iniciaría de inmediato un contraataque alemán para recuperar Mulhouse.

Al amanecer, desde nuestros avanzados puestos de observación, a través de los catalejos hemos podido ver cómo un larguísimo tren militar, tirado por dos locomotoras en cabeza y una tercera que venía empujando en la cola, bajaba desde el noroeste, se detenía en la estación de Thann y cómo

el general Bonneau, pese a saber que estaban fuera de alcance, daba orden a la artillería de disparar contra él, al objeto de intimidarlo y pararlo, pero después de varias andanadas sin que ninguna de ellas llegara, no ya a alcanzarlo, sino siquiera a aproximarse a menos de un kilómetro, tuvimos que resignarnos a ver cómo aquel convoy descargaba varios miles de soldados germanos.

Eran las diez de la mañana, cuando ya el sol se había elevado lo suficiente para no deslumbrarlos, los vimos al noroeste, descendiendo monte abajo el Molkenrain, mientras que los nuestros los esperaban formando una larga barricada a medio kilómetro de la ciudad. El despliegue teutón era impresionante; una autentica marea humana que tiñó los cercanos montes vosgienses de ese color gris-verde claro de sus uniformes, al que ellos llaman *feldgrau*. Nos superaban en número y tenían la ventaja de la altura. Lo peor de todo llegó cuando vimos cómo en los puntos más elevados comenzaban a situar morteros y emplazaban más de un centenar de ametralladoras con las que batirían todo nuestro campo.

Ante aquel impresionante espectáculo de potencia militar, muy superior al nuestro, el general Bonneau estuvo a punto de ordenar una retirada inmediata, pero en aquel preciso instante los alemanes comenzaron a descender en tromba por aquellas abruptas laderas y no llegó a dar la orden.

—Mi general, son demasiados y están muy bien armados —le oí decir al coronel Bernier—. No tenemos fuerza para parar a estos boches. Vamos a tener muchísimas bajas.

—Y qué más nos da sufrir más o menos bajas, Bernier, eso no debe detenernos —le respondió Bonneau, sin dejar de mirar por el catalejo—. En la guerra la vida humana pierde todo su valor. Aquí se viene a morir. Para nosotros,

los jefes, un soldado no es más que un número; por tanto, las pérdidas que sufrimos son anónimas. Cuando acabe la batalla haremos balance de las bajas y anotaremos una cifra, no sus nombres. ¿No ha pensado usted que, si la suerte nos acompaña y ganamos la batalla, nos cubrimos de gloria? Nuestros nombres pasarán a los libros de Historia como los vencedores de Mulhouse.

El estridulo de las chicharras y el apacible aire campestre reinante fueron sustituidos por el intenso olor a pólvora quemada, por el griterío enardecido de las tropas, y por el estruendo atronador de los disparos. Al tiempo que los alemanes descendían por la ladera y eran recibidos por el fuego de nuestra fusilería, que los hacían caer en gran número y rodar cuesta abajo, nuestros disparos eran feroz-mente respondidos por sus morteros de grueso calibre y sus temibles ametralladoras pesadas MG-08, que impunemente, ya que estaban emplazadas fuera de alcance de nuestras armas, vomitaban fuego y muerte a discreción desde aquellas alturas que dominaban todo el campo de batalla, destruyendo nuestras barricadas, dejándonos sin protección física alguna, y causando elevadísimas pérdidas entre los nuestros. Dos horas más tarde, cuatro mil cuerpos alemanes y tres mil franceses, entre muertos y heridos, yacían tirados por los suelos, la mayoría de ellos exánimes, de los que una elevada tercera parte habían quedado suspendidos para siempre en el eterno silencio y la putrefactante inmovilidad de la muerte; en cambio, muchísimos otros, que habían sido alcanzados por las balas o tenían algún miembro mutilado por la metralla de los obuses, estaban conscientes y sus graves heridas los hacía retorcerse, aullar de dolor y pedir ayuda desesperadamente.

Las banderas blancas hicieron su aparición, el mortífero

fuego cesó y cientos de camilleros de ambos bandos salieron al campo a recoger a los que siempre resultan ser las víctimas vitalicias de la ambición personal de los viejos gerifaltes, que desde sus cómodos despachos, sin exponerse ellos ni exponer a sus hijos en los campos de batalla, declaran las guerras en defensa de una patria que ha sido construida y manipulada a la medida de sus intereses económicos.

Por su parte, nuestro general, considerando que éramos inferiores en número y fuerza, dio orden de abandonar la lucha y también desocupar la plaza y entregársela al enemigo. Se retiraba con el honor de haber dejado tirados en el campo los cadáveres de más de mil jóvenes franceses.

Mientras los alemanes recogían a sus muertos y heridos, nosotros hacíamos otro tanto con nuestros caídos, les prestábamos los primeros auxilios y hacíamos las primeras operaciones de urgencia en los improvisados quirófanos de la tienda-hospital. Unas horas más tarde habíamos desmontado el campamento y nos trasladábamos a Belfort, una población de unos cuarenta mil habitantes, situada a unos cuarenta kilómetros al oeste de Mulhouse.

Martes, 11 de agosto de 1914

Hoy se nos ha presentado en Belfort el mismísimo comandante en jefe del ejército francés, el general Joseph Joffre, al frente de una división de reserva. Al percatarse de que ha llegado tarde y que ni aún con esta división de refuerzo tenía fuerza para enfrentar a los alemanes, ha montado en cólera y ha destituido fulminantemente de su puesto al general Bonneau por considerar que ha sido «poco agresivo». Y,

cuando este, para justificarse, ha esgrimido en su respuesta que ha tenido más de tres mil bajas, el jefe lo ha mandado a freír espárragos en presencia de todos.

El coronel Lefebvre le ha dado la razón al General-Jefe, afirmando que, antes de optar por la retirada, Bonneau tenía otras opciones, como la de haber intentado un movimiento envolvente que hubiera cercado a las tropas alemanas.

También, a preguntas de algunos coroneles, respondió que había ordenado la puesta en marcha del I y el II Ejército para atacar a los VI y VII Ejércitos alemanes, ambos a las órdenes del Príncipe Ruperto de Baviera, que se encontraban concentrados en los Vosgos, guardando los pasos de montaña entre Mohange y Sarreburg, pero que, con grandes dudas y sin estar plenamente convencido, había autorizado que ambos ejércitos marcharan en paralelo, separados entre sí unos cuarenta kilómetros, al objeto de que cada uno se dirigiera por separado a estas dos poblaciones.

Viernes, 14 de agosto de 1914

Después de tres días de tranquilidad, dedicados a llevar a cabo curas y operaciones quirúrgicas en nuestros pacientes heridos, esta mañana se ha visto rota nuestra paz; cuando aún faltaban dos horas para el amanecer, el coronel Lefebvre ha recibido un despacho con la orden de mover su Regimiento hacia el norte para ir al encuentro del I Ejército francés, que avanza hacia Sarrebourg, a cuyo frente está el general August Dubail.

Como quiera que necesitábamos la luz del día para preparar la columna, cuando hemos partido eran ya las nueve y

media de la mañana, tres horas después del amanecer, con un cielo calimoso y soportando el calor húmedo y pegajoso del vulturno que ese día soplaba del sureste. Tras ocho horas de marcha, muy lenta y muy accidentada, finalmente, después de cubrir ciento veinte kilómetros transitando por carreteras de segundo orden que se encontraban en pésimo estado y por rudimentarios caminos de tierra, la larguísima columna formada por más de cien camiones cargados de soldados; varias decenas de coches llevando a jefes y oficiales; nuestras dieciocho ambulancias transportando a los heridos más graves, habiendo tenido que encajar en cada una de ellas hasta tres y cuatro hombres; y después de haber sorteado un número infinito de grandes baches y lodazales que interrumpían la marcha a cada momento, a las seis y diez de la tarde hemos alcanzado a nuestro I Ejército, que se encontraba acampado en las cercanías de un villorrio lorenés llamado Moussey, a veintidós kilómetros de su objetivo, la ciudad de Sarrebourg, defendida por el VII Ejército alemán. Mientras tanto, el II Ejército francés, al mando del general Edouard de Castelnau, tal como nos dijo el general Joffre, debe estar llegando a Morhange, situada a unos cuarenta kilómetros al noroeste de Sarrebourg y defendida por el VI Ejército alemán.

Nuestro coronel Lefebvre se teme que en ambas ciudades los alemanes nos superen en número de efectivos y en potencia de armamento, dándole la razón al general Joffre cuando mostraba sus dudas sobre la decisión tomada de que nuestros dos ejércitos avanzaran por separado; marchando juntos la victoria sería indiscutible, en cambio, al estar separados, es dudosa o puede ser casi imposible.

Martes, 18 de agosto de 1914

Son las siete y media de la mañana, el día ha amanecido sin nubes, y me encuentro sentada a la puerta de la tienda-hospital, escribiendo sobre un velador desmontable y tomando este saludable sol de la mañana. Llevamos cinco días acampados en Moussey esperando que nuestros observadores avanzados nos comuniquen algún movimiento de los alemanes, pero hasta el momento los *boches* han estado tan callados y expectantes como nosotros, quizás esperando algún movimiento nuestro.

El coronel Lefebvre nos dijo ayer: «Este silencio de los germanos y su ausencia de movimientos no presagia nada bueno; algo están tramando esos hijos de perra. Si hoy no se produce ninguna novedad, seguro estoy de que el general Dubail ordenará mañana que atacemos la ciudad, o al menos, eso es lo que haría yo en su caso».

Miércoles, 19 de agosto de 1914

Hoy, a poco de amanecer, uno de nuestros observadores avanzados ha venido a decirnos que los alemanes están abandonando la ciudad y se dirigen al norte. Hace ya dos días que no tenemos noticias de nuestro II Ejército; es muy probable que el general Castelnau esté atacando Morhange, y que los defensores de Sarrebourg hayan entendido que es más importante conservar aquella ciudad y hayan decidido acudir en su defensa, sacrificando esta otra.

Como medida de precaución, en previsión de cualquier adversidad que pueda surgir, el general Dubail ha ordenado

no levantar el campamento y dejar en él una guarnición de dos compañías, por si nos vemos obligados a volver.

A las diez y veinte de la mañana nos hemos puesto en marcha hacia el este para cubrir los casi veinte kilómetros que nos separan de Sarrebourg. Muy atentos, muy vigilantes, y con la velocidad de los vehículos limitada a no más de treinta kilómetros por hora, la carretera por la que hemos venido circulando todo el tiempo presentaba un firme pavimento de granito, pero cuando, al salir de una curva, la cabecera de la columna ha entrado en una recta que lleva directamente a la ciudad (las primeras casas ya se veían a unos setecientos metros), la adoquinada capa de rodadura del pavimento se encontraba levantada y era tan irregular que los amortiguadores sufrían un fuerte traqueteo y hubo que reducir la velocidad al mínimo, viéndonos obligados a tener que parar un poco más adelante al encontrar la carretera cruzada por una profunda zanja insalvable de unos seis o siete metros de anchura y casi dos de profundidad. Estábamos en la disquisición de si buscábamos un rodeo que nos permitiera salvar el obstáculo o si avisábamos al cuerpo de ingenieros a fin de que improvisara un puente resistente que permitiera el paso de los vehículos pesados, hemos recibido de improviso una granizada de obuses de la artillería pesada alemana. De la decena de granadas que han caído dispersas a nuestro alrededor, tan solo una de ellas ha hecho blanco en un camión que transportaba a treinta soldados y lo ha volatilizado; las demás han impactado sobre el terreno lo suficientemente alejadas para no causarnos daños, salvo una de ellas que ha explotado a unos treinta metros de distancia a nuestra derecha, y ha volteado con su onda expansiva a un coche que transportaba a varios oficiales, y herido con la proyección

de su metralla a media docena de soldados que, como el resto, eran transportados llevados de pie sobre la caja de uno de los camiones. Sin esperar la orden, los soldados han saltado de los camiones y han huido como conejos buscando una madriguera donde refugiarse; los jefes y oficiales han abandonado a la carrera los coches; y las ambulancias, que afortunadamente no habían sufrido daño alguno por venir circulando al final de la columna, han salido del camino y se han dispersado sobre el pedregoso terreno de montaña que nos rodeaba. Quince segundos más tarde hemos recibido una segunda andanada que ha vuelto a causar un par de víctimas mortales y algunos heridos. La tercera, cuarta y quinta descargas nos cogió a todos a cubierto, unos pegados al terreno y otros escondidos como conejos en oquedades o bajo las rocas del entorno. Pasado un minuto sin que hubiera más descargas, nos llegó el feroz griterío de la infantería alemana y el tableteo de sus mortíferas ametralladoras pesadas. Habíamos sido víctimas de un engaño. Los alemanes fingieron que se retiraban de Sarrebourg con la malsana intención de que avanzáramos confiados hasta este punto, donde nos han detenido con aquella zanja, nos han batido con su artillería, con sus piezas previamente apuntadas a aquel lugar, y ahora nos atacaban con su infantería, supongo que intentando rodearnos y masacrarnos. El tiroteo no ha durado mucho tiempo, el general Castelnau ha ordenado retirada y, afortunadamente, una zona despejada, sin obstáculos y una cercana desviación de la carretera que acabábamos de sobrepasar, nos han servido de vía de escape para volver grupas y retornar a nuestro campamento de Moussey, librándonos de una total aniquilación. Todo ha ocurrido tan rápido que solo hemos tenido el tiempo justo de recoger a unos cincuenta

soldados que han sido heridos, afortunadamente ninguno de ellos de gravedad, habiendo tenido que dejar a otros catorce o quince, a los que hemos dado por muertos, tirados en el campo, esperando que, si algunos de ellos solo estuvieran heridos, sean recogidos y atendidos por los sanitarios alemanes, y a los que estén realmente muertos les den cristiana sepultura.

Esta ha sido una derrota más a anotar en una ya larga lista. El glorioso ejército francés, al que un siglo antes Napoleón lo había aureolado con el signo de la imbatibilidad, ahora va de fracaso en fracaso. Hasta este momento, la maquinaria militar germana se está mostrando invencible y, sobre todo, su secreto Plan Schlieffen parece que supera en inteligencia a nuestro Plan XVII. Además de los errores que, uno tras otro, han ido cometiendo nuestros generales, sirva de ejemplo este último, al haber separado los dos ejércitos, dejándolos sin suficiente fuerza para enfrentarse a un enemigo que, además de mostrarse en cada encuentro más inteligente y más astuto, se ve a las claras que durante años ha estado armandose hasta los dientes, y al fin ha encontrado la excusa ideal en el asesinato del archiduque para dar rienda suelta a su afán de conquista. Vaya usted a saber si habrán sido las propias ansias expansionistas de los mandamases alemanes y austrohúngaros las que han premeditado ese crimen de Estado con el fin de provocar esta guerra.

Hemos tenido una reunión en la tienda del general Castelnau en la que se ha analizado el desastre que podríamos haber sufrido si no hubiéramos tenido a la mano aquella vía de escape, y el jefe no ha tenido inconveniente alguno en reconocer cuáles han sido los fallos que ha cometido, sobre todo el de un exceso de confianza y una imperdonable falta

de precaución al no haber enviado patrullas de reconocimiento que comprobaran la ausencia de tropas alemanas en un radio de varios kilómetros antes de aproximarse a Sarrebourg.

Ya de paso, como quiera que nuestro Regimiento es volante y de apoyo, el general nos ha ordenado que nos desplazemos hacia el norte y acudamos al encuentro del III Ejército, liderado por el general Pierre Ruffey, que, siguiendo el Plan XVII establecido por el Estado Mayor francés, se dirige a Las Ardenas.

Miércoles, 19 de agosto de 1914

Quien no haya sufrido un bombardeo al aire libre, como el que hemos padecido a las puertas de Sarrebourg, no sabe lo que es pasar miedo. En medio de un campo, sin tener el falso consuelo de encontrarte bajo un techo que te dé la sensación de que estás resguardado, aunque realmente no lo estés y solo sea una falsa impresión de seguridad, viendo caer y estallar los obuses a tu alrededor, aterrorizado, pegado al terreno como una lapa, queriendo convertirte en topo y cavar muy profundo hasta desaparecer bajo tierra; piensas que las bombas llueven como los goterones de agua de un chaparrón y que, de un momento a otro, una de esas gotas va a impactar sobre tu espalda y vas a morir despedazado.

Después de ese horrible bombardeo sufrido, cuando por la noche nos fuimos a la cama, aún teníamos el miedo metido en el cuerpo y ni Manolo ni yo podíamos dormir. A los quince minutos de estar acostada y dando vueltas en el catre, ya a un lado, ya al otro, tratando de imaginar el millar de

dramas y tragedias que hubieran podido ocurrir, me he levantado y he ido a acostarme con Manuel. Media hora más tarde, después de regalarnos mil besos y caricias y de una dulce y relajante cópula, he vuelto a mi cama restaurada y como nueva; así que, ya totalmente tranquilizados, ambos hemos dormido como benditos. Esto es lo que yo siempre les digo a mis pacientes: en caso de encontrarse muy nerviosos o desquiciados, no existe ningún fármaco tranquilizante que supere en eficacia a una buena dosis de besos, caricias y dulces palabras susurradas al oído, rematadas por una «penetrante unión» con la persona amada, creedme, es mano de santo.



Como quiera que pretendemos alcanzar a nuestro III Ejército al mediodía de hoy en las cercanías de la ciudad de Sedán, y para ello habremos de recorrer unos ciento ochenta kilómetros, cruzando la Borgoña y la Champaña por carreteras secundarias, lo que supone no menos de siete horas de viaje, nuestro Regimiento ha madrugado y ha abandonado el campamento de Moussey a las cinco de la mañana con dirección noroeste, hacia la boscosa región de las Ardenas.

Habíamos llevado durante todo el camino una buena velocidad, y eran las diez y veinte de la mañana cuando ya salíamos de La Champaña, cruzábamos un paso a nivel de la vía del ferrocarril que discurre hacia el norte en dirección a París, y a poca distancia divisábamos a nuestra derecha el saliente más meridional de la frontera franco-belga que, formando una amplia U, engloba los campos de Torgny.

El día estaba claro, la temperatura no era muy alta y la

visibilidad en la distancia era buena. Avanzábamos por un amplio camino de tierra, marchando en paralelo a unos doscientos metros de la línea de frontera, cuando al pasar frente a un bosquecillo de abetos situado en suelo belga a poco más de un kilómetro y medio de dónde nos encontrábamos, se ha producido la explosión de lo que nos ha parecido ser un obús de mortero, que ha impactado a más de cien metros de distancia a la derecha de nuestra columna.

En el tiempo que el coronel Lefebvre ha mandado parar a la columna, apearse de los vehículos, y formar en orden de batalla, han caído seis o siete obuses más, sin que por fortuna ninguno de ellos haya alcanzado a ningún vehículo y sin que nadie haya resultado herido. Teniendo buena visibilidad a varios kilómetros a nuestro alrededor, ni aun con los catalejos podíamos ver a los que nos disparaban, por lo que dedujimos que aquellos disparos no podían proceder de ningún otro sitio que no fuera desde aquella floresta situada a nuestra derecha, por lo que hemos supuesto que allí, al amparo de las densas sombras de su espeso dosel arbóreo, se ocultaba un importante núcleo de fuerzas alemanas acampadas.

Como digo, aquel bosquecillo se encontraba a unos escasos dos kilómetros de nosotros y, según el coronel Lefebvre, o bien debían estar disparando con los *leichter minenwerfer* de 75,8 milímetros, un mortero ligero de muy corto alcance, debiendo ser esa la razón de que todos los disparos que hicieron se quedaran bastante cortos, o los disparos habían sido de advertencia, habiéndose lanzados cortos a posta, a fin de que sirvieran de advertencia, lo que significaría que aquella fuerza no tenía interés en establecer combate y lo que nos estaba diciendo era volviéramos grupas y nos volviéramos por donde habíamos venido. Poco caso le hizo

nuestro coronel a aquel aviso y ordenó reanudar la marcha, pero la cuestión cambió de cariz cuando unos minutos más tarde, con la vista pegada a los anteojos, vimos en la distancia salir de la arboleda a lo que parecía ser un batallón de infantería alemán con un contingente de unos mil quinientos soldados. Por lo que pudimos observar, aquel batallón estaba formidablemente pertrechado, debiendo tener la misión de impedir cualquier penetración a través de los veinticinco kilómetros de frontera franco-belga que van desde aquel punto hasta la frontera luxemburguesa. El batallón alemán formó rápidamente en orden de batalla al pie del bosque, y tras la formación, bajo la primera hilera de abetos, pudimos ver una batería de artillería de montaña formada por seis piezas del calibre 105/26, debidamente emplazada, al mando de un oficial y con sus servidores formados junto a cada pieza.

Aquella fuerza era numéricamente inferior a la nuestra, pero mucho más y mejor armada, por lo que, según al coronel Lefebvre, teníamos dos opciones, o tratar de escapar cobardemente y exponernos mientras huíamos al fuego de sus cañones y morteros, asumiendo que tendríamos que dejar atrás a las pérdidas que sufriéramos durante la huida, es decir, abandonar y dejar en manos alemanas a los muertos y los heridos que tuviéramos, o hacerles frente y entrar en un combate de resultado incierto, ya que no sabíamos si disponían de alguna otra fuerza que hasta ese momento hubiera permanecido oculta. Tras una reunión de urgencia con sus comandantes, por mayoría se optó hacerles frente y entrar en batalla.

Siendo yo una ignorante absoluta en asuntos militares, ni siquiera con la ayuda de Manolo, que es igual de ignorante que yo en este tema, sabría yo narrar el combate que siguió

a continuación, ni tampoco describir los movimientos que hicieron los dos bandos sobre el terreno hasta llegar a encontrarse en suelo belga a medio kilómetro de la frontera con Francia, pero sí puedo trasladar al papel lo que, en el puesto de observación desde el que íbamos a contemplar la lucha, le oí decir al viejo sargento Christian Brignac, hombre de unos sesenta años, que ya había participado en varias guerras y lo teníamos adscrito a nuestro personal sanitario de la Cruz Roja.

—El coronel Lefebvre es un militar nostálgico que está chapado a la antigua —dijo el sargento—. Por las órdenes que está dando, veo que está planteando el encuentro como si este fuera uno de aquellos enfrentamientos de la guerra franco-prusiana de 1871. Ha ordenado a los escuadrones de vanguardia que avancen en formación exponiéndose al fuego de la fusilería y de las ametralladoras alemanas..., pero ¿qué veo?, también el comandante alemán deber ser otro romántico y está respondiendo de igual manera; ambas infanterías avanzan en orden de batalla. Comandante Ortiz y capitana Márquez, esto es inaudito, creo que vamos a ser testigos de una batalla setecentista o dieciochesca, con la única diferencia de que los soldados, en vez de llevar picas en sus manos llevan fusiles con la bayoneta calada. A mí me da la impresión de que esto, más que una batalla, va a ser un duelo entre ambos comandantes con el fin de presumir después en sus clubes de oficiales de que las tropas que mandan son las más aguerridas del ejército. Me parece a mí que nuestro coronel debe creerse que es la reencarnación de Napoleón, y el comandante alemán pensará que es el príncipe de Wahlstatt resucitado; y ambos se hacen la ilusión de que se están enfrentando de nuevo en Waterloo.

Sonaron muy pocos tiros de fusil en ambos bandos, apenas si se oyeron ocho o diez disparos dispersos que fueron silenciados de inmediato por las voces de los superiores que ordenaban «alto el fuego»; tampoco se oyó el tableteo de las ametralladoras, ni el de las ligeras francesas, ni el de las pesadas y mortíferas alemanas, ya que, si disparaban, corrían el riesgo de herir a su propia infantería que, avanzando por el campo de espaldas a ellas, formaba una pantalla humana que les imposibilitaba disparar sobre la infantería enemiga que avanzaba de frente.

Desde nuestro observatorio, que no era otro que estar subidos en la caja de un camión, pudimos ver como los mil seiscientos hombres que componían las ocho compañías de infantes franceses y los mil cuatrocientos de las seis compañías de infantería alemanas, desplegadas en orden de batalla, es decir, en hileras de unos doscientos metros de longitud, separadas entre sí por la distancia de tres pasos, con el fusil empuñado en posición de ataque a bayoneta calada, y llevando el paso al ritmo que les marcaban los tambores, avanzaban a su mutuo encuentro cubriendo sobre el terreno los quinientos o seiscientos pasos que las separaban.

En pocos minutos se produjo el choque, y aquellos tres mil hombres, casi todos ellos jóvenes veinteañeros, incluso aún más tiernos, casi niños, que no se odiaban, que ni tan siquiera se conocían, y que bien podrían haber sido amigos si no fuera porque los distanciaba el distinto idioma hablaban, por orden expresa de sus jefes, invocando la defensa de la patria, si bien la gran mayoría de ellos eran pobres y no tenían nada que defender, se vieron obligados a matarse unos a otros a tiros y bayonetazos, sin tener más opción que convertirse en criminales o en cadáveres.

Media hora más tarde, aquella masa humana que en un principio había llenado el campo de batalla, ahora había disminuido su volumen ostensiblemente. Aun a la distancia a la que nos encontrábamos, se veía que en el suelo de los huecos que iban quedando libres de combatientes, el verde de la hierba había sido sustituido por el rojo de la sangre. Las dieciocho ambulancias, medicalizadas y preparadas para recibir a los heridos, se encontraban con los motores en marcha; y los cincuenta y ocho sanitarios de Cruz Roja, expectantes y ansiosos, nos encontrábamos a la espera de que se declarara el alto el fuego para acudir a socorrer a los más de mil heridos franceses que suponíamos yacían en aquel campo de muerte. Por muchas batallas que presenciemos, no hay forma de acostumbrarse a la contemplación de tan doloroso espectáculo como el que ofrece el campo tras una batalla. El silencio de los muertos es acompañado de llantos desconsolados y de lamentos de hombres que, con grandes gritos de dolor, llaman a sus madres ante la presencia de la muerte.

Después de darles sepultura a doscientos treinta y dos muertos, de operar a más de cincuenta heridos graves y curar a más de trescientos leves, eran ya pasadas las cuatro y media de la tarde cuando hemos reanudado la marcha.

Aunque no era aquella la primera acción de guerra que presenciábamos, sí ha sido la más cruenta. No es lo mismo matar enemigos arrojándoles bombas desde gran distancia, sin verlos morir y sin ni siquiera verles las caras, que pasarlos a cuchillo en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, donde los contendientes se miran a los ojos cuando luchan y los que caen muertos lo hacen preguntándote con la mirada por qué lo has hecho.

—¿Puede haber algo más estúpido que lo que acabamos

de vivir? —me ha dicho Manolo— ¿Puede haber algo más inhumano que el inútil desperdicio de un millar de vidas humanas? Deberíamos tener el valor suficiente para negarnos a ir a la guerra, aunque nos cueste unos años de cárcel; así los gerifaltes se lo pensarán dos veces y, antes de declararlas, se verán obligados a hacer un referéndum popular, al menos entre aquellos hombres que estén en edad de ser reclutados.

—Y entre las mujeres también —le he respondido yo—, porque, ¿quiénes son, sino las madres que quedan desgarradas de dolor por la pérdida de sus hijos, las esposas que quedan viudas y sin el amparo del hombre, y los hijos huérfanos y a medio criar, los que pagan las consecuencias de tantas familias destrozadas?

Dos horas más tarde ya habíamos cubierto los cuarenta y ocho kilómetros que nos quedaban por recorrer para llegar a Sedán. Nada más llegar y comenzar a montar nuestro campamento, ha sido el propio general Pierre Ruffey, íntimo amigo de nuestro coronel desde que estudiaban en la Academia Militar, quien ha venido a saludarnos. Después de los saludos protocolarios y de ponerlo al corriente de lo sucedido en el encuentro con los alemanes en el campo de Torgny, hemos recibido su felicitación por el golpe dado al enemigo, sin tan siquiera interesarse por las casi trescientas bajas que hemos sufrido, entre muertos y heridos.

—Mañana partimos hacia el noreste y entraremos en el bosque de La Ardenas —nos ha anunciado.

—¿No hay tropas alemanas en el bosque? —le ha inquirido el coronel Lefebvre.

—Creemos que no, Lionel. Yo no estoy tan seguro, pero [nuestro Alto Mando nos ordena ajustarnos estrictamente al Plan XVII](#), y este asume que la presencia alemana en Las

Ardenas es bastante ligera; supone que está formada principalmente por el flanco izquierdo del cuerpo central alemán, al que suponemos se encuentra en estos momentos avanzando a paso de carga hacia [Bélgica](#). Si esto es cierto, desde ese punto de vista, el avance sobre [Lorena](#), además de sernos requerido para recuperar el suelo francés que perdimos en 1871, es también una buena solución estratégica.

—A ver, Pierre —le ha respondido el coronel con la confianza que le da su amistad—, con las pérdidas de material y personal que he sufrido en Torgny, mi Regimiento ha quedado algo descuadrado.

—Pues no hay otra, Lionel, tienes lo poco que te queda de tarde para reponer todo aquello que necesites en tu Regimiento. Pero, ya te digo, tampoco tienes por qué preocuparte demasiado, pues no creo que vayamos a tener mucho fregado. El [mariscal Joffre](#) ha ordenado un ataque por sorpresa para mañana, pues, como te he dicho, creemos que los alemanes prosiguen su avance hacia Bélgica, y han dejado Las Ardenas con muy poca guarnición.

—¿Ha sido comprobada esa ausencia de fuerza alemana?

—No, Lionel, no ha sido comprobada, y créeme que eso me inquieta. Joffre ha ordenado que, a fin de mantener el factor sorpresa, no se envíen patrullas de reconocimientos previos, ya que podían ser detectadas por el enemigo y delatar nuestras intenciones. Así pues, mañana muy temprano cruzaremos la frontera belga; nosotros lo haremos por el sur, cruzando Bouillon, y el cuarto Ejército, al mando del estúpido [Fernand de Langle de Cary](#), lo hará cuarenta kilómetros más al norte. Esperemos que el majadero de Fernand, [que sigue siendo igual de fatuo y fanfarrón que cuando estudiábamos](#), esté a la altura de las circunstancias y no cometa

ningún error de bulto de los suyos. En cualquier caso, el quinto ejército se encuentra al oeste, a muy poca distancia, y en el caso de que encontráramos mayor resistencia de la prevista, siempre podremos contar con su ayuda.

Así hemos acabado el día de hoy, cansados Manolo y yo hasta la extenuación después de reponer todo el material sanitario que habíamos gastado o perdido en la recogida y curación de las bajas sufridas esta mañana.

Jueves, 20 de agosto de 1914

Hoy nos ha llegado un correo de nuestro quinto ejército comunicándonos que no podemos contar con él ya que, siendo como es una fuerza de reserva, ha sido llamado con urgencia para que acuda a [Charleroi](#), al tenerse noticias de un fuerte incremento de tropas alemanas en la zona.

El día de hoy se nos ha ido en maniobras de acercamiento al bosque de Las Ardenas, el tercer ejército por el sur, y el cuarto más al norte, sin que hayamos visto a un solo alemán. En cambio, han llegado hasta nosotros algunos campesinos que buscaban refugio huyendo de «grupos de soldados alemanes que se movían por el bosque». El general Ruffey le ha transmitido a sus coroneles y comandantes sus sospechas de que, al amparo de tan densa y extensa foresta, pueda haber más fuerzas alemanas de las que ellos suponían y así lo ha venido comunicando al puesto de mando a lo largo del día, mediante la radio y con palomas mensajeras, pero al no recibir respuesta a ninguno de sus informes ha montado en cólera contra el general Joffre, sin privarse de lanzarle los peores insultos delante de sus subordinados.

Finalmente, siguiendo el Plan XVII, al no haber recibido de alto mando ningún orden en contra, hemos acampado al pie de la espesura, en la que penetraremos mañana.

Viernes, 21 de agosto de 1914

Para acabar de poner la cosa más interesante, hoy ha amanecido el día con una densa niebla que no dejaba ver más allá de diez pasos, por lo que nuestra vanguardia se ha dado literalmente de bruces con los boches. Dado que la niebla no permitía reconocimientos en profundidad, nuestras tropas de vanguardia han creído haber topado con una pequeña fuerza alemana de pantalla.

El día ha pasado con unas cuantas escaramuzas a causa de la poca visibilidad, preparándonos para acabar con esos grupos dispersos de alemanes al día siguiente.

Sábado, 22 de agosto de 1914

Hoy ha amanecido despejado y, pese a las dudas del general Ruffey sobre el tamaño real de las fuerzas alemanas, nuestros soldados han penetrado profundamente en el bosque y se han lanzado al asalto

La sorpresa ha sido mayúscula. Los alemanes no tenían en la zona un puñado de tropas de guarnición, sino los ejércitos cuarto y quinto, liderados respectivamente por el [duque Alberto de Württemberg](#) y el [Príncipe Guillermo de Prusia](#). Al mediodía, supimos por un prisionero alemán que habían iniciado su avance a través de los bosques el pasado

día 19, construyendo defensas para aprovechar el tiempo que el [Plan Schlieffen](#) les forzaba a estar parados, ya que debían avanzar más lentamente que su ala derecha, que debía recorrer más distancia.

Así pues, la realidad se ha impuesto. Nos hemos enfrentado en inferioridad numérica a una fuerza parapetada en posiciones defensivas y pertrechada de un armamento muchísimo más potente que el nuestro.

En resultado ha sido que nuestras tropas han sido hechas pedazos por las ametralladoras alemanas y el fuego de fusilería. Como pequeño consuelo, señalaré que los contraataques alemanes se han dado de frente con nuestra artillería ligera de 75 mm, que les ha causado gran cantidad de bajas, pero al final del día, de los cuatro ejes de avance franceses, Virton, Tintigny, Rssignaland y Nefchateau, tan solo en Virton se había logrado algún éxito. En todos los demás, los supervivientes se han visto rechazados a sus posiciones de partida. Muchas unidades, como la sexta división colonial argelina, han sido aplastadas por completo, habiendo fallecido los generales Raffenel y Rondoney, jefes de división y de brigada respectivamente. El número de muertos del día ha pasado de los diez mil, y el de los heridos ha superado el doble de esa cifra.

Al final del día, el general Ruffey ha vuelto a estallar en una multitud de improperios contra la ceguera y la incompetencia de su propio cuartel general y su perversa costumbre de ignorar los informes. Si las relaciones entre ambos generales ya eran tensas, lo sucedido hoy ha sido la gota que colma el vaso y posiblemente tenga consecuencias posteriores. En cualquier caso, nuestras unidades están totalmente destrozadas tras el combate y muchas han dejado de existir.

Los alemanes por su parte apenas se han movido de sus posiciones, exceptuando la pérdida de la zona de Virton, y a pesar de la gran cantidad de bajas que también han tenido, mantienen todas sus unidades en la línea.

Domingo, 23 de agosto de 1914

Hoy mi dolor ha alcanzado el límite del sufrimiento humano, no por lo que ha sucedido en el bosque de Las Ardeas, que era algo que todos esperábamos desde la noche antes, sino porque he perdido la mitad de mi alma. Hoy un maldito asesino me ha robado lo que más quiero en este mundo.

Los alemanes, conscientes del estado de nuestras fuerzas, han lanzado un asalto masivo, apenas repelido por los hombres del quinto ejército, que ha sido enviado de vuelta apresuradamente, y que no han podido hacer más que retrasar algo el avance alemán. No solo no hemos sido capaces de repelerlo, sino ni tan siquiera de mantener un mínimo de organización. Las cornetas han tocado a retirada y todos se han lanzado a una vergonzosa huida, despavorida y desorganizada.

Mientras todos huían, Manolo, yo, y otros diez sanitarios hemos permanecido en el pabellón-hospital curando y operando a los heridos. Oíamos todavía las cornetas tocando retirada, cuando ha entrado en la tienda un pelotón de soldados alemanes al mando de un sargento que, pistola en mano, nos ha gritado en un francés con mucho acento germano:

—¡Atención, médicos y auxiliares de la Cruz Roja, les habla el sargento Erich [Krüger](#), detengan inmediatamente

todo cuanto estén haciendo y apártense de los heridos! ¡Se acabaron las curas y las operaciones! ¡Todos estos soldados son mis prisioneros y me los llevo ahora!

—No puedo dejar de operar a este hombre, sargento Krüger —le respondió Manuel—. ¿No ve usted que lo tengo con el vientre abierto y el paquete intestinal a la vista? Ha sufrido un impacto de metralla y le estoy reparando los destrozos que ha sufrido en los intestinos. Tendrá usted que esperar a que termine, a que le cosa la herida y a que se recupere de la anestesia.

Al recibir esta respuesta de Manolo, el sargento, sin pronunciar ni media palabra, le ha descerrajado al herido un tiro en la cabeza, matándolo en el acto mientras estaba anestesiado.

Ante semejante salvajada, nos hemos enfrentado al sargento gritándole a la cara nuestra protesta y llamándolo asesino. Como quiera que Manolo, con las manos llevadas a la cabeza por la desesperación, le estuviera gritando «asesino» a un palmo de su cara al homicida, uno de los soldados del pelotón lo ha alejado propinándole con su fusil un culatazo en el pecho que lo ha hecho trastabillar. Y, cuando Manolo, quejándose de dolor en el pecho, se ha revuelto y ha seguido increpándolo, la nueva respuesta de aquel estúpido y salvaje militar ha sido la de dispararle un tiro en el pecho. Durante un brevísimo instante, Manuel ha palidecido, sus ojos se han puesto en blanco, y a continuación ha caído al suelo inerte, desplomado como un pelele. Su muerte ha sido fulminante; la bala le había atravesado el corazón.

La guerra es el medio que el lado salvaje e irracional del hombre utiliza para darle satisfacción a sus egoísmos y a sus ambiciones de ilícitas apropiaciones, y lo hace sin mostrar

el menor respeto por la vida ni por ningún otro de los derechos inalienables del ser humano. Y, en medio de esta locura colectiva que es la guerra, nos encontramos con personas, como este amoral sargento alemán que, con su comportamiento criminal, hace que se mantenga vivo el odio entre los contendientes, impidiendo que se alcance un momento de lucidez en el que se recupere la sensatez y se detenga esta obstinada desolación.

Martes, 25 de agosto de 1914

A las seis de la mañana de ayer, partí con el cadáver de Manolo en una de nuestras ambulancias y, después de varios rodeos con el fin de evitar las carreteras atestadas de tropas y de civiles que huían de la guerra, llegué a París pasadas las dos de la tarde. A esa hora, dejé depositado el cadáver en la Morgue y he acudido a la oficina de telégrafos, donde les he puesto telegramas a don José, a mi padre y al Hospital de la Sangre dándoles la fatídica noticia y advirtiéndoles que no vinieran a París, pues la guerra parecía inclinar su balanza a favor del ejército alemán y, en cualquier momento, la capital francesa podría ser ocupada por las tropas alemanas.

Esta mañana, sin más acompañamiento que el mío y el de los cuatro enterradores que han depositado su ataúd en el fondo de una sepultura en el suelo y lo han cubierto con una lápida, mi esposo, el doctor Manuel Ortiz, gran médico y mejor persona, vilmente asesinado por la locura homicida de un militar desquiciado, ha sido enterrado en el cementerio de Montparnasse, tal como él me hizo prometerle el pasado día 4 de este mismo mes, tan cercano y a la vez tan lejano,

cuando todavía no vislumbrábamos esta maldita guerra y, con nuestros corazones llenos de alegría y felicidad, visitábamos cada rincón de esta ciudad de la luz y del amor, y cada noche, en la cama, en la ducha, en la moqueta de la habitación o en el asiento de una ambulancia, nos entregábamos a rendirle homenaje a la diosa Afrodita; el lugar y la naturaleza del altar donde llevábamos a cabo la oblación no importaban, lo realmente importante era que, de tanto amor como nos profesábamos, la absoluta entrega en cuerpo y alma que poníamos cada noche en el acto, hacía de cada cópula una ceremonia sagrada. No solo he podido cumplir con su deseo de ser enterrado en Montparnasse, sino que parece que la Providencia ha querido compensar a Manolo por la injusticia de habérselo llevado tan joven de este mundo, con tan solo veintinueve años, y le ha concedido que se encontrara una tumba libre muy cercana a la de Charles Baudelaire, nuestro admirado poeta.

Estas tres semanas de guerra que he vivido han representado para mí toda una vida de miedo, de dolor, de angustia, de incertidumbre. Durante un bombardeo como el que he sufrido le pueden salir a uno canas, y la vista de hombres destrozados por la metralla supera los escrúpulos del cirujano más habituado a ver cuerpos mutilados.

¡Malditas sean las guerras y los cobardes desalmados que las declaran, que sin exponerse ni dar la cara, disponen de las vidas ajenas para llevar a cabo sus latrocinios con la excusa de defender a la Patria; y mil veces sean también malditos aquellos cómplices asesinos que las llevan a cabo con gusto y disfrutan matando multitudes de personas! ¡Ojalá que al asesino que ha destrozado mi vida le lluevan todas las desgracias de este mundo, que pague su crimen con una

mala muerte, y tenga una larga y dolorosa agonía! ¡Juro por Dios que, si se me presenta la ocasión de volver a tener a mi alcance al sargento Erich [Krüger](#), le arrancaré del pecho su podrido corazón con mis propias manos!

Me cuesta la misma vida alejarme de París y dejar aquí el cuerpo de mi queridísimo esposo; tengo la sensación de que lo estoy abandonando y temo que con la distancia se borren de mi memoria los recuerdos de tantos momentos felices que hemos vivido juntos. Pero la vida continua, y este gran dolor que ahora me embarga no debe aislarme del mundo, tengo que seguir viviendo y volver a mi ciudad, a mi trabajo, a mi familia, a mis amigos y compañeros; tiempo tendré, cuando cumpla muchos más años y ya no espere nada nuevo de la vida, de refugiarme en estos felices recuerdos que, aunque han sido de corta duración, han henchido mi alma de gozo. Ya no quiero más guerra, ni tampoco quiero más quirófanos de campaña; no creo que sea conveniente para mi trabajo ni tenga fuerzas para soportar el recuerdo diario de tener a Manolo operando a mi lado y verlo caer muerto con el corazón atravesado por una bala. Así que he decidido embarcarme en el tren expreso de Hendaya el próximo lunes, y durante estos cinco días que aún quedan de esta semana me alojaré en un hotel, que no sea Le Meurice, cuyas paredes me traerían recuerdos tan buenos, pero a la vez tan dolorosos; vendré al cementerio a diario y, ante su tumba, concentraré mis pensamientos en él, le abriré mi corazón, y si es cierto aquello que él decía de que las almas de los muertos dialogan entre sí mientras pasean por las calles del camposanto, puede que, desde esa otra dimensión en la que se encuentre, me oiga decirle que lo sigo queriendo, que lo echo mucho de menos y que lo seguiré amando durante el resto de mi vida

de igual forma que cuando era una niña y soñaba que me dormía en sus brazos arrullada por sus besos. También le prometeré que vendré a visitarlo cada 21 de marzo, en memoria de aquel viernes santo de 1913, cuando hicimos el amor por primera vez. Realmente, fue aquel día cuando nos casamos, y la ceremonia del 25 de julio de 1914, en la iglesia y vestida de blanco, no fue más que el refrendo de las muchísimas noches nupciales que ya habíamos tenido a lo largo de aquellos dieciséis meses.

Sábado, 29 de agosto de 1914

En estos momentos son las diez de la noche y estoy escribiendo en casa de mis padres, sentada ante la mesa del comedor, ya que el que fue mi dormitorio de soltera ahora lo ocupa mi hermana Flora, que antes de que yo me casara compartía habitación con Rosalía. Tal vez pensando que mi casa es demasiado grande y que voy a sentirme muy sola, mi familia en pleno me ha pedido que vuelva a vivir aquí, en su casa, y he decidido darles ese gusto solo por unos días, sacrificando mi ancha y cómoda cama, pues tendré que dormir acostada aquí mismo, en el comedor, en una estrecha cama plegable y extensible, que cuando está cerrada hace de mueble consola sobre el que lucen algunos objetos de adorno. En esto se ve que mi familia no me conoce bien, y todavía no sabe que no es la soledad mi enemiga, ni tampoco es algo que me afecte emocionalmente, sino que, muy al contrario, me considero un alma solitaria y puedo decir que la disfruto; y es que, mi tendencia natural a la introspección hace que siempre me encuentre acompañada y en constante diálogo

conmigo misma.



A las ocho y media de esta mañana, después de tres días de viaje, he llegado a Sevilla en el expreso de Madrid. Y, como quiera que había avisado por telegrama de mi llegada a las dos familias y al Hospital de la Sangre, cuando el tren ha entrado en la estación de Plaza de Armas, en el andén ya me estaban esperando don José y doña Gertrudis y el director del sanatorio, don Maximino Fuentes, además de mi familia al completo, todos ellos vestidos de riguroso negro luto, lo que llamaba vivamente la atención y atraía las miradas del público que a aquellas tempranas horas de la mañana llenaba los muelles de la estación. Y, cuando he bajado del tren y todos nos hemos abrazado, el desconuelo se ha apoderado de nuestros corazones y han aflorado los llantos; más de un transeúnte se ha detenido al vernos llorar juntos y, contagiado de nuestra congoja, aun sin conocer el motivo de nuestro dolor, ha acabado derramando algunas lágrimas; e incluso se nos ha acercado un cura que acompañaba a una señora muy mayor y, al enterarse de la causa de nuestro llanto, el buen hombre ha intentado consolarnos rezando una oración por el alma del difunto.

Uno de esos aparatosos nuevos taxis negros con siete plazas, más la del conductor, que cuentan con un gran maletero en su trasera, y a los que, por su aspecto, las gentes les han dado en llamar «taxi pato», nos ha trasladado a la calle Arra-yán. Don Maximino ha retenido el taxi, no nos ha dejado pagar la carrera, se ha despedido de nosotros dándonos por enésima vez su más sentido pésame, y ha continuado en el vehículo, calle San Luis abajo, camino del hospital, que

queda situado a extrarradio de la puerta y la muralla de La Macarena.

Domingo, 11 de octubre de 1914

Estoy escribiendo sentada ante el buró que hay en la biblioteca de mi casa de la calle San Luis 54.

Los que iban a ser solo unos días se han prolongado y hace más de un mes que sigo viviendo con mi familia. Así que, esta misma mañana les he dicho a mis padres que esta noche, después de almorzar con ellos, me marchaba a mi casa. Durante todo este tiempo no he escrito en el Diario ni una sola palabra, pero es que tampoco he tenido nada que decir. Parece que la ausencia de Manolo me ha dejado muda, sí, debe ser eso, porque tengo muy pocas ganas de hablar con la gente y mucho menos de contar cosas; y quizás también sea que, al estar más tiempo en soledad y faltarme sus conversaciones, me he vuelto más reflexiva, más introspectiva, y también más selectiva a la hora de elegir los asuntos sobre los que escribir; tal vez, de forma inconsciente, estoy despreciando la cotidianidad, quizás esperando a tener alguna experiencia que considere enriquecedora para trasladarla al papel. Si esto es así, sin duda estoy en un error, pues no hay nada más enriquecedor que lo cotidiano, ya que son las conversaciones del día a día, por intrascendentes que estas sean, y la diaria cosecha de simples vivencias, tanto propias como ajenas, las que van acumulando enseñanzas en nuestra alma y conformando nuestro carácter.

Cuando he querido marcharme después de almorzar, mi familia me ha rogado que me quedara unas horas más, que

merendara con ellos y que rezara el Rosario y las Letanías de la Virgen para pedirle a Dios por el alma de Manolo, a lo que no me he podido negar y he accedido. Así que, a las cinco de la tarde, me he visto formando coro con mi familia rezadora, pese a que no soy nada devota de estos rezos mecánicos, ya que no creo que nadie sea capaz de estar rezando y a la vez estar pensando en la vida terrenal de Jesús con el fin de fortalecer sus virtudes teologales, que es el objeto que persigue dicho rezo. Siempre me ha parecido que las Letanías son una cantinela sin sentido que adormecen la razón. Recuerdo que, en cierta ocasión, le pregunté a mi padre por qué y para qué se rezaba el Rosario, y después de explicarme que lo había instituido santo Domingo de Guzmán, el que fuera fundador de la Orden de los Dominicos, a quienes odio profundamente por los muchos crímenes que tienen a sus espaldas por tantísima gente inocente como quemaron en las hogueras de la Inquisición, después de apropiarse de los bienes y las riquezas que poseían los ajusticiados y dejar a sus familias en la indigencia, me dijo que una vez don Javier Cisneros le contó que las invocaciones de las letanías, así como esas monótonas respuestas que los fieles les van dando a dichas invocaciones, no son más que una copia de los mantras que los budistas e hinduistas utilizan con el fin de alcanzar el nivel de concentración mental necesario para entrar en una meditación profunda; y es que, si Dios es en esencia pensamiento en estado puro y el Universo material que nos rodea es pensamiento divino verbalizado, solo una meditación intensa, profunda y abstraída del mundo que nos rodea, debe ser el único camino posible para que el individuo se ponga en contacto con la Divinidad. Y es que lo divino no está en los cielos, sino en nuestro interior.

Epílogo

Los seis años que hasta ahora hemos extraído del Diario de Ana Márquez tan solo es el contenido de los dos primeros tomos. En los nueve libros restantes, se puede apreciar la inmensa calidad, tanto humana como profesional, de la que estaba dotada. Demostró ser poseedora de una gran inteligencia al inventar para La Cruz Roja diversas técnicas operatorias que no solo acortaban los tiempos de las intervenciones, sino que también las hacía más eficaces y conseguía mejores resultados. Y también mostró su grandeza de espíritu al mantener abierta durante muchos años en su propia casa una consulta médica gratuita para la gente pobre de su barrio, a las que, además, les regala las medicinas que precisaban para su curación. Habilitó toda la parte trasera de aquel grandioso edificio que habitaba en soledad como casa de huéspedes y convirtió uno de aquellos grandes salones en un aula con treinta bancas, donde durante muchos años estuvo educando gratuitamente a otros tantos niños cuyos padres no podían costearle un colegio, pagando el salario de los maestros que contrató con el dinero que cada mes ganaba con sus huéspedes.

No quiso el destino que sus restos mortales reposaran junto a los de su amado, y aunque enviudó a los veinticuatro años, no fue ninguna mojigata y tuvo algunos devaneos con varios hombres, solo su adorado Manuel Ortiz tuvo cabida en su corazón, y dentro de él lo mantuvo vivo todos aquellos años, hasta el día de su muerte.